

CIENCIA FICCIÓN

Samuel R. Delany

DHALGREN-III

Palimpsesto

La culminación de la novela épica más importante de todos los tiempos. Una obra maestra sobre la violencia, el sexo, la irrealidad de todo lo que nos rodea, y los mitos y la cultura de la juventud.



Lectulandia

grandes éxitos
BOLSILLO

Sexo, violencia, arte, cultura, búsqueda de una identidad..., todo ello dentro de los fluctuantes límites de una ciudad irreal llamada Bellona, sumergida en un mundo que sigue indiferentemente su camino y completamente aislada de él. Una galería de personajes y situaciones apasionantes: desde el misticismo del monasterio hasta la promiscuidad del nido de los escorpiones, desde la cruda realidad de una terapia psiquiátrica hasta la onírica irrealidad de una orgía tribal en torno al fuego, la búsqueda de una (¿inexistente?) verdad se convierte en un periplo reflejado paso a paso en un diario alucinante. ¿Dónde termina la fantasía y empieza la realidad? ¿Dónde termina la realidad y empieza la fantasía? Quizá la única respuesta se halle desde fuera de la ciudad maldita. O quizá, una vez salido de su influjo, todo empiece de nuevo.

Porque el tiempo es cíclico...

Lectulandia

Samuel R. Delany

Palimpsesto

Dhalgren III

ePub r1.0

Banshee 30.12.13

Título original: *Dhalgren*
Samuel R. Delany, 1975
Traducción: Domingo Santos
Ilustración de portada: Antoni Garcés

Editor digital: Banshee
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

NOTA IMPORTANTE sobre la versión digital. Este libro tiene una particular composición (son dos textos diferentes en la misma página, por lo que si se va a leer en pantalla hay que hacerlo en Vista Diseño de Impresión, en cualquier otra Vista puede ‘desaparecer’ el texto secundario (es una forma de hablar). En esta edición epub estos textos se han colocado en cursiva.

Otra característica singular de este libro es que muchas veces el texto queda como colgando, sin haber acabado el párrafo con su punto y aparte convencional y luego empieza otro nuevo sin mayúsculas, no debes preocuparte, no es un error de escaneo o corrección, el texto es así.

VI

Palimpsesto

—Sólo vigile. Oh, sí, será mejor que vigile. Yo lo sé. Yo lo sé. —Agitó un dedo, retrocedió, dijo algo en español. Luego—: Van a *atraparle*...

—Mire, hombre —dijo Chico—, ¿quiere...?

—Está bien. Todo está bien. Simplemente vigile, ahora. ¿Por favor? Lo siento. Lo siento. —Su grueso cuello estaba empapado en sudor. Tiró de su jersey de lana—. Lo siento. Ahora déjeme solo, ¿eh? Van a... —De pronto miró a su alrededor, dio media vuelta, y se alejó pesadamente por el callejón.

—Jesucristo. —Una sonrisa flotó en el rostro de Denny—. ¿Qué... qué fue todo eso?

—No lo sé. —Uno de los libros había caído a la acera. El otro estaba inclinado en posición precaria en el bordillo.

—Quiero decir que este tipo simplemente aparece y empieza a empujarte de este modo. Creí que ibas a pegarle. —Denny agitó pesadamente la cabeza—. Hubieras debido pegarle. ¿Por qué salió así y se metió con nosotros de esta manera?

—No se metió contigo de ninguna manera. —Chico recogió los libros y volvió a metérselos en la espalda, debajo del cinturón.

—Simplemente está loco o algo así, ¿eh?

—Vámonos —dijo Chico—. Sí, está... loco.

—Jesucristo. Eso es realmente extraño. ¿Lo habías visto alguna vez antes?

—Sí.

Caminaron.

—¿Qué hacía entonces?

—Más o menos lo mismo... una vez. ¿Las otras? Parecía más bien normal.

—Un chiflado —dictaminó Denny, y se rascó las ingles desde dentro de los bolsillos de sus pantalones—. Ella vive ahí. Creía que ya lo sabías. ¿No te lo dijo?

—No.

Denny frunció la nariz.

—Toda esta mierda en el aire. No creo que sea muy sano, ¿sabes? ¿Qué ocurre?

Chico se había detenido para sujetar una sección de la cadena que cruzaba su estómago. Un círculo de cristal distorsionó la yema de su pulgar, convirtiéndola en el flanco de una cebra; sucias depresiones espiralaban la piel.

—Vive ahí delante —repitió Denny, cautelosamente.

—De acuerdo.

Torcieron hacia la calle, al paso.

—Es un hermoso lugar.

La tensión colgaba ante él, suspendida: Chico deseó poder examinarla desde más cerca: difractarla, reflejarla, ampliarla...

Doblaron la esquina y bajaron por la vacía calle.

—Parece como lluvia, ¿no? —dijo Denny.

—Siempre parece como lluvia.

—Pero no da la sensación de lluvia.

—Nunca da la sensación de lluvia.

—Sí, es cierto; tienes razón. —Denny empezó a subir los escalones de cemento, sujetándose en el pasamanos de aluminio—. ¡Nunca la da!

Chico le siguió, observando los tres pisos de la fachada. Denny pulsó el timbre.

—Viven en el piso de arriba. Los primeros dos pisos están vacíos, así que la gente piensa que no hay nadie en el edificio.

—Es una buena idea no atraer la atención, supongo. —Chico pensaba en preguntarle quiénes eran el resto de «ellos» cuando sonaron unos pasos en la escalera.

—¿Quién es? —preguntó una mujer—. ¿Una voz familiar? —Se preguntó de dónde.

—Soy amigo de Lanya. Me gustaría verla.

La mirilla se oscureció.

—Espere un momento.

La puerta se abrió.

—¿Sabe?, al principio no reconocí su voz —dijo Madame Brown—. ¿Cómo está, Chico? —Hizo entrar a Denny—. Hola, es estupendo verle de nuevo... Denny, ¿no? —Su cuello rutilaba.

—¿Lanya vive con usted? —Chico se sintió impresionado, sin saber por qué.

—Ajá. ¿Por qué no pasan?

En algún lugar, más arriba del primer rellano, Muriel ladró.

—¡Chitón! —ordenó Madame Brown al aire—. ¡Chitón, digo!

La perra ladró tres veces más.

—Pasen, pasen. Empujen la puerta tras ustedes. Se cierra sola.

La siguieron escaleras arriba.

—Creo —dijo ella por encima del hombro— que Lanya está durmiendo. Con el añadido de su escuela, las dos tenemos montones de problemas en mantenernos al día en todo lo que debemos hacer. No sé cuándo se fue a la cama. Sospecho que fue más bien tarde.

—Ella querrá verme —dijo Chico. Frunció el ceño al rojo y áspero pelo de la nuca de Madame Brown.

—Oh, estoy segura que sí.

Llegaron al primer rellano.

Muriel, ahora visible, ladró de nuevo.

—¡Chitón! ¡Deja de ladrar! Son personas a las que conoces, querida. Éste es Chico. Y éste Denny. Te pasaste horas jugando con Denny la última vez que estuvo aquí. No te pongas así. —Tendió la mano hacia el hocico de la perra; Muriel se tranquilizó—. ¿Dije que Lanya estaba durmiendo? Lo dudo después de todo esto. ¡Desobediente! ¡Desobediente!

Denny miraba arriba y abajo y a todos lados..., no como alguien que hubiera estado jugando horas allí. Había velas por todas partes: tres en una mesita al lado de una foto enmarcada, un candelabro de hierro lleno de ellas en un rincón, dos más en el alféizar entre cortinas blancas ensombrecidas por el cielo detrás.

—¿Tienen electricidad aquí? —preguntó Chico.

—En dos habitaciones —explicó Madame Brown—. Oh, ¿las velas? Bueno, estamos tan cerca de Jackson que pensamos que era mejor tenerlas a mano por si acaso.

Dos habitaciones más allá, a oscuras: una pared llena de libros, un escritorio, un sillón.

—Ésta es mi oficina —comentó Madame Brown ante la mirada de Chico.

Lo cual atrajo su mirada hacia más candelabros en la siguiente habitación.

—Hum..., es un lugar realmente bonito.

—Hay algunas casas maravillosas en toda esta zona, si una se toma la molestia de buscarlas. No son en absoluto difíciles de encontrar. Aunque supongo que tuvimos suerte con ésta. La mayor parte de los muebles estaban ya aquí.

—El alquiler tiene que ser una ganga —dijo Chico—, si a uno no le importa el vecindario.

—Oh, no pagamos ningún alquiler... —Tras un momento no emocional (Chico se detuvo y Denny chocó contra él), ella se echó a reír, fuerte y agudamente—. ¡Por cierto, felicitaciones por su libro! Mary Richards me mostró un ejemplar el otro día. No deja de decirle a todo el mundo que le conoce personalmente.

—¿De veras? —Pretendió sonreír cínicamente; pero el placer convirtió su sonrisa en una expresión de alegre y ridícula sinceridad—. ¿Eso hace?

—Le lee a la gente pasajes en voz alta después de cenar. Estoy segura de que si se deja usted caer por allí, recibirá una acogida positivamente calurosa. —Alzó una ceja—. Muy calurosa.

—Quizá de ella —dijo Chico—. No de él. ¿No cree que esas personas son...? —y, observándola, decidió olvidar el asunto.

Pero ella no lo quiso olvidar:

—Eso es lo que decía ese escritor que todos ustedes, jóvenes, leían aquí hace algunos años: «El problema no es aprender a amar a la humanidad, sino a aprender a amar a aquellos de sus miembros que tenemos al alcance de la mano.»

Poemas escogidos 1930 - 1950, Piedras, Peregrinaje, Rictus, El momento dinámico, Un sentido de comienzo y La cartuja de Ballarat, todos ellos de Ernest Newboy, estaban reunidos detrás del escritorio, sujetos a los lados por dos estatuillas africanas. Los últimos tres volúmenes juntos eran dos veces más gruesos que los primeros cuatro.

—Bien, a ellos no los tengo al alcance de mi mano. Quiero decir, no pongo a sus amigos contra usted. Tengo algunos amigos propios realmente extraños.

—No pensé ni por un momento que lo estuviera haciendo, lo cual es una de las razones por las que me gusta usted. Y ellos no me han hecho nada..., todavía.

Él «todavía» le desafiaba con posibilidades. También probaba su reticencia. Así que preguntó:

—¿Cómo se llevan usted y Lanya..., juntas aquí?

—¡Oh, es una estupenda compañera de apartamento! Enérgica, viva... Es agradable tener a alguien tan agudo a tu alrededor. Cuando tuve que abandonar mi otro lugar..., pero usted no estaba allí para ello. Nos hubiera podido ayudar a mudarnos. Yo estaba mortalmente aterrorizada. En definitiva no ocurrió nada, pero tuve que hacerlo. Lanya me ayudó a encontrar este lugar. Siempre me ha gustado ella y..., bien, le sugerí que lo compartiéramos. Ha funcionado estupendamente, creo. La escuela está a sólo un par de manzanas de aquí. Los pocos pacientes que he cogido...

Sonó el timbre.

—Aquí viene uno. ¿Saben? —mientras pasaba por su lado en dirección al vestíbulo—, en realidad creí que era él cuando bajé a abrirles. —Hizo un gesto con la mano hacia otro pasillo—. La habitación de Lanya está ahí al fondo. Entre y despiértela. Sé que ella desea verle. —Oyeron sus pasos trasladarse del rítmico taconeo sobre el pasillo a los apresurados pasos por la escalera.

Denny dijo:

—Bonito, ¿no? —en voz muy baja; luego se chupó el labio superior, donde unos pálidos pelos se clavaban como finas agujas en la enrojecida piel—. ¿Quieres ir... a su habitación?

—Sí.

—De acuerdo. —Denny enfiló el pasillo.

No había bombillas en las elaboradas molduras del techo. Un enorme cuadro (alto como Denny, largo como Chico), enmarcado en dorado, pareció, cuando pasaron por su lado en las sombras, completamente negro.

—Esta puerta —dijo Denny.

Estaba entreabierta.

—Entra —dijo Chico. Denny no lo hizo; así que Chico entró.

Un aire cálido azotó su rostro. El calor tenía un asomo de gas..., frente a una chimenea de ladrillo, una estufa parpadeaba y siseaba a través de su rejilla inferior.

Lanya dormía en un sofá cama, bajo una sábana rosa. Delante de una enorme tela con violentos colores y sin marco, brazos de vegetación, blancos y púrpuras, se inclinaban sobre ella desde una docena de macetas, esparcidas por el alféizar de la ventana o colgando encima de la repisa de la chimenea.

—¡Cristo, hace calor! —exclamó Denny—. ¿Cómo puede dormir aquí dentro?

—Vamos —dijo Chico—. Despiértala.

Denny le frunció el ceño.

—Quiero mirar —dijo Chico.

La lengua de Denny se asomó por un momento por encima de su labio inferior. Avanzó unos pasos...

Ella estaba con la mejilla apoyada plana sobre la almohada y los hombros desnudos semi-cubiertos por la sábana. Su mano, cerca de su rostro, estaba doblada por la muñeca. Un talón, apoyado contra el borde, se asomaba por el otro lado, los dedos vueltos hacia dentro.

... puso una rodilla sobre el colchón (ella hizo Uhhhh, volvió el rostro hacia abajo, y su talón desapareció bajo la sábana), pasó la otra por encima de su cuerpo para montarla a horcajadas y sujetar su cabeza.

—Hey... —Un brazo se alzó y se agitó—. Maldita sea, suelta mi... —Se volvió sobre su espalda—. ¿Qué estás haciendo, eh...? Oh, hey... —El brazo descendió y se posó en la cadera de Denny—. Mira, querido, estoy dormida como un tronco, ¿eh?...

Denny agitó de nuevo la cabeza...

—Oh, vamos...

... y rió.

—Chico dijo que debía despertarte yo.

—¿Eh?

—Él quería mirar.

—¿Con binoculares desde el tejado al otro lado de la calle?

—Está aquí.

—¿Dónde? —Se alzó y miró por un lado de la pierna de Denny—. ¡Hey! —Una sonrisa se derramó por su rostro, mezclándose con su sueño como leche vertida sobre agua, mientras sus ojos se aclaraban como jade.

—Te traje algo —dijo Chico.

—¿A él? —Reclinó su cabeza en la cadera de Denny—. Me gusta. Es estupendo, y es muy dulce contigo. Pero estoy horriblemente soñolienta.

—No eso. —Chico sacó los libros—. Esto. —Se sentó en la cama.

La camiseta de ella estaba arrugada hacia un lado, y él pudo ver el lugar donde empezaba su pecho, y luego el pezón debajo de la tela. (Contempló la diferencia entre los dos colores, para los cuales solamente podía pensar en la palabra blanco.)

—¿Qué son...? —Se soltó de Denny, que se echó hacia atrás y se sentó sobre sus

talones, haciendo bambolear la cama—. ¡Oh! —Los tomó de sus manos, sonriendo.

—¿Qué son exactamente? —preguntó Denny.

—¡Los poemas de Chico! —dijo Lanya.

—Supongo que uno de éstos puede ser para ti.

—¿De veras? —preguntó Denny—. ¿Por qué no me lo diste antes, entonces?

Lanya le pasó a Denny su libro y abrió el de ella.

—Tiene realmente muy buen aspecto..., aunque me parece que te sentaste un cierto tiempo sobre él.

—¿Ya no estás enfadada conmigo? —preguntó Chico.

—¿Lo he estado alguna vez?

—A veces pienso que eres más extraña que yo.

—El Movimiento de Liberación de la Mujer nos ha hecho perder la prerrogativa de cambiar de opinión, ¿eh? —Suspiró—. Mucha gente se alegrará de saberlo.

—Hey —preguntó Chico—, ¿te acuestas con Madame Brown?

—¡No! —Lanya alzó la vista del libro, sorprendida—. ¿Qué te ha dado esta idea?

—No lo sé. —Chico se encogió de hombros—. A ella le gustan las jovencitas y, bien, tú estás aquí...

Lanya frunció el ceño. El libro golpeó la sábana.

—¿No pueden dos personas ser simplemente amigas en esta ciudad?

—Deberías acostarte con ella. —Denny levantó la vista de su libro.

—¿Por qué? —preguntó Lanya.

—Porque es tu amiga —dijo Denny.

El ceño de Lanya se frunció por un momento. Luego se echó a reír.

—¿Qué eres tú, el Dale Carnegie de la Contracultura? Hey, quita tu pie de ahí, ¿quieres?

Denny retiró su pie.

—¿Tú has escrito todo esto? —Volvió otra página, regresó a la portada, abrió de nuevo el libro. Volvió otra página, lo cerró, lo abrió—. ¡Hey!, ésta es la cosa que no dejan de anunciar en el maldito periódico, ¿no?

—Claro que lo es. —Lanya volvió también otra página—. Oh, eres un encanto trayéndomelo. —Alzó la vista hacia él, volvió a mirar el libro—. Yo..., de todos modos me temo que tengo que hacerte una confesión.

—¿Qué...?

—Ya he repartido como unos doce ejemplares a casi prácticamente todo el mundo que conozco. Y creo que me sé ya la mitad de los poemas de memoria..., en realidad ya me los sabía antes de que fueran publicados.

—Oh, está bien. —Chico intentó descubrir si aquello le hacía sentirse bien o mal.

—Iba a pedirte que me escribieras algo en el ejemplar que me he quedado para mí. Pero éste es mío ahora. —Lo alzó hasta su nariz—. Huele como tú. Creo que eso

es mucho mejor que un autógrafo.

Denny cerró su libro por sexta vez y lo olió.

—¿Te gusta como huele Chico?

—Mmmmmmm. —Lanya apoyó su brazo en el pecho de Chico y lo empujó hacia atrás—. ¿A ti no?

—Me provoca una erección —dijo Denny—. A veces. Pero no sé si me gusta.

Chico se tendió de espaldas.

—Supongo que es muy considerado por tu parte el que los hayas repartido. No sabía que estuvieras dispuesta a perder todo ese tiempo en ello. No, quiero que me cuentes algo más acerca de algunos otros de esos días que me he perdido. ¿Cómo permites que crezca toda esta jungla aquí dentro?

—Todas son coleos —dijo ella—. Crecen en cualquier parte.

—Inquietante —dijo Chico—. Has convertido esto en casi una jodida jungla.

—Las plantas son relajantes.

—Siempre que no te den un mordisco en la mano cuando estés intentando regarlas. —Enfocó su vista, a través del variado púrpura, en el yeso del techo (otro blanco distinto al de tela y carne)—. ¿Conozco a Wally Efrin?

—¿Wally? Por supuesto que lo conoces. Estaba en la comuna del parque. ¿Por qué?

—Lo matamos ayer.

Él pensó que ella iba a sobresaltarse bruscamente; no lo hizo.

—¿Qué?

—Ayer, uno de nuestros blancos más retardados le golpeó en la cabeza con un trozo de cañería: hasta matarlo. Tú estabas allí. Ocurrió abajo en la cocina mientras nosotros estábamos fuera en el balcón.

—Fue Dólar —dijo Denny.

—Señor... —susurró ella, con voz grave por la impresión.

—Dólar es aquel con el que hablaste cuando... —siguió Denny.

Hasta que ella interrumpió:

—Conozco a Dólar. ¿Wally?

—¿Quién era Wally? —Chico cerró los ojos.

—Era el muchacho que siempre hablaba de Hawai.

—Oh. —Chico abrió de nuevo los ojos—. Sí. Ahora lo recuerdo.

—¿Está... muerto?

—Alguna pelea estúpida. No sé lo que ocurrió. Todos estábamos allí, y nadie...

—Sé lo que ocurrió —dijo Denny—. ¡Dólar es un jodido loco! Alguien dijo probablemente algo que no debiera, y Dólar no supo como pararse.

Lanya chasqueó la lengua.

—Ése era Wally. ¡Chico, eso es terrible! ¿Qué va a pasar?

Él se encogió de hombros.

—¿Como qué?

En cuyo momento Denny inspiró profundamente y dijo: —¡Mierda, hombre! Escribes algunos poemas malditamente sangrientos. Éste acerca del chico que se cayó por el pozo del ascensor. ¡Huau...!

Chico miró a Denny.

—... «Las dos piernas... rotas» —Denny alzó unos desconcertados ojos—. «La cabeza pulpa, la cadera jalea...»

Chico tendió bruscamente un brazo, agarró el extremo del libro, lo atrajo hacia sí («¡Hey!, ¿qué...?», exclamó Denny), se apoyó en el regazo de Lanya para leer la letra impresa.

Pero Denny *había* leído mal la estrofa.

Chico apoyó su mejilla en las piernas de Lanya y Denny.

—¿Estás bien? —preguntó Lanya, y Denny acarició su rostro.

—Sí —dijo Chico—. Claro, estoy bien. —Alzó de nuevo la cabeza—. ¿Cómo sabes de qué se trata? El poema no dice nada acerca del pozo de un ascensor.

—Yo... Bueno, imaginé que tenía que tratarse... —Denny pareció sorprendido— ...de eso. Quiero decir, yo estaba allí, ¿recuerdas?

—Oh. —Chico volvió a apoyar su mejilla—. Sí.

—¿Sigue Dólar con los escorpiones?

—Sí.

—¿Está bien?

—Si Jetadecobre no decide matarle. John y Milly acudieron esta mañana con una delegación. Para protestar. Yo empecé a gritarle a Dólar. Sólo gritarle, eso fue todo. Únicamente para descubrir qué había pasado. No está realmente en sus cabales, ¿sabes?, y tienes que hablarle fuerte para poder llegar hasta él. Empezaron a ponerse quisquillosos.

Lanya dijo:

—Nunca he creído tampoco en la pena capital. Y Wally no era la persona más popular de los alrededores. Cháchara; cháchara-cháchara-cháchara. Podía llegar a ser irritante...

—Ése *no es* el asunto...

—¡Lo sé! Lo sé, créeme. Lo sé. —Lo acunó, inclinada sobre él—. Quiero decir que yo sólo...

—No crees en la pena capital mientras haya instituciones mentales, ¿no? Con pabellones para los violentos. Bien, aquí no tenemos pabellones para violentos. Tampoco tenemos cárceles.

—Pero tenéis que...

—Mira. —Chico se alzó sobre los codos y se volvió—. ¡Yo no creo en la pena

capital, punto! Creo que si una persona mata a otra porque está de ella hasta las pelotas, o simplemente lo desea, esto..., bueno, quizá no sea correcto. Pero un montón de personas reuniéndose y decidiendo matar a alguien porque *ellos* lo consideran correcto, *¡están equivocados!*

—Señor —dijo Lanya de nuevo—. Donatien Alphonse Francois de...

—¿Qué? —dijo Denny.

—No importa. —Eché hacia abajo las sábanas—. Salgamos a dar un paseo. Ya no tengo sueño.

Chico alargó repentinamente la mano para agarrar el pelo de Denny.

—¡Hey...!

Chico empujó al muchacho hacia abajo. Denny dejó caer el libro y sujetó el brazo de Lanya.

—¿Qué jodid...?

—¿Te gusta mi aliento?

Lanya dijo:

—Hey, ¿qué estás haciendo...? —y retrocedió, con el ceño fruncido.

El brazo de Denny aleteó. Chico lo agarró con su otra mano y forzó la cabeza contra sus rodillas.

—¡Vamos!, ¿te gusta?

—¡Mierda! —Lanya tiró de la muñeca de Chico—. *¡Déjalo!*

—¡Hey...! —Denny rió, fuerte y nerviosamente, y tiró; no pudo liberarse, y chilló un poco—. Vamos, déjame...

—¡Te gusta, pequeño bastardo!

Denny se aferró al muslo de Chico y crispó el rostro.

—¡Sí...!

—Chico, ¿quieres parar esto, por el amor de Dios...? Chico soltó bruscamente a Denny, alzó ambas manos en el aire.

—¿Ves?

Denny apoyó su otro brazo en el otro muslo de Chico. Con el rostro contra los tejanos de Chico, inspiró profundamente.

—Puedo hacerle estas cosas —dijo Chico a Lanya—. Le gustan. Te gustan, ¿verdad?

—Que te jodan —dijo Denny—. Sí, me gustan.

—¿A *ti* te gusta *mi* olor? —Lanya alzó bruscamente sus rodillas. Una de ellas pasó por encima de Chico. Lo sujetó por las orejas. Él empezó a decir: «Hey...», pero dejó que la palabra se convirtiera en un gruñido, y alzó la cabeza para ahogarlo entre sus piernas. Ella se inclinó y apretó sus brazos detrás de la cabeza de él—. ¿Te gusta mi jodido olor? Sí, te gusta... —y luego se echó a reír y se dejó caer sobre su costado. Los pies de la cama brincaron.

Él dijo: «Yum yumyummyumyummy», tan rápido como pudo. Las piernas de ella eran cálidas y bloqueaban sus orejas. Un ligamento se definió cruzando la mejilla de él.

Aún riendo, ella dijo:

—No creo que pueda mantenerlo durante tanto tiempo como tú, sin embargo.

Él liberó su boca.

—Me gusta de todos modos. Para desayunar, para comer, para cenar...

—Hey. —El rostro de Denny apareció encima de los muslos de Lanya—. ¿No estamos haciendo un montón de jodido ruido? ¿Qué tipo de paciente tiene ella ahí?

—Jesús... —Lanya se echó a reír.

—Es un chalado —dijo Chico—. Ella es una maldita jodida aprietatornillos. Toma a la gente loca como nosotros y hace que nos sintamos todos mucho mejor.

—Quiero ir a dar un paseo —dijo Lanya—. ¿Tendréis la bondad, vosotros dos, de levantaros y dejarme poner los pantalones?

—¿De veras es una aprietatornillos? —preguntó Denny—. ¿Tiene a algún tipo loco ahí dentro?

—Sí —dijo Lanya—. Ahora, ¿tendrás la bondad de sacar tu culo de encima de mi pie?

—Así que no quieres joder —dijo Chico.

—No es cierto. *Quiero* ir a tomar un poco el aire.

Chico tomó impulso, se levantó.

—De acuerdo. Estupendo. ¿Quién puede joder con todas estas atrapamoscas venusianas mirándote ansiosas, de todos modos? —Y se dio cuenta de que le hacían sentirse mucho más incómodo de lo que podía confortablemente admitir.

Sobre el escritorio, junto al alféizar de la ventana, estaba su bloc de notas.

—Una buena razón para salir de aquí —dijo Lanya.

—Dejé caer mi libro detrás de la cama —dijo Denny—. Está..., ah, aquí. Lo atrapé.

Chico fue al escritorio y abrió la mugrienta tapa. Dobladas dentro estaban las hojas del bloc de teléfonos, llenas con su escritura.

—Y las galeradas con tus correcciones están en el cajón de arriba de la derecha. —El final de su frase quedó ahogado por el movimiento hacia arriba de su camiseta—. El señor Newboy me lo trajo todo justo antes de marcharse, cuando no sabíamos dónde estabas.

Chico se sentó en la retorcida rejilla del asiento. Pasó rápidamente las hojas hasta que encontró una página blanca en sus tres cuartas partes. Tomó su bolígrafo. Las surcadas páginas sisearon a la presión de la punta. Escribió muy rápidamente, con el rostro crispado; sus labios se entreabrieron delante sus dientes, luego volvieron a apretarse. Donde su espina dorsal se aposentaba en el alvéolo del sacro, una tensión

suspendida empezó a relajarse. Ni él ni la tensión habían terminado cuando Denny, a sus espaldas, dijo:

—¿Chico?

Pero cerró la tapa del bloc de notas sobre la página. Luego se volvió. Lanya, sentada en la cama con sus tejanos y sus zapatillas, pero sin blusa, alzó la vista del libro de poemas.

Denny estaba de pie en medio de la habitación, con una mano plana sobre su cadera.

—Yo... hum... dijiste... Quería decirte, Chico, que, bueno, cuando tú actúas así conmigo y me llamas cosas y me llevas de un lado para otro, bueno, supongo que no me importa. —Bajó la vista y tragó saliva—. Pero no me gusta *tanto*. —La inflexión de la frase no se resolvió, así que añadió—: ¿Sabes?

Chico asintió.

—De acuerdo.

Denny osciló un poco, incómodo. De pronto Lanya depositó el libro en el suelo y se levantó y se situó detrás de él. Apoyó la barbilla en su hombro, los brazos en torno a su estómago. Denny apoyó su antebrazo en el de ella, acarició el dorso de su muñeca y aguardó.

Chico se levantó y rodeó con sus brazos a los dos; la desnuda espalda de Lanya bajo sus manos era muy cálida. Uno de ellos sujetó su muñeca. Al cabo de un momento Denny dijo:

—Estáis los dos con la posición equivocada. Él delante y tú en mi culo. No tengo ninguna posibilidad de nada. Hey... —Y tiró de Chico para que volviera a acercarse cuando empezó a retroceder. Lanya, con la cabeza inclinada, el pelo rozando la nariz de Chico por encima del hombro de Denny, alzó la vista con unos ojos muy, muy grandes..., y muy brillantes. Chico echó su aliento a su nariz. Denny culebreó.

—No creo que tres personas puedan besarse al mismo tiempo —dijo.

—Sí podemos —dijo Lanya—. Así, ¿ves?

Un minuto más tarde, con las cabezas muy juntas, los brazos rodeando las espaldas de los otros, Chico dijo:

—Esto es confortable.

—Creo —dijo Denny, bajando su cabeza entre las barbillas de los otros dos— que yo huelo más que cualquiera de vosotros.

—Mmm... —asintió Lanya.

—¿No dijiste algo acerca de que querías salir? —preguntó Chico.

Ella asintió de nuevo.

—¿Mmmm? Vamos.

Primero aire frío bajo su brazo izquierdo, luego bajo el derecho. Los dedos de ella en su pecho fueron lo último en abandonarle.

Miró hacia el escritorio y se preguntó si debía tomar el bloc de notas.

—Realmente hace calor aquí —dijo Denny.

—Oh, ¿quieres apagarla por mí?

—¿Cómo?

—No importa. Yo lo haré.

Chico alzó la vista: Lanya se agachó delante de la estufa, gruñendo y girando algo dentro de ella.

—Ya está. —Se irguió—. Vamos.

—¿No te vas a poner una blusa o algo? —preguntó Denny.

Los lados de la estufa, al enfriarse, chasquearon.

—¿Serás un encanto y me dejarás llevar tu chaqueta?

—Seguro. —Denny se la quitó—. Pero no te va a tapar las tetas.

—Si quisiera taparlas, me pondría una blusa. —Tomó la chaqueta—. Hay algunas ventajas en vivir en esta ciudad.

—Eres una curiosa señorita.

—Y tú eres un curioso muchacho.

Denny se mordió el labio unos instantes, luego hizo un profundo gesto de asentimiento.

—Sí, sospecho que soy jodidamente curioso.

—¿De qué te ríes? —preguntó Lanya a Chico.

—De nada —y terminó riendo más fuerte—. Tú también vas a ponerte cadenas y ser un miembro...

Ella meditó unos instantes, chupándose el labio inferior.

—No. —Un pezón era apenas visible debajo de la solapa de piel. El otro quedaba cubierto—. Sólo siento curiosidad.

—Y tomó su armónica del suelo, junto a la cama.

Juegan conmigo a posturas violentas. A la deriva en la violenta ciudad, no sé qué pegajosidad clava palabras y lengua. Las mantiene allí, sujetas al suelo muscular. No ocurrirá nada. ¿Cuál es la forma más sencilla de decirle a alguien como Kamp o Denny o Lanya que todos sus días han convertido en absurdo su juicio de la noche? Puedo escribir sobre ello. ¿Por qué perderlo en ese medio día? Mantenerlo en la boca destila una furia que gotea amarga garganta abajo, una sustancia para la mano. No es en eso en lo que estoy pensando. Esto es simplemente (pensó) lo que se siente al pensar.

Había quietud en la sala de estar. En el arranque de las escaleras, Denny empezó a reír quedamente. Lanya les apresuró hacia abajo. Llegaron histéricos al porche.

—¿Qué es eso tan divertido? —preguntó ella tres veces; tres veces su rostro se recuperó de las contorsiones de la hilaridad.

Chico pensó: hay un momento en su risa donde ella está *realmente* fea. Buscó qué

era, lo vio cruzar su rostro de nuevo, y se descubrió a sí mismo riendo aún más fuerte. Ella tomó su mano, y él se sintió muy alegre de que lo hiciera. La estridencia de su propia voz se ablandó.

Denny se tranquilizó también, a partir de algún alivio que Chico no acabó de entender.

—¿Dónde está tu escuela? —preguntó Chico.

—¿Eh?

—Denny me dijo que estabas enseñando en una escuela. Y Madame Brown me habló de unas clases.

—Tú me hablaste de la escuela —dijo Denny.

—Es ahí abajo mismo. Allí es donde vamos ahora.

—Estupendo.

Ella se mordió los labios y asintió; luego deslizó su brazo hacia arriba para enlazar el codo de Chico, tendió su otra mano a Denny..., que fingió no verla y caminó por el bordillo como si fuera sobre una cuerda floja. De modo que ella soltó también la mano que sujetaba a Chico.

La chaqueta verde era nueva. La camisa entre los dientes de latón de la cremallera parecía vieja. Apareció doblando la esquina, tambaleándose, la cabeza ligeramente bajada. Sus vacilantes pasos lo llevaban indiscriminadamente a derecha e izquierda. ¿Veinticinco años? ¿Treinta? Su pelo negro le llegaba casi hasta el hombro. En el huesudo rostro no había nada que se pareciera a unos ojos. Se acercó..., tambaleándose. Sus delgados párpados estaban fruncidos sobre unas hundidas y descarnadas órbitas tan lisas como la parte interior de una taza de té. De una de las ventanillas de su nariz colgaba un hilo de moco. Avanzó, eludiendo la farola con un afortunado giro. Colgado de su cuello con un cordel llevaba un cartón donde había escrito a mano, con bolígrafo:

«*Por favor ayúdenme. Soy sordomudo*».

Denny se acercó a Lanya y sujetó su brazo. El ciegomudo pasó.

—Huau —empezó a decir Denny, en voz muy baja. Luego contuvo la respiración.

El recio y rubio mexicano con la camisa de franela sin cuello salió apresuradamente de un portal. El irregular sonido de las botas de cowboy del ciegomudo se detuvo cuando el mexicano aferró su hombro; su cabeza se alzó y giró en el aire como si estuviera oliendo mientras el mexicano sujetaba la mano del ciegomudo. Apretó su puño contra la palma del mudo y apretó de nuevo, elaborando diferentes formas. El ciegomudo asintió. Luego los dos se apresuraron hacia la esquina, cogidos del brazo.

—Mierda... —dijo Denny, y había un asomo de interrogación en su voz. Miró a Lanya—. Le vimos antes, ¿sabes? Al hispano grande. Empujó a Chico, ¿sabes? Simplemente apareció en la calle, se lanzó contra él y lo empujó.

—¿Por qué? —preguntó Lanya. Alzó un brazo para sujetar la solapa derecha de la chaqueta de Denny con su mano izquierda.

—No me digas que todo lo que ocurre en esta jodida ciudad lo hace por alguna razón —dijo Chico—. No lo sé.

—Bueno —dijo Lanya—, normalmente, en Bellona, todo ocurre por... —Hizo chasquear la lengua—. ¿Sordo y ciego? Eso es malo. En una ocasión estuve en San Francisco. ¿Conoces la oficina de beneficencia de Mission Street?

—Sí —dijo Chico—. Intenté acogerme a ella, pero no me dejaron.

Ella alzó una ceja.

—Estaba pasando por su lado... ¿leyendo los letreros de la Page Glass Company?, cuando bajé la vista y vi a una mujer rechoncha con una bata floreada conduciendo a aquel viejo con un bastón. Pero cuando llegó a las escaleras, se detuvo para tantear a su alrededor. Y estaba diciendo: «Ahora lo sé..., ahora sé dónde está.» Tres pasos más, y me di cuenta de que ella también era ciega. Les observé hasta que finalmente cruzaron la puerta. Era fascinante y horrible a la vez. Pero cuando seguí mi camino, empecé a pensar: Qué maravillosa imagen para la mayor parte de la historia humana, sin mencionar la política actual. Prácticamente todas las relaciones que conozco tienen algo de esto en... Y entonces, por supuesto, aquel pensamiento me sorprendió, y me eché a reír, allí en medio de la calle. Pero lo curioso es que nada de aquello se me había ocurrido mientras los estaba observando. Y todo lo que pude hacer fue pensar en lo afortunada que era cuando había decidido no ser artista, ni escritora, ni poeta. Porque, ¿cómo puedes usar una experiencia perfectamente real como aquella en una obra de arte de hoy, tú lo sabes?

—No lo capto —dijo Denny—. ¿Qué quieres decir? —(Sin la chaqueta de Denny, Chico observó que una de las cinco cadenas que llevaba Denny era de cobre. Su espalda y sus hombros, salpicados aquí y allá de rosa, parecían blancos como piedra.)

—Es sólo que... —Lanya frunció el ceño—. Bueno, mira, Denny..., ¿has oído la expresión...?

No la había oído.

Cuando intentaron explicárselo durante una manzana y media, Chico se dio cuenta de que Denny estaba ahora entre ellos una vez más. («¿Pero *por qué* no puedes usar algo que alguien ya ha dicho?», preguntó Denny una vez más. «Quiero decir, si dices de dónde lo has tomado, quizá...»), pero Chico no pudo recordar haber cambiado de sitio: volvió a cambiarse bruscamente.

—Ésta es la escuela. —Lanya apretó el brazo de Chico—. No lo parece, lo sé. Pero supongo que eso es precisamente lo que importa: que no lo parezca.

—Parece más bien una farmacia —dijo Denny—. Yo no pondría una escuela en ningún lugar que pareciera una farmacia. Quiero decir, no aquí.

—Era una tienda de ropas —dijo Lanya.

—Oh. —La lengua de Denny creó un montículo en su mejilla—. Te digo que parece una farmacia.

—Espero que no. —Lanya parecía realmente preocupada.

—No creo que debiera parecer ningún tipo de tienda —dijo Chico—. Quiero decir, si no quieres que la gente entre a saco en ella.

—Ésa era la idea —dijo Lanya—. No creí que pareciera ningún tipo de tienda. Al menos desde que quitamos el cartel. Sólo una casa con una ventana delantera muy grande. No hay nada escrito en ella.

—He visto farmacias así. —Denny asintió con la cabeza para corroborarse a sí mismo—. La gente de aquí siempre está entrando a saco en las farmacias y en las consultas de los doctores porque creen que podrán encontrar mierda en ellas. Y a veces encuentran.

Lanya tomó el picaporte.

—Pensé que parecía más bien un café. —La puerta se abría hacia dentro.

—Eso es porque el escaparate está tan sucio que realmente no importa.

—Está oscuro, sí —murmuró Denny—. Tenéis electricidad ahí dentro, ¿no?

—Hay quinqués —dijo Lanya—. Pero creo que será mejor que no los utilicemos ahora.

—Enciende tus luces —le dijo Chico a Denny. La mano de Denny hizo resonar sus cadenas.

La mano de Lanya se alzó para escurar su rostro.

—¡...eso me ha cogido por sorpresa! —Se echó a reír.

Las sombras de las sillas giraron en el linóleo cuando lo que había sido Denny se dirigió hacia una tarima con una pizarra.

—Lo que sí puedo decir es que parece una escuela *por dentro*.

—En realidad empezó como una guardería diurna. ¡No tenéis ni idea de cuántos niños hay en Bellona! Nosotros tampoco. No todos vienen aquí.

—¿Cuidas de ellos mientras sus padres van a trabajar? —preguntó Chico.

—En realidad no sé lo que ellos... —le miró, cerró los labios, los apretó contra sus dientes— ...lo que hacen sus padres. Pero los chicos están mejor jugando entre ellos en algún lugar seguro. Y podemos enseñarles cosas aquí. Cosas como leer; y aritmética. Paul Fenster fue quien lo empezó. La mayoría de los niños de mi sección, en realidad de todas las secciones, son negros. Pero tenemos a tres chicos blancos que estaban escondidos con sus padres en los almacenes Emboriky's.

—Mierda —dijo Denny—. ¿Cogéis a esos bastardos?

—Alguien tiene que hacerlo.

—No creo que yo *me enamorara* de ninguno de ellos.

—Sí, lo harías. Todos ellos son listos como el demonio. —Tomó un quinqué que había caído de su clavo y lo volvió a colgar en su sitio—. Cuando Paul sugirió que yo

me ocupara de una sección, al principio me lo pensé. No soy un cruzado social. Pero no creeríais lo buenos que son esos chicos. Y tranquilos. Aunque tienen todos siete, ocho y nueve años, es un poco desconcertante lo tranquilos que pueden estar. Diría que prácticamente no hacen nada.

—Lo más probable es que estén mortalmente asustados.

Lanya hizo una mueca.

—Me temo que eso sea precisamente lo que ocurre.

—¿De ti? —La gran luz que era Denny osciló.

—No. —Lanya frunció el ceño—. Sólo asustados. Fue idea mía intentar enseñarles algo..., sólo para pasar el tiempo. Funciona mucho mejor que dejarlos correr sueltos..., principalmente porque no corren. —Parpadeó—. Se limitan a quedarse sentados, inquietos y con aspecto infeliz. —Se volvió hacia la mesa—. Bueno, sea como sea...

El rostro de aluminio de una grabadora de cuatro cintas, interrumpido por una multitud de diales, hileras gemelas de mandos, pulsadores y múltiples orificios para clavijas, brillaba encima de un lío de cables entre los que se divisaban micrófonos de pie y varios auriculares.

—... puesto que estáis aquí —Lanya colocó bien el pie de uno de los micrófonos—, podríais ayudar un poco. Quiero intentar algo en lo que estuve trabajando en... ¡Denny, si quieres seguir con esa cosa encendida, por favor estate quieto! ¡Me distraes!

—Está bien. —Una silla raspó contra el suelo al ser echada hacia atrás. La luz de Denny, parpadeante, descendió sobre ella y la tragó—. Está bien. ¿Qué tenemos que hacer?

—Puedes empezar permaneciendo quieto. —Pulsó un interruptor; dos cintas giraron—. Luego ya es más complicado. Ésta es una máquina grande. Son dos grabadoras de cuatro pistas reversibles en un solo chasis, con ajuste automático. —Pulsó otro botón; las cintas disminuyeron su girar. Tocó unas notas en la armónica hacia un micrófono, pulsó el botón de *parada*. Otro dedo descendió sobre una tecla negra. Las cintas se detuvieron, empezaron a girar en la otra dirección; otro dedo descendió.

Las cintas frenaron su girar, se detuvieron.

Otro dedo.

Giraron en la otra dirección.

Desde debajo de la mesa —los ojos de Chico bajaron sorprendidos hacia la rejilla metálica del altavoz—, la armónica, dos veces más fuerte y con eco, sonó como un órgano.

Lanya giró un botón.

—El nivel está un poco alto. Pero ése es el efecto que quiero para la tercera pista.

La cinta volvió hacia atrás (más botones: *chud-chuk*), cambió. Lanya tocó otras notas y las hizo sonar.

—Hey —dijo Denny—, en la cinta suena como si tú estuvieras tocando.

No, pensó Chico. Suena completamente distinto. Dijo:

—Suena muy bien. —Pero distinto.

—Así ya está casi bien —dijo Lanya. Giró mucho un botón, y luego otro, sólo un poco—. Eso tiene que funcionar. —Pulsó otra tecla—. Ahí vamos. Estaos quietos ahora; estoy grabando.

La pata de la silla de Denny chirrió contra el suelo.

Lanya le miró, con el ceño fruncido, por encima del hombro y se situó delante del micrófono. Sin alzar el tacón de su zapatilla, empezó a mover la rodilla para marcar el ritmo. Sus hombros se redondearon bajo las hombreras de la chaqueta de Denny. Tocó una larga y sostenida nota. Y otra. Una tercera pareció deslizarse por entre ellas, retrocedió, colgó en la semioscura habitación —la luz brillaba entres de los diales; una línea roja, fina como un cabello, se agitó—, dio la vuelta sobre sí misma y se convirtió en otra nota, hizo algo en las cejas de Chico, que se fruncieron. Y Denny había apagado su escudo.

Lanya tocó.

Chico escuchó, y recordó haber estado agachado entre oscuras hojas, hojas que cosquilleaban su mandíbula, mientras ella se alejaba allí delante, desgranando una brillante música. Luego algo en la melodía lo trajo de vuelta al aquí y ahora de la habitación, las ruedas de plástico girando, el brazo tensor oscilando dentro de su bucle de cinta, las agujas moviéndose, tres (de las cuatro) luces señalizadoras brillando como puntas de cigarrillos. La música era más intensa que la memoria; fragmentos emocionales, sin escenas referentes, se resolvieron a través de las lentas y quebradizas notas. Ella movía su boca y su frente; sus dos dedos índices se alzaron verticales sobre el metal plateado (sus uñas estaban ligeramente sucias; la música era totalmente hermosa), luego se cerraron. El metal plateado se deslizaba entre sus labios. Tocó, tocó más, tocó algo que había tocado antes, luego llevó la melodía a sus cadencias finales, arrastrándola hasta un inesperado tono, y lo sostuvo en la secuencia resolutoria de acordes; un pequeño gorjeo de notas cayó dentro de ella, cada dos compases; y cayó; y cayó.

Bajó la armónica, aferrada con ambas manos, contra su pecho, y sonrió.

Después de quizá diez segundos, Denny aplaudió. Sacó su piernas encajadas debajo de la silla, se puso en pie apoyado sobre sus talones y rió.

—¡Es estupendo! ¡Es hermoso!

Chico sonrió, apoyó los dedos de su pie desnudo sobre su bota, echó los hombros hacia delante; sus manos se anudaron en sus rodillas.

—Sí...

Lanya sonrió a los dos, paró las cintas.

—Todavía no he terminado. Vosotros, muchachos, tenéis que ayudar en la siguiente parte. —Conectó un juego de auriculares, se lo tendió a Denny—. No los dejes caer...

Casi lo hizo.

Ella fue a coger otro juego para Chico; pero él se agachó y los tomó. Una maraña de cables colgó hasta el suelo.

—Voy a colocar otra pista encima de ésta. ¿Recuerdas aquella pequeña parte justo antes del final? Bien, esta vez tenéis que dar una palmada ahí, cinco veces, cada vez un poco más fuerte. Y lanzar una especie de grito o ululido o algo así con la última palmada. —Hizo sonar de nuevo aquella parte.

Denny empezó a palmear.

—Sólo cinco veces —dijo ella—. Luego el grito. Yo os daré la entrada. Probemos. —Lo hicieron. Denny ululó como una locomotora de vapor, lo cual hizo que Chico se echara a reír.

—Oh, *vamos* —dijo Lanya—. ¡No tenéis que tomároslo a broma!

Lo probaron de nuevo.

—Eso es. Poneos los auriculares, y lo grabaremos.

Las envolturas de gomaespuma apretaron los oídos de Chico y redujeron otro nivel el silencio de la habitación.

—Ahora voy a tocar algo completamente distinto. —La voz de Lanya sonaba metálica y distante a través de los auriculares—. Pero os haré una señal con los codos. —Agitó uno de ellos y se puso sus propios auriculares. La chaqueta osciló apartándose de sus costados—. Ahí —conectó la cinta. Por un momento el silencio en los auriculares de Chico crujió— vamos.

Chico oyo crujir la pata de la silla de Denny; pero estaba en la cinta.

Luego sonó una larga y sostenida nota.

Sobre ella, Lanya empezó, cuando se estableció el ritmo, a hacer revolotear, como insectos, agudos tripletes, primero aquí, luego medio tono más alto, luego uno más bajo. Su boca recorría los orificios de la armónica, extrayendo una especie de gruñido de los más bajos. Luego un cambio: los tripletes altos sonaron de nuevo. La vieja melodía se desenrolló junto a ellos y decorada por ellos: cada vez que llegaba el tercer grupo, entraban en una nueva armonía, y hacia la cadenciada entrada de Chico y Denny.

Denny se inclinó hacia delante, con los ojos muy abiertos, las manos tendidas y levantadas, como si sujetaran un invisible globo. Las puntas de los dedos de Chico cosquillearon su palma... Tenía la cabeza inclinada para captar el ritmo; sus ojos estaban clavados a la parte superior de sus órbitas para observar a Lanya.

Lanya echó todo su cuerpo hacia atrás y bajó los codos contra sus costados.

El globo de Denny estalló.

La palma de Chico punzó, y punzó de nuevo. Y de nuevo. Y de nuevo —el sonido, y su cabeza, se alzaron— y de nuevo: su rostro estalló con ruido y repentina alegría.

A través de los auriculares, desde debajo de su grito, la áspera trama del final, con el pequeño trémolo cayendo una y otra vez, aferrado a su extraño tono, lo trajo todo a su adecuado final.

—Os gusta, ¿eh? —Lanya sonrió por encima del hombro, hizo retroceder la cinta—. Quiero grabar otra pista aún. Vosotros, muchachos, tenéis que hacer lo mismo otra vez. —Ante el ceño fruncido de Denny explicó—: Porque quiero que suene como toda una *habitación* llena de gente dando palmas, no sólo vosotros dos. Ved si podéis gritar en un tono distinto. Quiero decir, si antes lo hicisteis agudo, ahora hacedlo bajo. Y viceversa.

—Seguro —dijo Denny—. ¿Dónde aprendiste a hacer esto?

—Chiss —dijo Lanya—. Simplemente hacedlo. No tengo que tocar mucha cosa con la armónica en esta pista. Pero no dejéis que esto os desconcierte.

Chico asintió, apartó los auriculares de sus oídos —dos anillos de transpiración se enfriaron—, luego volvió a colocarlos en su sitio.

—Ahí vamos. —Lanya miró hacia atrás—. ¿Preparados?

El crepitar...

El chirrido de la silla...

Luego la larga nota sostenida...

Lanya reforzó la primera frase con notas medias, se quitó la armónica de la boca, dio un paso hacia atrás, y silbó otra frase sobre el tranquilo principio. Una de las armónicas, ya grabada, recogió el silbido. Chico comprendió de pronto el movimiento entre suave y fuerte establecido en las dos pistas ya grabadas; Lanya silbó otra vez. De nuevo las armónicas arrastraron el silbido hasta su desarrollo parecido a un órgano. Volvió a llevarse la armónica a la boca, tocó algunas notas bajas en otra sección, aguardó, miró a Chico, a Denny. Otros treinta segundos de música: de pronto silbó agudamente y bajó los codos.

Chico y Denny batieron palmas.

Lo mismo hizo Lanya, apartándose una larga zancada del micrófono, inclinando *la cabeza* y golpeando el dorso de su mano que sujetaba la armónica contra la palma de la otra. Dieron cinco palmadas, y gritaron todos, en conjunción con las voces ya grabadas. Una vez más Lanya se acercó al micrófono, la armónica en la boca, tejiendo altas y quebradas notas a través del tapiz del final.

Luego silencio.

En voz baja, respirando fuerte, dijo:

—Ya está... —y apretó un botón. Las cintas se detuvieron.

—¡Jesús...! —Denny se puso en pie—. ¡Eso ha sido fuerte! ¿Dónde conseguiste la grabadora? Quiero decir, ¿cómo has aprendido...?

—Paul se la pidió prestada a la Reverenda Tayler para mí.

—¿Habías hecho esto antes muchas veces? —preguntó Denny.

—No. —Lanya se quitó los auriculares, los colgó de la barra del micrófono—. Sólo es algo que quería probar. He trabajado con cintas antes, pero...

—¡Oigamos como queda! —dijo Chico. Se quitó los auriculares y se situó al lado de ella.

—¿Cómo vas a llamarlo? —Denny dejó sus auriculares encima de la mesa.

—Cuidado —dijo Lanya—. Son delicados.

—Lo siento... ¿Cómo se llama?

—Por un tiempo... —pasó su pulgar a lo largo del pecho de Chico— pensé en llamarla *Prisma, Espejo, Lentes*. Pero luego... —Denny desapareció en su bola de luz; Lanya miró de reojo, retrocedió un paso—, ¿qué hay de esa gran cosa que vimos arriba en el cielo...? No sé. Quizá simplemente lo llame *Difracción*. Me gusta.

Manteniendo los labios tensos entre sus dientes, Chico asintió.

—Adelante. —Los labios se relajaron, y notó su hormigueo—. Tócala.

Denny se volvió como un helado nódulo de gas incandescente, avanzó hacia el centro de la estancia.

Las cintas giraron.

—Ahí vamos...

Denny se inmovilizó.

—Quiero que tengáis en cuenta —Lanya depositó su armónica sobre la mesa, luego alzó un dedo— que hacer algo como esto toma normalmente seis u ocho horas; no llevamos aquí más de dos horas.

Desde los altavoces de debajo de la mesa, la pata de la silla de Denny chirrió.

Chico depositó suavemente sus auriculares y escuchó.

(Pensando: ¿Difracción temporal? ¿Dos horas? ¡Habían parecido quizá veinte minutos!)

La larga nota sostenida.

De alguna manera, perdido en una máquina, he sido *capaz* de captar y desgajar del cuerpo de la experiencia tres capas de tema viviente: ella los ha inscrito con su música, los ha situado uno encima del otro de modo que, adelgazados por la cinta y los transistores, sus silencios transparentes y sus agregados auditivos, tal como ella, su inventora, los concibió, resulten claros para mí, el inventado, al menos. (En la cinta, Lanya silbó y creó música con su silbido, con la armónica acunando sus altas y quebradizas notas con las suyas, más bajas y susurrantes). ¿Esto es lo que resulta (pensando:) cuando resulta? Esto es una melodía, ¡y aquí —el agudo silbido que Chico se dio cuenta de pronto que era la auténtica señal musical para que empezaran

las palmadas— es donde empieza! Escuchó a una habitación llena de gente dando palmadas al unísono. Una de las pistas tenía un fuerte eco y hacía que las palmadas parecieran brotar de docenas de manos. Las palmadas ascendieron; reconoció su propia voz, y la de Denny, y la de Lanya; pero había muchas otras. Sus gritos murieron en una discordancia que una sola armónica no hubiera podido conseguir nunca.

Pero probablemente ellos tres sí podían.

El final se resolvió en el agudo tono de apoyo; cascadas de notas cayeron en él, y cascadas de notas brotaron de él, el acorde que era como un gemido. El sonido se aferró a su cuerpo, tensó su estómago.

Lanya escuchó, los brazos a sus costados, la cabeza bajada, el ceño fruncido por la concentración. Las blancas joyas de sus dientes superiores dentaban un lado de su labio.

La pieza terminó.

Ella siguió escuchando.

Entonces Denny aplaudió y se echó a reír. Otro Denny, encima de él, gritó: «¡Hua-juuu!» Y Denny, al otro lado de la habitación, encajado en luz, dijo:

—Hey, ¿sabéis que tenemos compañía aquí dentro? Mirad ahí atrás...

Lanya alzó bruscamente la cabeza. Cortó la cinta.

La luz de Denny estaba cerca del oscuro ángulo de la estancia.

—Detrás de la pizarra de ahí.

—¿Eh? —Chico avanzó un paso.

—Hay una gran puta negra ahí detrás, y, hombre, ¡está a punto de cagarse!

—¡Denny! —exclamó Lanya, y corrió hasta más allá del borde de su luz, que giró, riendo, detrás de ella.

Chico empujó hacia un lado la pizarra, bajó la vista.

Las ruedas del plafón de la pizarra se encallaron y se detuvieron con un crujido.

La mujer llevaba un sombrero negro y un sobretodo negro, con el arrugado dobladillo en el suelo en torno a ella. Alzó parpadeante la vista hacia ellos, buscando a tientas las asas de cuerda de la bolsa de la compra que tenía a su lado. La agarró, tiró de ella hacia sí, respiró una palabra que era todo aire.

—¿Qué desea? —preguntó Lanya—. ¿Se encuentra... usted bien?

Los ojos de la mujer se entrecerraron ante la luz que era Denny, se posaron en Chico y se abrieron mucho. Parpadeó de nuevo.

—Tienen ustedes zumo y galletas...

—¿Qué?

—¿No es esto la escuela? —Su voz era aún jadeante—. ¿No tienen ustedes zumo y galletas para los niños? ¡Oh, lo siento! —Su nudillo se alzó para apoyarse en la doble papada de su barbilla, un gesto que recordaba a June—. Pensé que podía tomar

algo de aquí, ¿saben? Vivo en Cumberland Park. Y la tienda donde he ido siempre a buscar comida ya no tiene nada. Voy a ella cada día y tomo un poco cada día, pero fui ayer y simplemente ya no quedaba nada. Nada en absoluto. Oh, Dios... ¡para mis niños! ¡Lo siento tanto!

—Entonces —dijo Lanya—, ¿por qué no ha ido usted a otra tienda?

—¡Oh, lo siento! De veras, yo...

—¿Tenéis zumo y galletas? —preguntó Denny—. ¿Por qué no le das un poco?

—Porque esto es... —Los labios de Lanya se agitaron sobre la pantalla de dientes de detrás—. Espere aquí. —Salió del círculo de la iluminación de Denny; Chico oyó una puerta.

La mujer trasladó su bolsa a la otra mano.

—Robar para los niños. ¡Es tan horrible! —Su voz era débil y grave como la de un hombre.

Lanya volvió a la luz. En un brazo llevaba dos latas de litro de zumo de uva, en la otra dos cajas de galletas Tollhouse envueltas en brillante celofana.

—*Tome esto*. Pero no vuelva por aquí. No entre por la fuerza e intente llevarse nada. Busque otra tienda. Hay una cuatro manzanas más arriba de aquí que todavía tiene cosas. Y hay otra a una manzana y media más abajo, justo al lado de la tintorería incendiada.

La mujer, con la rosada punta de la lengua entre los labios, parpadeó y abrió la bolsa.

Las latas y las cajas fueron a parar ruidosamente dentro.

Lanya se dirigió a la puerta delantera y la abrió.

La mujer miró a Chico, a la luz que era Denny, completamente alterada, y caminó insegura hacia la puerta. En ella, dudó, se volvió bruscamente a Lanya:

—¿Enseña usted a los niños pequeños vestida así, medio desnuda y con los pechos colgando de esta forma? ¡Oh, eso es *terrible*! ¡Es una desgracia para Dios! —Luego se marchó a toda prisa, con el borde del sobretodo oscilando sobre sus veloces tacones.

—¡Hey, traiga eso! —Denny (las luces flaqueando) corrió tras ella—. ¡Devuélvanos nuestro maldito zumo y...!

—¡Denny! —Lanya le bloqueó en la puerta.

—¡Quiero decir que nos devuelva toda esta mierda! —Se agitó entre los brazos que lo retenían, sacudiendo la cabeza—. ¿Por qué le has dado la maldita comida?

—Oh, vamos. Déjalo.

—Quiero decir, maldita sea, ¡ni siquiera ha dicho si le había gustado o no tu música!

Lanya apoyó una mano en el hombro de Denny.

—Bueno, quizá tuviera tanta hambre que realmente no le importara la música.

Ocultá ahí detrás durante un par de horas...

—Entonces, ¿por qué esa preocupación tuya por tus tetas? —Denny apartó la mano de ella con un gesto—. No debería haber salido. Hubiéramos tenido que hacer algo. ¡Mierda!

—Bueno, no voy a dejar que me preocupe —dijo ella—. Así que no dejes que te preocupe a ti.

Chico pensó: ¿Cómo consiguió entrar ahí dentro? Luego pensó: Eso era exactamente lo que estaba pensando..., eso era lo que deseaba decir.

—Sí, vayámonos, ¿eh? —Se echó a reír, y pensó: ¿Cuál era el pensamiento que simplemente se deslizó y cayó de encima de la mesa en mi mente?

Chico les siguió fuera. Y pensó: Está preocupada.

—Cierra la puerta, ¿quieres? —dijo Lanya.

—Por cierto —empezó Chico—, ¿cómo consiguió...?

Denny volvió la vista para mirarle.

Lanya no lo hizo.

—¿Sabéis? —Chico se adelantó hasta situarse al lado de ella—. Me pregunto si alguna vez ha habido realmente algún niño ahí dentro. Quiero decir que cada vez resulta más y más difícil creer en algo que no...

—¿Eh? —Lanya alzó la vista.

Sumida en sus pensamientos, no le había oído.

Él le sonrió y se frotó la nuca.

—*Difracción* —dijo—. Me gusta.

—Mmmm. —Ella echó la cabeza hacia atrás y la agitó. Su pelo rozó la mano y la muñeca de él.

—¿Qué vas a hacer con ello? —preguntó Chico.

Lanya se encogió de hombros.

—No lo sé. ¿Qué vas a hacer tú con tus poemas?

Él se encogió de hombros.

—Quizás escribir... algunos más.

Ella deslizó su hombro bajo el brazo de él.

—Quizá yo componga algo más..., quizá. —De pronto dijo—: ¿Una desgracia para ellos? ¡Realmente!

Denny, que caminaba siguiendo el bordillo, escarbando en su pecho, miró hacia atrás. Y sonrió.

Lo que ella piensa, meditó Chico, es raras veces lo que parece que esté pensando. A veces (mientras caminaba, catalogó incidentes) había hallado que sus pensamientos eran mucho más sencillos que sus complicadas expresiones de ellos. Otras veces (su catálogo fue más largo) más complejos.

Denny, sujetando sus cadenas con ambas manos y caminando con la cabeza gacha

para examinar lo que había al lado de sus pies, era mucho más sencillo, malicioso, torpe y (el atractivo más allá del cuerpo) predecible.

Lanya alzó la armónica (¿cuándo, intentó recordar Chico, la había tomado de la mesa? Pero aquello se había perdido también, con todo lo demás) hacia su boca. Su pelo tiró del antebrazo de él cuando ella dio unos pasos, adelantándose; su brazo se deslizó chaqueta abajo, cayó.

Ella se inclinó sobre el plateado instrumento. Luego lo bajó. Luego lo hizo girar entre sus manos. Luego volvió a alzarlo. Luego lo bajó de nuevo.

En el arranque de las escaleras, Chico se inclinó para rascar la cabeza de Muriel, que lamió furiosamente la palma de su mano.

Madame Brown apareció en el vestíbulo y dijo:

—¡Ni siquiera sabía que habíais salido! Hubiera jurado que os oí hace un momento en la habitación de Lanya. ¿Queréis un poco de vino o café?

—¿Pueden ser las dos cosas? —preguntó Denny.

—Por supuesto.

—Sólo vino para mí —dijo Lanya—. Probablemente eso es lo que quieres también tú, ¿verdad?

—Sí —dijo Chico—. Gracias.

Siguieron a Madame Brown a la cocina.

—¿Quiere venir a mi fiesta? —preguntó Chico—. Arriba, en lo del señor Calkins.

—¿Ésa que da con motivo de tu libro, ésa de la que habla todo el mundo? —
Madame Brown sonrió. Su collar brilló.

—¿Eh? Oh, sí. Supongo que es ésa.

—Me encantará.

Lanya, con las piernas cruzadas, alzó las patas delanteras de su silla.

—A mí todavía no me ha invitado. —Sobre ella, en la ventana gris, una esparraguera se agitó ligeramente.

—Oh, ya sabéis que vosotros dos estáis invitados. —Chico se sentó en un taburete de la cocina.

—¿Das una fiesta? ¿Arriba en lo de Calkins? —Denny, con las manos en los bolsillos, estaba inclinado sobre el hornillo. Se apartó para dejar que Madame Brown cogiera el pote esmaltado del café.

—Será una buena fiesta —dijo ella.

—Me dijo que trajera unos veinte o treinta amigos. Voy a llevar a todo el nido.

—¡Maravilloso! —Lanya aplaudió—. Estoy segura de que eso es lo que él quiere.

—¿De veras? ¿Lo crees así?

Madame Brown, dubitativa, dejó sus gafas a un lado y tomó el garrafón de vino del suelo.

—Bueno, será interesante. —Fue a sacar el tapón, contorsionando el rostro con el esfuerzo—. Es dentro de tres domingos, ¿no? —El tapón parecía estar encallado—. Mary nunca me lo perdonará si voy. Me ha invitado a cenar. Pero no me lo perdería por nada del mundo.

—Déme. Yo lo haré. —Chico abrió el garrafón y sirvió el amarillo vino—. ¿Tiene muchos pacientes aquí?

Madame Brown, sentada en lo que parecía ser una silla de jardín, observó su vaso.

—Unos cuantos. ¿Le *gustaría* venir y tener una sesión conmigo alguna tarde?

Chico alzó la vista. Y pensó: Me siento azarado. ¿Por qué?

—Lanya me ha hablado de algunas de las cosas que le pasan, y de lo trastornado que se siente. Y de sus problemas con la memoria. Si quiere hablar de ellos con alguien, me encantará escucharle.

—¿Ahora?

Lanya se balanceó en su silla.

Denny, sentado ahora junto a la mesa, miraba a uno y otro lado entre su vaso de vino y su taza de café.

—Dios, no. Quizá alguna tarde de la semana próxima. Eso sería mejor para mí. Por aquel entonces habré terminado las sesiones con dos de mis pacientes, y si deseamos elaborar algo más prolongado será un poco más fácil hacer los arreglos necesarios.

—Oh —dijo Chico—. Sí. ¿Está administrando terapia a gente, ahora?

—Sí. Llevo haciéndolo desde hace algún tiempo.

—Le dije a Madame Brown que ya te habías sometido a terapia antes —indicó Lanya.

—¿Le dijiste que había estado en una institución mental?

—Usted mismo me lo mencionó en una ocasión —señaló Madame Brown.

Chico bebió un poco de vino.

—Sí. Me gustará venir y hablar un poco con usted. Gracias. Es muy amable por su parte.

—¿Cree usted que está loco? —preguntó Denny. Sólo había bebido café—. A veces actúa de una forma más bien extraña. Pero no creo que esté loco. No como Dólar. —Miró a Madame Brown por encima de su taza y explicó—: Dólar ha matado ya a alguien. Le machacó la cabeza con una tubería. Pero Dólar está *auténticamente* loco. ¿No querría usted hablar con él?

—Cierra la boca, ¿quieres? —dijo Chico.

Madame Brown dijo:

—Me temo que no tengo el equipo necesario para manejar... auténticos locos. «Loco» es un término muy general que los doctores prefieren no utilizar..., o no deberían hacerlo. Pero no, no creo que Chico esté loco, en absoluto.

Denny había inclinado la cabeza hacia un lado, con la lengua apoyada contra una mejilla, escuchando la perorata. Su boca cambió de forma sobre la taza. Aparentemente encontró lo que estaba buscando.

—No quiero empezar nada a largo plazo —dijo Chico—, para lo que tenga que venir, y venir, y volver a venir... Sí, ya sé que así es como funciona. Pero simplemente no puedo meterme en ello.

—El que necesite o no algo a largo plazo dependerá de lo que encontremos en las primeras sesiones, ¿no cree? Así que hagamos primero lo primero.

—De acuerdo... —Chico se sintió cauteloso.

—¿Sabéis? —las patas de la silla de Lanya cayeron hacia delante—, todo ese asunto de Dólar matando a Wally me ha trastornado realmente.

—¿Qué es esto de alguien matando a alguien? —preguntó Madame Brown.

Ella se lo explicó.

—*Suena* como si estuviera realmente ido —asintió Madame Brown.

—Oh, no ido *de este modo* —señaló Denny.

Madame Brown suspiró.

—Bueno, supongo que esa tarde proporcionó algunas circunstancias extenuantes. —Pero sonaba más preocupada que convencida.

Sonó el timbre.

—Mi paciente. Bien, el descanso ha terminado. —Madame Brown abandonó la estancia.

Tan pronto como se hubo ido, Denny dijo:

—¿Sabes que mientras tú estabas dormido esta última noche, los muchachos trajeron a dos chicas a la parte de atrás que comparten? ¡Hombre, esos negros saben pasárselo realmente bien! Yo estaba acostumbrado a mirar, pero nunca había participado. ¡Una de ellas, una chiquita blanca, era realmente un fenómeno, hombre! De veras. Un fenómeno. Cristal dijo que podía participar, si quería. —Hizo girar la taza para alinear el asa con una rendija entre las tablas de la mesa—. De modo que lo hice. Sin embargo, para correrme —Denny miró a Chico— tuve que imaginar que lo estaba haciendo contigo.

—Así que estuviste *atareado*, ¿eh? —Chico no sabía nada de aquello; se sintió sorprendido.

Denny miró a Lanya.

—También contigo, por supuesto.

—No sé si debo sentirme halagada o no. —Echó de nuevo la silla hacia atrás—. Siempre me he imaginado a mí misma como una joven dama mundana, pero vosotros, muchachos, me hacéis sentir como si acabara de salir de un convento. No es —dejó caer otra vez las patas delanteras—, que esté intentando mantenerme a la altura..., bueno, quizá sí, al menos un poco. —Se puso en pie, rodeó una esquina de la mesa, y apoyó una mano a cada lado del rostro de Denny, que lo hizo girar entre sus palmas, con la boca abierta. Dejó caer su boca sobre la de él. Denny se sujetó al borde de la mesa y tensó el cuello para besarla. Finalmente, soltó una mano y rodeó

con ella su talle.

—Hey —apartó su rostro del de Lanya—, esto es bueno. —Rió, y la besó de nuevo.

La risa de Chico les hizo mirar.

—¿Qué haríais —quiso saber Chico— si trajera a todo el nido y los hiciera poner *en fila*, y les dijera que participaran por turno?

Lanya se reclinó en el hombro de Denny y frunció el ceño.

—No seguiría más allá de ti, bastardo... No, eso no es cierto. *Tú* no seguirías. — Bajó la vista y se sentó en las rodillas de Denny. Inmediatamente, Denny apoyó una mano sobre uno de sus pechos, y frunció el ceño—. Violación en grupo, cadenas, piel..., no es mi tipo.

—Hey, se me ha puesto dura —dijo Denny.

—La tienes dura desde la primera vez que te conocí —le dijo Lanya—. Mirad, ambos: dos tipos haciéndolo a la vez me excita. Eso es todo. Muchos de mis amigos han sido siempre gays. Eso es lo que me cala.

—Conozco a un montón de tipos que calan.

Lanya le mordió una oreja.

—¡Ay!

—De todos modos —dijo ella—, éste es mi límite. *No* el follaje en grupo.

—Insincero. —Ahora fue Chico quien echó hacia atrás su silla—. Pero lógico.

—Tienes buen aspecto con mi chaqueta —dijo Denny—. ¿Crees que yo también lo tengo sin ella?

—Pareces un bicho, querido —dijo Lanya.

—Hey —dijo Denny—, ¿estás enfadada conmigo?

—No —respondió ella—. Sólo un poco confusa. —Miró a Chico—. No puedo llegar a imaginar si sigues siendo la misma persona que creo que eres.

Chico se puso en pie, avanzó hacia ella, se detuvo con sus manos en los hombros de Lanya, las piernas abiertas contra las rodillas de Denny.

—Si hablo de ti jodiendo con Denny o conmigo, es auténtico. Si hablo de ti jodiendo con cualquier otro, es broma. ¿Entiendes? Y tú puedes hablar acerca de lo que quieras.

—Y tengo la impresión de que tú me interpretas absolutamente mal —la expresión de ella era a la vez cautelosa e irónica—, a veces.

Él la besó (el rostro vuelto entre sus palmas), y para ello tuvo que doblar sus piernas. Ella movió suavemente la cabeza hacia atrás y hacia delante, frotando su lengua contra la de él, y enredó sus dedos en la nuca de Chico, tirando de él con fuerza hacia abajo. Finalmente él tuvo que apoyar su peso sobre la cadera de Denny. Denny sujetó el hombro de Chico con una mano. Los nudillos del otro se movieron contra el pecho de Chico, acariciando los de ella. Las manos de Chico se deslizaron

entre la espalda de Lanya y el estómago de Denny.

—Los dos —dijo Denny— pesáis más que yo. O yo o la silla vamos a ceder.

Lanya se echó a reír en la boca de Chico.

—Vayamos a tu habitación y jodamos —dijo Chico.

Pensó que uno o la otra iban a protestar.

Geoff Rivers
Arthur Pearson
Chicco Plumaoscura
David Wise
Michael Roberts
Jerry Shank
Frank Yoshikami
Harold Redwing
Madeleine Terry
Priscilla Meyer
George Newman
Anne Harrison

Thomas Sask
Earl Rudolph
Phillip Edwards
Virginia Colson
Hank Kaiser
Gary Disch
Alvin Fischer
Susan Morgan
William Dhalgren
Peter Weldon
Linda Evers
Preston Smith

En el escritorio de ella, leyó la lista por sexta vez. El cielo al otro lado del ventanal, denso y bajo, se oscurecía hacia el anochecer. Roberts o Rudolph, Rivers o Evers; fantasea una personalidad para cada uno de ellos. ¿Cuál, meditó, elegiría para mí? Alguna permutación... ¿Gary Morgan, Terry Rivers, Thomas Weldon? Ninguno era suyo. ¿Había quizás alguno más cercano que otro? No... Si todos eran gente real, reflexionó, entonces cada uno era tan importante como los demás. Hey, Kamp, ¿no es por eso por lo que esa democracia te llevó hasta allá arriba, hasta... una luna? (Pero yo no deseo uno. Lo necesito tanto como necesito un puñado de dólares.) Tomó los papeles con labios apretados: tres hojas del bloc telefónico, dos recortes de periódico, las hojas blancas de la parte de atrás de un libro de bolsillo, algunas hojas de papel de Lanya..., todo lo que había escrito desde *Orquídeas de cobre*. Prometí no escribir más; Newboy prometió que lo haría. Chico sonrió, colocando un papel detrás de otro. Sacó *Orquídeas de cobre* de debajo del bloc de notas, lo abrió, lo cerró, lo abrió de nuevo. Sujetarlo demasiado rato en su palma hizo que le doliera el estómago. ¡Qué extraño, maravilloso, y maravillosamente inadecuado objeto! Seguía siendo incapaz de leerlo en su totalidad. Lo había intentado. Y lo había intentado de nuevo, y lo había intentado hasta sentir la constricción en su garganta, la humedad en sus antebrazos y el martilleo de su corazón allá donde siempre había creído que estaba su hígado. Ningún desagrado o incomodidad con el trabajo explicaba aquello. Más bien era como si el libro en sí estuviera alojado en alguna ecuación que no le pertenecía, estableciendo hiperradicales y diferenciales a través de todas las cámaras de su consciencia. Miró el bloc de notas, leyó lo que había en una página debajo de la lista:

Síntesis lingual: Wittgenstein, Lévi-Straus, Chomsky... Sospecho que era

eso lo que buscaban: intentos de reducir vastos campos de filosofía, antropología y lingüística a conjuntos de parámetros que definieran como espejos la forma en que la información filosófica, antropológica y lingüística respectivamente encajaban en, sobre y en tomo a la propia mente. Esas obras particularmente por américas (el Tractatus, La geste d'Asdiwal, Syntatic Structures..., aunque los tres hombres han escrito obras mucho más largas, las obras de este tipo tienen que ser muy cortas; ninguna de las tres tiene más de 30.000 palabras) no discuten campos de estudio; dejan caer cuidadosos, cristalinos catalizadores que, en cualquier mente lógica (como opuesta a las mentes entrenadas familiares con galerías de evidencia y evaluaciones) generan por fuerza complicadas y lógicas discusiones del sujeto utilizando cualquier prueba a mano, limitadas sólo por el deseo o la habilidad de retener el interés en el diálogo que se propaga en el oído interno. En una era saciada de información, este «método de almacenamiento» es, necesariamente, popular.

Pero esos primitivos

era el final de la página. No pasó a la siguiente. Wittgenstein, Lévi-Straus, Chomsky: ahogó sus sonidos. Hacía un año, un año y medio, había leído todo lo que había podido encontrar de uno de ellos.

Nunca había oído hablar de los otros dos.

—Síntesis lingual... —Aquello sonaba bien en la lengua— ...obras particularmente paramétricas... —Tomó *Orquídeas de cobre*, la hizo oscilar sobre romos dedos— ...cuidadosos, cristalinos catalizadores... —Asintió. Una obra particularmente paramétrica de cuidadosos, cristalinos catalizadores en síntesis lingual. Ése, en cualquier caso, era el tipo de objeto que tendría que ser. Bien, *era* corto.

Uno de ellos se dio la vuelta en la cama.

Uno de ellos se volvió de nuevo.

Miró hacia el otro lado de la habitación:

La tienda de una rodilla. Un brazo encima de otro brazo.

El respaldo de la silla estaba frío contra su espalda. La rejilla del asiento le hacía cosquillas en la parte de abajo de uno de sus muslos. Las plantas colgaban de sus macetas.

Sujetó la brillante cadena que cruzaba su estómago.

Otras más oscuras se enredaban con la ropa en el suelo.

Supongamos, pensó, que ella quiere que yo me quede y él se vaya. Bien, me libraré del pequeño bastardo. ¿Supongamos que ella quiere que yo me vaya? Me libraré de *todos* los bastardos.

Pero ella no lo hará. Le gusta demasiado la intimidad. ¿Por qué si no seguiría adelante con esto? ¿Adelante? A algo dentro de mí le gustaría pensar que ella está haciendo esto *por* mí. Pero toda la alegría de ello procede de esos momentos cuando todo resulta obviamente real como su música, y personalmente de otro modo.

Me siento inquieto.

Ella se vuelve inquieta.

Su brazo, flácido, se mueve al compás de los movimientos de su hombro.

Lanya parpadeó, alzó la cabeza. Chico observó como sus ojos se cerraban y su cabeza volvía a descansar en la almohada. Sonrió. Hizo girar *Orquídeas de cobre* entre sus manos, hizo girar las páginas sueltas, como si pudiera calibrar, a través de alguna cualidad distinta a su peso, la diferencia.

El bloc de notas estaba abierto de nuevo sobre la lista. Desconcertado, leyó los nombres una vez más (era casi demasiado oscuro), esta vez de derecha a izquierda, de abajo a arriba:

Prestan Smith

Linda Evers

Peter Weldon

William Dhalgren

Susan Morgan...

Thomas Sask

Anne Harrison

George Newman

Priscilla Meyer

Madeleine Terry...

—¿Por qué nos ha echado fuera?

—No nos ha echado fuera. Tenía cosas que hacer. Bajaré a vernos. No te preocupes.

—No me estoy preocupando. —Denny mantuvo el equilibrio a lo largo del bordillo—. Mierda, hubiera podido quedarme ahí el resto de mi vida y ser feliz. Tú a un lado y ella al otro.

—¿Cómo te las arreglarías para comer?

—Exceptuando la presente compañía —Denny tironeó de su chaqueta—, enviaría a alguien a buscar la comida. ¿Estás seguro de que no se ha enfadado con nosotros?

—Estoy seguro.

—De acuerdo... ¿Crees realmente que bajaré a visitar el nido?

—Si no lo hace, subiremos de nuevo a verla. Pero ella vendrá.

—¡Es una persona encantadora! —Denny enfatizó cada palabra con un gesto de su barbilla—. Y me gusta realmente esa canción. *Difracción*, ¿eh?

Chico asintió.

—Espero que baje. Quiero decir que sé que tú le gustas, porque escribiste un libro y todo lo demás, y la conoces desde hace tiempo. Pero yo sólo soy un recién llegado. No tiene ninguna razón para que yo también le guste.

—Pero le gustas.

Denny frunció el ceño.

—Al menos actúa así, ¿no?

La luz de la farola encima de ellos pulsó... hasta media luminosidad; luego murió. El cielo extendió su manto sobre ellos, con una capa más de oscuridad. La única otra luz estaba a dos manzanas de distancia; pulsó, pulsó, pulsó de nuevo.

Alguien se movió junto a ella y gritó:

—¡Hey! ¡Hey, Chico! ¡Denny! —Otros se agruparon en torno al vacilante círculo.

—¿Qué demonios están haciendo ahí?

Denny se encogió de hombros.

En mitad de la siguiente manzana, Dólar, sujetando el león de bronce sobre su rota base, se abrió paso entre Jetadecobre y Jack el Destripador.

—Hey, nos mudamos, ¿sabes? ¡Nos mudamos de nuevo! —Dólar estaba sonriendo.

Jetadecobre no.

—¡La jodida casa se puso a arder encima de nosotros! ¿Qué te parece? ¡La jodida

casa se incendió! —Una mochila, verde y llena, colgaba a la altura de sus tobillos. Pasó la correa a su otra mano.

—Jesús —dijo Denny—. ¿Toda mi mierda...?

—¿Qué ocurrió?

—Nada. —Jetadecobre se encogió de hombros—. Ya sabes: simplemente...

—Toda la jodida manzana —dijo Siam—. Hará una hora. ¡Mierda, fue algo grande!

Chico sintió que su corazón daba un fuerte latido, uno solo (como hacía siempre cuando se enteraba de que alguien a quien conocía había muerto), y en el hueco que quedó pensó: No es tanto la reacción como el temor a lo que pueda significar esa reacción. ¿La casa incendiada? ¿La... casa incendiada? Pero eso parece demasiado fácil. La casa...

Preguntó:

—¿Estaba Pesadilla ahí?

—Mierda —dijo Jetadecobre—. Mierda. Él y Dragón Lady estaban fuera en alguna parte. Trece había ido también no sé dónde. Mierda.

Cristal rió quedamente.

—Pude oler todas las cosas que tenía escondidas Trece mientras ardían hasta el mismo fondo. Me hubiera gustado saber dónde las guardaba para poder sacarlas de allí. Al menos algunas. Pero cuando se pusieron a arder —trasladó una funda de almohada de su hombro a su antebrazo— pude olerlas, seguro. ¿Sabes?, he estado en siete condenados incendios. Siete veces he visto mi casa arder debajo de mis pies. Perdí a mi madre en un jodido incendio.

—¿En Bellona? —preguntó Siam.

Cristal miró a Siam, reflejando en su rostro la comprensión de haber sido mal interpretado.

—No... —Volvió a colocar la funda de almohada sobre el hombro—. No he estado en ningún incendio en Bellona, excepto éste.

—¿Dónde vamos ahora?

—¿Quieres volver a lo de Lanya y preguntarle si ella quiere...? —dijo Denny.

—No en toda tu jodida vida —dijo Chico.

—Pero tú dijiste que ella no estaba enfadada con nosotros —insistió Denny.

—¿Tienes algún lugar donde podamos instalarnos? —preguntó Jetadecobre.

—No —dijo Chico—. Pero venid conmigo. Encontraremos uno.

—No queremos ningún lugar que pueda arder de nuevo antes de que nos hayamos instalado por completo —dijo Jetadecobre—. ¿No es así, muchachos?

Los escorpiones murmuraron fuera del círculo de la farola. Algunos llevaban consigo colchones, algunos cajas, algunos palas y herramientas.

—Sigamos por esta calle —y la cabalgata llenó prácticamente la calzada. Había

plantados árboles, rodeados con pequeñas verjas ornamentales. Pero cada tronco estaba carbonizado hasta quedar reducidos a negras horcas de retorcidos dedos—. Esa casa de madera debió arder como una caja de cerillas.

—No —dijo Jetadecobre—. Nadie resultó herido. Nadie perdió tampoco nada que no deseara perder. Todos pudimos salir a tiempo.

—¡Yo me llevé el león!

Chico se volvió hacia la granujienta y cerdosa sonrisa de Dólar.

—Hombre, no hubiera dejado atrás mi león por nada. Es la única jodida cosa que es mía. Tú la recogiste por mí, Chico, ¿recuerdas? La recogiste por mí, y no dejaría atrás algo así por nada del mundo, ¿sabes?

—¿Denny...?

La muchacha se abrió camino detrás de Dólar. Sus brazos estaban llenos de cosas, su pelo enmarañado, y una de sus regordetas mejillas aparecía tiznada.

—¡Denny, saqué tus cosas!

Sus ojos, barriendo los reunidos, captaron los de Chico y se apartaron rápidamente.

—¿Denny? Creo que lo recogí todo...

—¡Oh, huau! —dijo Denny—. Oh, hey, ¿lo hiciste? ¡Huau, esto es grande!

—Toma: cogí tus camisas. —Se las tendió—. Y —miró con ojos vacuos a Chico; sus pesados pechos dentro de su camiseta azul se apretaban contra bolsas y paquetes. Sus pequeños y rechonchos dedos habían dejado el papel marrón sudoroso, formando hinchados dobleces entre ellos— los pósters de tu pared. Y los libros de fotos. No traje las mantas... No traje las mantas porque pensé que no iba a ser demasiado difícil conseguir otras...

—¿Cogiste mi radio?

—Claro que cogí tu radio. *Creo* que lo cogí todo, no había demasiado..., excepto las mantas.

—No me importan las malditas mantas —dijo Denny—. ¿Estás bien? Quiero decir: La casa estaba ardiendo, ¿y tú volviste dentro para recuperar mis cosas? —Tomó una bolsa de papel de entre las manos de ella...

—¡Oh, cuidado...!

... y se sacó *Orquídeas de cobre* del bolsillo de atrás de sus pantalones para meterlo dentro.

—¿Qué es eso?

—Nada. ¿Por qué eres tan curiosa con todo? ¡Oh, hey! Metiste mi juego ahí dentro.

—Ajá. ¿Denny?

—¿Por qué no me dejas llevar todo lo demás?

—¿Está bien así, Denny?

—¿Qué?

—No creo que yo y mi amiga...

Miró hacia atrás.

Chico miró también.

La muchacha rubia con el chaquetón de marinero estaba justo detrás de ellos.

—... vayamos a seguir más tiempo con vosotros. Sólo quería entregarte todo esto.

—Hey —dijo Denny—. ¿Por qué no?

—No lo sé. —Ajustó las otras bolsas—. Simplemente queremos ir a alguna otra parte. No queremos seguir siendo miembros. Y conocemos a una gente encantadora que tiene una casa donde suponemos que podremos quedarnos. Sólo hay chicas allí.

—¿Sólo chicas? —dijo Denny—. No vais a encontrar ninguna diversión.

—Los chicos pueden visitarnos y todo lo demás. Pero los chicos simplemente no *viven* allí. No creo que desee seguir viviendo más tiempo con vosotros. Quiero decir, después del fuego —miró una vez más a Chico— y todo lo demás. Ya sabes.

—Jesús —dijo Denny—. Jesucristo. Bueno, quiero decir, supongo que sí, si no lo deseas.

—Tú también puedes venir a visitarme, si quieres.

—Mierda —dijo Denny—. Jodida mierda.

—Creo simplemente que será lo mejor. Quiero decir, el vivir en un lugar distinto. Es un lugar muy bonito. Y las chicas son estupendas.

Denny estaba mirando dentro de la bolsa.

Ella dijo:

—Estoy segura de que lo cogí todo. ¿Qué es lo que estás buscando? Si no está aquí, probablemente estará en alguna de las otras.

—No estoy buscando nada.

—Oh.

La máscara del rostro de Chico hormigueó. De pronto se volvió hacia Jetadecobre.

—¿Habéis estado alguna vez en alguna de estas casas de aquí?

—No.

—Entonces probemos ésta.

—Por supuesto.

Chico se volvió hacia los demás.

—¡Hey! Vamos a echar un vistazo, ¿de acuerdo? —Empezó a subir los despintados escalones. A medio camino, miró hacia atrás:

Ella estaba removiendo las bolsas en sus brazos, mordiéndose los labios, mientras intentaba situarlas de una manera más cómoda. Denny la miró, luego miró a Chico, luego de nuevo a ella. Los otros agitaban los pies y hablaban.

En su mano, el cuadrado y dentado picaporte giró otro par de centímetros...

Chico empujó la puerta hacia dentro.

La desconchada pintura del techo...

Paseó sus ojos por todo el vestíbulo, en busca de sonidos de ocupación.

La sucia y rayada pared...

Tuvo una sensación de lo más extraño.

—¿Hay alguien en casa?

—Bien, si lo hay —dijo Jetadecobre—, ya pueden prepararse a mover su condenado culo fuera de aquí. Porque vamos a hacerles una larga visita, ¿de acuerdo?

—Los demás rieron. Jetadecobre dijo en voz muy alta—: ¿No os parece que está bien?

—Sí. Tiene un aspecto...

—¿Vamos?

—Sí, vamos.

Al final del pasillo, la puerta del cuarto de baño estaba abierta. El ruido de pasos tras él pasó por su lado; y alguien cargado con el encadenado maniquí le empujó ligeramente para pasar.

La casa cobró vida con escorpiones.

Con una sensación de confusión suspendida, Chico vagó por la habitación delantera y cruzó hasta la cocina.

Jetadecobre estaba mirando en los armarios encima de la fregadera.

—Hay un montón de comida enlatada. Estupendo. Lástima que dejaran también toda su basura. —Una bolsa se había roto debajo de la mesa. La propia mesa estaba llena también de basura. La fregadera y las encimeras estaban repletas de platos.

Chico decidió que no le gustaba el lugar.

Fuera de la puerta mosquitera, el cielo colgaba y se retorció como algo encadenado.

Se volvió bruscamente hacia la sala de estar.

La chica rubia con el chaquetón de marinero se había sentado en el sofá, los puños entre las rodillas, contemplando a dos escorpiones que estaban extendiendo un colchón en el suelo. Miró a Chico, hundió los hombros y volvió a mirar a los escorpiones. Parecía muy cansada.

—Hey, hombre —dijo Dólar detrás de su hombro—, este lugar es estupendo. —Aferrando su león, empujó con el hombro una puerta al otro lado del pasillo. Había varios tipos dentro, extendiendo colchones y sacos de dormir. Dólar se abrió paso entre ellos para depositar el león en la ventana. Se volvió, silueteado ante la retorcida persiana. La bestia de bronce atisbo a la altura de su cadera desde el alféizar—. Hey, hombre. No deberías haberte traído contigo este viejo colchón quemado. Va a echar su olor por todo el jodido lugar. —En el cutí había un halo oscuro en torno a un cráter de cinco centímetros de diámetro que exhibía un fondo de cenizas y algodón

quemado.

—Es el único que tengo —dijo el escorpión (otro blanco llamado California), y cruzó el cuarto. Se inclinó en el rincón para desenrollar otro.

En otro tiempo había habido fotos de periódicos y revistas pegadas en la pared; luego algunas de ellas habían sido retiradas.

Un escorpión negro al que Chico no conocía se alzó y sonrió.

—Éste gana en mucho al otro lugar donde estábamos, ¿eh, Chico? —Miró a su alrededor, frunciendo los ojos—. Sí, es estupendo.

Prefiero los ojos rojos, pensó Chico. ¡Maldita sea!

Al otro lado del pasillo, la puerta que daba al porche de servicio estaba abierta. Se dirigió hacia allá y se detuvo, con una mano en la jamba. No había ni cristal ni mosquitera en las ventanas. Siam estaba sentado sobre una caja.

—Hey... —Alzó el periódico que tenía sobre sus rodillas y miró a Chico con creciente confusión—. Estaba... estaba leyendo el periódico. —Siam ofreció una sonrisa, se lo pensó mejor, la retiró—. Sólo leyendo el periódico. —Se puso en pie; el periódico cayó al suelo. Las tablas habían sido pintadas en su tiempo de marrón—. ¿Hay algo que quieres que haga...? Querría ayudar con el traslado, pero mi mano... —Hizo un gesto con su brazo vendado. En el lugar donde el vendaje envolvía su mano, la piel se estaba escamando—. Aunque supongo que podré ayudar en algo —dijo Siam, contemplando sus sucios dedos—. Si quieres...

—No —dijo Chico—. No, ya está bien así.

El grifo gris verdoso en la pared goteaba sobre la lodosa fregadera.

Algo golpeó contra algo con un clang a sus espaldas.

Chico se volvió.

El Destripador y Devastación empujaban la Harley por el pasillo.

—No sé por qué lleváis este trozo de chatarra de un lado para otro. No podéis obtener gasolina para ella, y dijisteis que de todos modos el motor estaba estropeado.

—Sí, pero es una buena moto, si podemos repararla.

—¿Pensáis ponerla en el cuarto de baño como la última vez?

—Mierda, esos chupapollas se emborrachan y pierden toda su puntería a la hora de mear. ¿Y sabes que uno de ellos se mea a sabiendas sobre ella sólo por el gusto de verla oxidarse?

—Oh, vamos, mamón...

—¡No, hombre! ¡De veras! Hey. Denny, ¿puedo ponerla aquí?

—Supongo que sí. —Denny estaba de pie junto a una puerta, con los brazos llenos de bolsas de papel.

Chico se dirigió hacia él, sujetó su hombro.

—¿Se ha ido?

Denny asintió, con los labios fruncidos, mirando de una a otra bolsa.

Dentro, alguien apoyó las palas contra la pared al lado de una tabla de planchar. Hicieron retroceder la Harley para meterla dentro.

—Hey, ¿ésta va a ser tu habitación, Chico?

—Es probable —dijo Chico.

—No va a ocupar mucho espacio. Luego quizá podamos encontrar algún otro lugar para ella, ¿sabes?

—Si está en la habitación de Chico, nadie va a molestarla.

—Está bien.

Chico apretó el hombro de Denny. Entraron.

—Hey —dijo Denny—. ¡Tiene un altillo!

Chico sintió un helor en la espina dorsal. Se inmovilizó.

—¿Denny?

—¿Qué?

—El lugar de donde hemos venido, ¿no tenía un altillo?

Denny pareció desconcertado.

—Por supuesto que lo tenía. Pero no era tan bonito como éste.

—¿De veras?

—Éste es mucho más grande —dijo Denny—. Y además tiene un colchón.

—¿Cómo era el lugar donde vivíamos antes?

—¿Eh?

—Descríbemelo. No puedo recordarlo. No puedo... recordar nada de él.

—¿Qué quieres decir?

—¿De qué color estaban pintadas las paredes?

—De blanco, ¿no?

Frunciendo el ceño, Chico asintió. Las paredes en torno a ellos eran verdes.

—¿Realmente no recuerdas dónde vivíamos antes?

Chico agitó la cabeza.

—Teníamos —empezó Denny, recordando— un puñado de negros al otro lado de la calle. Estaba a unas ocho o nueve calles de aquí. Y un poco hacia un lado.

—¿Cómo se puede comparar con esto?

—¿Qué... quieres decir? —preguntó de nuevo Denny.

—¿En qué es diferente este lugar?

—Mierda —dijo Denny—. ¡Este lugar es al menos dos veces más grande! ¿No recuerdas lo cuarteadas que estaban las paredes y todo lo demás? Este lugar está en mucho mejores condiciones. —Al cabo de un momento, Denny preguntó—: ¿Lo vas a convertir en tu lugar?

—Supongo que sí —dijo Chico.

—¿Puedo poner algo de mi mierda ahí arriba? Esos mamones arramblan con todo si lo dejas por ahí.

—Seguro. Adelante.

Denny echó arriba una de las bolsas, luego otra.

—Eso tendría que tener una escalera. Se supone que uno ha de subir y bajar de esta cosa. —El poste de sustentación tenía entalladuras triangulares en uno de sus lados. Denny trepó dos de ellas, miró hacia atrás—. Hey, no es tan difícil... ¿Realmente no recuerdas dónde estábamos antes?

—Supongo... que no.

—Huau —dijo Denny, y se izó hasta el colchón—. Viviste ahí un tiempo jodidamente largo. —Miró de nuevo a Chico, frunció el ceño, respondiendo a algo que Chico pudo ver que se agitaba en su rostro pero que no pudo identificar—. Quizá no *tanto* tiempo —rectificó Denny, dubitativo.

Desapareció.

Más gente se movió en el pasillo tras él.

—Hey, Chico —dijo alguien, pero había desaparecido cuando miró.

Fue al poste y subió detrás de Denny. Se sentó en un rincón y observó al muchacho mientras pegaba a Koth el Ángel Oscuro al lado del signo de Escorpio. Luego Denny vació las otras bolsas entre sus rodillas.

—Supongo —dijo al cabo de un momento— que realmente lo recogió todo. Fue muy considerado por su parte, ¿no crees?

Chico asintió.

Denny se arrastró encima del colchón, dudó, luego apoyó su cabeza en el regazo de Chico. Chico acarició el cuello de Denny y bajó la vista, sorprendido. Denny hizo dos profundas inspiraciones.

¿Iba a echarse a llorar?, se preguntó Chico.

—¿Estás bien? —preguntó Denny con voz perfectamente controlada.

—Sí —dijo Chico—. ¿Qué hay contigo?

—Estoy bien —dijo Denny, apático. Al cabo de un momento añadió—: Iré abajo a comprobarlo todo, ¿eh?

—De acuerdo.

Se quedó sentado a solas, escuchando los sonidos de la casa. Cogió la radio de Denny y la conectó. Ni siquiera había estática. ¿No tenía pilas?

Hizo girar uno de los dados de cristal, observando los fantasmas reflejados en sus caras. Alzó uno de los espejos de su cadena; la comparación de las dos imágenes no le dijo nada. Pero miró a uno y otro lado.

Alguien golpeó las tablas debajo de él.

—Hey, ¿estás ahí arriba, Chico?

Abrió los ojos; el dado rodó de sobre sus piernas cuando se arrastró hasta el borde del altillo.

Ojos negros, dientes rotos, pelo con una trenza medio deshecha: entre amplios

hombros, el liso y el lleno de cicatrices, Pesadilla sonrió.

—Hey, te has buscado un hermoso nido aquí, ¿eh?

—¿Cómo te va, hombre? —Chico pasó sus piernas por el borde, se dejó caer al suelo. Le hormigueaba todo el cuerpo: talones, barbilla, nudillos y rodillas.

Pesadilla dio un rígido paso atrás, otro hacia el lado, e inclinó la cabeza.

—Sí, realmente te has instalado bien. Es hermoso. —Miró al pasillo, asintió a alguien que le llamaba—. Robándome toda mi gente, ¿eh? —Miró hacia atrás, las cejas alzadas y la frente fruncida—. ¡Eres bienvenido a los jodidos hijos de madre! Los negros está bien. Pero los blancos, hombre. ¡Mierda...!

—Hey, Pesadilla —dijo Dólar.

Los macizos hombros se alzaron; con la cabeza inclinada, Pesadilla escupió al suelo.

Dólar tragó saliva y desapareció a un gesto del puño de Pesadilla.

Pesadilla se volvió, con la irritación y la preocupación equilibrando los bordes de sus cejas, las comisuras de su boca.

—¡Jodida psico! ¡Vas a tener que tratar a esos bastardos como mierda de caballo, hombre! ¡Como jodida mierda de mono! Les caes bien a todos, ahora. Pero pronto vas a tener que demostrárselo. —Hizo girar su bota sobre el escupitajo—. Y vigilar a las damas: son particularmente malas.

—Pesadilla —dijo Chico—, ¡la mayor parte de las veces ni siquiera puedo decir quiénes son las damas!

—Acabas de anotarte un punto —asintió Pesadilla—. Además, ¿cuántas tienes aquí?

—No lo sé.

—Yo tampoco llegué a saberlo nunca. —En el pasillo, Pesadilla miró de reojo al techo—. Sí, va a ser interesante.

Chico le siguió.

—Alguien me dijo que también vas por ahí con chicos, ¿eh? —Pesadilla agitó de nuevo la cabeza, pensando en sus propias palabras—. Yo estuve cuatro años en un reformatorio. Sí, conozco toda esa mierda. —Se asomó al porche de servicio (donde dos negros transportaban una destartada lavadora) y volvió a echarse atrás, aún agitando la cabeza—. Así que te has traído a Jetadecobre, Cristal y Escupitajo aquí al nido contigo. Eso es tener sangre fría, supongo. Yo no tendría los cojones suficientes para hacerlo. Te lo digo ahora.

—¿Quién es Escupitajo?

El rostro de Pesadilla se volvió, quebrado por la incredulidad.

—¿Que quién es Escupitajo? —La incredulidad entró en erupción y se convirtió en burla—. ¿Quieres saber quién es Escupitajo? —La burla entró en erupción y se convirtió en risa—. ¡Hey, Escupitajo! Ven aquí. —Se volvió hacia el pasillo.

—¿Sí? —El joven blanco salió de la habitación. Una velluda barriga, que apuntaba como una flecha hacia el vello púbico, desaparecía debajo de una hebilla turquesa y plata. Una cicatriz cruzaba los firmes pectorales desprovistos de vello y descendía hacia el ombligo. No llevaba chaqueta. Su única cadena era su proyector. Muñecas y antebrazos eran velludos, los bíceps llenos de venas y desprovistos de vello. Sus mejillas exhibían los pocos pelos de alguien que nunca podrá llegar a tener barba—. ¿Qué quieres?

—El Chico cree que le gustaría una presentación formal. Chico, éste es Escupitajo. Escupitajo, éste es Chico.

—¿Oh? —dijo Escupitajo—. Oh... Hola. —Se secó una húmeda mano en sus tejanos negros y la tendió.

—Hola —dijo Chico, pero no se la estrechó.

Escupitajo bajó la mano y pareció incómodo.

—Estaba en la cocina, intentando lavar algunos de los malditos platos. No van a permanecer mucho tiempo limpios, pero pensé que, siendo el primer día, quizá. ¿Quieres algo?

—No, puedes volver —dijo Chico—. Pesadilla es un payaso, ¿sabes? Sí, echa fuera algo de esa basura, ¿eh?

—Iba a hacerlo —Escupitajo parpadeó, interrogativo, entre los dos. Bajó la vista, agitó los pies un par de veces, gruñó; luego fue a la otra habitación.

—¿Pretendes decirme que no sabes quién le hizo eso en las tetas a Escupitajo? —preguntó Pesadilla; hizo oscilar con el dedo la orquídea que colgaba del cuello de Chico. Tintineó entre las cadenas.

Al cabo de unos segundos de silencio, Pesadilla, exhibiendo frustración, agitó la cabeza y adoptó un suspiro teatral:

—¡Es el tipo al que le hiciste el tajo, hombre, cuando él y Cristal y Jetadecobre te pegaron la primera vez ahí arriba, en lo de Calkins! ¿Quieres decir que no lo sabías? —Pesadilla dejó escapar un «¡Ja!» que hizo que al menos dos de los escorpiones en la parte delantera del pasillo volvieran la cabeza. Uno de ellos, una mujer negra, estaba clavando un clavo en la pared, utilizando un trozo de madera como martillo—. Ya me han dicho que a veces te muestras un poco aturdido. Como si no siempre estuvieras aquí, ¿sabes? Bueno, les diré que simplemente vayan con cuidado contigo, ¿eh? El Chico sabe lo que está haciendo mejor que cualquiera de vosotros, hijos de madre, les diré.

—Me alegra que pienses así —dijo Chico—. ¿Vas a quedarte aquí?

—¿Yo? —Pesadilla enterró un pulgar en los eslabones que colgaban sobre su pecho—. ¿Yo quedarme aquí, con todos esos mamones hijos de madre? —El pulgar osciló. Los eslabones resonaron—. ¡Mierda!

—¿Qué hay contigo y Dragón Lady?

—Vamos por ahí, ¿sabes? Dragón Lady acostumbraba a tener esa pandilla de finolis, hombre, allá en el borde con Jackson. ¿Sabes dónde está Cumberland Park?

Chico asintió.

—Hombre, había algunos auténticos hijos de madre allí. Quiero decir, *hombre...*

—Pesadilla miró de nuevo hacia la sala de estar, entró en ella.

Chico le siguió.

Sobre la mesa de la esquina había apilados una docena de ejemplares de *Orquídeas de cobre*.

—Tienes que vigilar mucho ahí abajo —dijo Pesadilla—. Quiero decir que la gente está empezando a tener auténtica hambre allí. Desde que se rompió la conducción principal de agua, las cosas se han puesto más bien terribles. Dos tipos que conozco resultaron muertos. Ayer. Y alguien más dos días antes de eso.

—Oí que la mayor parte de la gente se había marchado.

—Y los que se han *quedado*, hombre, son jodidamente extraños, apuesta a que sí. Dragón Lady trasladó su nido allá abajo. Tiene auténtica sangre fría, ¿sabes?

—¿Y tú vas a dejarme realmente todo esto a mí?

—No lo quiero. —Pesadilla le frunció el ceño a la mesa.

—¿Por qué?

—Ya me preguntaste eso.

—¡Y puedo seguir preguntándotelo diez malditas veces más! Hasta que lo descubra.

—Te dije que simplemente sentía curiosidad...

—¡Yo! ¿Por qué yo? —Los tres escorpiones que cruzaban en aquel momento la habitación hicieron un visible esfuerzo por no mirar—. Vamos, Pesadilla. Dímelo.

—Bien; viniste. —Pesadilla se volvió en redondo y apoyó sus posaderas en el borde de la mesa—. Llegaste aquí. Tenías un cierto estilo. —Se echó el pelo hacia atrás—. Estás loco. La gente dice que ni siquiera sabes quién eres. Todo esto me parece bien. Yo tampoco quiero a nadie preguntando por Larry H. Jonas antes de que llegara aquí... Luego, de tanto en tanto, haces algo realmente valiente, algo que sólo un loco del culo haría. —Pesadilla sujetó el borde de la mesa con las manos—. Yo no soy valiente. Creo que todo el mundo que lo es en realidad es un estúpido. Y no estoy tan ido que no pueda recordar hoy lo que hice ayer..., lo cual es más de lo que puedo decir de ti. Creo que ésa es la única razón por la que terminé siendo el jefe. —Se encogió de hombros—. Ahora lo eres tú. Si no lo quieres, simplemente quítate todas estas cadenas, haz una pelota con ellas, arrójalas al lago Holland y vete a hacer alguna otra cosa. Alguien las recogerá: Jetadecobre, Cuervo, Dama de España..., quizá cualquier negro cuyo nombre no sepas todavía. —Pesadilla crispó el rostro—. Pero no te veo haciendo eso, ¿sabes? —Sacó algo del bolsillo de atrás de sus pantalones, lo colocó entre ellos—. Y esta mierda... —Un *ejemplar de Orquídeas de*

cobre, doblado—. ¿Sabes que he intentado realmente leerlo? ¡No comprendo ese tipo de mierda, hombre! Pero cada día, durante una jodida semana, has tenido una jodida página o media página del jodido periódico para ti. Como si fuera una jodida película o algo así. —Pesadilla se volvió y golpeó con el libro el montón de los otros libros. Los ejemplares se desparramaron sobre la mesa. Tres de ellos cayeron al suelo—. Tú ni siquiera hablas de ello; al menos, yo nunca te he oído hacerlo. —Pesadilla recuperó el doblado libro—. Ni siquiera lleva tu nombre en él. Quiero decir que ni siquiera sé si realmente tú escribiste lo que hay dentro. Quiero decir que todo es lo que alguna gente dice por ahí. Pero le eché un vistazo pese a todo, ¿sabes? Un buen vistazo. ¡Y entonces encontré esa parte que se refiere a mí!

Chico frunció el ceño.

Pesadilla remarcó las siguientes palabras con el libro doblado.

—Sí, lo sabes; no me digas que no pusiste nada sobre mí ahí dentro. —Abrió la tapa, hojeó las páginas.

Chico se inclinó para ver.

—¡Aquí! —Pesadilla golpeó la página con los dedos doblados, dejando cuatro marcas—. ¿Eso no eres tú hablando de mí? —Toda la página estaba gris con huellas de dedos, las esquinas dobladas.

Chico tomó el libro. La siguiente página estaba limpia.

Igual que la página anterior.

—Sí... —dijo Chico—. Supongo que pensaba en ti cuando escribí eso.

—¿De veras? —La inflexión de la pregunta sonó a desconfianza.

Chico asintió, cerró el libro, y pensó en lo inexacta que era la verdad que estaba perpetrando.

—Oh. —Pesadilla recuperó el libro de entre sus manos. Las páginas se abrieron automáticamente sobre el pasaje mencionado—. Bien, leer un jodido libro y encontrar que alguien habla de ti en él es una mierda bastante curiosa, ¿no crees? Quiero decir que no he acabado de decidirme respecto a si me gusta... Claro que tú no dices nada malo de mí. —Asintió de nuevo, frunció los labios, los entreabrió en una silenciosa configuración—: Pero tampoco dices nada bueno. —Miró otra vez a Chico—. Es bastante curioso. Me gustaría comprender un poco mejor ese tipo de mierda, ¿entiendes? —De pronto, una sonrisa se abrió en torno a sus rotos dientes—. Soy realmente yo, ¿verdad? Y no querías criticarme ni nada de eso. Le dije a Dragón Lady que era yo, y ella intentó decirme que estaba lleno de mierda. Espera sólo a que se lo diga. —Dobló el libro, palmeó el brazo de Chico con él, e intentó meterlo de vuelta en su bolsillo de atrás; a la tercera lo consiguió—. Eres una persona muy extraña. Y haces algunas cosas muy extrañas. —Pesadilla se puso en pie y salió de la habitación.

Chico vio a Escupitajo y Cristal, que habían permanecido de pie justo al lado de

la puerta de la cocina, avanzar hacia la mesa.

Pesadilla murmuró con voz muy fuerte:

—Demasiado.

—¿Quieres venir a una fiesta? —preguntó Chico a espaldas de Pesadilla, en el pasillo.

—¿Aquí?

—En lo de Roger Calkins.

Pesadilla inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Qué voy a hacer yo en una fiesta ahí arriba?

—Es mi fiesta. Calkins la da para mí en su casa. Trae contigo a Dragón Lady.

—¿Sólo tus amigos? ¿En su casa?

—Sus amigos también.

—Oh —dijo Pesadilla—. Ella no vendrá sin sus acólitos.

—¿Adam y Baby?

—Ajá.

—Está bien. Subid todos. Es dentro de tres domingos, según la fecha del periódico. Tan pronto como se haga oscuro.

—¿Los amigos de Calkins, esa gente de la que lees en el periódico?

—Probablemente.

—¿Ese tipo astronauta estará ahí?

—Supongo que sí.

—El hijo de madre —dijo Pesadilla—. ¿Sabes?, Baby no se pone nunca ninguna ropa. Quiero decir que es extraño y que simplemente se niega, así, de plano. Y Dragón Lady no vendrá si no viene él.

—Puede venir. Si desea ir en pelotas, por mí está bien.

—¿De veras?

—Vosotros venid de la manera que queráis. Traed vuestras luces. Eso es probablemente lo único que les importa.

—No tengo nada para vestirme —dijo Pesadilla—. ¿No se tratará de una fiesta para la que hay que vestirse?

—Yo voy a ir así.

—¿Sabes?, le diré a Baby que tú has dicho que suba a esa fiesta en pelotas. —Pesadilla frunció el ceño—. Probablemente lo hubiera hecho de todos modos. Porque es un hijo de madre auténticamente raro. Quiero decir que anda así por la calle, todo el maldito tiempo. —El fruncimiento de ceño se quebró ante la risa—. Habrá que ver eso. Sí, habrá que ver esa mierda.

—Dentro de tres domingos —dijo Chico.

—¿Quizá será mejor que nos reunamos todos aquí primero? —ofreció Pesadilla.

—De acuerdo. Nos veremos entonces, si no nos vemos antes.

Del clavo colgaba la fotografía enmarcada con el cristal roto. Padre, madre, los dos hermanos y la hermana miraban reprobadores en sus ropas pasadas de moda. Sobre el cristal, con un rotulador negro, alguien había dibujado, cruzando las bocas del muchacho y de la mujer, unos bigotes desproporcionados.

—¡Hey, hola, papi! —saludó Pesadilla al barbudo caballero de la foto—. Chico, me voy. Gracias por la invitación. Se lo diré a la Lady. Esperamos verte todos la próxima vez que corras.

Pesadilla abrió la puerta.

Sus sombras se derramaron sobre los escalones en dirección a la noche.

—Hasta otra. —Pesadilla bajó la suya hasta la acera, saludó con la mano y se alejó.

Chico miró hacia atrás al fondo del pasillo. Todas tres bombillas funcionaban, así como la del cuarto de baño. Supongo que he escogido un buen nido, pensó. Los films de sus pensamientos, colgando más allá de las palabras, se erizaron y arrugaron, hicieron todos los movimientos propios de la más delgada de las películas atrapada por las llamas. Supongo...

Escupitajo salió de la sala de estar.

—Hey, vamos a comer. ¿Sigue Pesadilla por ahí? —Su mano, apoyada contra su pecho, concentraba sus movimientos en torno a la cicatriz.

—No.

—Oh.

Detrás de Chico, la puerta cliqueteó al cerrarse.

—Hubiera podido quedarse —dijo Escupitajo—. Tenemos mucha comida para esta noche...

Chico se dirigió al fondo del pasillo.

Soy un parásito. Nunca me he construido un hogar. Incluso aquí, no he dado instrucciones para que esto se convirtiera en un hogar. En toda mi estancia, aunque nunca recuerdo haber buscado comida, entre estos veinte, veinticinco rostros, siempre ha habido alguno de ellos que se ha ocupado de eso. Me arrastro de lugar en lugar, observando los hogares que se crean o se derrumban a mi alrededor.

Se preguntó qué tipo de fiesta esperaba Calkins.

El aliento brotó de su nariz; era risa.

En el porche de servicio, Chico miró al patio (luz de un fuego en las vigas del techo), se apoyó en el alféizar de la ventana, se echó hacia atrás, saltó:

—¡Yu... piü!

Otros rieron.

—Jesucristo —dijo Cuervo—. ¡Vas a romperte el jodido cuello!

Chico se tambaleó, agónico.

Tres manos acudieron a sujetarle.

Y tres voces:

—¡Hombre, eso tienen que haber sido cinco metros!

—No han sido cinco... ¿tres? ¿cuatro? Toma, Chico, bebe algo. ¿Sabes que hay una maldita tienda de licores justo doblando la esquina, y que nadie ha roto siquiera el escaparate?

—Ahora está roto. Mierda. Vamos a tener que trabajar toda una semana para beber todo ese alcohol.

Chico dio otro paso, sonriendo, entre los escorpiones que lo flanqueaban. El dolor le agujoneó de nuevo, de pantorrilla a muslo. Me he roto la rodilla, pensó. No. Estará bien en un minuto...

—¿Estás bien, Chico? —Era una de las chicas negras con los pechos desnudos colgando entre colgantes cadenas—. ¡Hombre, me asustaste de muerte cuando apareciste saltando de esa manera!

Chico inspiró de nuevo y sonrió.

—Estoy bien. —Se reclinó en el negro hombro, mientras ella se apartaba de otra chica para sostenerle. Se echó a reír, se tambaleó, se afirmó; y Chico se apartó, dio otro paso, otra inspiración—. Sí, estoy bien. ¿Qué tenemos para comer?

El Destripador, con un abrelatas, estaba arrodillado delante de una lata de extraña forma.

—Una es de jamón cocido. —La lata rezumó gelatina por su etiqueta roja y azul—. Encontramos tres de ellas.

El fuego chisporroteó sobre el fondo de una olla colgada de una tubería encima de un recinto de ladrillos de cenizas.

—¿No funciona el gas en la cocina?

—Sí —dijo Denny, al otro lado del fuego—, pero pensamos que podíamos cocinar fuera.

La primera burbuja de la... ¿sopa? ¿guiso?, gris en el borde de la olla, agitó su reflejo del marco de la ventana del porche y estalló. Otra burbuja ocupó su lugar.

Chico retiró el peso de su cuerpo de su pulsante pierna. Mejor. La flexionó, sintiendo como si la tierna maquinaria de la rodilla y el tobillo estuviera fuera de lugar. Era su pierna calzada. ¿Quizá la suave suela había golpeado contra una roca?

—No eches tu maldita botella en el patio, hombre. ¿No has oído hablar de la polución? Vamos a vivir aquí.

—¡Cállate, o te voy a polucionar a fondo! —dijo una mujer blanca de pelo corto.

—Arroja tu jodida botella al siguiente patio, ¿quieres?

—De acuerdo, de acuerdo...

La luz rió burlonamente en los bucles de su cadena, derramó mates chapoteos sobre la oscura piel, iluminó un orificio encima de un negro labio, depositó hilos de luz en el grasiento pelo cobrizo, resplandeció en el hinchado borde de un ojo sin

pestañas, se sumergió en la lana grafito que poblaba un cráneo ovoide.

El Destripador rió y se inclinó y se secó la boca con el puño. La orquídea, colgada de la cadena de su cuello, chispeó brillantes pétalos.

—¡Toma...! —el cuello de una botella golpeó la boca de Chico, cliqueteó contra sus dientes, se clavó en sus encías.

—¡Cristo, hombre! —Chico la apartó de un manotazo—. No quiero maldito vino. —Ése era el sabor que goteaba de su labio inferior; se frotó la boca—. Que alguien me dé algo auténtico.

—¿Quieres esto? —preguntó Denny.

—Sí. ¿Qué es? —Chico bebió y se aclaró la ardiente garganta—. ¿Sabes que cuando tenía tu edad era un jodido adicto al alcohol? Ahora ni siquiera me gusta. —Dio otro sorbo, más pequeño, y le devolvió la botella a Denny—. Pero estaba jodidamente enganchado.

Algunos estaban discutiendo:

—¿Qué vas a hacer *ahora* con esto?

—Cortarlo a trozos y asarlo en el fuego.

—Puedes comerlo así, directamente de la lata.

—Infiernos, no. Es jamón, hombre. ¡Pillarías la triquinosis!

—¡Hombre, no puedes pillar la triquinosis de jamón en lata!

—Bueno, de todos modos coceré el mío antes de comérmelo.

Alguien pasó tenedores de cocina de mango largo. («Eso está bien. Tengo mi cuchillo de caza.») La burbujeante sopa se derramaba por un lado de la olla. La pierna de Chico estaba casi bien. Se volvió, sonriendo a la oscuridad, mientras los escorpiones le animaban a que comiera un poco de carne. («Hey, que alguien empiece a abrir la otra lata, ¿queréis?») La sopa silbó y chisporroteó en las llamas. Los bordes del anochecer se ablandaron con el licor. Miró de Denny a la botella de Denny.

—¡Hey, Chico! —La sonrisa era un pozo de parpadeante podredumbre y plata—. Realmente lo estás dejando bien, ¿eh? Hermoso, sí. Hermoso.

—¡Bueno, voy a ser un jodido hijo de madre! —anunció Chico—. No creí que *vivieras* otras veinticuatro horas, y mucho menos que te dejaras ver por aquí arriba.

Pimienta abrió una boca como un túnel.

—¡Pero tengo... *hambre*! —Su barbilla tembló con la última palabra. Agitó una botella de vino en su espigada mano—. Te has montado un nido realmente bonito aquí; y estoy preparado para correr.

—Sírrete tú mismo. —Chico hizo un gesto por encima de las cabezas a su alrededor—. Ve allá y sírvete tú mismo.

Un escorpión muy rubio y de cuadrada mandíbula se abrió camino desde el centro de un grupo de negros (Cuervo, Jack el Destripador, Trepennes, D-t, Araña), se situó detrás de Pimienta y dijo:

—¡Jesucristo..., mierda! —Agarró el flaco hombro de Pimienta—. ¿Qué haces de vuelta por aquí, hijo de madre, culo triste? ¿Por qué no pones tus pelotas fuera de este lugar antes de que yo...?

—Hey, espera... —dijo Pimienta—. ¡Hey...!

Otros, mirando, se movieron hacia un lado. La mujer del pelo corto avanzó unos pasos. Jetadecobre la detuvo con una pecosa mano en su encadenado y enchaquetado hombro.

—Saca tu jodido culo fuera de aquí —dijo el rubio de la mandíbula cuadrada—. Nadie te quiere por aquí para que hediondes el lugar. Ya has sido echado dos veces. ¿Quieres que alguien vuelva a hacerlo?

—¡Hombre, tengo *hambre*! —se quejó Pimienta—. Chico dijo que podía... —Y, bajo el empuje de la mano, se tambaleó hacia Chico.

Chico retrocedió un paso, aunque, no, sin ninguna palabra acompañando su movimiento. Hizo girar su mano en un arco, y golpeó la nuca de la rubia cabeza tan duramente que su mano hormigueó.

—¡Huaaa...! —le llegó, inexplicablemente de Pimienta, que se deslizó discretamente hacia un lado.

El escorpión al que había golpeado Chico se volvió, el rostro contorsionado.

No, pensó Chico: esta vez *con* la palabra. Tengo una pierna mala. Estoy medio borracho, ¿y estoy pegándole a la gente? No. Esto va a meterme en problemas.

—¡Déjale solo! —dijo en voz alta.

Los escorpiones se agitaron en silencio.

Sacerdote, arrodillado sobre el jamón cocido, frunció los ojos. Estaba tan cerca del fuego que sus oscuros hombros sudaban.

Chico se dirigió al ceñudo rubio y sujetó su hombro.

—¡Simplemente ve y sírvete algo de *comer*! —Agitó el hombro del escorpión en amplios movimientos—. Hay para todo el mundo, ¿sabes? —¿Voy a seguir realmente con esto? Chico empezó a reír—. Vamos, dadle un trozo de jamón. —Empujó al escorpión hacia el fuego. Y me daré la vuelta, echaré a andar, y esperaré a que un tenedor se clave en mi espalda.

Chico se dio la vuelta.

Jetadecobre estaba de pie delante de los otros, los brazos cruzados, Cristal a un lado, Escupitajo al otro. La mujer del pelo corto, agitando la cabeza, se alejaba.

Chico avanzó entre ellos, pensando: No puedo decir si van a respaldarme o a saltar sobre mí. ¿Lo saben los demás?

—¿Por qué no vais a buscar vosotros también algo de comer? —Pasó por su lado. Algo de la tensión se había roto con su risa.

Trepennes dijo:

—¿Tenéis una escudilla o un cazo o algo así?

Jack el Destripador dijo:

—Tenemos bols y tazas y otras cosas. Alguien lavó todos los jodidos platos.

Media docena de personas se acuclillaron juntas al lado del fuego, los hombros lisos como grandes ciruelas prunas, pelo arrugado como grandes ciruelas pasas, manteniendo sus tenedores sobre las brasas, retirando las manos y chupándose bruscamente los nudillos.

Miró una botella.

—¿Quieres un poco de...?

—Sí. —Tomó la botella y dio otro trago—. Gracias. —Y siguió trazando el círculo. Dos estaban besuqueándose debajo de un árbol. Por un momento tuvo la impresión de que ambos eran muchachos.

Dólar alzó su rostro del alborotado pelo de la muchacha.

—Hey, Chico... —Parpadeó a la luz del fuego, su cerdosa barbilla ampollada aquí y allá.

Chico pasó por encima de las botas de Dólar.

—¿Todavía no has cogido nada de comer? —preguntó Denny.

Chico negó con la cabeza.

—Toma esto. Yo iré a buscar más.

La taza estaba caliente, y la sopa se había derramado por los lados.

—Gracias.

—No vamos a coger la triquinosis de ese jamón si no lo asamos, ¿verdad? —preguntó Denny.

—Si sale de una lata —dijo Chico—, ya está cocido.

—Eso es lo que pensé —murmuró Denny.

Bebió un poco; el caldo cosquilleó en su paladar. La sensación tardó unos segundos en reducirse a simple calor.

Buscó, vagamente, a Pimienta o al escorpión que lo había importunado. No pudo descubrir a ninguno de los dos en torno al fuego. Y la gente estaba entrando y saliendo de nuevo de la casa.

Cristal, Escupitajo y Jetadecobre, con una actitud menos formal, pero aún juntos, permanecían de pie a un lado del patio, comiendo jamón y sopa. Chico inclinó su taza.

—¿Puedes oír eso? —preguntó Cristal.

—¿Oír qué?

—Escucha —dijo Escupitajo.

Chico se inclinó sobre la sopa que humeaba hacia su barbilla. El patio estaba lleno de voces.

—¿Qué?

—Ahora —dijo Escupitajo.

Quizá a dos manzanas de distancia, un hombre gritó. El sonido se prolongó, murió al final de un largo aliento y empezó de nuevo, esta vez quebrado y tembloroso.

—¿Quieres ir a echar un vistazo? —Jetadecobre se metió en la boca otro pedazo de jamón. Una línea de grasa relucía desde la comisura de su boca hasta su barba.

—No —dijo Chico.

—Tú eres el gran héroe, hombre —dijo Jetadecobre—. ¿No deseas ir a ayudar a un caballero en apuros? —Jetadecobre se echó a reír.

—No, yo...

El hombre gritó de nuevo.

Momentáneamente, Chico imaginó a ellos cuatro horadando la noche más allá del fuego, cruzando oscuras calles, con el ulular llenando la noche a su alrededor.

—No, no lo deseo. Ya he dado de comer a Pimienta. Ésa es mi heroicidad por esta noche. —Sorbió ruidosamente y caminó de vuelta entre los escorpiones reunidos en torno al fuego. Cuando los vecinos están chillando... El pensamiento cruzó por su mente, pero no pudo recordar qué venía a continuación.

—Hey, Chico. ¿Quieres usar mi tenedor?

Era el escorpión rubio que había intentado echar a Pimienta.

—Gracias. —Era un tenedor de mango largo con tres puntas. Chico pinchó un trozo de jamón y se acuclilló junto al fuego. Frunció los ojos ante las llamas. En su intento de beber la sopa, derramó más sobre su mano de la que entró en su boca. E incluso pese al largo tenedor, sus nudillos acumulaban un calor doloroso. El escorpión rubio, acuclillado al lado de Chico, observó la carne burbujear y tostarse.

—Gracias por el tenedor —dijo Chico de nuevo al cabo de unos minutos, y dio un nuevo sorbo de su taza.

El grito había cesado.

O había demasiado ruido para oírlo.

—¡Hey, Tak!

—¿Chico?

—¿Qué estás haciendo?

—¿Qué estás haciendo *tú*? ¿Puedes bajar de ahí? Será mejor que vayas con cuidado...

Chico soltó la viga y se dejó deslizar cascotes abajo, alzando una nube de polvo detrás y una avalancha delante.

—Eso fue impresionante —dijo Tak—. ¿Sigues yendo por ahí con un solo zapato? Debes tener la planta del pie como una plancha de roble.

—No. —Chico golpeó de nuevo su pie contra sus tejanos negros, ambas piernas grises hasta la rodilla—. Realmente no.

—¿Estás explorando ahí dentro? —Tak alzó su gorra de visera para observar las volutas de humo que se alzaban por entre las vigas—. ¿Cómo es que no tienes al resto del nido contigo? Creía que los escorpiones nunca viajaban solos.

—Vengo y voy. —Chico se encogió de hombros—. Los llevo a correr. ¿Adónde vas?

—Estoy en una misión de caridad para tu amiga.

—¿Lanya?

—Me ofrecí voluntario a ayudarla con su vestido para tu fiesta.

Chico intentó contener la risa. Hizo estallar el sello de sus labios, y las luces destellaron o en sus ojos o en las ventanas del almacén delante de ellos.

—¿Qué es tan divertido?

—¿Ha conseguido convertirte en modisto?

—No. Ven y te mostraré algo interesante.

Echaron a andar por las calles llenas de escombros.

—Vas a venir a la fiesta, ¿verdad?

—No —dijo Tak—, en toda tu jodida vida.

—¿Eh? Oh, hombre, ven. Calkins quiere que traiga a mis amigos. Voy a llevar a todo el nido conmigo. ¿No quieres ver lo que ocurre cuando todos esos fenómenos sean dejados sueltos por ahí dentro?

—No me siento terriblemente interesado. Pero sospecho que Calkins sí..., aunque nunca lo he conocido personalmente.

—Oh, *vamos*, Tak...

—No. Alguien tiene que quedarse aquí para leerlo al día siguiente en la columna

de chismorreos. Ése es mi trabajo.

Tú límitate a pasártelo bien y a beber una copa de coñac por mí. Roba una botella, si tienen alguna buena marca, y tráemela. Me encanta el *Gold Leaf*. Alguien descubrió mi central de aprovisionamiento de licor y entró a saco en casi todo lo que valía la pena beber.

—Nosotros tenemos una tienda de licores justo a la vuelta de la esquina. ¿Qué es lo que bebes? Hay de todo. Lo que quieras. Sólo dímelo, y te lo traeré.

—Courvoisier Cinco Estrellas. —Tak se echó a reír con su whiskiosa risa y volvió a bajarse la gorra—. Vamos.

Mientras se apartaban de la esquina, preguntó: —¿Cuánto tiempo llevabas ahí arriba?

—Unas horas.

—Oh —dijo Tak—. Porque me levanté muy temprano, cuando aún estaba amaneciendo. Pasé por aquí, y aún podías ver las llamas... —Indicó con la cabeza hacia la calle lateral que descendía en pendiente y donde un turbulento humo bloqueaba la visión más allá de un par de manzanas.

—¿Tú pudiste?

—Exactamente eso... —Tak asintió de nuevo.

El humo se hinchaba y giraba en torno a los pisos superiores. El cielo era tan denso como el queso y tan opaco como un atardecer sin sombras. Ya no tengo sed (pensó Chico), pero siempre tengo la garganta ronca. Tres botas y un pie pisaron la rechinante calle.

—Tak, ¿dónde está el monasterio, mirando desde aquí? No quiero decir la iglesia de la Reverenda Amy. Me refiero al monasterio.

—Bueno, es... —Tak se detuvo—. Hay que subir hacia arriba y girar en Broadway. Luego sigues recto hasta el otro extremo de Broadway y llegas directo a él.

—¿De veras? ¿Simplemente así?

—Es una larga caminata. No sé si ese autobús funciona todavía. Por aquí. —Tak se metió en la calle.

La rampa de carga se inclinaba hasta una puerta de madera claveteada con remaches del tamaño de monedas de cincuenta centavos. Encima, sobre un marco de oxidado hierro, letras de aluminio, antes atornilladas, anunciaban claramente: *Almacenes de la MSE*. Junto a la puerta, una placa negra reflejaba distorsionado el rostro de Chico. Unas letras blancas oscurecían sus ojos y labios: *Mateland Systems Engineering. Almacén*. Chico se agitó momentáneamente con el recuerdo de Arthur Richards mientras Tak tomaba la aldaba con ambas manos, gruñía. La puerta resonó al abrirse a una losa de oscuridad. Tak miró sus manos, llenas ahora de grasa oxidada.

—Vamos dentro. —Tak mantuvo sus manos apartadas de sus costados para

impedir que mancharan sus pantalones.

Chico entró, y oyó cambiar el timbre de su respiración. Unos escalones de hierro ascendían hasta un porche de cemento.

—Vamos arriba.

Chico lo hizo, y cruzó de lado la puerta del fondo. La claraboya, tres pisos más arriba, cartografiaba continentes de polvo y luz entre teselaciones longitudinales y latitudinales.

—¿Qué hay —las reverberaciones le hicieron detenerse— aquí dentro?

—Vamos —y Tak no tenía rostro. Pasó delante de Chico. Cada tacón sobre el cemento arrojaba tartamudeantes ecos.

Hacía mucho frío.

Bloqueados por planchas en X de dos metros y medio, carretes lo bastante grandes como para contener cable eléctrico subterráneo ocupaban el suelo entre pilas de cajas de ocho y diez metros de altura. Chico pasó por delante de dos de ellos antes de reconocer lo que tenían enrollado.

Más tarde intentó reconstruir cuál había sido el proceso de reconocimiento. En el momento de verlos se había producido un período en el que todas las emociones estuvieron muertas, durante el cual se había acercado a uno..., sí, había adelantado una mano, la había retrocedido de nuevo, y simplemente se había quedado allí de pie, mirando, durante largo rato.

En vueltas, en colgantes bucles en torno al tambor (¿centenares de metros? ¿centenares de miles? ¿y cuántos tambores había en aquel almacén que ocupaba toda una manzana?), la cadena de cobre, engarzada con prismas, espejos, lentes, colgaba.

Se detuvo ante el alineado fulgor, esperando que despertara algún pensamiento explicativo.

El extremo de la cadena colgaba hasta el suelo, donde unos cuantos metros formaban unas completas (¿cerca de 300 estrellas?) Pléyades.

Había una caja de cartón abierta al lado del carrete. Chico se inclinó, apartó a un lado la tapa. Parecían escarabajos de cobre. Metió la mano entre los pequeños objetos metálicos, tomó uno —había un agujero en un extremo— e intentó leer lo que había grabado en él. La luz era demasiado escasa y le picaban las comisuras de los ojos.

En el cartón de la caja, sin embargo, en letras blancas, decía: PRODUCTO DO BRAZIL.

Chico se irguió.

Tak había avanzado unos doce metros a lo largo de una avenida de cajas.

Los ojos de Chico se habían adaptado lo suficiente a la débil luz como para distinguir los letreros de las cajas apiladas a su alrededor.

FABRIQUE FRANQAISE.

MADE IN JAPAN..., la mancha de la inicial tenía que ser una «M».

ÛPAPMATA EAAENIKAI

Chico volvió a la cadena. Había empezado sus observaciones movido por la curiosidad, pero lo que había generado tenía tan poco que ver con las respuestas que incluso la curiosidad carecía de sentido.

—¡Tak!

—¿Qué? Hey, ven aquí. ¿Has visto eso?

Chico se dirigió al pasillo entre las cajas apiladas.

Tak tiró de una de las tablas de la tapa de una caja de madera. Los clavos rechinaron, y el eco rodó entre las pirámides de cajas.

—Aquí es donde tienes que venir si necesitas más.

Los contenedores en el interior le recordaron a Chico los cuadrados de cartón donde se guardaban los huevos.

Faltaban algo así como una docena.

Los que quedaban, del tamaño de pelotas de golf y el color del metal de una pistola, estaban incrustados con lentes. Los interruptores apuntaban todos hacia la izquierda de la caja. A la derecha estaban las anillas de metal para sujetarlos.

Chico tomó su proyector, lo observó oscilar en su cadena.

—No tienen pilas —dijo Tak—. Tendrás que conseguirlas en las tiendas de la ciudad.

El letrero en el interior de la tapa de la caja decía: ARAÑA.

En las cajas apiladas alrededor, Chico leyó:

DRAGÓN

LAGARTO

RANA

AVE DEL PARAÍSO

ESCORPIÓN

MANTIS

GRIFO

Chico alzó la esquina del contenedor. La capa de debajo estaba llena.

—Tienen que haber... —le frunció el ceño a Tak— *miles* aquí.

—He venido a buscar algo de arriba —dijo Tak—. Ven.

—Tak. —Contempló la miriada de cajas que formaban un laberinto a su alrededor—. ¡Tiene que haber miles de estas cosas aquí! ¡Quizá millones!

El polvo llenaba la inclinada columna procedente de los semiopacos paneles del tragaluz.

Tak se dirigió a los escalones de metal junto a la pared.

—Hay un montón de cosas extrañas aquí dentro. —Se inclinó sobre el pasamanos, le sonrió a Chico, y empezó a subir.

—Hey. —Chico giró en torno al poste de metal y le siguió—. ¿Qué has venido a

buscar?

—Está arriba.

Las cajas de cartón apiladas junto a la pared estaban manchadas por el agua. A su lado pasaban unas tuberías; el forro de asbesto de las tuberías estaba manchado también.

—Aquí está.

Recorrieron una plataforma elevada. Chico pasó su mano por la barandilla, contemplando el almacén.

—Este lugar siempre me recuerda la última escena de *Ciudadano Kane* —dijo Tak—. Esto es lo que quiero.

Dos rollos de... tela (era como una especie de lame, Chico no podía decir a aquella luz si dorado o plateado) estaban apoyados de pie contra la pared.

—¿Para el traje? —preguntó Chico.

—No dejaba de hablar de ello, y yo le dije que recordaba haber visto algo de materia prima por aquí. —Tomó uno de los rollos y lo desenvolvió—. No sé si es eso lo que quiere. Es más bien especial. Ve a explorar un poco, si quieres. Ya te daré un grito cuando nos vayamos.

Chico caminó una docena de pasos, miró hacia atrás —Tak estaba extendiendo metros de tela—, luego siguió andando.

Las cajas a su alrededor —más pequeñas ahora, y apiladas un poco al azar— estaban marcadas con burdas representaciones de signos zodiacales. Dio una vuelta por entre ellas. Una caja, abierta como las de abajo, estaba en medio de la plataforma metálica.

Sus pasos, incluso los de su pie descalzo, despertaban un resonar metálico. La tapa abierta se agitaba con la vibración del suelo.

Diagonalmente a través del cartón podía leerse:

CAPERUZAS — OJOS ROJOS

No frunció el ceño. Todos los músculos de su rostro presionaban hacia la expresión. Pero había algo paralizado en él. Se acuclilló, echó a un lado la tapa.

Probablemente habían estado cuidadosamente empaquetadas uno al lado de otro. Pero el mover la caja había mezclado la mayoría. Tomó una. Era como un disco cóncavo del tamaño de un cuarto de dólar, como cortado de una pelota de ping pong.

Era roja.

La hizo girar entre sus callosos dedos. Pero eso no lo *explicaba*, pensó. Luego parpadeó, porque sus ojos estaban llenos de agua. ¡No lo hace! Sintió que la carne de gallina se apoderaba de sus hombros, su espalda, sus nalgas, como un velo de gasa. ¿Qué podía desear hacer alguien con...?

Parpadeó de nuevo.

La lágrima cayó sobre la superficie mate de la caperuza. Allá donde incidió, el color se intensificó hasta adquirir el lustre del cristal esmeralda.

No: aquello era un doble pensamiento, con y sin palabra, y difícilmente una superposición.

La caperuza crujió entre sus dedos. La dejó caer en la caja, se puso en pie en un solo movimiento. Dejó escapar todo el aliento, inspiró, y tragó saliva, sorprendido ante el eco.

Retrocedió.

¿Cuándo se las ponen? ¿Cuándo se las quitan? ¿*Dónde* se las ponen...? Diría más bien (el pensamiento se hizo caleidoscópico y luego lúcido) que no tienen nada que ver, nada en absoluto que ver con...

Chico retrocedió de nuevo, se volvió, se apresuró plataforma arriba.

Tak, con el lame doblado sobre el brazo, estaba acucillado junto a otra caja.

—Ya tengo todo lo que necesito. ¿Hallaste algo interesante?

Desde donde estaba Chico, la visera de su gorra enmascaraba el rostro del ingeniero.

¡Lo más terrible, se dio cuenta Chico, es que estoy demasiado asustado para preguntar!

—Hey, ¿estás bien? —Tak alzó la cabeza. La sombra osciló en la parte superior de su rostro—. No vas a meterte ahora en otra de tus idas, ¿no?

Chico intentó decir: Estoy bien. Todo lo que consiguió fue expeler de nuevo el aire.

Tak extrajo de la caja una pieza cuadrada metálica de equipo y se puso en pie.

—Vámonos. —Suspiró.

A medio camino escaleras abajo, Chico consiguió decir:

—Estoy bien. —Las palabras colgaron en la polvorienta luz, su filo embotado por los ecos. Tak le lanzó una sarcástica mirada.

¿Es ésta, pensó Chico, una de las cosas que, dentro de unos minutos, se deslizarán fuera del registro de la memoria para dirigirse a algún lugar inaccesible y almacenarse junto a mi nombre? (Cerró la boca, y el rugido que había resonado dentro de ella durante los últimos minutos cesó.) Lo más probable es que sea una de esas cosas de las que nunca seré capaz de hablar, y nunca podré olvidar.

Estaban a medio camino de la puerta antes de que la primera voz, llena de irónico regocijo, bostezara en algún lugar dentro de él e inquiriera: ¿*Nunca?*, antes de darse la vuelta, dejar escapar una risita y echarse a dormir.

Bueno, no por un malditamente largo tiempo.

Pero se sintió un poco mejor.

—¿Has visto ésas? —Tak señaló con la cabeza hacia otro pasillo de cajas.

—¿Qué? —El corazón de Chico seguía latiendo muy rápido. Sentía la cabeza ligera.

—Ven. —Tak le condujo hasta allí.

Las orquídeas colgaban en hileras de soportes de madera provistos de clavijas.

Chico se dirigió hacia una batería de hileras.

—Son... del tipo fantasía. —Miró hacia atrás—. Como la que tú tienes, ¿no?

—Las sencillas están ahí. —Tak se situó a su lado y señaló—. Pensé que tal vez hubieras estado aquí antes.

Ante la mirada interrogativa de Chico, Tak tomó la más cercana. Debajo de ella estaba escrito:

ORQUÍDEAS DE COBRE

Chico se echó a reír. El sonido reverberó débil en su garganta, pero el eco vibró en todo su cuerpo.

—Hey, déjame ver esto. —Chico tomó el cerrado instrumento y le hizo dar vueltas y vueltas—. Creo que puedo tomar una..., ¿no?

Tak se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

Chico juntó los dedos y los metió por la muñequera.

—Dejé la otra allá en el nido. Quizá valga la pena tener dos..., una para las ocasiones especiales. —Hizo una repentina finta a Tak—. ¿Te gusta? —Rió de nuevo.

—Vámonos. —Tak no se había movido en lo más mínimo—. Salgamos de aquí.

Veían ya la puerta cuando Chico sufrió otro ataque de carne de gallina. Pero éste sólo le hizo sonreír. Alzó la vista hacia la claraboya, hundió los hombros, y se apresuró detrás de Tak. Probablemente nunca será capaz de encontrar de nuevo este lugar, pensó. Robar un recuerdo (miró las amarillas hojas en torno a su mano) pareció de pronto ser la habilidad definitiva.

Fuera, Tak alisó la doblada tela cruzada sobre su brazo.

—Puesto que esto va a ser el traje de baile de tu amiga, creo que tendría que mostrarte como funciona. Es algo muy ingenioso. Espera un segundo. —Sacó de su bolsillo la pieza de equipo que había tomado: una caja metálica del tamaño de un paquete de cigarrillos, con tres diales, dos mandos y una pequeña luz en una esquina—. Préstame la pila de tu escudo.

—Oh, claro. —Chico trasteó en la esfera a través de las hojas. El proyector se abrió con un cliqueteo—. Sólo tengo una mano. Cógela tú mismo.

—De acuerdo.

Tak abrió la parte de atrás de su caja y metió dentro la pila.

—Ahora observa.

Giró un botón.

La luz de la esquina de la caja parpadeó con un color naranja argón.

—Ahí vamos.

Giró otro botón.

La tela sobre el brazo de Tak —al principio Chico pensó que Tak la estaba agitando— se volvió púrpura.

—¿Eh? —dijo Chico.

Las escamas metálicas que formaban la tela parecían haberse invertido. Algunas se invirtieron de nuevo, y una mancha escarlata creció en un ángulo, cubrió el púrpura, hasta que a su vez fue barrida por un resplandeciente verde.

—¡Oh, hey...! —Chico retrocedió un paso—. ¿Eso va a ser un vestido?

—Hermoso, ¿no?

El parpadeo multicolor, como las alas de un insecto, se resolvió en un azul que se hizo más oscuro, y más oscuro, hasta llegar a ser casi negro.

Tak cerró los dos botones de la caja. La mayor parte de la tela adoptó un color plata mate. La sacudió; y de nuevo fue de un uniforme gris metálico.

—¿Sabes cómo funciona?

—Hummm. —Tak devolvió la caja a su bolsillo—. En realidad es sencillo. Hey, no le digas a Lanya que te lo mostré. Ella quería que fuese una sorpresa.

—Oh, seguro —dijo Chico—. Seguro. —Miró hacia atrás, al almacén—. Hey, Tak, ¿quién...?

—No *esa* pregunta —dijo Tak junto a su hombro—. Si supiera la respuesta, ya te la habría dicho.

—Oh —y Chico empezó a listar aquellos de quienes podía esperar una respuesta adecuada.

—¿Quieres subir y tomar una copa?

Chico dijo:

—Hey, déjame ver de nuevo cómo funciona eso. Es todo lo que deseo ver.

Tak suspiró.

—Por supuesto.

—¡...te voy a matar, hijo de madre! —chillando como un bebé retorcido por el dolor. Chico saltó del altillo, giró hasta situarse junto a la jamba de la puerta. Dólar bailaba en el pasillo, agitando la tabla por encima de su cabeza.

—¡Hey...! —Jetadecobre retrocedió unos pasos, cubriéndose el rostro con un brazo.

—¡...te *mataré* si no me dejas solo!

Jetadecobre se agachó. La tabla golpeó la pared.

Tres escorpiones (dos negros, uno blanco) se apiñaban en la puerta de la sala de

estar. Otros dos (un hombre, una mujer) entraron, mirando, por el porche de servicio.

Dólar echó hacia atrás la cabeza.

Chico arremetió y agarró; su mano se enredó en el pelo de Dólar. Sujetó el hombro del escorpión y empujó su espalda contra la pared. Dólar se estrelló contra el papel y sus largos dientes castañetearon. La esquina de la tabla golpeó el hombro de Chico y resonó contra el suelo, mientras Dólar abría de nuevo la boca. Sus labios se pegaron en gomosa saliva. Dólar intentó empujar hacia delante, jadeando. Jetadecobre forcejeó para apartar a Chico.

Chico lanzó su codo hacia atrás como si fuera un ariete.

—¡Suelta!

—¡Voy a matarle! —chilló Dólar en el rostro de Chico—. No quiere dejarme solo. ¡Voy a matarle! ¡Sabe que voy a hacerlo! ¡Voy a matarle! ¡Voy a...!

Chico se apretó contra Dólar, manteniéndolo, brazos y piernas abiertos, contra la pared. Dólar inclinó la cabeza. Entonces su hombro, aún escocido por el golpe de la tabla, estalló en dolor, tan sorprendentemente que ni siquiera pudo lanzar una exclamación. Se limitó a gruñir y a mantener inmobilizada la cabeza de Dólar contra la pared. Los dientes de Dólar se abrieron a una bocanada de aire. Oyó el cráneo de Dólar golpear dos veces contra la pared, y se dio cuenta de que era él quien lo estaba golpeando. Sintió que la sangre resbalaba por su brazo. Los ojos de Dólar estaban desenfocados. Intentaba sacudir la cabeza. Sus dientes superiores estaban cubiertos de sangre, su labio inferior orlado de ella.

—¿Vas a dejar que me ocupe de él? —La voz de Jetadecobre le llegó una octava demasiado baja; sus palabras parecían temblar—. ¡Este jodido solitario va a hacerle daño a alguien! Y luego no vengas diciéndome nada. ¿Vas a dejar que nos ocupemos de él?

Chico miró hacia atrás. La barbuda mandíbula de Jetadecobre estaba hundida en su cuello. Sus pecosos puños se abrían y cerraban mientras él se tambaleaba y jadeaba.

Dólar agitó su cabeza contra la pared.

—¡Dile que me deje solo! —Las lágrimas hacían que sus pestañas resplandecieran—. ¡Voy a matarle! ¡Él lo sabe! —Dólar parpadeó. Las lágrimas rodaron por el cerdoso pelo que crecía en su pustulosa mejilla.

En la quietud y el silencio, el pánico de Chico murió. Lo que brotó en su lugar fue rabia. Pero no pudo hallar palabras que aullar. Alzó las manos y dejó escapar un rugiente aliento.

Jetadecobre parpadeó y retrocedió.

Los ojos de Dólar dejaron de girar.

Chico notó que un músculo tironeaba en su mandíbula y flexionó la boca para controlarlo. Se frotó el escocido hombro.

Cristal estaba de pie en la puerta del cuarto de baño, con Escupitajo a unos pocos pasos detrás de él. En la abierta puerta delantera, Denny tenía una mano en el picaporte y la otra en la moldura.

Aguardando a que le llegaran las palabras, Chico oyó hablar:

—¿...lo has visto? ¿Has visto lo que ha hecho? —Pimienta, encajado en la puerta de la sala de estar, susurraba intensamente a D-t, que no estaba escuchando—. ¿Has visto la forma en que Dólar fue detrás de ese negro, con una maldita tabla? Apuesto a que le hubiera partido la cabeza, apuesto a que sí. Será mejor que vigilemos a Jetadecobre a partir de ahora, porque Jetadecobre lo va a coger por su cuenta. ¿Crees que hubiera podido pegarle a Jetadecobre? ¿Eh? Si Chico no hubiera acudido a detenerlos, ¿quién apostáis que le hubiera dado primero al otro, eh? Si Chico no hubiera aparecido...

Entre sus delgados hombros cargados de cadenas, el rostro de Pimienta exhibía su extática y podrida sonrisa.

—Jetadecobre —dijo Chico—, espera a que yo te lo diga.

Jetadecobre cerró los labios y agitó la cabeza, casi un remedo de asentimiento.

—Vete —dijo Chico—. Simplemente no le molestes.

—... sí —dijo Jetadecobre. Sus puños se abrieron—. Sólo porque tú lo dices...

—Se volvió y se encaminó al extremo del pasillo; Cristal y Escupitajo se apartaron a un lado.

—¡Voy a *matarle*! Él sabe que voy a...

Jetadecobre se volvió e hizo ademán de cargar de nuevo.

Chico golpeó a Dólar en un lado de su rostro con los dos puños unidos. Fue un golpe débil y torpe (y su hombro le escocía y pulsaba bajo el escozor), pero Dólar se derrumbó con las manos contra sus oídos.

Jetadecobre sujetó a Chico por los hombros (el dolor en el izquierdo ascendió otro nivel) y lanzó dos patadas por entre las piernas de Chico.

—¡Ay...! ¡No...!

Chico empujó a Jetadecobre hacia atrás.

—¡Que alguien lo saque *fuera* de aquí!

Nadie se movió.

—¡Vosotros dos! ¡Sacad a este bastardo fuera de este maldito nido antes de que alguien lo mate! —Se volvió y apoyó ambas manos en el pecho de Jetadecobre. La chaqueta de Jetadecobre resbaló a lo largo de un brazo y colgó. Una cadena había caído por el otro—. Déjale solo... ¡o de otro modo voy a tener que pegarte a ti también, y entonces *los dos* resultaremos heridos!

Tras él hubo un roce y movimiento.

Miró por encima del hombro. Denny y otro escorpión (ninguno era los dos a los que se lo había dicho) sostenían a Dólar, que jadeaba, flácido, incapaz de sostenerse

sobre sus pies. Chico pensó: Tiene que estar fingiendo. Maldita sea, nadie le golpeó tan fuerte.

Jetadecobre dio otra profunda inspiración, tragó saliva, agitó la cabeza, inspiró de nuevo.

—... Dólar le hubiera abierto la cabeza a Jetadecobre si Chico no llega a detenerle, apuesto a que sí. ¿Crees que hubiéramos tenido que matarle? Apuesto a que hubiéramos tenido que hacerlo, quiero decir, ¿viste la forma en que fue detrás de Jetadecobre con esa tabla? Y luego apareció Chico, corriendo hacia ellos...

La puerta delantera se abrió; los pies de Dólar golpearon contra los escalones.

Chico respiró ruidosamente, dio una fuerte palmada a Jetadecobre en el hombro y avanzó unos pasos más allá de él. Intentó atomizar los fragmentos de la acción. Notaba la cabeza terriblemente clara. Pero pese a toda esa claridad, no podía rastrear las motivaciones a través de los recuerdos de golpes y dolor.

Se detuvo en el porche de servicio, masajeándose el hombro, escuchando a la gente que se movía de nuevo en las otras habitaciones.

—¿Chico...?

Con la muchacha que había estado besuqueándose con Dólar la otra noche (por sus ropas, vio Chico, no era una escorpión) bajo uno de sus brazos, Jetadecobre, aún respirando pesadamente, salió al porche. Escupitajo y Cristal estaban muy cerca detrás de él.

—¿Qué? —Chico se frotó de nuevo el hombro—. ¿Qué es lo que quieres? —La rozadura de la tabla le había hecho más daño que el mordisco de Dólar. Rabia, pensó: voy a pillar la rabia por culpa del bastardo.

—¿Nos dejas salir y ocuparnos de él? Está merodeando en torno a la casa. Va a intentar causar problemas de nuevo. Si lo trabajamos un poco, se tranquilizará y volverá a estar suave de nuevo, cuando se ponga mejor. No sé lo que estás intentando hacer —dijo Jetadecobre—. Pero no va a funcionar de ninguna otra manera.

—No me importa —dijo Chico, principalmente porque le dolía el hombro— lo que hagas con él, siempre que lo hagas fuera.

Jetadecobre miró a los otros dos escorpiones.

—De acuerdo —dijo con voz espesa—. Vamos.

La chica se quedó sola en la puerta, manoseando las trabillas de sus tejanos marrones.

—No deberían hacerlo —dijo, con acento de Florida y expresión preocupada.

Tan intensa como la claridad que había sentido hacía unos momentos, Chico sintió ahora un fuerte torpor. Hizo un gesto de asentimiento hacia ella, con la boca abierta.

Más tarde recorrió a largas zancadas la casa, ignorando a la gente que se movía a su alrededor. Se detuvo en la puerta delantera, luego se dio bruscamente la vuelta y

regresó al porche de atrás, y se detuvo delante de la puerta de allí, sin mirar realmente al patio de fuera; cuando fue consciente de ello, regresó a la cocina.

Fuera de la puerta mosquitera, una chica estaba preguntando:

—¿...dentro? ¿No sabes si está ahí dentro? Es corpulento...

Chico abrió la puerta.

Con el nudillo apoyado contra su barbilla. Su rubio pelo, sujeto por una horquilla adornada con flores de plástico, se deslizó de su hombro cuando volvió la cabeza.

—Está usted a unas ocho manzanas fuera de Jackson —dijo Chico.

June agitó la cabeza.

—No estaba buscando a...

Cuervo (uno de los escorpiones propietarios de la Harley) se frotó las sucias manos en la chaqueta, apretó su largo e hirsuto pelo, juntándolo, tomó la cinta de cuero que sostenía entre sus dientes y se ató en la parte superior del cráneo un moño grande como su cabeza.

—No sé qué es lo que quiere.

—¿Usted..., *usted* vive aquí? —preguntó June.

Chico asintió.

—¿Qué es lo que quiere? Si no está buscando a George, ¿a quién busca?

La mano de ella resbaló, botón a botón, sobre su blusa.

—A mi hermano.

Chico frunció el ceño.

—A mi hermano mayor, Edward.

—Oh... —El ceño de Chico se endureció—. ¿Qué le hace pensar que lo encontrará aquí?

—Alguien le vio..., dijo que lo había visto... por aquí...

—Miró a Cuervo.

Éste se había metido el pulgar en el cinturón; le devolvió la mirada.

Chico le hizo un signo con la cabeza de que entrara. Ella avanzó de costado y cruzó la puerta. Como fuera que la fregadera volvía a estar llena, alguien había puesto la olla, con los costados estriados de endurecida sopa, en mitad del suelo.

June la miró.

Chico intentó recordar cuántas veces había pasado al lado de ella sin fijarse.

—Alguien le dijo a mi madre que... que había creído ver a alguien que...

Pasaron a la siguiente habitación.

—Mis padres no saben que he venido —dijo ella—. No hubieran querido que yo..., que viniera aquí.

Dos chicas negras se volvieron para observarla. Un muchacho rubio apareció tras ellas, se inclinó sobre sus hombros, se chupó el labio inferior y dijo, con voz arrastrada:

—Mierda... —Los tres rieron.

—¿No es ninguno de ellos? —preguntó Chico—. ¿No es él?

Ella contempló las puntas de sus zapatos negros; manchas rojas florecieron en sus mejillas.

—¿Quiere echar un vistazo?

Ella asintió y se apresuró hacia delante para que él se interpusiera entre ella y los observantes escorpiones. Otros dos pasaron junto a una puerta, la mujer blanca del pelo corto (con un tatuaje en el brazo) y D-t, que clavó sus ojos en ella hasta que June apartó bruscamente la cabeza y cerró la boca.

—Vamos, le mostraré el lugar.

En el pasillo, la chica de los tejanos marrones estaba hablando con Siam. June contempló la fotografía con el cristal roto al mismo tiempo que Siam y la muchacha la miraban a ella.

Es el que ella se mantenga tan apartada de mí, pensó Chico, tan nerviosa, lo que hace que todos la miren de este modo. Da vueltas, sigue dando vueltas, no deja de dar vueltas. ¡Y sin embargo está tan lejos! Ni siquiera es (el pensamiento se le ocurrió de pronto) que sea una chica bonita, sino más bien que hay otras dos docenas de personas viviendo aquí dentro y el aislamiento que ella exige a su alrededor destruye nuestro concepto del espacio humano. Que su hostilidad brota en miradas sexuales y gestos sexuales («¿Has visto a esa conejita que ha pasado por ahí?», dijo alguien, masculino o femenino, no estaba seguro, en la otra habitación. «¿Dónde están mi tenedor y mi cuchillo?») como respuesta genérica a algo mucho más personal que su sexo..., aunque es posible que ella no comprenda eso durante muchos años. Algunas personas son muy jóvenes a los diecisiete años.

—¿Ya no vive usted en el parque? —preguntó June.

—No. —Miró al porche y al patio al otro lado—. ¿No es ninguno de esos?

Ella agitó la cabeza sin, creyó, mirar.

—Quizá ahí dentro. —Cruzaron el pasillo; Chico abrió la puerta.

Hacía calor, e incluso Chico se preguntaba a veces cómo podían dormir en la abrasante semioscuridad. Cuatro, entre ellos una chica, desnudos en el gran colchón de la esquina, sudaban inertes, con sus respiraciones silbando a diferentes ritmos. Catedral, con la espalda contra la pared, estaba leyendo un libro cuya cubierta había sido arrancada (... *Orquídeas de cobre*: Chico reconoció el título en la primera página). Como deferencia a los durmientes, no había alzado la persiana. El león, agazapado en el alféizar, leía por encima de su hombro.

Chico avanzó unos pasos.

June, con la mano otra vez delante de su rostro, le siguió.

La puerta del armario había sido sacada de su sitio y apoyada contra unas cajas. Un saco de dormir, abierto, había sido depositado en el suelo. Un chico y una chica,

ambos con el pelo muy largo, dormían juntos sobre él. Ninguno de los dos eran escorpiones, y el muchacho (la cabeza acurrucada contra el cuello de ella) parecía como si hubiera dormido mucho mejor en la comuna.

Alguien (¿Ángel?) se agitó dentro del armario. Algunas cosas cayeron y resonaron y gruñeron, puntuadas por: «Mierda...» y «Maldita sea...» y «¡...mierda!» y «Mierda...»

Desde que Chico había estado por última vez en la habitación, alguien había colgado un póster de George como la Luna. Alrededor de él había media docena de desplegados de *Playboy*, dos portadas de Black Garters, y montones de mujeres desnudas jugando al tenis en algún campo nudista.

June cerró tan fuerte los puños en la pechera de su mono verde que temblaron.

Esto es una afirmación, pensó Chico. Bien, así que está aquí.

—¿Eddy? —Su voz era firme, pese a sus temblorosos brazos.

—¿Eh...? Oh, hey... —Era el escorpión rubio de cuadrada mandíbula que había incordiado a Pimienta—. ¿Qué haces...? Espera un segundo. —Apartó la sábana de sus pies y empezó a atarse sus zapatillas. Cerró la cremallera de sus tejanos y buscó su chaqueta. El pelo, claro como el de su hermana, creaba un revuelto e hirsuto casco de alambre dorado demasiado grande para su cabeza.

—Yo..., *¡nunca* había visto nada así en mi vida! —acusó June, en voz muy baja. Su rostro parecía como si, esperando leche, hubiera tragado zumo de naranja. Finalmente dijo—: Eddy..., ¿eres realmente tú?

—Sólo un segundo —repitió el rubio; se puso la chaqueta y se levantó, inseguro, encima del colchón. Parecía demasiado mayor para la imagen que se había hecho Chico del otro hermano de June. Su frente estaba mugrienta. Tenía unos pómulos altos. Del mismo modo que yo tengo un rostro de bebé, pensó Chico, quizá sólo pienses que tiene más de veinticinco años; pero había una clara inseguridad juvenil en sus movimientos. Como los de su hermana. Sus ojos y sus labios superiores eran idénticos. El inferior de él era más grueso que el de ella..., más como el de la señora Richards. Avanzó hacia ellos.

—¿Qué has venido a hacer aquí?

—¡Creímos que te habías ido a otra ciudad, Eddy! —Ella miró más allá de su hombro, luego de nuevo a él—. Oh..., si papá y mamá pudieran verte aquí, con este aspecto, simplemente... se morirían..., se morirían...

—¿Qué es lo que quieres?

—Hablar contigo. Verte. Ver si realmente estabas... Alguien dijo que había visto a alguien que se parecía a...

—Espera un momento —dijo Eddy—. Tengo que ir al...

Quiero decir, acabo de despertarme. —Acarició los hombros de su hermana, luego pasó junto a Chico y salió al pasillo—. Vuelvo en seguida...

California se dio la vuelta en el colchón.

Catedral alzó la vista del libro.

Los ojos de June recorrieron aleteantes la habitación en sombras, se clavaron en el póster, lo eludieron.

—Me gustó mucho su libro... Creo que es hermoso..., la parte que escribió usted sobre nosotros cuando... ¡No, no! —Al cabo de un momento dijo—: Eddy vive aquí con ustedes... Quiero decir, ¿cuánto tiempo hace que...?

Chico se encogió de hombros.

—A mi madre también le gusta su libro —dijo ella al cabo de otro momento—. Le dedicó una cierta...

Cuando no terminó su frase, él dijo:

—Salúdela de mi parte.

—¡No me *atrevería!* —Cerró la boca al cabo de un segundo—. Oh, *no podría...*

No sirve de nada irritarse, pensó Chico. Se reclinó contra el marco de la puerta. Ángel, en el armario, miró fuera, dijo:

—¿Qué...? —no obtuvo respuesta, se encogió de hombros y siguió con lo suyo. No he contestado porque no hay nada que decir. Ella se vuelve y contempla fijamente un montón de ropa de cama en el suelo que en realidad no ve, segura de que se le pide alguna respuesta.

Podía marcharse y dejarla que aguardara a solas.

—Cuidado —dijo Cristal a sus espaldas.

Chico se volvió.

—Lo tenemos. —Escupitajo sujetaba los tobillos de Dólar entre sus brazos.

—Ponedlo aquí dentro —dijo Jetadecobre—. Estará bien.

June se había vuelto también. Chico se sintió impresionado por la forma en que ella, pese a su nerviosismo, parecía interesada pero no histérica.

El hombro de Dólar golpeó contra la puerta.

—Lo dejaremos aquí, ¿eh? —Cristal alzó sin muchas consideraciones a Dólar por los brazos, pasó junto a Chico y entró en la habitación.

—¿...has visto eso? ¿Has visto lo que le han hecho? Sólo estaba por ahí fuera, ni siquiera se había marchado ni nada, cuando cayeron sobre él. Mierda, no le hicieron mucho. Tan pronto como Jetadecobre le pegó por tercera vez, se derrumbó así. Ni siquiera le ha sangrado la nariz. Su ojo, sin embargo, parece estar bastante mal...

Debajo del ojo, la hinchada mejilla estaba arañada. Los brazos de Dólar colgaban a ambos lados. Su cinturón estaba abierto.

—Creo que está fingiendo —le dijo Jetadecobre a Chico, rascándose la cabeza—. Creo que simplemente no quiere que le peguemos más, así que está fingiendo. Pero lo hace bastante bien.

—¿No echó a correr cuando os vio llegar? —preguntó Chico.

—¿Adónde iba a echar a correr? —Jetadecobre palmeó su mano izquierda con su puño derecho. Los pecosos nudillos sangraban—. Ponedlo ahí.

Chico miró, pero no pudo ver las manos de Cristal.

Ángel salió de nuevo del armario, miró a su alrededor, dijo:

—Oh, Jesucristo... —Agitó la cabeza y volvió dentro.

Junto a la ventana, Catedral, que había cerrado su libro, lo abrió de nuevo.

—Lo han puesto en el de Eddy... —empezó a decir June.

La pareja en la puerta se movió. El contrapunto de los ronquidos de los escorpiones desnudos no sufrió ningún cambio.

—Disculpadme, ¿eh? —Con una tensa mirada, Eddy pasó junto a Pimienta. Se dirigió a su colchón, se agachó, y tiró de un puñado de cadenas que habían quedado debajo del hombro de Dólar. Alzó la vista hacia Chico—. ¿Le dieron?

—Agitó la cabeza, alzó la sábana y la echó por encima de los hombros de Dólar.

Eso, pensó Chico, es por ella. Hacía demasiado calor en la habitación para sábanas.

Eddy se puso sus cadenas y volvió a la puerta.

—¿Para qué has venido aquí?

—No lo sé... Simplemente no lo sé... No comprendo cómo puedes...

Escupitajo y Cristal se habían ido. Jetadecobre miró a June, frunció el ceño a Chico y se fue también.

—Vamos —dijo Chico—. ¿Queréis hablar? Salgamos al porche, ¿eh? Aquí hay gente durmiendo.

Chico les dejó pasar primero y echó andar detrás de Eddy.

En el pasillo, la puerta del cuarto de baño estaba abierta; Filamento —sí, ése era el nombre de la mujer del pelo corto, recordó bruscamente— estaba efectuando su cagada matutina, los tejanos en torno a sus tobillos, el Times doblado sobre sus rodillas.

—Por ahí —Eddy señaló por encima del hombro de June.

June cruzó la puerta del porche de servicio y dijo:

—Oh, lo sient...

—¿Eh? —El chorro de Cuervo se interrumpió—. Hay alguien usando el cuarto de baño —explicó, desconcertado, ante la desconcertada mirada de June; y su orina volvió a chapotear en la fregadera del porche.

—Vamos, vamos —Chico les empujó de nuevo hacia dentro—. Habrá terminado en un minuto.

Cuervo sacudió su pene, volvió a meterlo en los pantalones.

—Bueno, ya he terminado.

Esto ha sido planeado, pensó Chico socarronamente. Esto no puede haber ocurrido porque sí.

Cuervo se fue...

—Si hay alguien más lo echaré —dijo Chico.

... luego regresó unos pasos hacia la puerta.

—Hey, pensaba echar un poco de agua en el fregadero, ¿sabes?

—Más tarde —dijo Chico.

—De acuerdo. —Se fue otra vez.

June estaba mirando fuera por la ventana. Eddy la miraba a ella, tironeándose el pelo de la nuca.

—¿Qué quieres, eh?

June se dio la vuelta.

—Supuse —dijo Eddy— que os habríais ido todos. Quiero decir que pensé que mamá y papá os llevarían a ti y a Bobby a otra... ciudad...

—¿No le dijo —preguntó June a Chico— lo de Bobby?

—No sabía que fuera su hermano hasta hace tres minutos —dijo Chico—. June empujó a Bobby por el hueco de un ascensor y le rompió accidentalmente el cuello. Está muerto. —E inmediatamente el rostro de George llenó su mente, borrando todas las demás reacciones.

—Mamá está muy enferma —dijo June—. De veras, no está en absoluto bien. Y estoy preocupada por papá. Sale a trabajar cada día, ya sabes; pese a todo eso. Pero a veces, ahora, no vuelve a casa en tres o cuatro días...

—¿Eh? —Eddy se apoyó en la lavadora—. ¿Qué...? —lo cual no era una reacción a lo que June estaba diciendo.

—Estoy tan preocupada que... no sé qué hacer. ¡Te juro...! —Aunque sus frases eran tan entrecortadas como antes, pronunciaba cada fragmento con mayor firmeza—. Desde que te fuiste, todo... todo parece haberse hecho pedazos. Todo, Eddy. Desde que te fuiste, es como... como si alguien hubiera sacado el tapón y todo se estuviera saliendo. Absolutamente todo.

—Jesucristo... —Eddy miró al suelo y agitó la cabeza—. ¿Bobby...?

Ella traza círculos, pensó Chico, traza círculos, magníficamente banal, negando culpabilidad o inocencia: ¡aunque sólo sea por su obcecación, es heroica!

Mordiéndose ambos labios, June agitó la cabeza.

—¿Vas a volver a casa?

Y, como un pensamiento residual: ella es sólo un dios de diecisiete años, sobreprotegido. (En alguna parte, George rió.)

—Bueno —dijo Eddy—, ¿pero para qué...? —Luego cambió—: ¿Bobby está muerto? ¿Y papá ya no regresa a casa?

—A veces —dijo ella—. Oh, a veces regresa...

Eddy alzó la vista.

—¿Para qué quieres que vuelva?

—Oh, si te vistieras con algunas ropas un poco mejores, y te cortaras el pelo, y les dijeras que lo sientes mucho...

—¿Sentir qué? ¡Él dijo que iba a *matarme* si volvía!

—Pero eso fue sólo porque...

—Ellos lo empezaron todo —dijo Eddy—. Ellos lo empezaban cada vez que volvía, y yo no podía detenerlo. No sabía cómo. Por eso me *fui*...

—Pero si dijeras que sentías la forma en que habías actuado...

—¿Sentir qué? ¡Sí, siento que, cada vez que volvía allí, ellos empezaban a aguijonearme hasta que estallaba, y entonces ellos estallaban también! Siento que mamá esté enferma, siento que papá esté trastornado. Siento que Bobby haya muerto.

—Eddy frunció el ceño y, al cabo de un segundo, preguntó—: ¿Tú lo mataste...?

June se echó a llorar, en silencio, los ojos convertidos en dos fuentes.

—Oh, hey, yo... Mira, yo no quería... —Sus manos se abrían y se cerraban y se abrían y se cerraban junto a sus caderas, con aquel mismo movimiento que Chico reconoció era el que había precedido la furia de Jetadecobre.

—¿Tú puedes sacarnos de aquí...! —Su llanto estalló. Lo que Chico *creyó* entender entre sus lágrimas fue—: ¡...de este horrible lugar! —Pero, con sus sollozos, resultaba tan difícil de comprender como algunos negros de Jackson. Finalmente encajó la boca, se secó los ojos, sorbió—. Sólo desearía que alguien me llevase... ¡fuera!

—¿Por qué no se fue papá?

—No cree que mamá quiera irse. Y..., ni siquiera creo que *él* quiera tampoco.

—Llévatelos tú.

—Sólo soy una chica —dijo June—. No puedo hacerlo todo. ¡No puedo hacerlo absolutamente todo! —Se frotó la frente con las palmas de las manos.

(Las manos de Eddy se agitaron sobre sus rodillas.)

—¿No quisieron irse antes? —dijo Eddy—. ¡Yo no puedo hacer que se marchen ahora!

June alzó su rostro de entre sus palmas.

—¿Qué estás *haciendo* aquí? —preguntó en voz muy baja—. ¡Oh, Denny, por favor, vuelve a casa! ¿Qué estás haciendo en un lugar como éste? ¡Todo esto es... simplemente... horrible!

—¿Qué?

—Quiero decir —insistió ella—, ¿qué haces aquí?

—Hum —Eddy se encogió de hombros—, no hacemos mucha cosa. Simplemente vivimos todos aquí. Los escorpiones, quiero decir. ¿Sabes?, estamos todos juntos. Aquí. Eso es todo.

—Tú no puedes —empezó ella tentativamente— robar a la gente por la calle, y golpear a las personas y quitarles su dinero, y cosas así..., ¿verdad?

—No —dijo Eddy, todo indignación—. No, no hacemos esas cosas. ¿Por qué piensas que hacemos esas cosas?

—Es lo que dice la gente —murmuró June—. A veces el periódico también dice cosas así.

—El periódico dice un montón de cosas que no son ciertas, ¿sabes? Tú lo sabes. Además, ahora que el Chico es amigo del tipo que hace el periódico, va a dar una fiesta para el Chico, y todos vamos a ir ahí arriba. Así que el periódico nos tratará un poco mejor, ¿eh? —esto último a Chico.

Chico, junto a la puerta, con los brazos cruzados, se encogió de hombros.

—¿Qué es lo que *haces*, entonces?

—No lo sé —dijo Eddy—. Corremos.

—¿Qué es eso?

—Ya sabes... —Eddy miró a Chico—. Chico es el jefe aquí; él nos lleva a correr.

—¿Qué hacéis cuando... corréis?

—Nos reunimos todos y... vamos a alguna parte. La exploramos; tomamos cosas: las cosas que queremos, cosas que nos gusta tener con nosotros.

—¿Como comida?

—¡No comida! No corres en busca de comida si eres un escorpión, a menos que las cosas se hayan puesto realmente difíciles. Buscas otras cosas...

—¿Como qué?

—Cosas.

—¿Y las traéis aquí?

—Si es algo que queremos.

—No parece que tengáis muchas cosas aquí —dijo June.

—No necesitamos mucho.

—Entonces, ¿qué hacéis cuando corréis?

—Bueno, nosotros... —Eddy se encogió de hombros.

—Rompe cosas —dijo Chico—. Principalmente. Y si hay alguien por ahí que no nos gusta, lo echamos.

—¿Es eso lo que haces? —preguntó June a Eddy.

—A veces. Sí, a veces hacemos eso. Pero en la mayor parte de los lugares a los que vamos no hay nunca nadie. La gente que encuentras está tan asustada que generalmente se caga de miedo y se va. —Su expresión era como si estuviera intentando recordar algo—. Oh, sí. Mantenemos las cosas tranquilas si alguien tiene un problema y acude a nosotros. Pero eso no ocurre demasiado a menudo. La gente está asustada de nosotros. Así que si intervenimos no actúan.

—Eso es lo que algunas personas llaman nuestro negocio de protección —explicó Chico—. Sólo que no protegemos a nadie.

—Ajá —afirmó Eddy.

—¿Pero por qué...?

—Haríamos algo distinto —dijo Chico— si hubiera algo distinto que hacer...

—Porque la verdad es... —empezó Eddy—. Mira, soy un escorpión, y me gusta ser un escorpión. Es mejor que cualquier otra cosa que haya hecho nunca. Éste de ahí fuera es un mundo duro y peligroso, y debemos sobrevivir..., ¿comprendes? La gente está asustada de nosotros, y quizá no debiera estarlo. Pero esto lo hace más fácil. El sobrevivir. La razón de que yo sea un escorpión es que cuando un puñado de nosotros camina calle abajo, y alguien nos ve, piensa —Eddy hizo restallar sus dedos—, ajá. Seguimos adelante y cogemos lo primero que se nos presenta que nos guste; y si alguien intenta quitárnoslo, será mejor que vigile primero. Porque estamos juntos, ¿comprendes? Uno para el otro. Si un escorpión se mete en problemas, entonces acude todo el nido y ¡arrasa! Si algo le ocurre al nido, entonces tienes a escorpiones venidos de todos lados. A los chicos de aquí no les importa quién eres, ni de donde vienes, ni lo que haces; para ti son... como una familia. Cuando eres un escorpión sabes que formas parte de algo que es importante, que significa algo, que hace que la gente se pare y piense..., ¿sabes...?

En el silencio, June parecía confusa.

—¿Es por eso por lo que eres un escorpión? —Chico se puso en pie en el umbral y agitó la cabeza—. Mierda... ¡Hey!

Los ojos de ella se volvieron bruscamente hacia él...

—¿Todavía no ha encontrado a George?... y se abrieron mucho; su cabeza vibró, antes negación que shock.

—Siga buscando. —Chico intentó sonreír, lo consiguió, y halló que el esfuerzo era honesto—. Lo conseguirá.

Mientras caminaba por el pasillo, Chico meditó en las probabilidades de que Eddy se fuera con June. Aquello estaría bien. Miró en la habitación de atrás para comprobar a Dólar. Estaba en la misma posición de antes (como todos los demás), respirando pesada y regularmente.

En la habitación del altillo, Chico sacudió la rodilla de Cuervo con los dedos desnudos de su pie. Cuervo estaba sentado, con las piernas cruzadas, delante de un montón de tuercas y tornillos.

—Ahora puedes ir a echar el agua al fregadero del porche.

—¿Eh? —Cuervo alzó la vista—. Oh, sí. Dentro de un segundo.

Chico dio otro golpecito en su rodilla, esta vez con la puntera de su bota.

—¡Ve a limpiar el maldito fregadero!

—De acuerdo, de acuerdo. No va a oler más por otro minuto...

—No me preocupa el jodido olor. Simplemente ve. —Lo cual era cierto.

—¡De acuerdo! —Cuervo se puso en pie y abandonó la habitación.

Con una furia repentina hacia hermano y hermana, Chico deseó que

interrumpieran su charla y se marcharan los dos.

Trepó por las muescas del poste al altillo. Denny, con los pies alzados apoyados contra la pared, miró desde el Escher apoyado sobre su pecho, luego giró otra página. Chico se sentó con la espalda contra la pared.

—¿Hey?

—¿Os he llevado ya a correr alguna vez?

—¿Estás volviendo a olvidar cosas?

—Cuéntame si os he llevado o no, y te lo diré.

—Sólo esa vez.

—¿Cuándo?

—¿No lo recuerdas?

—¡Cuéntamelo, chupapollas!

—Cuando... apareció el sol, y tú nos llevaste a todos hasta aquella casa. Donde Dólar mató a Wally. Ésa es la única vez que hemos corrido contigo, hasta ahora. Quiero decir si no planeas que salgamos a correr ahora o algo así. Eso es todo.

—Oh.

—¿Lo recuerdas?

—Lo recuerdo.

—Hummm. —Denny asintió y volvió a su libro.

—Supongo que vamos a tener que salir a correr de nuevo pronto.

—Hummm —dijo Denny de nuevo, pero no alzó la vista.

¿Por qué corremos?, pensó Chico: Porque si no lo hiciéramos, estaríamos un poco más locos de lo que estamos ahora.

Eddy cruzó la puerta.

—¿Hey, Eddy?

Eddy se detuvo.

—¿Qué?

—¿Se ha ido ella?

Eddy expulsó el aliento.

—Sí.

—¿Y tú te quedas?

—Hombre —dijo Eddy—, no puedo hacerlo todo por ellos. Y ella está...

Bueno...

—Lo sé —dijo Chico—. Hey, Eddy..., no hagas más discursos. Eres un auténtico mal agente de prensa.

—¿Eh? —Eddy entró en la habitación—. Oh..., sí. Esto... ¿Chico?

Chico oyó algunas tuercas rodar por el suelo.

—¿Sí?

—Bueno... «Eddy», ¿sabes?, es como me llaman mi hermana y mi familia. Pero

los chicos de aquí me llaman todos Tarzán.

—¿Tarzán? —Era una pregunta, pero con una inflexión descendente, no ascendente.

—Sí.

—De acuerdo.

Eddy se volvió para irse.

—Hey, Tarzán.

—¿Qué?

—Siento lo de tu familia.

Eddy sonrió, breve y débilmente.

—Gracias. —Se fue.

Cuervo entró y dijo:

—¡Oh, mierda! ¡Alguien pateó mis jodidos tornillos por todo el maldito suelo! —Chasqueó la lengua, se agachó y, fuera de la vista del borde del altillo, empezó a hacerlos rodar para reunirlos de nuevo.

Vengo. Voy. Antes que irme, sin embargo, me quedaré. Parece demasiado fácil huir de esta jaula. ¿Es eso lo que nos mantiene aquí? Abandonar la ciudad: ése es el pensamiento que hace que sienta debilidad al final de mi espalda y licua mi mente, tanto que es mucho más fácil no recordarlo una vez el pensamiento ha pasado. Aguardando una palabra que empuje esas paredes, con su bajo siseo, no hay forma de empezar. Ajustando el marco para acomodar el día, me siento hinchado por el terror ante mi incapacidad de distinguir, en cualquier acción, qué es lo que diferencia el tiempo de después del tiempo de antes.

—Hey, ¿qué estás juntando? —preguntó una voz de mujer.

—Sólo un poco de basura... —dijo Cuervo.

Denny cerró el Escher de un golpe y rodó sobre sí mismo para asomarse por el borde.

—¡Hey! ¡Lanya!

—Hola, cariño. ¿Está Chico ahí arriba?

—Sí, está aquí a mi lado.

—¿Hay sitio para mí? —Luego su cabeza se asomó por el borde del altillo, y frunció el ceño—... Resulta más difícil subir a éste que al otro con la escalerilla.

Chico se puso de rodillas para sujetar el hombro de ella.

Denny estaba ya en el borde para ayudarla.

—Hey, creo que puedo hacerlo más fácilmente yo sola. Veamos... —Frunció los rasgos—. Hum... No, por favor. Yo lo haré. —Se izó sobre el borde, casi estuvo a punto de resbalar—. Ya está. —Resopló—. Ahora de todo lo que hay que preocuparse es de bajar.

—¡Viniste a vernos!

—Por supuesto —le dijo a Denny, que puso ahora sus dos manos sobre la rodilla de ella—. Os dije que lo haría, ¿no? —Tomó la mano de Chico y una de las de Denny—. Tak me dijo que viste lo que va a ser mi vestido. —Llevaba unos tejanos y una blusa tostada—. No importa, aunque no sea ya una sorpresa. ¿Has decidido qué camisa vas a llevar, Denny?

—Creo —murmuró Denny— que puedo llevar todas tres e ir las cambiando de tanto en tanto.

—¿Qué vas a llevar tú?

—Lo que llevo puesto ahora —dijo Chico.

Lanya se lo pensó un minuto.

—Primero lava los pantalones. Dámelos y los pasaré por la máquina. Tenemos una que funciona en el sótano de nuestro edificio.

—Sólo tengo un par —dijo Chico.

Lanya se echó a reír, soltó sus manos, y se arrastró hasta el extremo de la cama.

—Pero me afeitaré.

—Pensaba que habías decidido dejarte la barba.

Cuervo, desde el suelo, exclamó:

—Yo tengo una navaja, si quieres utilizarla. Todo el mundo lo hace.

—Es probable que yo también lo haga —dijo Chico—. Gracias.

—Estuve dando clase toda la mañana y toda la tarde —dijo Lanya—. ¿Qué habéis hecho vosotros?

Denny se encogió de hombros.

—Nada. No hemos estado haciendo demasiado de nada. Ni siquiera hemos hecho nada por aquí. —Denny extrajo su bota de debajo de él y se sentó hacia atrás, muy cerca del borde—. Dólar intentó abrirle la cabeza a Jetadecobre con una tabla, y Chico saltó sobre él y lo detuvo...

—... el pequeño bastardo... —Chico flexionó su hombro, que aún le dolía—. Intentó arrancarme el brazo a mordiscos...

—... así que lo echamos fuera, pero Jetadecobre y Cristal y Escupitajo salieron y lo atraparon de todos modos. Está ahí dentro, con los huesos un poco molidos.

—No tenemos mucho que hacer aquí —dijo Chico—. Nunca adivinarás quién vino a visitarnos. Acaba de irse justo antes de que tú llegaras.

—¿Quién?

—June Richards.

—¿Para qué demonios?

—Su hermano está aquí.

—Tenía entendido que se cayó por el pozo de un ascensor y se rompió el cuello.

—¿Ése era su hermano? —preguntó Denny.

—Su *otro* hermano —dijo Chico. Luego, a Denny—. Su hermano es Tarzán.

—Sí. Yo estaba allí, ¿recuerdas?

—Oh.

—¿Qué era lo que quería?

—Problemas familiares.

—Pensé que ya habías tenido bastante de esos problemas familiares.

—Yo también lo pensaba. —Chico se inclinó hacia delante y apoyó su cabeza en el regazo de Lanya—. ¿Qué piensas de nuestro nido de aquí?

—¿Debo ser brutal?

—No te gusta, ¿eh? —Denny se acercó para sentarse al lado de ella—. Creo que es hermoso. Es mucho mejor que el otro.

—En mi camino desde la puerta de entrada hasta el cuarto de baño, y luego de vuelta hasta aquí, debo haber pensado siete veces distintas en cómo podéis *soportarlo*.

—Maldita sea —dijo Chico—, *nosotros* estuvimos por ahí no sé cuánto tiempo...

—¡Pero eso fue *fuera*, al aire libre! Y pasamos la mayor parte del tiempo solos..., lejos de los demás, al menos.

—No creo que a ella le guste esto —dijo Denny, hundiendo los hombros—. ¿No crees que es más bonito que el otro lugar? Tenemos un colchón...

—Tenéis cincuenta personas en un espacio que apenas podría contener...

—Veinte —dijo Chico—. Quizá veinticinco.

—... veintiocho conté hasta ahora, entre los escalones de la entrada, la cocina, el cuarto de estar, el porche de servicio, las dos habitaciones de atrás..., ¡en un espacio que estaría atestado con cinco o seis! Hay un montón de mierda, humana, supongo, a un lado de los escalones de atrás, lo cual es comprensible considerando que sólo tenéis un cuarto de baño. En el que entré, por cierto, y *eso* es casi increíble. ¿Cómo alimentáis a esta gente? Quiero decir: ¡estuve en la cocina!

—Comemos bastante bien —dijo Denny—. Creo que comemos bastante bien.

—¡La falta de intimidad me haría subirme por las paredes!

—¿Sabes? —dijo Chico—, hay algo curioso respecto a la intimidad. Si hay aquí dos o tres personas en una habitación, es realmente difícil sentirte aislado. Pero si hay nueve o diez, especialmente si estáis viviendo todos juntos, si deseas estar a solas todo lo que tienes que hacer es pensar que quieres estar a solas, y todos los demás tienen algo en lo que ocuparse, y estás a solas. Yo tuve dos compañeros de habitación en un apartamento en mi primer año en Columbia; teníamos cuatro habitaciones, y era realmente imposible. Un par de años más tarde pasé los meses de diciembre, enero, febrero y marzo en tres habitaciones en la calle Segunda Este de Nueva York con unos diez tipos y diez pollitas. Hacía un frío que se las pelaba, y estábamos ahí dentro todo el día. Todo lo que hacíamos era comer, joder y darle a la mierda: fue la mejor época de mi vida.

—¿De veras? —dijo Lanya. Y luego—: Si lo fue, ¿cómo lo comparas con esto?

—Ésta *no* es la mejor época de mi vida. Pero ha habido otras que han sido infernalmente peores.

—Tenemos todo tipo de cosas buenas para comer —dijo Denny—. ¿Tienes hambre? Apuesto a que puedo subirte algo.

—Gracias, querido. Pero acabo de comer.

—Allí estaba todo mucho más limpio —dijo Chico—, quizá porque había unas cuantas chicas más que aquí.

—Cerdo macho chauvinista —dijo secamente Lanya—. Importa esclavas para que laven los platos y...

—No soy un cerdo macho chauvinista —dijo Chico—. Soy un marica comunista pervertido.

—No hay nada que te impida ser ambas cosas.

—*Todo el mundo* limpiaba. Exactamente igual que aquí. Hacíamos que la gente se quitara los zapatos antes de cruzar la puerta: Nueva York estaba lleno de nieve. Sólo que es más divertido con más chicas.

—Estás sermoneando. Puede que todo aquello estuviera muy bien, pero no es aquí. Apenas consigo resistir el invitaros a venir a vivir conmigo y ser mis amores.

—Sospecho que con el lugar que tienes, no querrías que viniéramos a vivir allí —dijo Denny—. Pero puedes quedarte aquí por un tiempo.

Cuervo asomó repentinamente su boscosa pelambreira por el borde del altillo.

—Hey, señorita, si ellos no quieren ir a vivir contigo, yo estaré encantado de hacerlo. Soy limpio, soy amigable. También me ocupo de casi toda la cocina aquí; soy muy buen...

—¡Ve a que te jodan a otro lado, chupapollas! —dijo Chico en voz muy alta, inclinándose hacia delante.

—Seguro. —La pelambreira desapareció—. Pensé que tenía que hacer la oferta.

—Y no dejes que nadie suba aquí. Estamos ocupados, ¿sabes?

—De acuerdo —desde abajo. Resonaron tuercas y tornillos.

—Oh, hay otras razones por las que no vengo aquí.

—Supongo que a Madame Brown no le gustaría —dijo Denny.

—Es posible que no —dijo Lanya—. Pero no estaba pensando en eso. Simplemente tengo la sensación de que necesito un lugar donde poder retirarme a solas. Donde poder lamerme mis heridas; cuando me sienta herida.

—Tranquila —dijo Chico.

—¿Tienes miedo de nosotros? —Denny apartó su mano, que había estado entre los muslos de ella.

—Sí. —Ella tomó su mano y volvió a ponerla donde antes—. Pero hacéis que las cosas se mantengan interesantes. No sé por qué debería... ¡Oh, tonterías! Puedo

pensar en cuatrocientas razones por las cuales debería..., o razones por las cuales otras personas dirían que debería. ¿Las mías? Supongo que lo hago para descubrir cuáles son. Más bien derrotista, ¿eh? De acuerdo, sólo lo estoy haciendo para descubrirlo.

—Supongo —dijo Denny— que es casi...

—¿...está ahí arriba? —dijo alguien.

—Está ocupado. No puedes subir.

—¡Sólo quiero hablar con él un *minuto*!

—He dicho que está ocupado, hombre. No puedes...

—Mira, amor, puedo ver la parte superior de sus cabezas desde aquí, de modo que no puede estar haciendo nada *tan* complicado.

Chico se asomó por el borde del altillo.

—¿Bunny?

—¿Lo ves? —Bunny avanzó—. Ni siquiera se han quitado la ropa. ¡Hola, ahí arriba! Soy, ¡ta-ta-ta, ta-ta-ta, ta!, yo. —Los brazos de Bunny se extendieron verticales hacia arriba, cayeron; con ellos cayó la sonrisa de Bunny—. Se supone que tú estás al cargo aquí, Chico. ¿Has visto a Pimienta?

—Sí, ha estado por aquí.

—Hola, Bunny. —Lanya se asomó por el borde. Lo mismo hizo Denny.

—¡Ah-ah-ah! —Bunny agitó un dedo hacia ella—. Ya sabes lo que dicen, querida; uno a uno, y poco a poco. Hola. —Eso era para Denny, que estaba sonriendo—. Tienes un mordisco de lo más encantador. —Miró de nuevo a Chico—: Lo apruebo. No *podéis* estar a punto de hacer lo que *pensé* que estabais haciendo. ¿Me permitís subir y charlar unas palabras?

—Probablemente íbamos a hacerlo —dijo Lanya—. Pero sube.

Bunny alzó una fruncida frente de platino.

—No comprendo esas relaciones modernas. Bajo mi resplandeciente exterior, no soy más que una chica dulce y chapada a la antigua. Sin ofender, querida —con una inclinación de cabeza a Lanya—. Bien..., ¿cómo se supone que debo negociar esto? —Bunny agarró el poste con las muescas—. Oh, no es tan difícil. —Cabeza y flaca garganta (en un jersey negro con desbocado cuello cisne) llegaron a la altura del colchón—. Ahora, ¿cómo se supone que hay que hacer el resto del camino?

—Así. —Denny se arrodilló y agarró los hombros de Bunny.

—Oh, cuidado, cuidado, cuidado ahora, yo... ¡Oh! —Bunny se aseguró en el borde del altillo, los negros tejanos arrugados a la altura de la cintura—. ¡Gracias! Bien, tengo que decir esto de una forma más bien íntima. ¿Dijiste que Pimienta estaba por aquí? No puedo expresar el peso que se alza de mi pequeño, agotado y distorsionado cerebro. ¿Sabes?, estaba conmigo; luego, hace unos días, desapareció. De nuevo. Bien, *ya sabes* que me preocupa. Ha conseguido cuidar de sí mismo de

una u otra forma durante esos últimos veintinueve años sin pasar *demasiado* tiempo en la cárcel..., ¿sabéis que me dijo que en una ocasión fue arrestado por *exhibirse* en público? ¿No es eso terriblemente curioso? Pero oí que estabais formando un nido, así que me dije: Voy a ir a echar un vistazo antes de decidir si debo ponerme o no frenética de pesar.

—Ha estado por aquí —dijo Chico—. Pero no sé si sigue por aquí en estos momentos. ¿Quieres llevártelo de vuelta contigo? Me parece estupendo.

Bunny hizo girar sus pupilas.

—Oh, daría mi mejor diente por tenerlo de vuelta. —Las uñas de Bunny, con el perlino esmalte cuarteado, se enredaron en las brillantes cuentas que rodeaban sus pequeños y oscuros hombros—. Pero no voy a forzar al pobre niño a hacer algo que no desee. No es bueno para él. Tiene que aprender a hacer lo que *él* crea que es mejor. Si yo dirijo toda su vida (y no creeríais lo mucho que él desea que lo haga; prácticamente me pide que tome por él todo lo que se *parezca* a una decisión), no crecerá nunca. Una tiene que ser responsable de la gente a la que ama, en todas las formas que pueda. —Bunny, con las manos dobladas, pálidas y nudosas, frunció los ojos de uno a otro—. ¿*Tres*? Queridos, ¡eso va a ser mucho *trabajo*! Bien, os tenéis los unos a los otros para apoyaros en tiempos de crisis. —El fruncimiento cambió; las manos se desanudaron—. ¿Dices que me lo puedo llevar? No se habrá metido en ningún lío aquí, ¿verdad?

—No —dijo Chico—. Pero he tenido que gritarle un poco a alguien que intentaba hacérselas pasar moradas.

—¿De veras? —Bunny se echó un poco hacia atrás—. ¡No sólo escribes hermosos poemas, sino que también tienes un alma poética! Lo sabía, lo supe cuando Pimienta te presentó la primera vez. Por eso vine; porque tienes un alma poética. —Bunny retrocedió un poco más—. Dime. En ese quinto poema, en la página diecisiete. *Mab*; no comprendo el título y no sé si deseo comprenderlo, pero, por casualidad: lo que detecté, ¿era una aleteante referencia a... *mí*?

—Sí —dijo Chico—. Es probable. Estaba sentado en el lavabo de Teddy's cuando lo escribí. Tú estabas ahí fuera, bailando.

—¡Ahhhh! —exclamó Bunny, dando una palmada y bajando los ojos—. Eso es de lo más excitante... ¡Oh! —De pronto la mano de Bunny revoloteó hacia arriba por encima de su cabeza—. ¡Por supuesto, eso no tiene nada que ver contigo, querida! —Aterrizó sobre la rodilla de Lanya—. Quiero decir que tú eres prácticamente la Dama Oscura de los Sonetos. —Bunny se inclinó hacia delante—: Querida, no lo hagas sentirse miserable. —La mano de Bunny se adelantó para rozar el hombro de Denny. Denny frunció el ceño ante el gesto—. Tú también. Sé amable con él. —Bunny se volvió una vez más hacia Chico—. Estás condenado a la tragedia, ¿sabes? Aquellos que son como nosotros, como tú y como yo, con la sonrisa de Ipana, siempre lo

estamos. Quiero decir, ¿quién puede amarnos? Y todo debido a nuestra aura; la tragedia empieza con esas pequeñas cosas. Pero es por eso precisamente porque todos nosotros, con nuestras ultrabrillantes muecas, tenemos que contentarnos con terminar en Hollywood, como estrellas del cine, horriblemente famosas, fabulosamente ricas, arrastrando detrás nuestro todos los corazones destrozados, los romances rotos, divorcio tras divorcio... ¡Mírate a *ti!* Fama y fortuna están brillando ya ahí arriba en Brisbain South. ¿Lo ves? ¡Ya ha empezado, pobre cosita miserable!

—Y una mierda —dijo Denny con gravedad.

Lanya dijo:

—Hey, si Bunny está en tu libro, deberías invitarlo a la fiesta.

—Sí —dijo Chico—. ¿Quieres venir? La mayor parte de los chicos del nido van a hacerlo. Así que probablemente Pimienta vendrá también.

—¡Oh, no podría! —Bunny inclinó la cabeza con una pequeña sacudida—. Probablemente no podría. —Luego alzó los ojos—. Me encantaría, de veras me encantaría. Pero no puedo.

—¿Por qué no?

—Principios.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno... —El espacio entre la nariz de Bunny y su labio superior se ensanchó—. Ese astronauta, el capitán Kamp, va a estar también ahí, ¿no?

—Es invitado de Calkins. Supongo que sí.

—Ése es el porqué.

—¿Es el tipo al que conociste y que ha estado en la Luna? —preguntó Denny.

—Mmm —asintió Chico.

Lanya dijo:

—No comprendo, Bunny.

—¿Estabas allí la noche que el capitán vino al bar?

—Estaba —dijo Chico.

—Entonces *sabes* lo que ocurrió. A mí y a George.

—No —dijo Chico—. No lo sé.

Bunny hizo una inspiración preparatoria.

—Tan pronto como Teddy se dio cuenta de quién era aquel glorificado cebo, ¿sabes?, alguien tuvo que *decírselo*, vino a mí y me sugirió que, tomando en consideración la clientela de aquella noche, ¡sería mejor que no bailara!

—No —dijo Lanya—. No estarás hablando en serio, ¿verdad? ¿Por qué?

—No quería ofender las tiernas sensibilidades de nuestro héroe nacional sorbedor de escocés con agua. Presumiblemente no tienen chicos go-go en la Luna. Teddy imaginó que el shock podía ser demasiado fuerte para él.

—Cuando yo entré —dijo Chico—, todo el mundo estaba sentado a su alrededor,

como en una reunión de la cámara de comercio.

—Que no había empezado todavía —dijo Bunny— cuando Teddy me comunicó su pronunciamiento. Y cuando empezó, resultó que George estaba allí. Estaban todos sentados por ahí haciendo preguntas, y George estaba muy interesado. De modo que hizo algunas. Una de ellos, yo estaba mirando desde mi jaula, fue si el capitán Kamp había visto alguna vez la luna *George*. Algunos de los presentes se rieron discretamente. Pero George hablaba en serio. Y diré esto del capitán: contestó con una perfecta seriedad. Quiero decir, teniendo en cuenta la noche, era absolutamente presuntuoso pensar que *cualquier* pregunta fuera tan estúpida. Pero al cabo de un par de preguntas más de George, Teddy se le acercó y le dijo algo. Un minuto más tarde, George echaba hacia atrás su silla y se marchaba.

—¿Qué le dijo? —preguntó Denny.

—No pude oírlo —dijo Bunny—. Pero sí pude ver el efecto. Y sé lo que me dijo a mí.

—George acababa de marcharse cuando yo llegué —dijo Chico—. Tak me lo dijo.

—Eso suena tan estúpido —exclamó Lanya—. Teddy siempre ha sido un poco... formal, pero tú haces que suene como un miembro del Rotary Club.

—¡Hijo de la Revolución Americana! ¡Pedorreo del tubo de escape de un Chevrolet del cincuenta y dos con neumáticos podridos y llantas oxidadas! ¡Espero que la próxima vez que se monte un número se deje el prepucio en un puente dental! —Lo cual colapso a Denny de espaldas, con un histérico ataque de risa—. Hay dos razones, aparte la bebida gratis, para que la gente venga a ese asqueroso antro infestado de cucarachas. Una de ellas es George. La otra soy yo... ¡Oh, sí! Algunos se han presentado también esperando tener la suerte de poder echarle una mirada al Chico. Pero no te preocupes: Dale sólo un poco de tiempo a ese neonazi, y empezará a pedirte que lles corbata la próxima vez que vayas. Recuerda las sabias, sabias palabras de mamá.

—Todo esto suena tan estúpido —dijo Lanya, e hizo una mueca.

—Pensaba invitar a George, si lo veía —dijo Chico—. Pero sospecho que ahora no querrá ir.

—Bueno —dijo Bunny—, George es una luminaria bastante grande en nuestro cielo local; tal vez pueda permitirse el ser más generoso que yo. Yo, me temo, debo guardar más celosamente mi honor. Después de todo, querido, es todo lo que tengo.

—La siguiente vez que vi a Kamp —dijo Chico—, estaba en la función que dio George para la Reverenda Tayler en Jackson.

—Bunny —dijo Lanya—, ¡tú *estás* siendo estúpido! Respecto a la fiesta, quiero decir. Chico no ha invitado a Teddy, te ha invitado a ti. Y por todo lo que sé, Kamp vino precisamente a verte hacer tu acto; Teddy no hizo más que mostrarse estúpido y

presuntuoso. Eso no debería *impedirte* el pasar un buen rato.

—No voy a subir ahí arriba y actuar para esa gente —dijo Bunny.

—Nadie te está pidiendo que bailes...

—Tú no comprendes, corazón. —Una vez más, Bunny acarició la rodilla de Chico—. Por todo lo que se refiere a Calkins, o a cualquiera de ahí arriba, tú, yo, o cualquiera que sepas que va a aparecer por allí, tiene que actuar. Calkins acondicionó ese bar, puso a Teddy a cargo de él. El lugar existe sólo para su diversión o para la diversión de sus invitados que, una vez al mes, sientan deseos de bajar a mezclarse con la plebe. Y aunque no creo ni por un instante que le diera órdenes a Teddy de que yo no fuera exhibida a este nuevo joven de Marte o de donde sea, es una actitud inevitable en esa cadena, haya dinero implicado o no. Simplemente, no puedo formar parte de ello. ¡Negros y homosexuales, querido! ¡Negros y homosexuales! Tras haber sido metidos en los mismos clichés durante tanto tiempo, estamos *empezando* a aprender. Con las mujeres y los niños —Bunny hizo un gesto con la cabeza hacia Lanya y Denny—, la cosa toma un poco más de tiempo. Bien, *tú* tienes algunos clichés más que superar. No tienes que pensar que estoy intentando echar una manta mojada sobre tu fiesta. Has escrito un hermoso libro, aunque no comprendo ni una *estrofa* de él, y tienes que subir ahí arriba y tener tu celebración, y *espero* que sea absolutamente fabulosa. De veras. Lo único que tengo que hacer es leer el relato en la página de sociedad del día siguiente. Pero tengo que vivir conmigo misma. Eres un querido, querido muchacho por pedirme que vaya. Y siento demasiado el no poder aceptar.

—¿No vas a volver a bailar en Teddy's? —preguntó Denny.

—Eso —las manos de Bunny volvieron a cruzarse— es otro asunto. No, sigo bailando ahí. Cada noche, tres shows. Los sábados y domingos por la tarde, tan pronto como acaba el almuerzo. Oh, nosotras, las tipas creativas, debemos ponerlo todo de nuestra parte. Miseria. Pura miseria. Vergüenza y humillación. —Bunny miró a Chico—. Oh, vas a sufrir tanto que me haces sentir deseos de llorar. Pero ése es el precio de tener un alma poética.

—Si Teddy es un bastardo tan grande como esto —preguntó Denny—, ¿por qué simplemente no dejas de bailar para él?

Bunny alzó una mano, con la palma hacia arriba.

—Si no bailo ahí, ¿dónde más puedo hacerlo? Quiero decir aquí, en Bellona. Pero debemos terminar de hablar de todo esto. Todo lo que consigo es sentir lástima por mí misma. Y vosotros os estáis burlando. Dijiste que Pimienta estaba por aquí. ¿Dónde —la voz de Bunny descendió de volumen— crees que debo buscar?

—Vamos —dijo Chico—. Te acompañaré en el gran tour.

—Oh, no, no tienes que...

Chico se abrió paso entre Lanya y Denny y se dejó caer al suelo.

—Veamos..., ¿cómo bajo yo de aquí? Oh, es complicado; ¿no crees que (¡oh, querido!) una escalera sería mucho más fácil que...? ¡Ya está!

—Vuelvo en un segundo —dijo Chico a los dos rostros que le miraban por encima del borde. Rodeó a Cuervo, que alzó la vista de la chatarra que tenía reunida en el suelo y, seguido por Bunny, salió al pasillo.

—¿Sabes? —Bunny se puso a la altura de Chico—, no puedo expresar lo aliviada que me has hecho sentir. Sólo con saber que él está aquí y se encuentra bien. Estoy segura de que jamás llegaré a saber lo que veo en él. Pero a veces sonrío, y yo me vuelvo toda natillas por dentro. O gelatina de patas de cordero. Sí, más bien gelatina de patas de cordero. ¡Quiero decir transparente y temblorosa y fría!

—¿No como un pastelillo de crema? —Chico se sintió apaciguado y pensativo por el relato de Bunny.

—*¡Exactamente* no como un pastelillo de crema! —Bunny sonrió con una sonrisa blanca, blanca—. ¡Tú lo *sabes*!

—No está en el patio —Chico se asomó al porche, luego retrocedió.

—No le veo con ninguno de esos chicos en los escalones de la entrada —dijo Bunny—. Y no está en la cocina ni en la habitación de delante.

—Probemos ahí dentro. —Chico empujó la puerta.

Entre los dormidos escorpiones (Dólar se había vuelto boca abajo), Pimienta, acurrucado de lado en medio de un montón de mantas, las vueltas de su cadena sobre sus huesudos hombros, los puños clavados en las ingles de sus tejanos, dormía y silbaba a través del flácido pelo que caía sobre su rostro.

—Siempre duerme así —dijo Bunny en voz baja.

—¿Quieres que lo despierte y...?

—*¡No!* —susurró Bunny, y alzó una muñeca ante sus fruncidos labios—. No... Yo sólo deseaba..., bueno, ya sabes. —La sonrisa de Bunny se abrió camino entre su preocupación—. Así está bien. De veras. Sólo saber que no le pasa nada. Eso es todo lo que deseaba. Una tiene que ser responsable de ellos, pero en formas..., en formas que ellos puedan comprender. —Bunny agitó la cabeza—. Y la comprensión, estoy segura de que lo sabes, no es el punto fuerte de Pimienta. Vamos, vamos. No hay necesidad de despertar a nadie.

—Araña Negra se había dado la vuelta y había levantado la cabeza.

Al gesto de Bunny, Chico cerró la puerta.

—Gracias, gracias. Un millón de veces, gracias. Tengo que irme para dar la bienvenida a mi audiencia con —Bunny adelantó una cadera y cerró un ojo— lo *auténtico*. Eres un perfecto amor. ¡Ta-ta! —A medio camino pasillo adelante, Bunny se dio la vuelta y agitó una mano mientras la otra sujetaba las cuentas ópticas—. Y pásatelo fabulosamente bien en tu fiesta. Fuiste muy amable invitándome. Gracias, gracias. Eres demasiado bueno, de veras. Bebe una copa de champán en nombre de la

vieja Bun-buns, y recuerda: cualquier cosa que pase, ¡envíalos al *infierno*!

California y Revelación se habían parado para mirar. Dama de España salió de la habitación de delante detrás de ellos, se inclinó sobre sus hombros y sonrió.

Bunny les envió tres besos, revoloteó hasta la puerta delantera, la abrió, se volvió, canturreó, con agitantes brazos: «La sombra de tu sonrisa...» en un sorprendente bajo; luego chirrió un «¡Adiós!» y desapareció.

Meditabundo, Chico volvió al altillo.

Sentado, Cuervo sostenía un trozo de alambre enrollado y dos tornillos en la boca.

—¿Qué era eso? —preguntó, con la voz oscurecida por el metal.

Chico se limitó a echarse a reír y trepó por el poste.

—Maldita sea —dijo—. ¿No podíais haber esperado cinco minutos para empezar?

Denny, desnudo, estaba encima. Lanya llevaba todavía su blusa.

—No hemos empezado muy en serio —dijo Lanya sobre el antebrazo de Denny.

—¿De veras? —Chico acabó de subir y metió una mano entre sus caderas (Denny se alzó un poco, Lanya se echó hacia atrás)—. Oh, bueno. —Se quitó la ropa.

Hicieron el amor, respirando suavemente con las bocas muy abiertas. Durante un rato, con su cinturón y sus pantalones abiertos, Chico se negó a quitárselos...

(—Lo siento, señorita, no puedes subir ahí arriba. Chico está ocupado.

—¿Está jodiendo?

—Ajá. Vuelve luego.)

... pero al cabo de un rato empezaron a picarle y, mientras reía, tendido, acabó de sacárselos con los pies. Abrazados, con las cabezas muy juntas, Denny susurró:

—Eso fue bonito, ¿eh? Déjame joderte por el coño y tú puedes volver a joderme por el culo mientras lo estoy haciendo.

—Maravilloso —dijo Lanya, y enterró su risa en el hombro de Chico.

—Seguro —dijo Chico—. Si tú quieres. Seguro.

Pero, con las rodillas incómodamente abiertas, los codos doblados, y la seca espalda del muchacho rozando su vientre, el pene de Chico, empujando en la flexible hendidura, siguió flácido. Empezó a decir algo, se lo pensó mejor, y besó el hombro de Denny, volvió a besarlo.

Lanya abrió los ojos y, entre jadeos, frunció el ceño. Consiguió liberar una mano y se lamió y lamió los dedos. Luego la deslizó hacia abajo por la espalda de Denny. Primero sólo el lado de su pulgar tocó su pene. Luego el movimiento de él en el túnel de los dedos de ella hizo que la cosa que no era un músculo se endureciera (y todo un entramado encima y en torno a su pubis se relajara). Su pene llenó el abrazo de los dedos de ella.

—Me gusta... —jadeó Denny cuando Chico estuvo dentro de él.

—Es estupendo... —admitió Chico; cambió la posición de su peso, y decidió que

Lanya había tenido la idea correcta: hablar era una estupidez. No eyaculó en el ano de Denny, sino en el de ella.

Permanecieron tendidos de lado, con Lanya emparedada entre los dos.

—Puedo sentirlo —susurró Denny—. Moviéndose. Dentro de tu coño, en mi polla. Puedo sentirlo.

—Yo también —susurró ella. Y le silenció con un Chissss. Las dos manos de Chico rodeaban sus pechos. Alguien sujetó el pulgar de Chico. Pensó que era ella porque Lanya siempre acostumbraba a hacerlo, pero era Denny. En una ocasión despertó de un medio sueño para oírles reír quedamente juntos. Agitó sus dedos en el vivo calor del pecho de ella. Alguien apretó de nuevo su pulgar.

Despertó, de pronto y por completo. Ambos estaban inmóviles. Su pene estaba erecto; pero cuando alzó la cabeza para mirarse, lo notó deshincharse. Había rodado ligeramente hacia un lado. El pene se inclinó hacia el muslo de Lanya.

No está tocándola, pensó.

Luego, un ligero calor. Y una presión.

Está tocándola.

Con los ojos muy abiertos, rodó de espaldas, intentando comprender por la simple razón aquella transición aterradora y maravillosa.

Soy limitado, finito y fijo. Estoy aterrorizado ante el infinito que se abre ante mí, tras haber cruzado el que queda detrás sin haber podido adquirir ningún conocimiento. Me encomiendo a aquello que es más grande que yo, e intento ser bueno. Eso significa luchar con lo que se me ha dado. ¿Debo enfurecerme ante lo que no se me ha dado? (¿Es el infinito alguna ilusión generada por la forma en que es percibido el tiempo?) Intento terminar con este orgullo y esta furia y encomendarme a lo que hay aquí, en vez de a la ilusión. Pero el velo es la unión de lo percibido y la percepción. ¿Y quién puede desgarrar eso en toda una vida? Entonces, ¿es la única plegaria vivir firme y opacamente, haciendo y dudando de lo que la mente exige? Soy limitado, finito y fijo. Me enfurezco en busca de razones, lloro en busca de piedad. Haced conmigo lo que queráis.

Despertó...

Mientras Chico se sentaba, la mano de Denny cayó de la suya. Lanya rodó un poco hacia un lado para apretarse de nuevo contra él.

El costado de Chico se enfrió.

Pensó en el costado de ella enfriándose también.

Miró a Denny, dormido, se frotó el estómago allá donde ella había reposado hacía unos momentos. Los pantalones de Chico estaban apelotonados contra la pared. Dejando colgar sus pies en el borde, sacudió las arrugadas perneras. Alzó una rodilla y apoyó el talón contra las tablas (su tobillo estaba muy sucio) para contemplar los círculos de la cadena. Lo que trazaba círculos en su mente, lo que había estado girando en ella desde que se había dormido era: «... Susan Morgan, William Dhalgren, Peter Weldon... Susan Morgan, William Dhalgren, Peter Weldon...» Pensativo, lo arrojó fuera.

Extrajo su pie de la manilla, tomó su bota, su chaqueta, sus cadenas, se volvió para sujetarle al poste y bajó. Cuervo se había ido.

Notó el silencio justo en el momento en que se quebraba con voces en las otras habitaciones. No pudo decidir si habían sido unos pocos segundos coincidentes, o una calma prolongada más de lo normal, que había empezado antes de que despertara y terminaba ahora. Inquieto, salió al pasillo.

Y reconoció su camiseta azul en el momento en que ella se volvía en el porche de servicio. Cuando alcanzó la puerta, ella estaba bajando los escalones al patio. La siguió.

A medio camino hacia el amanecer, el cielo sobre el suelo lleno de basura y polvo no tenía ningún rasgo distintivo.

Ángel, Filamento y Trepnques, bajo la supervisión de Jetadecobre, estaban intentando encender un fuego.

Cuervo, Araña, D-t y Jack el Destripador, con Tarzán, el único blanco entre ellos, estaban sentados en cajas o de pie en la parte de atrás del patio, pasándose dos garraones, ambos medio vacíos, y discutiendo.

Ella alzó la vista, le vio arriba en los escalones y (tuvo la impresión) se sobresaltó.

—Hola —dijo con una expresión muy desconcertada, y se apartó un plumoso pelo del rostro.

—Hey. —Bajó los escalones.

Ella miró sus pies.

Había pasado mucho tiempo desde que él había estado cerca de alguien que notara su medio calzada excentricidad. Pensó en la cercana fiesta, se descubrió meditando en el relato de Bunny de aquella otra noche, y echó de lado la incomodidad con una risa.

Ella pareció más incómoda.

—Sólo deseaba decirles hola a algunos de los chicos —explicó la muchacha—. Ahora estoy viviendo ahí arriba —señaló con un ligero movimiento de su cabeza, que volvió rápidamente a su posición anterior—. ¿Conoces esa comuna a la que solíais ir en el parque? Bueno, pues algunos de ellos vienen a menudo a vernos; en nuestra casa sólo hay chicas, ya sabes..., pero cualquiera puede venir a visitarnos.

Chico asintió.

Ella cruzó los brazos sobre la hinchida camiseta.

—Este lugar es... —miró al patio lleno de basura a su alrededor— ...parece bonito.

—¿Has venido a ver a Denny?

Ella bajó la vista hacia su abolsado codo.

—¿Qué es lo que quieres de él? Quiero decir... —tensó los brazos—, ¿qué vas a hacer con él? Quiero que vuelva conmigo.

Jack el Destripador miró desde el otro lado del fuego, apartó la vista. Chico pensó: Ella ha aprendido, de cuando vivía en uno de estos lugares, a mantener una conversación así en un espacio lleno de gente.

—Lo quiero. ¿Para qué lo necesitas tú? Pensó que iba a echarse a llorar, pero ella se limitó a toser.

—Ni siquiera es listo. ¿Esos poemas que has escrito? Los he leído: todos. Cuando estaba en la escuela leíamos poesía y cosas así, y me gustaba. Yo era la más lista de mi clase..., una de ellas, al menos. Denny no los leerá porque ni siquiera sabe pronunciar las palabras. ¿Le has oído alguna vez intentar leer el periódico? Pero yo los he leído. ¿La parte que se refiere a mí trayéndote el whisky cuando estabas en la bañera lavándote toda aquella sangre y luego diciendo adiós? La leí, y la comprendí. Pero lo que hay respecto a él, si él lo lee, ni siquiera sabrá lo que quiere decir, te apuesto lo que quieras. ¿Para qué lo quieres, eh? ¿Por qué no le dices que vuelva? —Empezó a mirar a ambos lados—. Lo siento.

—No le impido que te vea.

—Lo sé —dijo ella—. Lo siento. Me voy. Dejó caer los brazos y pasó al lado de él para dirigirse a los escalones.

Lanya, con tejanos y blusa, estaba de pie en la puerta. Las dos muchachas se miraron. Luego la de la camiseta azul suspiró. Lanya la contempló mientras se alejaba, luego volvió la vista hacia Chico.

Chico frunció el ceño.

Jack el Destripador, ahora junto al fuego, alzó la mirada, con una sonrisa entre simpatía y complicidad, y agitó la cabeza.

Chico subió los escalones.

—¿Acabas de levantarte?

—Estoy segura de que fue sólo unos segundos después que tú. Te oí hablar con ella cuando salimos al porche; así que decidí salir también y escuchar. Parece una buena muchacha.

Él se encogió de hombros.

—¿Sigue dormido Denny?

—No.

Chico se sentó en el escalón debajo de ella. Los dos tuvieron que mover sus piernas cuando Devastación salió para dirigirse lentamente al fuego y detenerse delante de él, con las manos en los bolsillos traseros de sus pantalones.

—Se levantó conmigo —explicó Lanya—, íbamos a salir y sorprenderte mientras estabas vagabundeando por ahí con aspecto preocupado. Le dije que no podríamos hacerlo si tú estabas en algún lugar cerca de un lápiz y un trozo de papel. Pero luego, cuando llegamos al porche, te vimos hablando con ella.

—¿Dónde está Denny?

—La vio, se tapó la boca con *ambas* manos..., creí que iba a gritar algo, Dios sabe qué..., se ocultó detrás de mí y se marchó corriendo. No estoy segura de si se encerró en el cuarto de baño o simplemente se fue. No, el cuarto de baño no tiene cerradura por dentro, ¿verdad? Ella no le vio... ¡pese a que él hizo un montón de ruido! —Apoyó su barbilla sobre su puño—. Pobre chica. Siento pena por ella.

—Él es un pequeño bastardo, ¿no?

—¿Tú crees?

—Lo es para ella. Lo es para ti. Para mí. Puedo aceptarlo. —Chico se encogió de hombros—. ¿Qué harías tú cuando él decidiera, un día que vinieras a verle, que él no deseaba verte a ti?

—Aceptarlo, supongo. —Lanya suspiró—. Pero hubiera debido hablar con ella. ¿Cuántos años tiene él?

—Quince. Y ella diecisiete.

—Deberías decirle que hablara con ella. Si realmente estuvieron tan unidos.

—Mierda —dijo Chico—. Nunca discuto con la gente con la que jodo. Ella parece pensar que no hay nada que decir. No la culpo por desear que lo hubiera.

—Quizá. —Lanya sonaba dubitativa—. Me gustó, sólo con oírla. ¿Vive en la casa de las muchachas? Es un extraño grupo. He estado allí unas cuantas veces.

—¿Están idas?

—No más que aquí. ¿Crees que ella estaría interesada en ayudar en la escuela?

—Vas a meterte en problemas.

Lanya se echó a reír.

—¡Es tan gratificante saber que hay una o dos cosas en las cuales soy un poco más mundana que tú! Creo que es bueno tener algún ocasional contraste de pareceres..., alguna discusión con la gente con la que jodes. Yo nunca me peleo con la gente con la que jode la gente con la que estoy jodiendo. O *jodía*. Tengo muy en cuenta hallarme con ella en las mejores relaciones posibles. Aunque tengas gancho para ello, a veces se necesita una gran cantidad de trabajo. Pero los problemas que evitas... —curvó su boca hacia abajo y se palmeó tres veces la rodilla—, ¡no lo *creerías!* —Luego le tironeó el pelo—. Vamos a buscarle.

Pero Denny se había ido de la casa.

Allá atrás en el patio el fuego había sido completado. Lanya se ofreció voluntaria a ir con Sacerdote, Trepnques y Ángel a la tienda de licores. Cuando volvieron, Chico había sacado la puerta de la habitación de atrás y la había colocado sobre algunas cajas para formar una mesa en el patio. Otros habían empezado a preparar algo de comida.

—Ven. Quiero volver al altillo.

—Seguro. —Ella se restregó las manos y le siguió.

Cuando llevaban tendidos un rato uno al lado del otro, después de hablar suavemente durante un rato, después de empezar a hacer el amor, él se sorprendió de descubrirla algo apática y distraída; los pequeños movimientos que hizo silenciosamente le irritaron. Hasta que ella dijo:

—Hey, ¿qué ocurre? Pareces tan lejano. Vuelve. —Lo cual lo devolvió todo al reino de lo ocurrente.

Después de aquello, todo fue bien.

Tras el orgasmo, mientras seguían tendidos allí, abrazados, el olor le despertó. El despertar de él la despertó a ella. Alzó la cabeza ante el sonido. Un tercer plato, entre unas manos alzadas, había sido depositado en el borde de la plataforma. Luego Denny trepó al altillo, se arrastró entre ellos y empezó a quitarse la ropa.

—Podemos comer aquí arriba —susurró, como si ellos siguieran aún dormidos con los ojos abiertos.

Había montones de salchichas de frankfurt en los platos. Y verdura picada.

—¿Adónde fuiste?

Denny se encogió de hombros.

—Por ahí. Trece consiguió un lugar a sólo una manzana más abajo y al otro lado de la calle. Hermoso. —Tomó una frankfurt entre sus dedos y le dio un mordisco. El jugo resbaló por su antebrazo y goteó desde su codo sobre su rodilla.

Chico lo lamió.

—Vas a hacer que se me ponga tiesa —dijo Denny, y empujó uno de los platos

hacia Lanya—. Toma. ¿No quieres comer?

—Claro que sí. —Se frotó los ojos y se extrajo de entre los brazos de Chico—. ¿Dónde...? Oh, hey. ¡Gracias! —al trozo que Denny le ofrecía entre sus dedos. Recordando no un momento agradable, sino un momento enlazado con él, me siento arrojado de vuelta a un presente donde sólo la intensidad de los sentidos puede justificar su calor, la mancha de sombra en su hombro, la luz en su cadera, un reflejo en el oscurecido cristal, la luz que viene de abajo. No es tan bueno como eso. Desde donde he caído, perfeccionado por la memoria en algo sólo posible, no deseo falsificar nada más que eso. Ahora sólo están los ojos y las manos para llenarlo.

Bebieron un poco del coñac que él le había pedido a ella que trajera para Tak. («No os creeréis mi traje, ninguno de los dos. Ya sé que tú lo has visto, Chico. Pero no lo creerás.») Ella dijo que iba a volver pronto a su casa, pero se quedó dormida. Alguien chillando en la cocina les despertó horas más tarde, y volvieron a hacer el amor, los tres, en la oscuridad.

Por segunda vez, impulsado por una urgencia que cruzaba experimentación con deber, le chupó el pene a Denny; tomó dos veces más tiempo que antes.

—¿No creéis que deberíais descansar un poco? —sugirió finalmente Lanya.

—Sí —dijo Denny—. Descansa un poco.

Así que cerró los ojos y se sumió en la debilidad. De todos modos, era el mejor rato que recordaba. Derivó hacia el sueño, sólo triste por recordar tan poco, y cerró los ojos.

Cuando la ventana se había vuelto índigo, Chico los abrió de nuevo. Lanya estaba arrodillándose.

—Me voy —susurró. De modo que se arrastraron por encima de Denny para coger sus ropas—. Pero quiero un poco de café —añadió.

—Tiene que haber cajas enteras por ahí —dijo Chico—. Sólo que no tenemos ningún pote.

—Está bien. Vamos.

En la cocina, Trece y Smokey, con tres escorpiones negros, Cuervo, Trepennes y D-t, estaban sentados, hablando. Chico se sintió sorprendido cuando, entre bromas, observó que Lanya conocía todos sus nombres: incluso el de Trepennes. (Tuvo que preguntarle ése varias veces: «Trepennes, hombre. Trepennes. Es una contracción de *Tres peniques*».) Y D-t, descubrió, no significaba Delirium tremens, sino Doble tiempo. Un cubo fue lo único realmente limpio que encontraron, así que Lanya lo llenó para hervir el café.

—¿Vas a beberte *eso*? —le preguntó D-t.

—Seguro. Hazlo hervir tres veces, luego échale un vaso de agua fría. La clara de huevo hará que se asiente el poso. Luego lo único que tienes que hacer es echarlo en un pote y mantenerlo caliente. —Para lo cual Smokey se ofreció voluntaria a limpiar

la olla.

—Sólo que no dejes que Araña sepa que has utilizado dos de sus buenos huevos para hacer esta porquería.

—Mierda —dijo Cuervo—, todos los demás los usan.

Chico y Lanya bebieron el café solo, mientras el resto hacía un revoltijo con leche en polvo (alguien recordó la caja debajo de la mesa), algo que parecía polvos lavaplatos y azúcar.

—Hey, este café está bueno —admitió Cuervo (su moño ahora deshecho), contemplando la taza encima de la mesa—. ¡Y está limpio! Tengo que recordar esto. —Hociqueó hacia el vapor que brotaba de la taza y agitó la cabeza. El pelo que formaba como una pelota de playa en torno a su cráneo se agitó de uno a otro lado.

—Sí —dijo Trece por encima de su hombro—. ¿Lo recordarás tú también, Smokey? —que asintió.

Catedral y Filamento habían entrado medio adormilados desde la otra habitación. Nueve personas estaban ahora de pie bebiendo café en un espacio que se hubiera visto atestado con sólo cuatro.

—Ahora estoy al otro lado de la calle y una manzana más abajo —estaba diciendo Trece—. En el último piso. Cualquiera de vosotros, muchachos, podéis venir siempre que queráis. Chico os lo dirá, estuvo en mi casa. Tenía tantos escorpiones a mi alrededor que diríais que estaba dirigiendo un nido. Pero no era así. Sólo me gusta ser amigable, ¿sabéis?

—Si quieres quedarte —le dijo Chico a Lanya mientras se iban—, sólo tienes que volver al altillo. Nadie va a molestarte.

Ella le acarició la nuca.

—Tengo que hacer algunas cosas antes de que empiece la escuela. Dale al Hermanito un achuchón de mi parte.

De todos modos, mientras la acompañaba a su casa, estuvo casi completamente seguro de que lo que ella deseaba era otras dos horas de sueño. Preguntó:

—¿Vas a volver esta noche?

Ella apretó su mano.

—No. Vosotros dos podéis venir a verme si tenéis tiempo. Por un rato. —Apretó de nuevo su mano.

El gesto se convirtió en un emblema de su nervioso encanto.

El periódico de aquel día decía: Domingo, 14 de julio de 1776.

Pasaron la noche en casa de Lanya.

Al día siguiente: Domingo, 16 de junio de 2001.

Aquella tarde Jack el Destripador, con su piel color neumático viejo, acucillado delante de la nevera abierta cuya luz acababa de fundirse, cuya parte interior estaba atestada, y cuyo esmalte tenía un aspecto manchado y estriado, alzó la vista y

preguntó:

—Dime, ¿cuándo vas a correr?

—¡Ahora mismo! —Iniciación, impulso y decisión se fijaron entre la primera y la segunda palabra de Chico. Se sujetó al dintel de la puerta, se inclinó hacia dentro de la habitación del otro lado y gritó—: ¡VAMOS A CORRER...!

D-t, Araña, Ángel, Sacerdote, se apiñaron en el pasillo.

California salió rápidamente del saco de dormir al lado del sofá.

Cuervo y Cristal y Dama de España entraron en la cocina.

Escupitajo se abrió paso entre los escorpiones que se amontaban en la puerta.

Se agitaron y movieron los pies, y sus expresiones eran incómodamente serias.

—Vamos —estaba diciendo Denny a los demás que empezaban a bajar los escalones de la entrada con resonantes pasos—. ¡Hey, tú! ¿Vas a venir? ¡Sal de ahí!

Dentro de la casa habían sido casi capaces de imaginar una ciudad lúcida. Ahora, las catatónicas ventanas les observaron avanzar con pie firme. Sus botas rechinaban y golpeaban en el pavimento. Se apresuraban con las cejas fruncidas, mirando desde debajo de ellas, escrutando a derecha e izquierda por las neutrales avenidas.

Chico recordó, más tarde, haber roto el gran ventanal de la planta baja del edificio del Second City Bank.

Jack el Destripador bailó sobre los cristales rotos y cloqueó:

—¡Hombre, vamos a reventar ahora la ciudad negra!

No lo hicieron.

Rebuscaron y trastearon entre papeles y archivadores y máquinas de sumar. Jetadecobre volcó un escritorio y se quedó de pie contemplándolo, respirando fuertemente, durante todo un minuto.

No encontraron ni dinero ni cajas cerradas; las únicas cosas en los cajones para el dinero eran clips, refuerzos adhesivos para billetes, gomas elásticas.

Chico saltó por encima de los barrotes de latón de la jaula de una caja (la parte superior era una franja de grasienta suciedad; gran parte de ella estaba ahora en sus manos), se dejó caer sobre mármol, lanzando ecos hacia todas partes, y caminó hacia un grupo que estaba de espaldas a él. Se abrió camino empujando con los hombros entre Tarzán y Trepénques.

Arrodillado sobre el acolchado (respiraba seca y pausadamente), Dólar acuchillaba con la orquídea la piel del asiento, y la rasgaba con los enjaulados y temblorosos dedos. El relleno brotaba como de una herida. Con la punta de la lengua aferrada entre sus dientes, acuchilló y rasgó de nuevo.

Sacerdote bufó y sacó las manos de sus bolsillos.

Filamento intentó no carraspear.

Mientras caminaban de vuelta a casa, Chico rebuscó sus recuerdos de lo que había ocurrido en la incursión con Pesadilla al Emboriky's. Entre el negro grupo que

daba largas zancadas a su lado, Chico observó al rubio Tarzán en el centro. Cuervo, con el brazo rodeando el hombro de Tarzán, estaba diciendo:

—¿...tu *hermana*? Hombre, tienes una hermana muy guapa. Tarzán, tienes la hermana más guapa que haya visto nunca. Tarzán, tendríamos que organizar algo los tres, juntos. ¡Ooooo... huau! —Con el ¡*Huau!*, se llevó la mano libre a la entrepierna, y casi estuvo a punto de hacer caer a Tarzán.

—¿Qué demonios estás diciendo de su hermana? —preguntó Dama de España.

—Oh, mierda —gritó Cuervo por encima del hombro, haciendo oscilar todo su pelo—. Tarzán y yo somos amigos. ¿No es así, Tarzán? —que sonreía por encima de su antebrazo colocado debajo de su barbilla.

—Tarzán —gruñó Cristal a Chico— y los jodidos monos.

—¡Hey! —Jack el Destripador puñeó a Cristal en el hombro—. ¿Quién es un jodido mono, negro?

Pero cuando Chico y Cristal miraron atrás, el Destripador arqueó ambas piernas, agitó los brazos debajo de sus hombros y empezó a dar saltos de un lado para otro y a gruñir. Las cadenas revolotearon en torno a su cabeza. De tanto en tanto hacía una pausa para rascarse los costados con encorvados dedos.

La risa de Jetadecobre fue más seca y fuerte que las de los demás, creció y murió, como respondiendo a los matices de una actuación que nadie más podía captar.

Cuervo seguía con el brazo aún en torno a Tarzán, y ambos se tambaleaban siguiendo su camino. La expresión de Cuervo era ahora hosca e inquieta. Tarzán, con las manos colgando junto a sus bolsillos y los codos oscilando, sonrió al pavimento sobre el que se tambaleaban, feliz de ser el centro de tanta atención.

El día siguiente era: Domingo, 1 de enero de 1979.

(Titulares:) ¡FELIZ AÑO NUEVO!

—¿Estás seguro de que no quieres venir? —preguntó Chico a Pimienta. Aún le hormigueaba el rostro del afeitado.

—No. —Pimienta agitó los pies, nervioso, delante de la puerta del cuarto de baño—. No, no me gustan esas cosas. Todos serán gente a la que no conozco. Id, y ya me contaréis cómo os ha ido a la vuelta. Tengo un poco de vino de la tienda de licores.

—De acuerdo. —Chico retiró la mano del hombro de Pimienta.

Jetadecobre salió del cuarto de baño.

—Hey, ¿estás seguro de que no tenemos que vestirnos?

—Llevas tus cadenas —dijo Chico—, tus luces y tu chaqueta, así que ya estás vestido.

—De acuerdo —dijo Jetadecobre—. Si tú lo dices. Hombre, seguro que Pesadilla parece alguna cosa, con sus pantalones de terciopelo rojo. ¡Como un jodido negro!

La concesión de Chico a su traje de fiesta, aparte lavarse y afeitarse, había sido colgar su orquídea de cobre de una cadena del cuello. Mientras avanzaba por el

pasillo —una gota de agua resbaló a lo largo de su desnuda pantorrilla—, el Destripador le detuvo para susurrarle:

—¿Realmente vas a dejar que ese chico suba así? —Era la tercera vez que alguien le decía algo acerca de Baby, que había llegado hacía diez minutos, desnudo como había prometido (y sucio como siempre), con Pesadilla, Dragón Lady y Adam.

—Claro que sí.

—Oh, hombre, me gustará ver esto. Pensaba quedarme en casa, ¿sabes? Pero no me perdería ver esto por nada del mundo.

—No tiene nada que tú no tengas, excepto el prepucio —dijo Chico—. Tranquilo, ¿eh?

—¡Oh, sí, seguro! —El Destripador apartó la duda con su enorme y negra mano—. Seguro. —Se echó a reír y se alejó.

En la habitación de delante, Pesadilla se volvió y le dijo algo a Chico, deformado más allá de toda comprensión por la risa. Los demás rieron también. Su gruesa trenza resplandecía con adornos. Al lado de su chaqueta de piel, las cadenas de su cuello, las botas de motorista llenas también de cadenas y sus guarniciones, el terciopelo parecía adornado con un penacho escarlata.

—¡Pesadilla —estaba diciendo Siam (que sólo llevaba ahora un pequeño vendaje) —, llevas esos pantalones tan bajos que se te ve la raja del culo, hombre!

—¡Mierda! —Pesadilla se acarició su enorme hombro—. ¡A ellos les *gusta* ver mis músculos! —Sólo había un rastro de las cicatrices del hombro.

Chico estudió su propio hombro, escuchando las risas.

Dragón Lady, con las piernas cruzadas, estaba sentada en el sofá: unos tejanos blancos, botas blancas, un jersey de lame plata con cuello vuelto, y sobre él una chaqueta de tela lejana blanca, con las mangas arrancadas. Sus habituales cadenas (¿un viaje al almacén de repuestos?) habían sido reemplazadas por plata..., o al menos acero inoxidable. Sus uñas estaban pintadas de color platino. Cuando echó la cabeza hacia atrás para reír, sobre sus grandes y manchados dientes, el sudor resplandeció justo debajo de su hirsuto pelo. Parecía tranquila, elegante y terrible.

Adam, con expresión hosca y ceñuda, estaba sentado en el brazo del sofá, con sus colgantes pantalones y sus zapatillas.

Baby se sentaba en el suelo frente a ellos, con un sucio pie encima del otro, los brazos rodeando sus huesudas rodillas, una mugrienta mano sobre cada mugriento codo, sonriendo como una rubia rata feliz.

—¡Hey! ¡Hey, venid! ¡Escuchad esto! —Más rubio que Tarzán (que permanecía de pie, extrañamente melancólico, junto a la puerta de la cocina), tan rubio como Bunny, Revelación, perchado en el respaldo de la silla, dio la vuelta al ejemplar del *Times* y echó a un lado sus cadenas. Llevaba dos veces más que cualquier otro, todas ellas latón y cobre—: «... ayer, a última hora de la tarde, merodeando por las calles

de Jackson, aterrorizando a los residentes.» ¿Qué os parece esto? ¿Así que ayer estuvisteis fuera aterrorizando a los negros? ¿Eh? —Su piel tenía el luminoso color rosado que adoptan algunas pieles pálidas bajo la acción de un gran frío o un gran calor—. «... cometiendo actos de vandalismo, daños imposibles de evaluar, con las cadenas, esos símbolos que asociamos ya con los escorpiones, colgando de los cuellos...»

—¡Nosotros no aterrorizamos a nadie! —Denny (camisa negra con flecos plateados debajo de su chaqueta y cadenas) estaba sentado con la espalda contra la pared—. ¡No había nadie en la maldita calle!

—Eso es porque todos estaban aterrorizados —explicó Revelación—. ¿No lo ves?

—«... penetrando por la fuerza en el Second City Bank...»

—Mierda —dijo Trepennes (que había tomado prestada una de las camisas de Denny)—, no hicimos nada ayer.

—¡Robamos un jodido banco! —contraatacó Filamento (que había tomado la otra)—. ¿Qué quieres decir con que no hicimos nada? ¡Robamos todo un maldito banco! —Unió las manos delante de su barbilla y adoptó una expresión complacida.

—¿Un jodido banco? —dijo Pesadilla—. Hombre, os habéis metido en algo grande.

Araña, el más joven, negro y alto escorpión en el nido de Chico, permanecía reclinado contra la pared, restregándose las cadenas que colgaban encima de su estómago, haciendo eco a Adam.

—«... es casi completamente imposible, dada nuestra situación en Bellona, identificar a ningún individuo en un incidente así. Nuestros informes proceden todos de gente que permanecía detrás de puertas cerradas y contraventanas aseguradas...»

—Ahora puedo ver a todos esos jodidos hijos de madre —dijo Dólar, demasiado alto incluso para la ocasión—, atisbándonos por las mirillas. Sólo atisbándonos. ¡Malditos sean!

—«... su número se ha estimado en las más diversas cifras, desde los cuarenta hasta la absurda cantidad de más de cien...»

—¿Quieres decir —preguntó Jetadecobre con fruncida satisfacción— que veinte de nosotros hicimos el suficiente ruido como para que pensarán que éramos más de cien? —Se puso en pie, un triunvirato con Escupitajo y Cristal; los tres, firmes en sus convicciones, no se habían cambiado de ropas.

Cristal llevaba su chaqueta de vinilo negro.

Escupitajo llevaba su proyector y su cicatriz y su hebilla turquesa.

Entre Escupitajo y Jetadecobre, Chico vio a la muchachita de los tejanos marrones. Su blusa azul estaba muy limpia pero sin planchar. No dejaba de alzar la cabeza para aplanar su cuello, mirándose a sí misma y frotándose de nuevo el cuello. Por primera vez parecía bonita. Chico intentó recordar cuál había sido su reacción

ante ella antes y qué era lo que la había cambiado.

—«... de más de cien» —repitió Revelación—, «cosa que nos gustaría pensar...»

—Quizá no hablen de vosotros —sugirió Dragón Lady.

—¡Seguro que hablan de nosotros! —insistió Sacerdote.

—¡Por lo que sé, somos los únicos que robamos un banco ayer!

—«... pensar que es absolutamente ridícula.» —Aquello hizo a Revelación reír tan fuerte que arrugó el periódico.

—¿Vamos a ir a esa jodida fiesta esta noche? —preguntó Catedral, sujetando las dos jambas de la puerta y haciendo oscilar su enorme masa en la habitación. Se echó hacia atrás. La tira óptica destelló en torno a su oscuro pecho, con dos dobleces de grasa—. ¿A qué estamos esperando?

Chico sonrió, asintió..., le sorprendió el silencio.

—¡Vamos!

Salieron tras él, riendo y gritando una vez más, por la puerta delantera, bajando los escalones.

Pimienta se echó rápidamente a un lado.

—¿Todavía no has cambiado de opinión? —preguntó Chico.

Pimienta exhibió su arruinada sonrisa.

—No. No creo que me gustara, ¿sabes? No me van esas cosas. —Sus ojos se apartaron de Chico.

Chico miró también.

Desde abajo de los escalones, entre el grupo de escorpiones, Tarzán miraba; agitó la cabeza con expresión de disgusto, desvió la vista.

—Hey, no dejes que Tarzán te retenga de venir —dijo Chico, bruscamente furioso—. Pondré a los esbirros —señaló hacia Jetadecobre y compañía— tan rápido sobre él, que no será capaz de recordar —empezó a decir: *su nombre*— qué es lo que no le gusta de ti.

—No —dijo Pimienta—. No, no es eso. Se trata de... Mira, tengo un poco de vino, ¿ves? Y quizá salga a decirle hola a Bunny. No he visto a Bunny desde hace un malditamente largo tiempo. Está loca, ¿sabes? Realmente está ida.

Pero es un buen tipo.

—De acuerdo. —Chico le devolvió la sonrisa—. Hazlo.

—Oh... —dijo Pimienta a sus espaldas—, que lo paséis bien.

—¡Oh, hey...! ¡Hey...! ¡Ven, hey! —gritó alguien mientras Chico bajaba entre ellos.

Echaron a andar calle arriba.

—¿Hacia dónde? —exclamó Pesadilla por encima de un racimo de negras cabezas entre las cuales, como un limón, una naranja china y un amargón, respectivamente, entre ciruelas prunas, estaban Tarzán, Jetadecobre y Revelación.

—Hacia arriba, por ahí. Tenemos que recoger a alguien.

El humo enquistaba la farola de la esquina en una gigantesca perla.

—¡Dios santo! —tosió alguien, una voz femenina—. ¿Cómo podéis aguantar eso, muchachos?

(Chico no pudo ver quien había hablado porque habían abandonado la luz del portal.)

—¡No has estado por aquí el tiempo suficiente todavía, hombre! ¡Al cabo de un tiempo verás que no puedes respirar sin él!

—¡Que alguien encienda alguna de sus malditas luces! —gritó Chico, tanteando en su pecho en busca del proyector—. Adelante, ¿eh?

El dragón de Dragón Lady se alzó, un jade luminoso, a la cabeza. La mantis y el grifo llamearon, oscilantes, con brumosas penumbras.

Una araña índigo parpadeó, con las mandíbulas más altas que la cabeza de Chico..., parpadeó una vez en torno a Jetadecobre, luego ganó todo su brillo como un tardío neón.

Cristal desapareció dentro de su tritón.

El escarabajo de Escupitajo resplandeció como una botella de cristal.

Pesadilla se volvió hacia Chico y sonrió.

—Luces espléndidamente brillante esta noche, Chico —y llameó bajo alzadas pinzas.

Los colores plásticos eran opalescentes en medio del humo.

Pavo real (ése era el Destripador), langosta e iguanodon, la compañía echó a andar avenida arriba.

—¿Estás seguro que es aquí donde vive Lanya? —preguntó Chico a Denny. Los otros se agruparon ante la entrada.

—Sí —dijo Denny—. ¡Sí! Seguro. Toca el timbre.

Chico lo hizo. Unos momentos más tarde, tras un sonido de pasos (y oyó a alguien decir: «Oh, Dios mío...») al otro lado de la mirilla, ella abrió la puerta y salió, toda plata, a la humosa luz.

—¡Oh, *huau!* —dijo Cuervo tras él, apreciativamente.

Lanya se protegió los ojos con la mano, miró a su alrededor, dijo:

—¡Dios mío! —y estalló en una carcajada.

Madame Brown, llevando algo azul y hecho a la medida, salió detrás de ella, con expresión tentativa. La difusa luz reflejó en su rostro las arrugas y el exceso de maquillaje que Chico había visto la primera vez a la luz de las velas. Una vez más, su pelo era dura alheña. Y su cuello, rodeado una y otra vez por las cuentas ópticas, parecía excesivamente decorado..., pero era lo mismo que cuando las llevaba con los marrones y beiges cotidianos.

Muriel ladró una vez, saltó hacia adelante y se irguió al extremo de la correa.

—Oh, ¿por qué no la dejas en casa? —instó Lanya—. Mira nuestra escolta. Estaremos...

—A Chico no le importa que Muriel venga con nosotros; ¿verdad, Chico? Dijiste que Roger tiene todo ese terreno. Se portará bien.

—Claro —dijo Chico; y descubrió, al decirlo, que realmente no le importaba—. ¡Tráigala!

—Se siente tan sola si no la llevo conmigo. —Madame Brown observó los alineados escorpiones.

Muriel intentó volver a subir los escalones del porche, no pudo, y ladró de nuevo.

—¡Quieta ahora! —dijo Madame Brown—. ¡Quieta!

—Toma, llévame esto. —Lanya le tendió a Denny la pieza de equipo que Tak había tomado del almacén junto con la tela—. ¿La puedes poner en el bolsillo de tu camisa?

El fleco plateado de la manga de Denny se agitó en cortinas de luz cuando se guardó la caja de control.

Lanya tomó a Chico de la mano. Su traje era sin mangas, de cuello redondo, y llegaba hasta el suelo. Se inclinó para susurrar:

—Tengo algo para ti también. —Y le tendió su armónica—. ¿La puedes poner en

el bolsillo de tus pantalones?

—Por supuesto.

Sintiendo el metal en su muslo a través de la rozada tela, Chico se dirigió hacia los demás. Lanya, Muriel y Madame Brown fueron detrás.

Mientras echaban a andar, oyó a Madame Brown:

—Tu brazo parece mucho mejor. ¿No te ha dado ningún problema?

—No, señora —respondió Siam—. No muchos. Ya no. Pero creí que iba a morirme cuando usted echó todo aquel yodo ahí dentro. —Se echó a reír.

Cruzaron la calle.

—Fue en lo único en que pude pensar para evitar la infección.

Fuiste muy, muy valiente.

—Mierda —dijo Siam—. Aullé como un jodido hijo de madre... Perdón, señora. Pero recuerde como me tuvieron que sujetar.

—Sí. Y sigo pensando que fuiste valiente.

—Es muy considerado por su parte el decir esto. Pero si uno de esos negros me hubiera soltado, es probable que la hubiera matado. —Rió de nuevo.

Se diseminaron por la acera, por la calle, cada bestia navegando en un charco de luz.

Las ventanas gotearon reflejos fundidos..., las que tenían cristales.

Quizá la mitad de ellos mantenían sus escudos encendidos a la vez. La silueta de un tumultuoso negro podía convertirse en un hipogrifo, una langosta; algún espléndido papagayo o lagarto podía colapsarse en torno a una silueta andante iluminada lateralmente... Chico intentó recordar *qué* había sido una de ellas, pero su aparición, entre tantas, había atraído su atención sólo al desvanecerse.

Dragón Lady, con las luces apagadas, miró escéptica a Lanya, le dijo a Chico:

—Creí que habías dicho que nadie iría vestido a la fiesta.

—¡Pero tú y yo —le dijo Lanya— luciremos esto mucho mejor!

Dragón Lady se echó a reír.

—¿Tú y yo? ¡Oh, querida, seguro que sí! —Se echó hacia atrás y enlazó su brazo plateado en el desnudo de Lanya—. ¡Vamos a pavonearnos por ahí, querida, y haremos sufrir a todos esos hijos de puta! —Lo cual hizo reír a Lanya. Durante una manzana los tres caminaron cogidos del brazo.

Pero, cuando se produjo algún altercado ahí delante, Dragón Lady llameó jade y se apresuró para solucionarlo:

Revelación (una rana) había empezado a pelearse con Catedral (un gran pájaro que, se dio cuenta Chico al mirarlo desde más cerca, podía ser un águila americana): Dragón Lady se metió entre ellos, haciendo más ruido que los dos juntos; se apaciguaron.

Detrás y a un lado, Tarzán rozó, pero dudó en encenderlo, su multicolor monstruo

de Gila.

—Ése... —Madame Brown señaló con la cabeza hacia delante, con el ceño profundamente fruncido y una teatral contención—. No sé si se habrá dado cuenta, pero cada vez que ese grifo parpadea... —lo cual hizo en aquel momento, revelando un cerdoso pelo amarillo, una nudosa espina dorsal, unas nalgas pustulosas y unos talones mugrientos—, ¿no parece como si no llevara nada de ropa?

—No la lleva —dijo Chico.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Madame Brown—. ¿Se encuentra bien?

Su tono había cambiado de picante complicidad a puritano disgusto. Chico reconoció ambos, pero no pudo seguir la mecánica de la transición; empezó a temer la ligereza con la que oscilaba su mente.

—No. Simplemente va desnudo —explicó, preguntándose si estaba perdiendo de nuevo la habilidad de seguir las conexiones lógicas.

—Oh... —dijo Madame Brown, en un tono completamente distinto a los dos anteriores.

Se agruparon en torno al pequeño parque entre los dos Brisbain.

—Espero que alguien nos lleve de vuelta —dijo Lanya—. Es una larga caminata incluso estando sobrios.

—No cuentes con ello.

—Roger habla siempre en el periódico de llevar a la gente dentro y fuera de la ciudad. Quizá pueda hacer que uno de sus conductores nos lleve de vuelta a casa.

—He visto su coche. Es algo de los años treinta. Además, ¿cómo meteremos dentro a toda la gente?

—Eres demasiado democrático para las palabras. —Le besó en la mejilla—. ¿Crees que tengo buen aspecto?

—¿No te lo he dicho?

—No lo has hecho. Como tampoco has dicho: ¿Te has hecho tú misma el traje? Ni ninguna de esas cosas para las cuales había preparado respuestas muy ingeniosas.

—¿Realmente te has hecho tú misma el traje? —Chico deslizó su mano en torno al hormigueante material de su cintura—. Parece muy bonito.

—No aprietes demasiado —dijo ella—. No quiero dañar el material. No, no... ¡No te estoy apartando!

—Creo que tienes un aspecto estupendo —dijo Denny—. Creo... —susurró algo en su oído.

—¡Jovencito! —dijo Lanya—. No creo que te conozca lo suficiente...

—Anda —dijo Denny— y ve a chuparme mi... —y echó a andar, alejándose.

—Hey, estaba bromeando... —llamó Lanya, regocijadamente desconcertada ante la actitud de Denny. Su cintura se agitó en el brazo de Chico.

Denny se volvió, con el rostro parpadeante a las luces que pasaban por su lado.

Cuando llegaron a su altura, sonrió.

—Yo no lo hacía. —Pasó también su brazo en torno al talle de ella.

Cruzaron la siguiente esquina, observando las bamboleantes luminosidades, delicadas o bulbosas, pasar junto a carbonizadas ramas, bajo farolas de las que colgaban coronas invertidas de cristal roto, junto a casas con porches encolumnados, entradas que se abrían a la oscuridad, como si los ocupantes se hubieran asomado para ver, luego hubieran huido demasiado precipitadamente para cerrar las puertas tras ellos.

Unas manzanas después de esa imagen, que aún daba vueltas por la mente de Chico, dejó escapar finalmente una risita que rodó dentro de su boca.

Lanya y Denny le miraron, ella con una sonrisa que anticipaba la explicación, él simplemente sin comprender. Chico la apretó más fuerte. Los flecos de Denny rozaron su brazo, luego se aplastaron contra él cuando bajó su propio brazo por la espalda de ella. Su cadera, moviéndose bajo los dedos de Chico, no cambió de ritmo.

—¡Todo esto es muy colorista! —dijo Madame Brown tras la tensa correa—. Pero es una buena caminata. ¡Muriel, quieta!

—Los amigos de Roger también son muy coloristas —dijo Lanya—. Estará a la altura de las circunstancias.

Las enredaderas trepaban por el muro. Las ramas de los sauces colgaban por encima de él, dentadas sombras que crecían y se encogían a medida que las luces rojas, naranjas y verdes pasaban por su lado.

—Ya casi estamos, ¿no? —preguntó Pesadilla desde mitad de la calle. Insectos y artrópodos flotaban a su alrededor, riendo estentóreamente.

—¡Sí! —exclamó Chico—. La puerta está ahí arriba.

Denny estaba trasteando en el bolsillo de su camisa.

—¿Qué se supone que tengo que hacer ahora con esta cosa?

—Una vez estemos dentro —explicó Lanya—, simplemente conéctame. De tanto en tanto da un vistazo, y si lo que ves es demasiado apagado, trastea con estos botones hasta que ocurra algo interesante. Tak dijo que su alcance es de cincuenta metros, así que no te vayas demasiado lejos. De otro modo me apagaré.

De pronto Chico se alejó para abrirse camino entre la brillante y ruidosa multitud. Movido por un impulso repentino, accionó la esfera del campo: cliqueteó.

Desde dentro, recordó, tu campo es invisible. Pero la gente había hecho sitio a su alrededor. (No sé lo que soy.) Bajó la vista al cuarteado pavimento. (Pero, sea lo que sea, es azul.) El halo se movió con él por el cemento.

Tres a su alrededor apagaron sus luces, creando sombras ante ellos por las luces que les llegaban desde atrás.

Es como un juego (ahí estaban los soportales de piedra), no saber quién, o qué, eres. Se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que pudiera llamar a alguien a su

lado y preguntarle. Y accionó su esfera para matar la tentación.

Se situó delante del numeroso grupo y sujetó los barrotes de la puerta. Los otros se apretujaron ruidosamente a su alrededor. Dudó, mientras miraba hacia los pinos, levemente iluminados y oscilando ante el brillante espectáculo, acerca de qué decir.

—¡Hola! —Un joven (¿filipino?; probablemente) con un jersey verde de cuello vuelto y chaqueta deportiva apareció.

—¿Es usted el Chico? Me lo imaginé. Yo soy Barry Lansang. Esta noche estoy en la puerta. Espere un momento. Les dejaré entrar.

—¡Hey, estamos aquí!

—¿Cuándo vamos a entrar?

—¡Callaos! Ahora nos está abriendo la puerta.

—¿Es aquí dónde vamos?

Lansang se echó a un lado. La puerta hizo clang, y el nivel de ruido en torno a Chico descendió dos tercios.

Lansang tiró de los barrotes.

Chico avanzó, consciente de que los demás no le seguían.

—Suban —sonrió Lansang—. Todos les están esperando. ¿Es éste todo su grupo?

—Sí. Supongo que sí.

—Si espera a alguien más que llegue un poco más tarde, simplemente déme sus nombres y tomaré nota.

—No. Éstos son todos.

Lansang sonrió de nuevo.

—Bien, si luego llega algún rezagado y se me presenta algún problema de identificación, siempre puedo subir y preguntárselo a usted. Entren. —Esto último por encima del hombro de Chico, acompañado de un gesto.

Chico miró hacia atrás.

La puerta estaba llena de silenciosos rostros familiares.

—Entrad —dijo Chico.

Entonces entraron.

Dragón Lady estaba entre los primeros.

—Es realmente algo, ¿eh?

—Sí —dijo Chico—. Y esto solamente son los árboles.

—Sigan el camino hacia arriba —indicó Lansang. Estaba, vio Chico, pasándose en grande.

Lanya se reunió con Chico; su ropa resplandeció rosa. Mientras caminaban juntos, pequeñas gotas del tamaño de huevos de petirrojo crecieron a charcos que crecieron a océanos.

—¿Lo estoy haciendo bien? —Denny rebuscó bajo su chaqueta el bolsillo de su camisa con un negro y brillante brazo.

Lanya se miró.

—Creo que el otro botón, el de delante, es para la intensidad del color. Déjalo así por ahora. No queremos gastar todos los tiros en la entrada.

Una serie de focos entre los grandes pinos iluminaban el sendero de grava; tras el recorrido nocturno, les hicieron parpadear.

—Aquí estamos —dijo Madame Brown, mirando entre dos árboles donde uno de los focos no funcionaba—. Sanos y salvos.

Muriel caminaba pegada a ella.

—¿Dónde se supone que debe estar todo el mundo? —preguntó Chico a Lanya, cuyo vestido goteaba un verde metálico desde su pecho izquierdo.

—Fuera, en la terraza de los jardines. Donde estuvimos aquella tarde con el señor Newboy.

Chico no recordaba que el sendero fuera tan largo.

—¿Cómo consiguen toda esta electricidad?

—Cuando funciona *toda*, pueden hacer que el lugar reluzca prácticamente como bajo la luz del día —dijo Lanya.

Pasaron los últimos árboles:

La casa brillaba como el día contra la noche.

—Newboy dijo algo acerca de quinqués...

—No toda funciona dentro —dijo Lanya—. Había toda un ala donde no funcionaba ni un solo enchufe. —(Varias docenas de hombres y mujeres a lo largo de la terraza de piedra se volvieron para mirar)—. Pero sea como sea, Roger siempre ilumina así el lugar. Tengo la sensación de estar contemplando algún estúpido espectáculo de *Son et Lumière*.

Los escorpiones se tranquilizaron cuando vieron a los otros invitados.

Con traje, camisa y corbata en diferentes tonos de azul, uno de ellos se abrió paso entre los demás. Pelo rubio corto, expresión seria, iba seguido por dos mujeres, la mayor también de azul, el pelo teñido del mismo tono que su blusa. La más joven, con un traje de brocado que llegaba hasta el suelo, parecía triste.

Calkins, pensó Chico, adelantándose. Pero la anticipación le había traicionado: era el capitán Kamp.

—¡Chico...! —exclamó afablemente—. Ha venido. Y éstos son sus amigos... Yo... Hum. Bueno, hemos tenido... —Desaparecida la afabilidad inicial, Kamp parecía confuso—. Bien, Roger aún no ha vuelto. Nos ha dicho que quizá llegara tarde, y que de ser así le expresáramos cuánto lamenta... Nos pidió que yo y Thelma —señaló con la cabeza a la mujer del brocado— y Ernestine —a la mujer de azul— le diéramos la bienvenida en su nombre cuando llegara aquí..., hum, puesto que yo ya le conozco... —sus ojos no se apartaban de la gente reunida detrás de Chico—, para presentarle a los demás y todo eso. Bien: Ernestine, éste es el Chico. Y ésta es

Thelma...

Ernestine, que parecía mucho menos nerviosa que Kamp, dijo:

—Mi nombre es Ernestine Throckmorton. Es maravilloso tenerles a todos ustedes aquí. Hola, querida —con una inclinación de cabeza especial a Lanya, que le devolvió una sonrisa—. Ahora creo que lo único que queda por hacer es meternos de cabeza y ver de pasarlo lo mejor posible. ¿Por qué no vienen todos con nosotros y les mostramos dónde conseguir algo de comer y beber? Vengan.

—Se volvió y les hizo un gesto para que la siguieran escalones arriba hacia la terraza.

Mientras los demás invitados retrocedían, mirando, ella se acercó a los dos escorpiones más próximos y brillantes.

—¿Y cuáles son sus nombres?

—Pesadilla —dijo Pesadilla, casi como una pregunta.

—¿Y su amigo?

—Oh, sí. Lo siento. Ella es Dragón Lady.

—Encantada de conocerles. ¿Sabén?, había oído sus nombres antes; bueno, en realidad los había leído, en el periódico. De veras. Me siento aterrada.

Chico miró.

Ernestine, que no parecía ni un ápice aterrada, pasó junto a los huéspedes que no dejaban de mirar (algunos sonrieron), con Pesadilla a un brazo, Dragón Lady al otro.

—¡Bill! —llamó. (Bill estaba sonriendo)—. Ven aquí, querido.

Bill, un hombre alto y apuesto, quizá treinta y ocho años, con un jersey negro de cuello vuelto, una lata de cerveza en una mano (el único invitado allí sin chaqueta), se dejó caer junto a ellos.

—Bill, éstos son Pesadilla y Dragón Lady. Los mencionaste en ese artículo que hiciste para Roger hace algún tiempo. Bien, ¿los conocías ya?

—Me temo que no.

—Bueno, pues aquí los tienes.

—Hola —y—: Hola —dijeron Pesadilla y Dragón Lady, casi sincrónicamente.

—Me alegra conocerles, pero no estoy seguro de que a ustedes les alegre conocerme después de algunas de las cosas que dije.

—¿Escribió usted un artículo? —preguntó Pesadilla—. ¿En el periódico?

—Yo no leo ningún artículo —dijo Dragón Lady.

—Probablemente sea lo mejor, teniendo en cuenta algunas de las cosas que puse en él..., bueno, ya estamos llegando al carrito de las cervezas, allí al fondo... —Bill hizo un gesto con su lata—. Les confieso que me sorprende encontrarles aquí con el Chico. Tenía la impresión de que las distintas pandillas..., nidos..., se arrojaban los unos a la garganta de los otros.

—No —dijo Pesadilla—. No, no es nada de eso...

Mientras Pesadilla explicaba cómo eran las cosas, Chico miró de nuevo. Bill había reemplazado a Ernestine, que se había trasladado a otros escorpiones.

—Soy Ernestine Throckmorton. ¿Y ustedes son...?

Lanya sonrió y susurró:

—Esto va a llevar trabajo. —Había una preocupación subyacente en su sonrisa.

—¿Eh?

—Puesto que Roger no está aquí. Conseguir que la gente se mezcle. Quiero decir que si algo lo consigue, ese algo sólo puede ser su talento abrumador. Claro que Ernestine es competente. La he visto trabajar antes...

—Supuse que la conocías.

—Reconozco a unas cinco personas aquí, creo. Gracias a Dios. Roger mantiene normalmente un grupo muy inspirador. Ernestine puede llegar a ser incluso brillante. Roger, sin embargo, tiene genio. Y me temo que estaba contando con él esta noche. No te enfades si te abandono por un cierto tiempo. Puedes cuidar de ti mismo. ¿Por qué no empiezas presentándome al capitán?

—Oh —dijo Chico—. Por supuesto. Le conozco. Cristal y yo hablamos con él de camino hasta aquí, una noche.

—Cristal... —consideró ella, y su consideración le obligó a hacer una pausa hasta que ella asintió.

—¿Capitán Kamp? —Tuvo que decirlo tres veces antes de que el capitán se volviera—. Ésta es mi amiga, Lanya Colson.

—Puesto que todo el mundo está hablando con gente de la que ha leído en los periódicos —dijo Lanya—, supongo que puedo decir que he leído acerca de usted.

—Hum... —El capitán sonrió, inseguro.

—Pasé algún tiempo aquí con Roger hace poco —dijo Lanya, lo cual le sonó a Chico fuera de lugar.

Pero el «¿Oh?» del capitán estaba lleno de alivio.

Ella parecía saber lo que estaba haciendo.

—¿Dónde ha ido Roger? No es propio de él preparar algo como esto y luego no estar presente.

—Estoy seguro de que volverá —dijo el capitán—. Estoy completamente seguro. Lo ha dejado todo arreglado con la dama que se encarga de la cocina...

—¿La señora Alt?

—... sí. Y ella ha preparado algo realmente estupendo. No sé dónde ha ido. Yo esperaba que volviera a tiempo. Llevar las riendas de una fiesta no es mi punto fuerte. Y no creía que ustedes fuesen a ser tantos. Por supuesto, Roger le dijo que trajera a veinte o treinta amigos, ¿no? Pero. Bueno. La verdad...

La larga terraza terminaba en un patio.

Se habían dispuesto dos mesas en las grandes losas de piedra.

Las llamas azulaban el fondo de cobre de media docena de calientaplatos.

Había platos de papel. Había tenedores de plástico. Las servilletas eran de lino.

La mayor parte de los invitados, hasta entonces en la terraza, se habían trasladado ahora con ellos al patio.

—Sírvanse ustedes mismos lo que les apetezca. —Los brazos de Ernestine se alzaron como los de un guía turístico—. Ahí está el bar. Cualquiera de estos caballeros —un joven camarero negro, otro mayor, blanco, ambos con chaqueta cruzada azul— les servirá la bebida que pidan. Estos dos barrilitos de aquí son de cerveza. Si la quieren en lata, esta nevera —tropezó con ella; dos personas rieron— está llena a rebosar. —En un tono más modulado, a quien fuese que tenía junto a ella —: ¿Le apetece algo de comer?

—Por supuesto —dijo Revelación.

—Sí, señora —de Araña.

No se había cocinado ninguna comida completa en el nido aquel día.

—Capitán Kamp —estaba diciendo Lanya—, éste es Cristal. Cristal, éste es el capitán Kamp.

—Oh, sí. Ya nos conocemos.

—¿De veras? —La sorpresa de Lanya sonó perfectamente deliciosa y perfectamente sincera. (Si escribiera sus palabras, pensó Chico, la entonación de lo que dice se desvanecería como el registro literal de los sonidos que emiten June o George)—. Entonces puedo dejarles a solas e ir a buscar algo de comer —y se dio la vuelta.

(—Oh —dijo Kamp—. Bueno. ¿Qué ha estado haciendo usted desde que nos vimos la última vez?

—Nada —dijo Cristal—. ¿Ha hecho usted algo?

—No —dijo Kamp—. No realmente.

Lanya se abrió camino a través de Tarzán-y-los-monos.

—Hey, venid conmigo. Quiero que conozcáis a alguien. No, de veras, venid. —Y emergió con Jack el Destripador y Cuervo, empujando delante de ella al diminuto Ángel negro—. Doctor Wellman, *usted es* de Chicago. Quiero que conozca a Ángel, el Destripador y Cuervo. —Se quedó un poco con ellos.

Chico escuchó la conversación empezar, detenerse, y finalmente asentarse en intercambios (al menos entre Ángel y el doctor Wellman) acerca de los centros sociales de Chicago, que Ángel parecía creer que eran «perfectos, hombre. Sí, realmente me gustaron», mientras que el doctor Wellman sostenía, afablemente, que «no estaban muy bien organizados. Al menos no aquellos sobre los que establecimos nuestro informe».

—Hey, Chico.

Chico se volvió.

Paul Fenster le tendió un plato de papel.

—Oh, gracias... —Chico sonrió, sorprendido de lo feliz que se sentía al ver a alguien conocido.

—Sírvase usted mismo algo de comer, ¿quiere? —dijo Fenster, y se alejó entre otros dos invitados, mientras Chico retenía las palabras que estaba a punto de salir torpemente de su boca.

Deseó que Tak hubiera venido. Y que Fenster no.

Lanya pasó lo bastante cerca como para sonreírle. Y lo bastante cerca como para oírle instar a Madame Brown: «¡Trabajo, trabajo, trabajo!», en un susurro.

Medio enrollada en su correa, Madame Brown se volvió Y dijo:

—Siam, éste es un muy buen amigo mío, Everett Forest. Siam fue paciente mío, Everett.

Everett era el hombre al que Chico había visto normalmente en Teddy's con el angora púrpura. Ahora llevaba un bleiser azul marino y unos pantalones grises de punto.

En alguna parte al otro lado del patio, Lanya sujetaba platos de papel con ambas manos, a punto de dárselos a alguien. El turquesa empezó a hincharse en su dobladillo plata, intentó alzarse y fracasó como una vela a punto de extinguirse perezosamente. Ella empezó a dar uno de los platos, pero repentinamente pensó en Denny, lo buscó a su alrededor...

—Le pedí a Roger estar...

Chico se volvió.

—... en su comité de recepción —(la triste Thelma del brocado que llegaba hasta el suelo)—, porque no creía que tuviera la oportunidad de hablar con usted de otro modo. Deseaba decirle cuánto placer me proporcionó *Orquídeas de cobre*. Sólo ahora me... he dado cuenta... —sus oscuros ojos, aún tristes, cayeron, se alzaron— de lo muy difícil que le debió resultar hacerlo.

—Hum..., gracias —ofreció Chico.

—Resulta difícil hacerle cumplidos a un poeta. Si una dice que su obra parece hábil, se vuelve y te explica que en todo lo que está interesado es en el vigor y la espontaneidad. Si dices que la obra tiene vida y proximidad, sale con que básicamente está interesado en superar algún problema técnico. —Suspiró—. Me gustaron, de veras. Y aparte algunas pocas frases educadas, no hay ningún vocabulario para describir ese tipo de goce de una forma que suene real. —Hizo una pausa—. Y sus poemas son una de las cosas más reales que me hayan ocurrido en mucho tiempo.

—¡Vaya! —dijo Chico—. ¡Gracias!

—¿Quiere beber algo? —sugirió ella en el silencio que siguió.

—Sí. Claro. Vayamos a tomar algo.

Se dirigieron a la mesa.

—Yo he escrito, y publicado, dos novelas —siguió Thelma—. Nada de lo que usted haya podido oír hablar. Pero el efecto de sus poemas en mí, en especial los cuatro primeros, la Elegía, y los dos últimos antes del largo conversacional en metro, es el efecto que siempre he esperado que tuvieran mis libros entre el público. —Se echó a reír—. En cierto modo, su libro es desanimador, porque observar que sus poemas consiguen ese efecto me ha mostrado algunas de las razones por las cuales mi prosa a menudo no lo consigue. Esa visión descriptiva clara y condensada es algo que le envidio. Y usted la ofrece como un habla natural, convirtiéndola en esto y aquello y lo de más allá... —Agitó la cabeza, sonrió—. Todo lo que puedo hacer es hallar un montón de adjetivos que usted ha puesto allí para llenar un significado para usted mismo: Hermoso, quizá maravilloso, o sublime...

Chico decidió que todos aquellos adjetivos podían aplicarse al menos a ella; su deleite fue sorprendente. Pero mantenerlo (el camarero negro le sirvió un bourbon) fue una fascinante irritación tan agradable como el alivio proporcionado por un estornudo.

Denny se acercó a la mesa, trasteando en el bolsillo de su camisa.

—Hey, ¿quieres ver algo? —Chico y Thelma miraron.

Y al otro lado del patio, el vestido de Lanya salpicó naranjas y dorados. La gente con la que estaba hablando retrocedió unos pasos, sorprendida. Ella se miró a sí misma, rió, buscó a su alrededor hasta que vio a Chico y Denny, y les envió un beso.

Thelma sonrió y no pareció comprender.

Chico presentó a Denny a Thelma. Ella les presentó a alguien más. Bill, el periodista, se unió a ellos. Thelma se fue. Chico observó la escalada de relaciones, giros y tensiones, interpretándolas ya como agrandar y desagradar, comodidad e incomodidad. Lanya trajo a Budgie Goldstein para presentársela. Budgie, inmensa en su chifón verde, explicó lo asustada que siempre había estado de los escorpiones, pero que ahora le parecían adorables, puntuando su explicación con secas y cortas risas. Habían ido de la terraza a...

—¿Ésos? Creo que son... Toby, ¿cuáles son éstos?

—Los jardines de Septiembre, Roxanne. Septiembre, recuerda... ¿Y quién es este joven? ¿No será por casualidad el Chico?

Se vio estrechando manos.

Y le gustó.

Le tomó media hora darse cuenta de que había sido completamente apartado de los demás escorpiones.

Además de lo que estimó en dos docenas de invitados de la casa, había otros treinta y tantos invitados de la ciudad, incluidos Paul Fenster, Everett (Angora) Forest y (Chico se sorprendió al verle reclinado contra la pared de piedra, hablando con

Revelación) Frank.

Había un puente entre Enero y Junio.

Chico miró por encima de la barandilla a las húmedas rocas; los focos resplandecían sobre una vena de hojas agrupadas..., no se veía el agua. Lanya y Ernestine pasaron por el pequeño sendero de abajo.

Ernestine estaba diciendo en su bebida:

—Lo único que pude pensar en hacer fue en *empujarles* físicamente el uno hacia el otro...

Chico creyó que Lanya no le había visto, pero un momento después de desaparecer dijo:

—Hola —a sus espaldas.

Se volvió, apartándose de la barandilla.

—Has estado muy ocupada.

Con el puño apoyado contra su frente, ella fingió aflicción.

—En cualquier caso, la fase uno ha terminado. Ahora casi todo el mundo sabe que es *posible* hablar con todo el mundo. ¿Te lo estás pasando bien?

—Sí. Todos están por mí. —Luego sonrió—. Pero todos hablan de ti.

—¿Eh?

—Tres personas me han dicho lo estupendo que es tu vestido —lo cual era cierto—. Denny está haciendo un buen trabajo.

—¡Eres un encanto! —Apoyó sus palmas contra las mejillas de él y le besó en la nariz.

Catedral, California y Trepennes pasaron por el sendero debajo de ellos, hombros claros y oscuros muy juntos. Me siento responsable de ellos, pensó, recordando los esfuerzos iniciales de ella. Rió.

El vestido de Lanya empezó a hervir verde y lavanda.

Ella miró a su alrededor y preguntó:

—¿Dónde ha ido Denny? Será mejor que lo busquemos. —Lo hicieron y no pudieron encontrarle; hablaron con otros, y luego Chico la perdió de nuevo.

Desde las altas rocas de —«Octubre», decía la placa sobre el baño para pájaros de oxidado borde—, miró hacia la terraza, abajo.

Dos mujeres que no le habían sido presentadas, con Bill (que sí le habían presentado) entre ellas, habían acorralado a Baby y estaban hablando intensamente con él. Baby sonreía muy esforzadamente, con el plato de papel inmediatamente debajo de su barbilla. A veces inclinaba la cabeza para asentir, a veces para coger una y otra vez un poco de comida con el tenedor. De tanto en tanto alguien al otro lado de la terraza, cuando estaba seguro de no ser observado, echaba una ojeada... Dos damas, una detrás de otra, maniobraron para conseguir una mejor vista, se dieron cuenta de que eran observadas y se alejaron.

Había alguien entre los arbustos detrás de él.

Chico miró a su alrededor: Jack el Destripador salió de espaldas; por el movimiento de sus codos, estaba subiendo la cremallera de su bragueta. Se volvió.

—¿Eh? Oh..., sólo eres tú, hombre. —Sonrió, se inclinó, se ajustó los pantalones—. Temí que alguien me hubiera visto ahí echando una meada.

—Hay un cuarto de baño en alguna parte de la casa.

—Mierda. No quiero tener que ir preguntando por él. Mi orina no va a matar las flores. Es un lugar realmente encantador, ¿eh? Y una fiesta realmente encantadora. Todo el mundo es realmente encantador. ¿Te lo estás pasando bien?

Yo sí.

Chico asintió.

—¿Atrapaste a Baby cuando entró?

—No. —La palabra brotó con una cadencia interrogativa.

—Dijiste que deseabas ver cuál iba a ser la reacción. Yo me la perdí. Estaba preguntándome si tú la habrías conseguido atrapar.

—¡Dios mío! —El Destripador hizo restallar sus dedos—. ¿Sabes que ni siquiera estaba mirando?

—Está ahí.

—¿Dónde?

Chico señaló con la cabeza hacia la terraza.

El Destripador se metió las manos en la parte de atrás de sus pantalones.

—¿De qué están hablando?

Chico se encogió de hombros.

—¡Hey, hombre! —Las manos del Destripador se agitaron libres de nuevo—. Tengo que escuchar eso. —Sonrió a Chico, que empezó a decir algo. Pero el Destripador ya se alejaba por entre las rocas.

El Destripador pasó una pierna por encima del muro de metro veinte de altura de la terraza —media docena miraron— y saltó. Una corta carrera lo llevó hasta el bar. El camarero blanco le entregó dos bebidas. Se dirigió hacia la esquina, tendió un vaso a Baby y dijo, lo suficientemente fuerte como para que Chico pudiera oírlo:

—Sé que necesitas algo de beber, Baby, porque necesitas algo que te mantenga caliente.

Varias personas rieron.

Baby tomó el vaso con las dos manos —tuvo que dejar el plato encima del murito— y lo contempló como si fuera a echarse de cabeza dentro de él. Pero Bill y las dos mujeres se limitaron a hacer un poco más de sitio, y continuaron.

Segundos más tarde, el Destripador, con todo el peso de su cuerpo apoyado sobre una pierna, chupándose el grueso labio inferior y la cabeza burlonamente inclinada hacia un lado, escuchaba con atención, asintiendo al unísono con Baby.

Curioso ante su conversación mantenida en voz baja, Chico se alejó en dirección a Marzo.

Sólo una luz funcionaba allí, anclada alta y brillante sobre un olmo. El capitán Kamp permanecía de pie silueteado en el vértice de su sombra.

—Hola; ahora iba a volver por este lado..., ¿se lo está pasando bien? —La luz que lo iluminaba desde atrás lo hacía parecer ominoso; su voz era alegre—. Estaba ahí echando una —(Chico esperó que dijera «meada»)— mirada a los jardines de Agosto. No hay luces ahí, así que supongo que la gente no va a ellos por eso. Pero puede verse la ciudad. Unas cuantas farolas funcionan todavía. No soy demasiado bueno en este asunto de hacer de anfitrión. Y esta fiesta exige uno. —Kamp echó a andar hacia arriba. Chico se volvió para caminar a su lado—. Le aseguro que desearía que Roger estuviera aquí.

—No parece que nadie le eche mucho en falta.

—Yo sí. No estoy acostumbrado a todo este..., bueno, a este tipo de cosas. Quiero decir, intentar estar a cargo de ellas.

—Supongo que me gustaría conocerle.

—Oh, claro. Por supuesto que lo conocerá. —Kamp asintió con la cabeza mientras se acercaban a la casa—. Quiero decir que está dando esta fiesta por usted, por su libro. Usted cree que él..., pero estoy completamente seguro de que se presentará. No se preocupe por ello.

—No lo estoy, y no pienso preocuparme.

—¿Sabe? —subieron los escalones de piedra—, he estado pensando en alguna de las cosas de las que hablamos la primera vez que nos vimos.

—Fue una extraña velada. Pero se produjo después de un extraño día.

—Sí, es cierto. ¿Conoce ya el observatorio de Roger? —Kamp se interrumpió a sí mismo—: Quizá le gustaría subir y verlo.

Chico se sintió más curioso por la transición que por la sugerencia.

—De acuerdo.

Viniendo por la terraza, Dama de España, Araña, Ángel, Cuervo y Tarzán rodeaban al delgado D-t:

—¡D-t, hombre, tienes que ver eso!

—Nunca antes he visto un jardín así. Todo él está lleno de flores...

—... y también una gran fuente que funciona.

—Vamos, ven. Te lo mostraremos. —Dama de España tiró de su brazo.

—¡D-t, nunca has visto un jardín tan hermoso como ése en toda tu vida!

—Supongo —Kamp abrió la puerta para Chico— que simplemente no estoy acostumbrado a eso. Quiero decir, a todas estas clases... distintas de gente. Como ese chico de ahí abajo yendo de un lado para otro sin ninguna ropa encima. Y todo el mundo pasando por su lado como si eso no tuviera ninguna importancia. —La amplia

y oscura habitación estaba flanqueada de libros. A la luz de las velas, una docena de personas se sentaban en el suelo o en almohadones. Varias contemplaban una grabadora de cinta de la que brotaba música de órgano. Un hombre (Chico lo recordó explicando algún chiste acerca del humo en Noviembre) dijo:

—¿Chico? ¿Capitán? ¿Quieren unirse a nosotros? Estamos escuchando un poco de...

—Vamos al observatorio. —Kamp abrió otra puerta.

La música de órgano cesó; tras una corta pausa sonó una larga nota. Luego otra... Estaban tocando *Difracción*.

Chico sonrió mientras caminaba detrás de Kamp por un pasillo casi a oscuras. Pudo oír el silbido de Lanya. En la parte de arriba de la escalera Chico vio una débil luz. La moqueta era gruesa y tan cálida debajo de su pie desnudo que pensó que la calefacción estaba puesta.

—Supongo que las cosas no serían tan malas si Roger estuviera aquí. Pero ser dejado a cargo de todo en una fiesta con un montón de personas que, francamente, yo hubiera echado fuera de mi casa...

Chico se sintió silenciosamente sorprendido y se preguntó lo que estaría pensando Kamp en la pausa.

—... la verdad es que no sé qué hacer. ¿Comprende lo que quiero decir?

Cualquier cosa que diga, pensó Chico, sonará irritada y estúpida. Dijo:

—Claro —y siguió a Kamp escaleras arriba.

—Hace unos meses —dijo Kamp— colaboré en algunos experimentos. No tenían nada que ver con la Luna. De hecho, necesité un permiso especial del Programa para poder participar. Algunos estudiantes de un amigo mío en Michigan estaban efectuando una serie de pruebas, y supongo que pensó que se apuntaría un tanto consiguiendo mi participación como conejillo de indias. Bien, llevaba tanto tiempo desde que había colaborado en algo que no estuviera conectado de alguna manera con el Programa Espacial que acepté. Se trataba de experimentos sobre privación sensorial y sobrecarga. —Kamp aguardó a Chico en el rellano antes de empezar a subir un tercer piso.

Condujo a Chico por un suelo de ladrillo hasta una doble puerta.

—Yo estaba en la parte de sobrecarga. En realidad, todo era a un nivel muy de aficionado.

Chico entró en lo que al primer momento le pareció un balcón semicircular.

Débilmente, debajo, una habitación llena de gente empezó a dar palmadas al ritmo de la música...

—Supongo que todos habían estado leyendo demasiados artículos acerca del LSD...

... y gritando.

—... yo había tomado LSD allá a finales de los cincuenta..., y me había sometido a más tests de los que ese psiquiatra amigo mío estaba realizando. Pero siempre he estado un poco por delante de lo que ocurre. Así que sabía lo que era eso del LSD. Y estoy completamente seguro de que la *mayoría* de esos chicos que realizaban los experimentos en Michigan no.

La terraza estaba cerrada por un domo de cristal. En el centro había un globo celeste de casi dos metros de diámetro, de plástico transparente. La luz del jardín de abajo luchaba con el humo de arriba, resplandeciendo como leche diluida.

—Supongo que usted habrá tomado LSD y toda esa mierda.

—Claro.

—Bien, todo lo que habían estado haciendo había sido mirar esos dibujos que había estado dibujando todo el mundo. —Kamp tocó el globo, agitó los dedos. Aries pasó cruzando Libra. Las estrellas eran resplandecientes piedras en las grabadas constelaciones—. Tenían habitaciones esféricas con proyecciones, prácticamente tan grandes como este lugar. Podían cubrirlas con colores y formas y destellos. Me pusieron unos auriculares y me lanzaron bips y clics y frecuencias oscilatorias. Se suponía que yo tenía que extraer esquemas de todo aquello. Más tarde supe que el mío era el grupo de control: no se nos proporcionaba ningún tipo de esquemas. Me dijeron que me había impuesto a todos los que había visto... Pero después de dos horas de pruebas, dos horas de estímulos y oscilaciones de luz y sonido, cuando salí fuera, al mundo real, me quedé sorprendido de lo... *intenso* y complicado que me parecía y sonaba repentinamente todo: las texturas del cemento, la corteza de los árboles, la hierba, las sombras de las nubes en el cielo. Pero intenso en comparación a la cámara sensorialmente sobrecargada. *Intenso...*, y de pronto me di cuenta de que lo que los chicos habían estado llamando una sobrecarga sensorial era en realidad privación de información. Es el esquema que asumen colores y formas lo que te dice que es una vaca o un coche lo que estás mirando. Son las más sutiles alternancias en la diferenciación del color sobre una superficie las que te dicen si se trata de un arce o un pino, estireno o polietileno, lino o franela. Tome cualquier vista delante de usted y corte sus partes superior e inferior hasta que obtenga solamente una franja de un par de centímetros de ancho, y seguirá sintiéndose sorprendido de toda la información que puede obtener con sólo pasar sus ojos por ella. Bien, todo esto me hizo empezar a pensar de nuevo en la Luna. Porque aquello había sido un lugar, y esto había ocurrido a lo largo de cada kilómetro del camino, donde los esquemas estándar de información simplemente se habían visto rotos. Y sin embargo, *eso* es algo de lo que no fuimos capaces de hablar, a nadie, desde que volvimos. Fuimos entrenados a la ingravidez prolongada pasando mucho tiempo bajo el agua en trajes de buceo. Recuerdo que, cuando nos hallamos realmente en ingravidez, radié a la Tierra: «¡Hey, esto es como estar debajo del agua!»; y sin embargo, mientras lo estaba diciendo en el laringófono,

estaba pensando: En realidad nunca podrías *confundir* una condición con la otra. Pero no podía pensar en ninguna forma de decir lo que había de diferente en ello, así que simplemente lo describí de la misma forma que todo el mundo que no había estado nunca realmente allí me había *dicho* que sería. Más tarde pensé: Eso es como decirle a alguien que el mundo es plano y enviarle a caer por el borde; pero puesto que no sabrá cómo describir su suave redondez, murmurará y tartamudeará y dirá: «Bueno, sí, eso fue el... borde.» Y lo referente a la propia Luna, lo que realmente no le he dicho *nunca* a nadie, porque no creo que ni yo mismo lo supiera antes de esos experimentos: es otro *mundo*, y cuando estás allí, no tienes ninguna forma de saber *qué* significa nada. *Físicamente*. Todo ese paisaje no te dice nada sobre sí mismo, a ningún nivel, de la misma forma en que la más desolada extensión de arena sobre la Tierra te habla de vientos que han soplado sobre ella, lluvias que han caído o no han caído, o la sensación que puedes sentir debajo de tus pies si caminas por ella. «Un vacío sin agua ni aire...», ¿no es así como la describen en todas las historias de ciencia ficción? No, eso se refiere a algún desierto sobre la Tierra, o al aspecto del espacio entre las estrellas cuando te hallas protegido a salvo bajo la capa de la atmósfera. La Luna es un mundo distinto, con un orden distinto que no comprendes. *No hay* esa riqueza..., no porque no existan los colores brillantes, o porque todo sean marrones, púrpuras y grises. Es porque mientras recorres con los ojos las rocas y el polvo, no tienes ninguna forma de saber lo que significan las pequeñas alteraciones en los colores. Aunque haya un horizonte y perspectiva y..., bueno, rocas y polvo, es más bien como estar en esa cámara sobrecargada sensorialmente que ninguna otra cosa. Y por supuesto, no es en absoluto como eso. No era horrible. El horror siempre tiene algo que ver con la Tierra. Supongo que era algo aterrador. Pero incluso eso resultaba absorbido por la excitación. Yo —hizo una pausa— no sé cómo explicárselo. —Sonrió y se encogió de hombros—. Y eso es probablemente algo que no le he dicho realmente a *nadie* antes de ahora. Oh, he dicho: «No puedes describirlo. Tienes que haber estado allí.» Pero eso es lo mismo que mi primera esposa hablándole a mi suegra de los días que pasamos en Persia. Y no es eso lo que quiero decir.

Chico le sonrió y deseó no haberlo hecho.

No es tanto de esta Luna de lo que desconfío, pensó, como de esa primera esposa en Persia.

—Comprendo —dijo—, hasta tanto como me es posible.

—Quizá sí —dijo Kamp al cabo de un momento—. Volvamos a la fiesta.

Mientras bajaban las escaleras, Chico se sintió traicionado por sí mismo y se preguntó si podía extraer algún beneficio de aquella sensación. Deseó reunirse con Lanya y Denny.

Fuera en la terraza, mientras el capitán, a su lado, miraba a su alrededor como si

buscara a alguien con quien hablar, Chico pensó: Siento hacia él la misma responsabilidad que él probablemente esperó que sintiera yo la noche que subimos con él hasta aquí. Eso no está bien, y no me gusta.

Ernestine Throckmorton dijo:

—¡Capitán! ¡Chico! Ah, están aquí —y empezó a hablar definitivamente sólo a Kamp.

Chico se disculpó, preguntándose si ella era realmente un ángel, y bajó a los jardines.

Lanya estaba cruzando el puente en medio de una furia de esmeralda e índigo.

—Hey —dijo Chico—. ¿Has visto a Denny?

Ella se volvió.

—Tú no lo has visto. Está empezando a sentirse abandonado.

Paul Fenster, sujetando su vaso debajo de su barbilla, pasó junto a Chico y dijo:

—Jesucristo, nunca creerán lo que ha pasado ahí abajo en Abril. Yo tampoco creí que fuera capaz de hacerlo. —Se echó a reír.

Lanya no; dijo:

—¿Qué fue?

—Un puñado de chicos negros, ahí en Abril, pusieron en marcha toda su rutina. Cogieron a ese chico blanco llamado Tarzán, ¡y se pusieron a actuar! Y, por supuesto, ese viejo y encantador coronel de Alabama de Roger estaba allí, ése que le dije que me dio tantos quebraderos de cabeza cuando yo estaba de huésped aquí, y por supuesto estaba riendo más fuerte que todos los demás. Sé que no lo creerán, ¡pero estaban colgados y saltando de los malditos árboles!

—¿Qué hizo usted? —Lanya había empezado a reír.

—Sudar un montón —dijo Fenster—. E intentar pensar en alguna forma de irme. ¿Sabe?, hay algunos tipos que vienen a las fiestas que están completamente locos y hablan de liberar al mobiliario de su esclavitud: Puedo aceptar eso. Pero sospecho que todos esos tipos han tenido el suficiente buen sentido como para marcharse de Bellona cuando aún era tiempo. Estos otros, sin embargo... ¡Bien, todo lo que puedo decir es que ha sido todo un espectáculo!

—Se supone que el sufrimiento es bueno para alguien —dijo Chico.

—¡Mejor que así sea! —replicó Fenster. Gruñó (¿simiescamente?) y caminó hacia el otro lado del puente.

Lanya tomó a Chico de la mano.

—¿...Denny?

—Ajá.

—Acabo de dejarlo. —Su vestido era de un negro brillante. Un círculo plata creció en el dobladillo—. En Marzo. —Hizo un gesto con la cabeza.

—Eres hermosa —dijo él.

Está pensativa, pensó.

—Gracias. ¿Te gusta realmente el vestido?

Él asintió, siguió asintiendo, y de pronto ella se echó a reír y cerró la boca de él con sus dedos.

—Te creo. Pero estaba empezando a pensar que era demasiado. Por supuesto, esperaba poder quedarme simplemente en algún rincón elegantemente arbolado, atendiendo a mi corte; no ir de un lado para otro trabajando. Me pregunto: ¿Dónde estará Roger?

Chico sujetó las frías manos de ella contra su rostro con las cálidas suyas.

—Busquemos a Denny.

El amanecer se insinuó en la cintura de ella.

—Búscalos tú —dijo—. Te veré un poco más tarde. —Un sol escarlata, rodeado por un halo amarillo, eclipsó la luna plata.

Se preguntó por qué, pero dijo:

—De acuerdo —y la dejó en el puente.

El riachuelo se convirtió en un estanque en Marzo, escamado con inmóviles hojas.

—¡Se lo dije a esa puta! —Dólar estaba de pie y se agitaba de un lado para otro sobre arqueadas piernas—. Se lo dije a esa puta. Después de que ella lo intentara, ¿entiendes? Simplemente se lo dije.

Denny permanecía sentado con las piernas cruzadas sobre el banco de piedra, y no parecía que estuviera escuchando con demasiada atención.

Chico rodeó el estanque.

—¿Estás intentando buscar problemas en mi fiesta?

La cabeza de Dólar se alzó bruscamente: parecía asustado.

Denny dijo:

—Dólar está bien. No ha hecho nada.

—No he hecho nada —coreó Dólar—. Es una fiesta estupenda, Chico.

Chico apoyó una mano en la hoyosa nuca de Dólar y apretó.

—Te lo estás pasando bien. Estupendo. No dejes que nadie te lo estropee, ¿entiendes? Tienes un montón de espacio para caminar por él. Si alguien quiere buscarte las cosquillas, ve en otra dirección. Si ocurre por tercera vez, ven a decírmelo. ¿Entiendes? Esta noche no hay ningún sol extraño en el cielo.

—Esta noche algo va mal, Chico. Todo está como corresponde. —La sonrisa inquieta desapareció; Dólar pareció simplemente triste—. De veras.

—Bien. —Chico soltó el cuello de Dólar y miró a Denny—. ¿Te lo estás pasando bien?

—Supongo que sí. —La camisa de Denny, desabrochada, colgaba fuera de sus pantalones—. Sí.

Un grupo llegó por la puerta cubierta de hiedra, escorpiones y otros, siguiendo a Ernestine Throckmorton.

—Oh, hey —dijo Dólar, y echó a andar, parlotando, tras ellos, rodeando el estanque y saliendo por otra entrada.

—Voy a quitarme esto. —Denny se liberó de la chaqueta, tomó la caja de control de su bolsillo, se quitó la camisa, y se sentó de nuevo, haciendo girar la caja en una mano, la otra colgando de sus cadenas—. Lanya dice que he estado haciendo un buen trabajo. Esta pequeña cosa es algo grande, ¿eh?

Chico se sentó y apoyó una mano en la seca y nudosa espalda de Denny. Un cierto alivio aleteó en la mirada del muchacho.

Chico frotó su espalda.

Denny dijo:

—¿Por qué haces eso? —Pero sonreía a su regazo.

—Porque a ti te gusta. —Chico llevó su mano hacia arriba y hacia abajo siguiendo el contorno del omoplato, apretando. Denny se balanceó con cada frote.

—A veces —dijo Lanya, y Chico se volvió—, os envidio a los dos.

Chico no dejó de frotar, y Denny no alzó la vista.

—¿Por qué? —Denny agitó los hombros, alzó una mano para rascarse el cuello.

—No lo sé. Supongo que es porque puedes dejar que la gente..., dejar que Chico sepa que tú deseas cosas que yo temo pedir.

—¿Quieres que te frote la espalda? —preguntó Chico.

—Sí —sonrió—. Pero no ahora.

—Os observé a los dos —dijo Chico— cuando estabais jugando. Cuando os estabais arrojando cosas el uno al otro, empujándoos y riendo todo el tiempo. Os envidié.

—¿Tú...? —Lanya adelantó una mano hacia el hombro de Denny.

Pero Denny se puso en pie bruscamente y echó a andar.

Chico se preguntó si él habría visto el gesto de ella, observó el dolor que cruzaba el rostro de Lanya mientras su mano se retiraba.

Denny se volvió al borde del estanque y rió.

—Oh, vosotros dos estáis... —y giró un mando.

Ella brilló negra desde el cuello hasta el dobladillo; el negro se granuló en plata; el escarlata brotó por todos lados.

—¡Hey, mira, lo he hecho bien!

—Claro que sí —dijo Lanya.

Chico se puso en pie y tomó el brazo de ella.

—Vamos.

—¿Adónde...?

Chico sonrió.

—¡*Vamos!*

Ella alzó una ceja y se dejó llevar, intensamente curiosa.

Denny les siguió; su confusión parecía mucho menos aguda que la de ella.

Al otro lado de la piedra cubierta de hiedra, Ernestine apostrofaba:

—... carne de cangrejo *picada*, ¡no del tipo fibroso! Luego huevos. Luego unos *pocos* trozos de pan. Todo sazonado con *laurel*. Cuando vivía en Trenton, tenía que hacérmelo traer de Maryland. Pero la señora Alt, nadie se sorprendió más que yo por ello, encontró *toda* una estantería llena en una tienda allá abajo en Temple...

En el silencio que siguió, Dólar murmuró reverentemente:

—Dios *santo*...

—Sazonarlo con laurel —reiteró Ernestine mientras Chico y Lanya pasaban por su lado— es lo más importante.

En el sendero al siguiente jardín, Denny susurró:

—¿Qué vamos a hacer?

—Por aquí —dijo Chico—. Las luces están apagadas ahí...

—Agosto —dijo Lanya.

Penetraron en una escamosa oscuridad. La hierba se deslizó fría entre los dedos del pie de Chico. Quiso aferrarla; se deslizó con el siguiente paso, haciéndole cosquillas.

El siguiente paso fue, sorprendentemente, piedra.

Agitó su pie desnudo: humedad, frío..., aspereza. El pie calzado permaneció firme.

—Creo que estamos... —la voz de Lanya creó ecos; hizo una pausa para escuchar las reverberaciones— ...en alguna especie de paso inferior.

Salieron de debajo de él cuatro pasos más adelante.

—Ni siquiera me di cuenta de que nos metíamos en él —dijo Denny cuando salieron de nuevo a la herbosa noche.

Chico curvó de nuevo sus dedos, alzó el pie; oyó el sonido de la hierba al desgarrarse.

—Hey, se puede ver la ciudad —dijo Denny—. Casi.

Más allá de un animal de piedra de abundante melena se distinguían algunas manchas de luz con la parte inferior cubierta por la silueta de edificios. Colinas, pendientes o depresiones más supuestas que vistas configuraban la oscuridad a su alrededor.

—La casa de Calkins alucina a muchas personas. —Los altos árboles, como pequeños cipreses, tenían el color del carbón contra la confusa noche. Chico intentó contemplar Bellona. ¿Un edificio... alto? Tenía quizá una docena de ventanas iluminadas.

—Qué extraño —dijo Lanya—. Todos los límites desaparecen, y no puedes creer

que quede realmente ninguno. Estamos acostumbrados a objetos como icebergs o pozos de petróleo de los que sabes que la mayor parte de ellos está debajo del suelo o del agua. Pero algo como una ciudad de noche, con grandes partes de ella sumidas en la oscuridad, es algo completamente distinto...

—Amigos —interrumpió Denny—, no os envidio..., creo. Pero podéis hablar de cosas que, ¿sabéis?, se hallan tan más allá de mí que a veces ni siquiera sé cómo preguntar acerca de ellas. Escucho. Pero a veces, cuando no comprendo, o incluso a veces cuando comprendo, simplemente siento deseos de llorar, ¿entendéis? —Cuando guardaron silencio, preguntó de nuevo—: ¿Entendéis?

Lanya asintió.

—Yo sí.

Denny suspiró y miró.

Permanecían separados, pero se sentían muy unidos.

Chico observó como el vestido de ella capturaba la luz ambiental y resplandecía en un tenue carmesí, con olas de azul marino, o el verde del océano al oscurecer.

—¿Qué es eso? —preguntó Denny.

Chico miró más allá de ellos.

—Un fuego.

—¿Dónde crees que es? —preguntó Lanya.

—No puedo decirlo. En realidad ni siquiera sé dónde estamos. —Apoyó una mano sobre el hombro de ella: el tejido metálico hormigueaba. La piel de Lanya estaba fría.

Denny, bajo su otra mano, estaba febrilmente caliente y, como siempre, seco como el papel.

Chico sentía deseos de caminar.

Así que caminaron con él, cadera contra cadera, golpeándose en los diferentes ritmos. Chico deslizó sus manos por las espaldas de los dos hasta los hombros del otro lado. La mano en el hombro de Lanya permaneció inmóvil. Denny pasó su brazo por la espalda de Chico.

Lanya tenía los brazos cruzados, mirando a la distancia mientras caminaba y contemplaba la chamuscada ciudad.

Luego apoyó su cabeza en el hombro de él (aún mirando), su brazo en torno a él, su hombro más firmemente en el lugar debajo de su brazo, y apretó su muslo contra el muslo de él.

Y siguió mirando.

Caminaron siguiendo el pequeño muro que les llegaba a la altura de la cintura. Éste es el jardín más grande, pensó Chico. Denny cambió de paso...

—¿Qué? —preguntó Chico.

—Uno de los focos que no funcionan... —Denny lo rodeó.

Cruzaron frías losas.

Las hojas raspaban en el silencio. ¿Una brisa? Mientras caminaba debajo de los pesados y negros flecos de algún alto olmo o roble, aguardó el soplo cálido o frío. El silencio regresó; no sintió ninguno de los dos.

—¿Por qué no ha ardidado aquí arriba? —preguntó Denny, demasiado suave, demasiado intenso. Su nombre se estremeció bajo la mano de Chico—. ¿Por qué simplemente no ha ardidado todo? ¿Por qué no se ha propagado...? —Chico dejó de dar masaje y sólo frotó.

Denny hizo otra profunda inspiración, rápida, luego soltó el aliento durante los cinco siguientes pasos.

Lanya se volvió sobre el hombro de Chico, miró a Denny, y recuperó su posición anterior.

Chico intentó aflojar la tensión en su abdomen. Era una repentina e inquietante sensación: Todos sus órganos, intestinos, hígado, pulmones y corazón, parecían haberse desplazado algunos centímetros hacia abajo. No interrumpió su paso, pero la sensación pasó a través de un momento de náusea que terminó con una ventosidad.

Que le hizo sentir mucho mejor.

Apretó más fuerte a Lanya; la pierna contra su pierna y el hombro fuertemente aferrado igualaron sus ritmos. Traducido a través del cuerpo de Chico, los movimientos de Denny se afirmaron y, ante la tensión, los de Chico se afirmaron también. Lanya suspiró, con la boca apenas entreabierta, comisura a comisura, luego restregó su nuca contra el brazo de él. La mano de Denny se deslizó entre la cadera de Chico y la de ella.

Otro león de piedra permanecía agazapado sobre la pared, mirando.

Junto a él, con unas ramas desprovistas de hojas parecidas a quebraduras en el cristal ahumado de la noche, había un árbol. Debajo del pie de Chico el suelo estaba desnudo y era terroso y... ¿ceniciento? Reconociendo la textura, pasó de la hierba quemada a la fresca.

Rodearon el jardín.

Estaba demasiado oscuro para decir si el pequeño estanque estaba lleno o vacío. Lanya adelantó una mano y tocó el tronco de un árbol. Ya no contemplaba los pequeños incendios que culebreaban en la noche de la ciudad. Caminaba más al ritmo de sus pasos de lo que lo hacía Denny. (Chico pensó: La libera el pensar en las cosas alejadas.) Se sentía protector hacia las meditaciones de ella, y asustado por ellas.

Un recuerdo de susurros dio énfasis al silencio.

Chico escuchó, buscando alguna conversación en otro jardín. El ruido de sus propios pasos era tan suave.

Más allá del murito (¿a kilómetros de distancia?), las cosas humeaban y parpadeaban.

Un susurro:

—¡Viene alguien...!

Y otro:

—Oh, espera un minuto. ¡Cuidado...!

Chico reconoció la voz de una de las muchachas, pero no la otra.

Una rama entre los arbustos se agitó, se inmovilizó.

El muchacho que salió, subiéndose la cremallera de la bragueta, el cinturón colgando sobre sus caderas y sonriendo... era Cristal.

—Oh —dijo—. Sois vosotros. —Y se abrochó la hebilla del cinturón.

Una de las muchachas dijo:

—Espera un momento. Ya está...

—¿Puedes ver algo? —preguntó la otra, luego rió..., la muchacha con los tejanos marrones que había venido con ellos desde el nido: se abrió camino entre los arbustos.

Alguien detrás de ella estaba mirando hacia todos lados: Escupitajo.

Chico creyó reconocer a la otra muchacha primero como una de las invitadas de Roger. Incluso en la casi oscuridad parecía desgreñada. Su segundo reconocimiento fue que se trataba de Milly: su pelo rojo caía sobre un oscuro mono de terciopelo, ahora desabrochado: llevaba algo metálico debajo. Jetadecobre, con una mano sobre cada uno de sus hombros, la guió hacia fuera.

—¡Señor! —dijo Lanya, y se echó a reír.

—¡Oh! —dijo Milly—. ¡Sois *vosotros*! —en un acento distinto pero con idénticas inflexiones que el de Cristal. Se apartó de Jetadecobre.

Ella y Lanya se unieron en un acceso de risitas.

Jetadecobre le frunció el ceño a Chico y agitó la cabeza.

Chico se encogió de hombros.

—¡No puedo encontrar mi peine! —dijo finalmente Milly—. ¿No es sorprendente? No puedo encontrar mi peine.

Lanya miró a Chico.

—Hey, nos veremos dentro de un rato.

Luego, con el brazo en torno al hombro de Milly, se alejaron por el jardín.

—Hombre —dijo Cristal—, es una fiesta estupenda.

Jetadecobre, privado de Milly, se situó al lado de la primera muchacha. Se inclinó para susurrarle algo. Ella le susurró algo de vuelta.

—¡Maldita sea, negro! —exclamó Escupitajo—. ¿No sabes hacer nada más que joder, eh?

—Mierda —dijo Cristal—. Estuve observando tu rosado culo subir y bajar rítmicamente durante un buen rato.

—Sí, claro —dijo Escupitajo—. Pero hombre, tú estuviste en ésta, luego en ésa

otra, luego otra vez en ésta... ¡Maldita sea!

Cristal se limitó a soltar una risita.

Luego los dos vieron que Jetadecobre y la muchacha se estaban yendo.

—¡Hey! —llamó Escupitajo, y echó a correr tras ellos. Cristal se apresuró también, situándose al otro lado.

Escoltados por blanco y negro, la muchacha y Jetadecobre desaparecieron.

—Vámonos. —Denny tiró de Chico, que le siguió, preguntándose qué era lo que más había interesado a Denny de todo aquel intercambio. Pero tan pronto como Denny hubo cruzado entre los setos —un hombro sumido en la sombra, el otro iluminado por las luces de Junio—, se detuvo para ajustar la caja de control.

—Ya está.

Chico estaba seguro de que no había visto a John por ninguna parte. Pero tampoco había reconocido a Mildred antes.

Unos invitados que venían de Noviembre les separaron de Jetadecobre y los demás.

Después de dejar a Denny, Chico pensó: Pero la idea era precisamente pasar algún tiempo con él. Hizo chasquear su lengua, irritado consigo mismo, y cruzó otro puente.

Las luces del lado de Chico funcionaban.

Frank se dirigió hacia él, sonriendo ampliamente, con un ligero parpadeo en los ojos, el rostro iluminado de lleno por la luz de los focos.

Debe verme en silueta, pensó Chico.

—¡Hey! —dijo Frank—. Esta fiesta que te han dedicado es realmente estupenda. Felicidades por todo. Me lo estoy pasando en grande.

—Sí —dijo Chico—. Yo también.

Más allá de Frank, más allá del puente, Chico vio un destello de luz metálica. Lanya seguía aún con Milly, cuyo complicado peinado estaba ahora de nuevo en su lugar. Seguían riendo. Seguían alejándose.

—¿Has visto mi libro?

—Claro.

—¿Qué opinas de mis poemas? Estoy interesado en saber lo que piensas de ellos. Quiero decir, puesto que eres un auténtico poeta.

Frank alzó las cejas.

—Realmente... Bueno... —Las bajó—. ¿Quieres que sea sincero? Te hago la oferta porque supongo que has estado recibiendo un montón de cumplidos, especialmente aquí en tu fiesta. Y la auténtica sinceridad debe ser algo más bien raro..., quizás esta noche no sea el lugar ni el momento para ella, y debemos dejarlo para alguna otra noche en Teddy's.

—No, adelante —dijo Chico—. Sospecho que no piensas que sean algo tan

grande como eso.

—¿Sabes...? —Frank sujetó la barandilla con una rígida mano y se inclinó—. No he dejado de preguntarme qué iba a decirte sobre ellos si alguna vez me lo preguntabas. He estado pensando mucho en ti. Sospecho que mucho más de lo que tú hayas podido pensar en mí. Pero no dejo de oír de hablar de ti en todo momento, la gente no hace más que hablar siempre de ti. Y se me ocurre que no te conozco en absoluto. Pero siempre has parecido una buena persona. Y pensé que quizá fuera bueno que alguien fuese simplemente directo y sincero contigo, ¿entiendes? —Se echó a reír—. Y aquí estaba yo, empezando a decirte: «Son estupendos», como todos los demás. Pero éste no es mi carácter. Creo que es mejor ser sincero.

—¿Qué es lo que piensas? —Chico oyó la frialdad en su propia voz, y se sintió sorprendido; escuchándose a sí mismo, se sintió de pronto atrapado.

—No me gustan.

Es su sonrisa, pensó y pensó Chico después de eso: No, simplemente estás intentando decirte a ti mismo que es su sonrisa lo que no te gusta. Ha dicho que no le gustan, eso es todo.

—¿Qué hay de malo en ellos?

Frank lanzó una carcajada que era casi un bufido y miró a las rocas de abajo.

—¿Realmente quieres saberlo?

—Por supuesto —dijo Chico—. Quiero saber lo que piensas de ellos.

—Bien. —Frank alzó la vista—. El lenguaje es extremadamente artificial. No hay relación, ni siquiera tensión, entre él y cualquier tipo de habla real. La mayor parte de los poemas son pomposos y excesivamente emocionales... Estoy seguro de que eras sincero en cada uno de ellos. Pero la sinceridad en sí misma, sin habilidad, normalmente sólo da como resultado sensiblería. La falta de un foco emocional convierte unos temas que hubieran podido ser interesantes en un melodrama de Gran Guiñol. Terminan convirtiéndose en algo perfectamente banal. El método es un cliché, y a menudo también lo es la dicción. Y son opacos. —Tras un silencio en el que Chico intentó imaginar las variedades de desagrado que estaba experimentando, Frank prosiguió—: Mira, en una ocasión me dijiste que sólo llevabas escribiendo poesía un par de semanas. ¿Ni siquiera se te ocurrió pensar que era un poco improbable que pudieras simplemente saltar a ella de buenas a primeras y producir algo que valiera la pena leer? Sospecho que lo que realmente me trastornó de todo el asunto fue la forma en que se ha *producido*. —Hizo un gesto hacia los invitados a ambos lados del puente—. Tak me dijo en una ocasión que tienes la misma edad que él..., ¡dos años más que yo! ¡Chico, la mayor parte de la gente de aquí creen que tienes diecisiete o dieciocho años! Esto, junto a esa aura de los Ángeles del Infierno, y todas esas habladorías acerca de las cosas extravagantes en las que estás metido..., la gente ha venido aquí únicamente por el espectáculo. En lo que a la mayoría de

ellos se refiere, *Orquídeas de cobre* es como la actuación de un perro que habla. Encuentran tan curioso el hecho mismo de que hable, que no les importa nada de lo que dice.

—Ojn... —Chico había pretendido que fuera un *Oh*—. ¿Y tú —lo cual tampoco era lo que había querido decir, pero brotó porque tenía que asegurarse— crees que los poemas no son demasiado buenos?

—Creo que son muy malos —dijo Frank.

—Uf —dijo Chico, gravemente—. ¿Y crees que eso es todo lo que significan los poemas para la gente de aquí?

—Para la mayoría de la gente —Frank apoyó de nuevo su mano, al extremo de un rígido brazo, en la barandilla—, la poesía no significa nada en absoluto. Sin embargo, a partir de un par de cosas que me dijiste en el bar, acerca de lo que habías leído y de lo que sentías, sospecho que sí significa algo para ti. Y es por eso por lo que no deja de preocuparme el meter la pata de la forma en que lo estoy haciendo.

—No —dijo Chico—, sigue. —Pensando: Pero no has dejado de hablar, ¿eh?

La sombra de Chico partía el rostro y la camisa púrpura de Frank por la mitad.

—Con toda la variedad que forma parte de la poesía normal —Frank parpadeó su entrecerrado ojo visible—, quizá sea una estupidez que emita juicios como éste. Hay montones de tipos de poesía. Y por supuesto, algunos los prefiero personalmente a otros. Seré sincero: el tipo que la tuya está *intentando* ser no es el tipo que considere interesante en el mejor de los casos. Lo cual quizá sea la razón por la que hubiera debido cerrar la boca desde un principio. Bueno, mira, *no* estoy emitiendo ningún juicio. Sólo estoy hablando de mis propias reacciones. Supongo que lo que estoy intentando decir es que, por todo lo que puedo expresar, y admito que me siento condicionado al hacerlo, resulta completamente claro lo que tú *deseabas* hacer en los poemas. Y resulta también completamente claro que no te acercaste mucho a ello. Quiero decir, ese último, en verso absolutamente libre..., puede que sea o no un buen poema; no puedo decirlo. Es ilegible. —La sonrisa de Frank era pálida—. Pero tienes que admitirlo, es un obstáculo.

Chico gruñó lo que pretendía que fuera un educado asentimiento. Sonó más bien como si alguien le hubiera dado un codazo en el hígado. Y eso no era, pensó, lo que quería que fuese.

—Quizá en alguna ocasión, en Teddy's o en alguna otra parte, podamos revisar uno o dos de ellos y tú puedas decirme en qué forma son...

—No. —Frank agitó la mano, los dedos envarados y el rostro todo ceño fruncido—. No, no. Ése no es el tipo de... Mira, no puedo decirte cómo ser poeta. Sólo puedo decirte lo que pienso. Eso es todo.

Chico gruñó de nuevo.

—No lo tomes como algo más que eso.

¿Tienes que darle las gracias, pues?, se preguntó Chico. Dar las gracias es un signo de buena educación.

—Gracias. —Sonó como la más tentativa de las preguntas.

Frank asintió, miró de nuevo por encima de la barandilla.

Chico pasó por su lado y se dirigió al extremo del puente. A medio camino, como un tic, tuvo la impresión de que Frank iba a darle una palmada en el hombro. Se volvió, y se dio cuenta, al hacerlo, de que había algún núcleo no transformado, perfectamente hostil, intentando emerger. Frente a las luces de Mayo, Chico no pudo distinguir si Frank estaba mirándole a él o en otra dirección.

Entrecerrando los ojos, tragó el pensamiento antes de que se transformara en palabras y siguió andando hacia los altos senderos de Enero; desde los cuales podía contemplar desde arriba la atestada terraza.

¡Están todos aquí, pensó Chico, por mí! Se sentía desesperadamente incómodo. La sonrisa de Frank..., tenía la impresión de que había pronunciado su crítica como si creyera que estaba liberándose de algo. Bien, eso no cambiaba lo que había *dicho*. Alguien, recordó, pero no pudo recordar quién, había dicho que *le* habían gustado..., y decidió que eso no era lo que deseaba pensar ahora al respecto. Pero con la resolución brotaron recuerdos de otras siete reacciones: desconcertadas, indiferentes, aleteantemente interesadas y otras. Recordó la compleja negativa de Newboy a implicarse, y la consideró una traición, no tanto de Newboy como suya, a algo que el poeta había intentado decir y que no había sido capaz de comprender.

—Es como... —se oyó a sí mismo empezar a decir en voz alta, y se echó a reír. Aquello era como la noche en el parque, cuando su fantasiosa receptividad había presionado tan fuertemente que había sido incapaz de escribir.

Rió de nuevo.

Una pareja le devolvió la sonrisa e hizo una inclinación de cabeza.

Su expresión fue de sorpresa cuando los vio. Pero pasaron por su lado y se alejaron.

Quiero beber algo, se dijo, y se dio cuenta de que se estaba encaminando ya hacia el bar. Realmente *necesito* beber algo.

No es así, se descubrió repitiéndose a sí mismo, como deberían ser las cosas. Repitiéndoselo por dieciseisava o diecisieteava vez, se sentó en la barandilla de piedra, contemplando la mesa y las botellas, aún sin ningún vaso en la mano.

—¡Hey! —Entonces la expresión de Lanya (y puñados de escarlata cayeron entre fuegos verdes) cambió—. ¿Qué te ha pasado?

Sus manos se tendieron hacia las caderas de ella: en torno a una se creó un charco azul, en torno a la otra verde.

—¿Estoy sangrando? —Las deslizó hasta sus nalgas, pensando: Qué cálida es. Hundió el rostro en el cálido vientre. Ella sujetó su pelo. Ante su parpadeo, negras

escamas parpadearon a plata, a escarlata, a verde.

—No. Pero parece como si acabaras de tropezar con una pared y estuvieras esperando a que se apartara.

Chico emitió un sonido que se suponía iba a iniciar la siguiente frase: sólo brotó otro gruñido. Así que retrocedió y empezó de nuevo, en un tono un poco más alto:

—Sólo estuve... hablando con Frank. Acerca de mis... poemas.

Ella se soltó y se izó a la barandilla de piedra a su lado, hombro contra hombro, pierna contra pierna, convirtiéndose en un cambiante resplandor en la comisura de sus ojos mientras se contemplaba sus arruinados pulgares, ahora fuertemente apretados sobre sus deformes y callosos nudillos.

—¿Qué te dijo? —preguntó Lanya.

—Que no le gustaron demasiado.

Ella aguardó.

—Dijo que todo el mundo aquí cree que no soy más que un perro que habla. Que todos piensan que soy una especie de idiota loco, que soy diez años más joven de lo que soy, y que simplemente les sorprendería que pudiera llegar a deletrear correctamente mi nombre..., si tuviera algún nombre...

—Chico... —la palabra brotó mucho más suave que su voz. Apoyó una mano sobre la de él. Él alzó un pulgar. Ella lo atrapó en su puño—. Eso fue jodidamente malintencionado.

—Quizá sea jodidamente cierto.

—¡No lo es! —Su voz le dijo que estaba frunciendo el ceño—. ¿Es ese Frank? ¿El que se supone que tiene un libro de poemas publicado en California?

Preguntándose quién otro podía haber sido, dijo:

—Sí.

Ella respondió:

—¡Está celoso, Chico!

—¿Eh? De qué. —Lo cual era una afirmación, no una pregunta.

—Los dos sois poetas. Los dos tenéis un libro publicado. Mira toda la atención que estás consiguiendo. Dudo que ocurriera esto cuando fue publicado *su* libro.

—Eso es muy fácil de decir. Además, no me importa por qué lo haya dicho, sólo quiero saber si es cierto... ¡Oh, mierda! Calkins ni siquiera leyó los poemas cuando decidió publicarlos. Quizá lo hizo cuando finalmente salieron, y se sintió tan embarazado que decidió no mostrarse esta noche.

—¡No! Esto es una tontería...

—¿Y recuerdas cómo Newboy no dejó de escabullirse cada vez que le preguntaba si creía que eran...?

—Le *gustaron*...

—¡Mierda! ¡Le gusté yo! Si alguna vez intentó decir algo, fue que no podía hacer

la distinción.

—¿Y *qué* te hace pensar que Frank es más capaz de hacerlo? Se siente resentido hacia ti, se siente resentido por la forma en que todo el mundo se ha fijado en ti: y luego intenta leer los poemas. Al menos el señor Newboy fue lo bastante sincero como para admitir que no podía hacer la distinción. ¡Infiernos, a *mí* me gustan!

—Tú estás condicionada.

—¿Crees que Frank no? Mira, ellos no... —Soltó su pulgar.

Él alzó la vista.

Los puños de Lanya estaban anudados sobre la ondulante marea de su regazo.

—Estamos enfocando mal esto. —Su labio inferior se movió sobre sus dientes, para encajar su boca en un nuevo tono de voz—. Tiene razón. Respecto a muchas cosas, al menos.

El simple dolor empezó en su garganta. Tragó saliva y lo arrastró al fondo de su estómago.

—No le gustan tus poemas, y probablemente sea sincero. Acerca de que no le gustan. A Thelma le gustan, y ella es probablemente igual de sincera.

—Estaba intentando recordar su nombre. Me resultaba difícil.

—Debería ser igual de difícil recordar el de él. Ser sinceros no significa que tengan razón. Simplemente significa que ellos creen que la tienen.

—Sí —dijo él—. Sí, claro. Eso es lo que dijo Frank, sobre los poemas.

—Lo siento.

—Tiene razón respecto a la gente, respecto a lo que piensa todo el mundo aquí.

—No todo el mundo —dijo ella—. Sospecho que ni siquiera la mitad. ¿Te importa lo que piensa la gente?

—Me importa... —hizo una pausa— ...la *gente*. La gente de aquí. De modo que si piensan eso, me importa también. Y desearía que no pensarán lo que él dice.

Ella emitió un sonido de asentimiento.

—Quizá no hubiéramos debido venir a esta fiesta —dijo él.

—¿Quieres irte?

—No. Quiero quedarme y ver lo que pasa. —Chico abrió una mano sobre cada rodilla—. Es algo que quizá no vuelva a hacer nunca. Pero no creo que desee irme a la mitad. Estoy aprendiendo demasiado. —Saltó de la barandilla y se volvió hacia el bar.

—¿Qué es...? —dijo Denny.

Chico lo rodeó con sus brazos: las manos de Denny se alzaron primero para empujarle hacia atrás, luego, repentinamente, se apretaron contra la espalda de Chico. Chico hundió su rostro contra el seco y cálido cuello y pensó: Mi rostro debe estar frío. Se mantuvo apretado contra el cálido hombro y pensó: Mis manos...

Denny se movió una vez, se inmovilizó, se movió de nuevo; mantuvo sus brazos

medio bajados, preparados para empujar.

Chico alzó la cabeza.

Dos personas que pasaban desviaron la vista.

Chico retrocedió.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Denny, luego miró a Lanya.

Las cejas de ella se agitaron para responderle.

—Estoy bien —dijo Chico, y se preguntó si la había contradicho.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

Chico apoyó una mano en su brillante rodilla.

—Estoy bien. Alguien dijo algunas cosas desagradables sobre mis poemas. Sean ciertas o no, me hicieron sentir jodidamente mal.

Lanya suspiró.

—Imagino que es por eso por lo que me alegra no ser una artista.

—¿Por qué siempre estás diciendo eso? —Chico se apartó—. ¡En estos momentos hay toda una habitación llena de gente ahí dentro escuchando Difracción! ¡Y disfrutando con ello!

—Quiero decir —Lanya pareció incómoda— artista en la forma en que lo presupone esta fiesta. De acuerdo, compuse una pieza musical; o un jodido *vestido para* la ocasión..., ¡te sorprendería lo similares que son! Pero simplemente no creo que tú puedas *ser* ese tipo de artista. Mucha gente hace cosas mucho mejores que otra gente; pero, hoy en día, hay *tanta* gente que hace tantas cosas *muy* bien, y tanta gente está seriamente interesada en tantas cosas distintas que hacen por razones propias, que no puedes decir que nada sea lo mejor para una persona determinada, ni siquiera para cada persona sería. Así que sólo prestas una auténtica atención a las cosas que te afectan directamente; y no pierdes tu tiempo observando el resto. Esta fiesta..., es una atención *ritual*, el tipo de fiesta que se ofrece a un héroe social. Supongo que podría ser a un artista si hubiera los suficientes de ellos alrededor...

—¿...aquí en Bellona?

—Bellona es una parte muy pequeña del universo. Y esta fiesta es un lugar muy bueno para tener eso en cuenta. Chico, todas las críticas que recibas aquí, sean buenas o malas, serán de tipo ritual. —Le miró por debajo de sus cejas—. Quizá fuera eso lo que el señor Newboy intentaba decirte.

—Quizá —dijo Chico, y apoyó su rostro contra el hombro de ella—. Y quizá sólo era demasiado cobarde como para decirme lo que me dijo Frank.

—No lo creo. —Lanya acarició de nuevo su pelo—. Pero ésa es sólo mi reacción personal.

—Frank dijo lo mismo.

—Entonces sé generoso y créele. —Se echó hacia atrás—. ¿Sabes?, ¡algún día voy a sorprenderos a todos produciendo un tratado filosófico tan grueso como *La*

crítica de la razón pura, La fenomenología de la mente y Ser y tiempo puestos juntos! Estará claramente numerado, con referencias cruzadas de párrafos, y un tercio de él serán símbolos matemáticos. Lo llamaré —alzó pulgar e índice en el aire, escribiendo de arriba a abajo en una pizarra imaginaria— *Notas preliminares hacia un cálculo de la percepción atencional e intencional, con un análisis de la realimentación modular...* Supongo que «modular» es el adjetivo para «modal». Entonces veréis. ¡Todos vosotros!

—Siempre puedes titularlo: Lanya le echa una mirada a la vida —sugirió Chico.

—¡Poetas! —exclamó Lanya, fingiendo desesperación—. ¡Artistas! ¡Dios...! —y rodeó con sus cálidas y pálidas manos las de él, para *envolver* las serpientes en que se habían convertido sus dedos.

Él los extrajo de la cueva que habían formado los dedos de ella para apoyarlos en las hojas de cobre que giraban, tic-tic-tic, en su pecho.

Ella se puso en pie, derramando turquesa hasta el dobladillo, y se acercó a Denny. El bolsillo de atrás de los pantalones del muchacho marcaba los cuadrados ángulos de la caja de control.

—Vamos a dar un paseo —dijo Lanya—. Te sentirás mejor.

Dragón Lady dio la vuelta al poste en la parte inferior de los escalones y le dijo a Baby:

—Vamos, ¿por qué le dijiste eso a esa mujer, eh? ¿Eh?

—Porque ella dijo que yo...

—¿Pero *por qué* tenías que decirle algo *así*?

Tres pasos tras ellos, Adam caminaba con Pesadilla; Pesadilla se doblaba sobre sí mismo de risa, sujetándose el estómago; subió tambaleante los escalones. Desde la rodilla hasta los pies, una de las perneras escarlatas estaba manchada a causa de una caída.

Los ojos de Adam estaban muy abiertos detrás del cerdoso y suelto pelo; su sonrisa se hendió, marrón, sobre unos dientes amarillentos.

—¡Maldita *sea*! —dijo Dragón Lady—. No puedes ir por ahí diciendo esas cosas.

—Mierda. —Las manos de Baby estaban cerradas sobre sus ingles. Llevaba la cabeza gacha, y su pelo rubio colgaba como si estuviera hurgando algo en sus dientes—. Si ella no hubiera dicho... ¡Oh, mierda!

La mano de Pesadilla cayó sobre el hombro de Chico. Adelantó el rostro, luchando por explicarse, pero estalló en otra risotada. Olía a muy borracho. Finalmente se limitó a agitar la cabeza, impotente, y se tambaleó, pesado, hacia delante.

Chico inspiró profundamente y bajó, meditando acerca de los constituyentes de la locura. Más tarde no pudo recordar dónde fueron sus pensamientos a partir de ahí. Y pensó en qué otras pérdidas podía haber, aparte días o nombres.

Abajo, Frank dijo:

—Esperen un minuto..., ¡esperen un minuto! ¡Esperen...!

Chico sujetó la barandilla de metal negro del puente y bajó la vista hacia el sendero.

Llegaban, riendo, por el atajo que iba de Marzo a Octubre.

Las rocas estaban cubiertas de musgo y pulidas por la luz de los focos.

—Hey, miren, sé algo que es de lo más divertido.

—De acuerdo. —Bill, con su suéter negro, se detuvo, aún riendo—. ¿Qué es?

Thelma permanecía de pie a un lado.

—No debe decir nada malintencionado acerca de él, Frank —dijo Ernestine—. Creo que *todos* ellos son perfectamente encantadores, si lo tenemos en cuenta todo.

—Es un tipo estupendo —admitió Frank—. De veras lo es. Pero nos vimos un par de veces antes, eso es todo. Y yo sólo...

—Bien —dijo un hombre cuyo pecoso cráneo estaba orlado de pelo blanco, arrastrando las palabras—, yo todavía no le conozco. Pero sus amigos son los tipos más extraños que jamás haya visto. Oh, han organizado un auténtico espectáculo. ¡Gibones, eso es lo que digo! ¡Una auténtica pandilla de pequeños gibones negros!

—La mayoría no son tan pequeños como eso —dijo Bill.

—Yo sólo me pregunto —repitió Frank— si realmente los escribió él o no.

—¿Por qué piensa que no lo hizo? —preguntó Bill, volviéndose.

—Le conocí —dijo Frank— en ese lugar... ¿*Teddy's*? Hace tiempo. Yo había perdido un bloc de notas hacía una semana, y se lo estaba contando. De pronto se excitó mucho... se puso muy trastornado, y llamó al camarero para que le diera su bloc de notas, que me dijo que había encontrado en el parque. Me dijo que lo había encontrado ya lleno de cosas escritas. Estoy *muy* seguro de eso. Lo hojeé, y estaba lleno de poemas y de un diario y de cosas. Quiso saber si era mío. No lo era, por supuesto. Pero al menos dos de los poemas de aquel bloc de notas, y lo recuerdo porque me llamaron la atención como realmente extraños, juraría que eran idénticos a dos de los poemas de *Orquídeas de cobre*. Ese libro de notas tenía un poema prácticamente en cada página.

—¿Está hablando en serio? —preguntó Roxanne, como si considerara el relato muy divertido—. Bueno, no debe decírselo nunca a Roger. ¡Podría sentirse un tanto incómodo!

—¡Ja! —dijo Bill, en voz alta, al cielo—. Si eso es cierto, ¡es la cosa más divertida que he oído en toda la noche!

—¡Jamás me inventaría algo así!

—Es una cosa terrible de decir —murmuró Ernestine—. ¿Cree realmente que él haría algo parecido?

—Bueno, ya lo ha conocido —señaló Frank—. No es lo que yo llamaría un tipo

literario.

—Oh, todo el mundo y hasta su hermano escribe poemas —dijo Bill, como queriendo zanjar el asunto.

—Entonces, ¿cree usted —era la voz de Kamp: llegó desde debajo del puente, donde Chico no podía verle— que tomó todos los poemas de ese bloc de notas?

—Oh, quizá... —empezó Frank—. No estoy acusándole de nada. Quizá sólo tomó esos dos. No lo sé. Quizá sólo tomó un par de estrofas que luego yo reconocí...

—Ha dicho usted que eran idénticos —dijo Thelma, y Chico tendió el oído y no pudo oír más que sus palabras.

—Dije que *creía* que lo eran —señaló Frank, lo cual, recordó Chico con obsesiva lucidez, no era en absoluto lo que había dicho.

Los otros le siguieron debajo del puente.

Frank dijo:

—Esa noche me dijo que sólo era poeta desde hacía, creo que lo expresó así, un par de semanas. Y luego, ahí estaba ese bloc de notas que encontró, todo él lleno de poemas que, bueno, al menos los dos que examiné más atentamente, son terriblemente similares a los que hay en el libro. —Las voces resonaron debajo de él—. ¿Qué pensarían *ustedes*?

Thelma (no pudo ver su rostro) fue la última en meterse.

—Bueno, usted cree obviamente que los tomó... —La identidad de la voz quedó oscurecida por el eco.

—Yo creo —dijo otra voz— que es simplemente un tipo agradable, no diría tonto, sólo no muy locuaz, que probablemente no se preocupa demasiado por el significado de ese tipo de cosas. Demonios, me gusta. Con todos esos tipos con cadenas que ha traído consigo como guardaespaldas, espero que nosotros también le gustemos a él.

—No ha firmado el libro con su nombre —dijo la voz con acento sureño.

—Oh, Frank, creo que es usted...

Chico tuvo que carraspear, así que se perdió las últimas palabras de Ernestine. (Corre a la otra barandilla, escucha lo que digan cuando salgan...) Contempló el vacío sendero.

En un bosque de Oregón, hacía tiempo, durante aquel invierno, en su día libre, un tronco, soltándose de la pila a la que había estado trepando, aplastó su pierna, haciendo sangrar su tobillo derecho y desgarrando sus tejanos. Creyó que se había roto la pierna. Pero, finalmente, fue capaz de volver cojeando al cobertizo, a medio kilómetro de distancia..., le tomó cuarenta minutos. Durante todo el tiempo no dejó de pensar: «Me duele más que cualquier otra cosa que me haya dolido en toda mi vida. Me duele más que cualquier otra cosa...» Llegó a la vacía cabina, repitiendo ahora el pensamiento como una melodía antes que como una idea; se sentó en el bajo camastro —perteneía a un trabajador llamado Dehlman—, se soltó el cinturón, se

bajó los pantalones más abajo de las nalgas y, en un solo movimiento, se los quitó de sus...

No gritó. En vez de ello, sus pulmones se aplastaron en su pecho, y durante los diez minutos siguientes sólo pudo emitir pequeños sonidos jadeantes. Sangre y carne, secas contra la tela, se habían visto arrancadas a todo lo largo de su pierna, enviando el dolor a lugares que no sabía que existieran. Cuando pudo pensar de nuevo, el pensamiento de antes que aún seguía machacándole, conectado con el recuerdo de lo que había sido un dolor mucho más pequeño, le pareció estúpido.

Dejó caer su mano de la barandilla y pensó en aquello (y, por alguna razón, el nombre del hombre en cuyo camastro se había sentado con su sangrante tobillo), e intentó recordar su reacción a las críticas de Frank hacía diez minutos.

No podía encajar ninguna de las dos cosas en nada que pareciera un solo cuadro. (¡Se lo toman tan a la ligera!) Parpadeó al vacío sendero.

¿Escribí...?

Le picaban los ojos; se apartó del puente. Alzó la mano para frotarse el rostro, tuvo un atisbo de borroso cobre y detuvo el movimiento.

Un pie pisó algo en el sendero y vaciló hacia delante, a punto de perder el equilibrio.

¡Recuerdo *reescribirlos*!

Recuerdo cambiar estrofas, convertirlos en algo más... ¿mío?

Chico parpadeó; y sus callosos dedos estaban rodeados de curvadas hojas. El primer terror, ¿*precede* al grito?

... alguien, ¿Dólar?, Dólar, más allá del seto, gritó.

Chico retiró la mano de delante de su rostro y corrió... hacia el sonido. Porque lo que había detrás de él era demasiado aterrador.

Mientras penetraba a toda velocidad en el jardín, una rama baja golpeó su rostro.

Apartó hojas con su mano armada, llegó al lugar, y oyó (aunque no pudo verlo) a Dólar gritar de nuevo, pensando: ¡Dios mío, los demás permanecen tan callados!

Brazos negros y bronceados se agitaban y giraban (y entre ellos estaban el pelo amarillo de Tarzán y sus hombros color masa de pan) contra algo enterrado en medio del tumulto. Alguien gruñó.

Thelma, mirando, intentaba contener el aliento, haciendo resonar el silencio con sus jadeos.

Entre la refriega:

—¡Hey, cuidado...! ¡Cuidado aquí...! ¡Vigila... Huy!

Sus raspantes botas resonaban más que sus contenidas respiraciones y voces.

Chico se lanzó, agarró, tiró, y apenas recordó el mantener su orquídea fuera del camino.

—Hey, ¿qué es lo que...?

Catedral le golpeó mientras apartaba a Trepenques.

La cabeza de Sacerdote chocó contra su costado con la fuerza suficiente como para que le doliera.

Chico agitó su mano en un círculo hacia delante, y Araña no chilló sino que silbó:

—¡Ehhhhhhhhh... *maldito* hijo de madre! —Un filamento de sangre se ensanchó en su vientre.

—¡SOLTADLE! —Chico empujó al Destripador hacia atrás—. ¡Maldita sea, he dicho que lo *soltéis*!

Cuervo, Tarzán, luego Dama de España, aún puñeando, fueron echados hacia atrás.

Cuando le reconocieron, uno a uno se apartaron entre los invitados que rodeaban el jardín. Estaban llegando más.

Siam, en el forcejeo central, alzó la vista, luego se agachó bajo el brazo de Chico; Chico trastabilló hacia delante, se metió entre los dos últimos (Ángel y Jack el Destripador), que se apresuraron a apartarse a un lado; agarró la espalda de la chaqueta de Dólar, su orquídea aún alta.

Dólar chilló una vez más, y luego se derrumbó en un colapso fetal sobre las losas del suelo.

—¡No me mates, por favor no me mates! ¡No me mates, Chico, por favor, no me mates! ¡Lo siento, Chico! ¡No me mates! —La mejilla derecha de Dólar estaba amoratada y sangrante; su ojo izquierdo estaba hinchado, y su boca parecía como si tuviera caspa. Intentando sostenerle en pie, Chico estuvo a punto de caer. Agitó la cabeza, y vio destellar sus hojas; hojas como verdes escamas nocturnas cayeron de entre sus dedos que se estaban abriendo. Vio el anillo de escorpiones e invitados...

Ernestine Throckmorton tenía sus dos puños clavados debajo de su barbilla. Lanya, Pesadilla, Denny y Dragón Lady se apelotonaban en la entrada del jardín. Baby y Adam empujaron junto a ellos. El capitán Kamp, al otro lado de la fuente —el agua goteaba un hilillo color orín a lo largo de un pecho de mármol y una cornucopia — parecía furioso y estaba a punto de avanzar. El coronel sureño (con la corona de pelo blanco), a su lado, lo retenía.

—¡No he *hecho* nada! No pensaba hacer nada, de veras. ¡No pensaba hacer nada, te lo juro, Chico! ¡Te juro que no lo hice!

Chico bajó la vista.

—¡PONTE JODIDAMENTE EN PIE! —Bajó su orquídea.

Dólar agachó la cabeza.

—Ponte en *pie*, ¿quieres? —Tiró de nuevo de la chaqueta de Dólar.

Cristal agarró a Dólar por un sobaco y ayudó a Chico a ponerle en pie. Chico y Cristal intercambiaron frustradas miradas.

—¿Estás bien? —preguntó Cristal—. ¿Puedes mantenerte en pie?

—¿Está todo... bien? —preguntó Ernestine Throckmorton.

Chico se volvió para decirle que se largara...

Pero ella estaba a tres metros de distancia, y le preguntaba a Pesadilla, que dijo:

—Sí, está todo bien. Simplemente olvídenlo, ¿quieren? Sí, está todo bien.

Y otras personas se estaban alejando.

Los sentidos de Chico brillaban como ahítos de anfetaminas. Escuchando, sin embargo, las palabras se confundían de nuevo a la incoherencia normal.

—¡Yo no hice...! —chilló de nuevo en su oído Dólar, mientras intentaba mantenerse de pie entre Chico y Cristal.

Tarzán dijo:

—¡Oh, hombre, no voy a hacerte nada! —Miró a Chico—. Pero si sigue yendo por ahí llamándole «negro» a la gente va a conseguir que le abran la cabeza.

—¡Sí! —del hirsuto Cuervo, detrás del hombro izquierdo de Tarzán.

—¿Eh? —preguntó Chico.

Y:

—¡Sí, voy a partirle esa jodida cabeza! —del Destripador, detrás de su hombro derecho.

—¡Yo no hice nada! —Dólar tiró del brazo de Chico y trastabilló hacia atrás, contra Cristal, que lo sujetó—. ¡Vosotros lo hacéis todo el tiempo! Todos vosotros lo decís, ¿por qué yo no puedo decirlo?

—¡Oh, vamos, hombre! —dijo Chico—. ¡Entre todos me estáis haciendo perder la paciencia!

—¡Él le llama «negro» al negro que no debe, así que va a conseguir que le metan la cabeza contra el suelo y se la retuerzan! —dijo D-t.

—De acuerdo —le dijo Chico a Dólar—. ¿A quién le has estado llamando cosas?

—¡A mí, maldito sea! —dijo Tarzán—. Y si ese pequeño bastardo psicótico vuelve a...

—¡Oh, mierda! —dijo D-t—. ¿Como quieres que te llame a ti *negro*? Se lo ha estado llamando al Destripador, y al Destripador no le gusta. Y a mí tampoco.

—Oh —dijo Tarzán—. Pensé que se estaba refiriendo a mí... Me estaba mirando cuando lo dijo.

D-t gruñó.

—¡Maldita sea, negro, el Destripador estaba de pie justo detrás de tu *hombro*! —Señaló al otro lado del jardín.

Varias personas se apartaron de la línea de su dedo proyectada sobre el césped.

Tarzán dijo:

—Oh.

—Le pedí que dijera que lo sentía —señaló el Destripador—. No quería empezar ninguna pelea, aquí en la maldita fiesta. Si él hubiera dicho que lo sentía, yo no

hubiera hecho nada.

—De acuerdo —dijo Chico a Dólar—. Dile que lo sientes.

—¡No! —Dólar aflojó las piernas bajo las manos de Cristal. La chaqueta de vinilo de Cristal se abrió sobre la cicatriz cruzada que asomaba sobre su cinturón, luego se cerró de nuevo.

—Di que lo sientes. —Chico agarró a Dólar por la nuca con una mano y apoyó las puntas de la orquídea contra el cuadrante inferior izquierdo de su barriga; la sucia carne se estremeció. Las cadenas de Dólar tintinearón—. Di que lo sientes, o te extirparé el apéndice aquí mismo, y esparciremos todo lo demás que tienes dentro sobre el maldito suelo...

—¡Noooo! —gimió Dólar, y se retorció—. ¡Por favor, no me mates!

Las conversaciones se habían interrumpido de nuevo.

—Di que lo sientes.

—¡Lo siento!

—Así está bien. —Chico dejó que su mano armada cayera y miró al Destripador—. Ha dicho que lo siente. ¿Es suficiente?

—No tenía que decirlo. —El Destripador miró hoscamente al círculo a su alrededor—. Ya le he zurrado lo bastante.

Pero otros invitados habían empezado a hablar de nuevo.

—De acuerdo —dijo Chico—. Entonces olvidemos todo el asunto. ¿QUERÉIS LARGAROS CADA UNO POR VUESTRO LADO, POR FAVOR? —Empujó hacia delante a Dólar por la cabeza. Cristal fue con ellos.

Pesadilla dijo:

—Vamos, chicos. Ya habéis oído al Chico. ¡Dispersaos! ¡Fuera de aquí! ¡Fuera!

Alguien preguntó:

—¿Qué ha ocurrido?

Y alguien:

—¿Qué es lo que hizo?

—No lo vi. ¿Visteis lo que ocurrió? ¿Ya está arreglado todo?

—No, yo acabo de llegar. *Supongo* que ya está arreglado todo...

—Hey, Chico.

Era Bill.

—Cuando tenga un momento, ¿puedo...? —pero alguien se interpuso entre ellos.

Lo cual fue de agradecer.

Chico sujetaba a Dólar por un brazo. Cristal lo sujetaba por el otro. Chico clavó un dedo en el sobaco de Dólar.

—¿No te dije que si pasaba algo, vinieras a mí?

—No tuve oportunidad —dijo Dólar—. Se lo dije a ellos, les dije exactamente lo que tú me habías dicho, que si se metían conmigo iba a decírselo al Chico.

Exactamente lo que tú me dijiste. —Miró a Cristal por encima de su magullado hombro—. ¿Dónde estabas tú? ¿No me oíste decírselo?

El agitar de la cabeza de Cristal mostró más frustración que ninguna otra cosa.

—Pero no tuve ninguna oportunidad de hacerlo, ¿sabes? Todos esos tipos de color se echaron sobre mí.

Frank se inclinó sobre la barandilla y llamó hacia abajo:

—Hey, Chico, ¿está todo...?

Cristal alzó la vista. Chico no.

—Creo que a ellos —la voz de Dólar adquirió eco debajo del puente—, ¿sabes?, creo que no les gusto mucho. Supongo, ¿sabes?, que a algunas personas no les gustan los demás.

—A mí personalmente no es que me gustes demasiado —dijo Chico.

—La verdad es que desearía —Dólar hundió la cabeza entre sus hombros y le habló a su pecho— que alguien me dijera qué es lo que tengo que hacer.

—No lo tienes demasiado fácil, ¿eh? —dijo Cristal, y ni siquiera se molestó en mirar a Chico.

—¡Oh, hombre! —dijo Dólar—. Oh, hombre, a veces simplemente no lo sé, ¿entiendes? Estoy medio enfermo todo el maldito tiempo. Apenas puedo comer la jodida comida. Es a causa de mi estómago, ¿sabes? No puedo beber nada excepto vino, o me pongo enfermo. No me emborracho, sólo me pongo enfermo. A menos que sea vino. Quiero decir que la mitad de esos malditos negros están... —miró a Cristal— ...los tipos de color... —Luego miró a Chico—. Bueno, eso es lo que *ellos* dicen, quiero decir...

—Habla por ti mismo —dijo Cristal.

—... la mitad de los malditos tipos de color están ya borrachos.

Apuesto a que por eso saltaron sobre mí. No lo hubieran hecho si no hubieran estado borrachos. Son unos chicos estupendos; incluso las chicas. Y yo no estaba bromeando..., no estaba borracho. No he bebido nada aquí excepto un poco de vino, porque no quiero ponerme enfermo en tu fiesta. Sólo querría que alguien me dijera qué tengo que hacer.

Salieron de debajo del puente.

El sendero se curvaba como un bumerang hacia las rocas.

—¿Sabéis? Si alguien me *dijera* simplemente...

—¿Por qué no te limitas a dejar de molestar a la gente que puede zurrarte? —dijo Cristal.

—No es eso lo que quiero decir —murmuró Dólar—. Todo el mundo me está diciendo siempre lo que *no* tengo que hacer. Mantente alejado de esto. Sal de ahí. No molestes eso otro. Si alguien me dijera simplemente lo que *debo* hacer, sacaría mi jodido culo de problemas.

—Ahora es el momento de hacerlo —dijo Cristal—, porque alguien te ha sacado toda la mierda de él.

—Podría —dijo Dólar—. Realmente podría.

—Limítate a venir conmigo —dijo Cristal—. ¿De acuerdo?

Asomados a la barandilla negra de arriba, entre una serie de pequeños árboles, Jetadecobre, Escupitajo y la muchacha de los tejanos marrones aguardaban.

Dólar parpadeó a Chico y se frotó la escamada comisura de su boca con el pulgar. Parecía triste y asustado.

—No vamos a hacerte ningún daño —dijo Cristal—. Nosotros también nos sentimos satisfechos. Lo único que vamos a hacer es asegurarnos de que no vuelvas a meterte en más problemas aquí en la fiesta de Chico.

Chico, dubitativo, soltó el brazo de Dólar.

—Yo sólo querría que alguien me dijera qué se supone que debo hacer.

—Ir con ellos —dijo Chico.

Cristal y Dólar subieron la ladera entre los matorrales y los jóvenes árboles.

Chico se volvió antes de que Dólar alcanzara la cima.

Querría, entre toda esa gente que está aquí por causa mía, que alguien se dirigiera a mí y me diera una palmada en el hombro y me preguntara si yo estoy bien, si me siento bien, y me dijera ven conmigo, vamos a tomar una copa, después de esto debes necesitarla. Y, maldita sea, no deseo vagar por ahí buscando alguna persona que quiera hacerlo. Sólo deseo que ocurra. A veces la presión de la visión contra la retina o el sonido contra los tímpanos agota. ¿Dónde me he perdido a mí mismo, dónde he dejado los cimientos de este conducto? Caminar por estos jardines es como si la superficie nerviosa de la mente que registra el paso del propio tiempo se hubiera visto erosionada e inflamada por el ejercicio.

¿Debo escribir...?

Hallar el pensamiento fue como mirar de nuevo hacia abajo a un esquema de baldosas sobre las que había estado andando durante horas.

¿Debo...?

El más sublime momento que recuerdo (meditó Chico) fue cuando me senté desnudo bajo ese árbol con el bloc de notas y el bolígrafo, poniendo primero una palabra, luego otra, luego otra, y escuchando la forma en que se unían, mientras el cielo griseaba saliendo de la noche. Oh, por favor, sea lo que sea lo otro que pierda, que no pierda eso...

—¡Hey, Chico!

—¿Eh?

Pero el Destripador sólo le había saludado de pasada, con un gesto de la mano, y seguía su camino.

Chico le devolvió vacilante el saludo. Luego frunció el ceño. Y por su vida no

pudo recordar lo que había estado pensando.

Araña, a solas en Octubre, estaba sentado en el suelo, medio en la oscuridad, junto al foco, frotándose la barriga con un arrugado trozo de periódico. Se agitaba, lleno de sangre, frente al resplandeciente cristal.

—¿Estás bien? —preguntó Chico.

—¿Eh? Oh, sí. —Araña volvió a arrugar el papel, haciéndolo más pequeño—. Sólo es un arañazo, ¿sabes? No ha sangrado mucho.

—Lo siento de veras —dijo Chico—. ¿Estás realmente bien? No te vi antes.

Araña asintió.

—Ya sé —dijo. Arrugó el papel un poco más—. Estoy haciendo un jodido revoltijo. —Clavó los tacones de sus botas en el suelo y se puso en pie—. Pero sólo es un *arañazo*. —Echó hacia atrás la chaqueta y se frotó de nuevo con el papel, apretándolo contra su cuerpo—. Sólo ha sangrado de verdad en una esquina.

Chico alzó la vista al inclinado rostro del joven negro.

—¿Estás seguro de que ahora estás bien?

—Supongo que sí. Ahora. Hombre, me asustaste mortalmente, porque esperé ver todas mis tripas esparciéndose por la hierba.

—Lo siento, hombre. Déjame ver.

Araña bajó la vista hacia sí mismo.

Su estómago parecía como si alguien hubiera manchado toda la oscura piel con pintura. Desde un extremo del corte, un hilillo rojo descendía hacia su cinturón. El lado izquierdo de sus pantalones tenía un color negro amarronado. Se frotó de nuevo la barriga.

—¡Estás sangrando como un cerdo! —dijo Chico.

—Sólo es un corte. —Araña se tocó el manchado estómago con la punta de los dedos (También se muerde las uñas, pensó Chico), palpó la tensa piel encima de su ombligo, tiró de la cintura de sus pantalones para despegarla—. No me duele.

—Quizá dentro tengan algo, algún vendaje o algo. Ven conmigo...

—Ya se está parando —dijo Araña—. Dejará de sangrar en un momento.

Dio la vuelta al manchado papel, examinándolo.

La sangre es un tejido vivo, pensó Chico, recordando las gafas de su maestra de biología en la escuela secundaria cayendo del borde de la mesa de mármol del laboratorio, un cristal haciéndose añicos contra las baldosas color mostaza.

—Mira, ven conmigo. Tomemos una copa, entonces. Después de todo, parece que te irá bien.

—Sí. —Araña sonrió—. Sí, vamos. Una copa. Eso me gusta. —Hizo una mueca, estrujó el papel hasta formar una bola, lo arrojó ruidosamente contra los matorrales—. Hummm —dijo al cabo de tres pasos—. Quizá debiera ir dentro y limpiarme un poco.

—Lo siento, hombre —dijo Chico—. De veras lo siento.

—Lo sé —dijo Araña—. No lo hiciste a propósito.

Cuando estaban a medio camino cruzando Julio, Ernestine Throckmorton alzó la vista y dijo:

—¡Oh! Hey... ¡Dios!

En la subsiguiente confusión, Denny y Lanya (púrpura floreciendo a azul) lo encontraron mientras Ernestine y varios otros intentaban llevar a Araña dentro.

—Quiero... una copa —dijo Araña, vacilante.

Ernestine preguntó a Araña:

—¿Se encuentra bien? ¿De veras?

—Quiere una copa —dijo Chico.

Araña parecía confuso; luego la confusión se hundió en un beligerante y silencioso embarazo; se dejó llevar.

—Eso podría infectarse —dijo Everett Forest por tercera vez.

Madame Brown permanecía de pie al otro lado del grupo, agitándose y girando las manos. La correa colgaba flácida y se agitaba.

Chico tocó el hombro de Lanya; miraron. (La segunda vez ella respondió tocando su mano, pero no la primera, la tercera o la cuarta.)

Muriel, jadeante, se empinó sobre sus patas traseras; luego bajó de nuevo el hocico a la altura del suelo.

Denny, en medio del grupo, había intentado llegar junto a Chico varias veces, apoyando una mano sobre su hombro, su brazo o su espalda. Chico contempló alguna respuesta...

—¡Chico!

Chico no se volvió al primer momento.

—Si puede disponer de algunos minutos... Chico, ¿cree que puedo conseguir su atención durante unos minutos?

Cuando se volvió (Lanya y Denny se volvieron también), Bill estaba sonriéndole sobre las cabezas que le rodeaban, y sujetando una caja que se parecía mucho a los controles del vestido de Lanya cerca de su oído.

—¿Puedo disponer de usted unos minutos... Chico?

Esta vez, cuando Chico tocó a Lanya y Dragón Lady, ambos fueron con él. (Pensando: Hubieran venido de todos modos; ambas, trabajando con mecánicas completamente distintas, han desarrollado curiosidades que no les permitirían perderse nada de esto.)

—Por supuesto —dijo Chico—. ¿Qué es lo que quiere?

—Gracias —sonrió Bill, y ajustó el micrófono al bolsillo de su pullover negro de cuello vuelto—. Ahora está conectado. Será mejor que lo dejemos conectado todo el rato, así podrá ignorarlo. Pero apartémonos un poco de todo este ruido. ¿Por qué no

vamos ahí atrás?... Dígame, ¿qué le ocurrió a ese chico alto, negro? ¿Forma parte de su nido?

—Le hice un corte —dijo Chico.

Bill intentó no parecer sorprendido.

—Fue un accidente —dijo Chico al micrófono. Soltó las adornadas hojas de su muñeca.

—Son ustedes —Bill observó a Lanya y Denny, pero no dijo nada a ninguno de ellos— muy estrictos con los suyos, ¿no?

Chico decidió: Me lo está diciendo, no preguntando, así que no respondió nada.

—¿Adónde vamos? —susurró Denny, y miró de nuevo, desconfiado, a la grabadora a cassettes de Bill.

—Al infierno, si somos invitados educadamente —dijo Chico—. Cállate y ven. No va a hacerte decir nada. Sólo a mí.

—Bueno... —Parecía como si Bill estuviera buscando alguna forma de desembarazarse educadamente de Lanya y Denny. Lanya parecía como si ella también estuviera buscando educadamente alguna forma de marcharse y llevarse a Denny con ella.

—Tienen que venir —dijo Chico—. Son mis amigos.

—Por supuesto. Sólo quería hacerle unas cuantas preguntas..., vayamos por aquí. —Cruzaron otro jardín—. Es realmente un poco confuso, con Roger no presente. Supongo que él... estará toda la noche fuera. Deseaba tener la oportunidad de hablar con usted, eso lo sé; me lo dijo. Esperaba averiguar algunas cosas de usted en las que creía que podían estar interesados los lectores del *Times*..., en realidad teníamos que entrevistarle los dos juntos. Yo ayudo a Roger en mucho de su trabajo con el periódico. Redacto el borrador de muchos de sus artículos. Como puede usted imaginar, es un hombre muy ocupado.

—¿Usted escribe sus artículos? —preguntó Lanya—. Siempre me había preguntado de dónde sacaba el tiempo para hacer todo lo que hace.

—En realidad no escribo todo lo que él firma. Pero... hago buena parte de la investigación preliminar por él. —Bill giró subiendo por un pequeño sendero que Chico recordaba haber recorrido más de dos veces durante la noche pero que no podía recordar adónde conducía—. Roger quería preguntarle..., bueno, los dos lo queríamos..., unas cuantas cosas. Yo iba a esperar a que él viniera. Pero tengo la impresión de que la gente empezará a marcharse pronto. Y si Roger no vuelve a tiempo, sé que querrá que yo aproveche la oportunidad.

Ante dos focos, fijados bajos en dos árboles en esquinas opuestas del claro, unos muebles blancos de mimbre arrojaban retorcidas sombras sobre la hierba.

—Nadie parece haber hallado todavía el camino hasta aquí. ¿Por qué no nos sentamos y empezamos?

Denny se sentó al lado de Chico en el borde del sofá de mimbre, reclinándose hacia delante sobre sus rodillas para observar a Bill, que ocupó el sillón con orejeras. Lanya se quedó de pie un poco apartada, inclinada sobre un tronco de árbol, rozando de tanto en tanto su falda color otoño para arrancar de ella una lluvia plateada.

—Quiero hacerle algunas preguntas acerca de su pandilla..., de su nido. Y luego algo sobre su trabajo..., su poesía. ¿De acuerdo?

Chico se encogió de hombros. Se sentía excitado e incómodo; pero los dos estados, vívidos como sentimientos, parecían cancelar cualquier signo físico de ambos.

Miró a Lanya.

Ella había cruzado los brazos y estaba escuchando más bien como alguien que acaba de pasar por allí y se ha detenido. Denny estaba contemplando la caja de control, deseando jugar con ella, pero también preguntándose si aquél era el momento.

Lanya osciló entre varios azules.

Bill recorrió con su mano desde el micrófono hasta la grabadora a lo largo del hilo, giró un botón, y alzó de nuevo la vista.

—Primero dígame, ¿cómo se siente viendo su libro publicado? Es su primer libro, ¿no?

—Sí. Es el primero. Me gusta, toda esa conmoción. Creo que es estúpido, pero es... divertido. No hay muchos errores en él..., quiero decir del tipo que hace la gente que compone un libro.

—Bueno, esto está muy bien. Entonces, los poemas son tal como usted los escribió; ¿acepta usted la plena responsabilidad de ellos?

—Sí. —Chico se preguntó por qué la velada acusación no le hacía sentirse más incómodo. Posiblemente porque había pasado por ella en silencio.

—Quiero decir —prosiguió Bill— que recuerdo a Ernest Newboy hablándonos, una noche, de lo duramente que había trabajado usted con las galeradas. Se sintió muy impresionado por ello. ¿Le ayudó mucho el señor Newboy con los poemas en sí? Quiero decir, ¿no afirmaría usted que hay una influencia suya en su trabajo?

—No. —*¡Piensa*, se dijo Chico, que tengo diecisiete años! Se echó a reír, y la familiaridad del engaño le hizo sentirse aún más tranquilo. Se reclinó más cómodamente en su asiento y abrió las rodillas. Hasta ahora no había sido tan malo.

Algo se movió en el rabillo del ojo de Chico. Bill alzó también la vista.

Revelación estaba detrás de ellos con Milly, a la que no había visto desde que los había sorprendido a los dos entre los arbustos.

—Chissst —dijo Denny, llevándose un dedo a los labios y señalando la grabadora.

—¿Puede decirme usted...?

Chico volvió de nuevo la vista.

Bill tosió.

—¿...decirme algo acerca de los escorpiones, sobre la forma en que viven, y *por qué* viven de esa manera?

—¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Le gusta?

—Por supuesto.

—¿Así que tiene usted la impresión de que este tipo de vida le ofrece alguna protección, o le hace más fácil sobrevivir en Bellona? Supongo que en la actualidad es un lugar bastante peligroso y desconocido.

Chico agitó la cabeza.

—No... No es tan peligroso, para nosotros. Y estoy empezando a conocerlo muy bien.

—Todos ustedes viven juntos, en una especie de comuna..., nido, como lo llaman. Dígame, ¿conoce la comuna de jóvenes que vivía en el parque?

Chico asintió.

—Sí. Por supuesto.

—¿Se llevaba usted igualmente bien con ellos?

—Por completo.

—Pero ellos son absolutamente pacíficos; mientras que su grupo cree en la violencia, ¿no es así?

—Bueno, la violencia —Chico sonrió— no es algo en lo que uno crea. Es algo que ocurre. Pero supongo que ocurre más alrededor nuestro que alrededor de ellos.

—Alguien me dijo que, durante un tiempo, fue usted miembro de esa otra comuna; pero aparentemente prefirió los escorpiones.

—Sí. —Chico apretó los labios y asintió—. Bueno..., en realidad, no. Nunca fui miembro de la otra comuna. Vagaba por allí; me daban de comer. Pero nunca me hicieron parte de ella. Los escorpiones, en cambio, tan pronto como entré en contacto con ellos, me aceptaron inmediatamente, me hicieron parte de ellos. Por eso probablemente me gusten más. Teníamos a un par de chicos vagabundeando en torno a nuestro lugar que probablemente hubieran terminado con la gente del parque; pero también les dimos de comer. Luego se integraron a nosotros. Eso creo que lo explica.

Bill asintió, con los labios fruncidos.

—Se ha hablado que algunas de las cosas a las que se dedican ustedes son más bien violentas. Ha resultado muerta gente..., o eso dicen las historias.

—Ha habido gente que ha sufrido daño —dijo Chico—. Un chico resultó muerto. Pero no era un escorpión.

—¿Pero los escorpiones lo *mataron*?

Chico alzó las palmas de sus manos hacia arriba.

—¿Qué se supone que debo decir ahora? —Sonrió de nuevo.

Detrás de Bill se habían reunido una docena de personas. Otra tos, detrás de Chico, le hizo darse cuenta de que una docena más se habían acercado por aquel lado a escuchar.

Los ojos de Bill volvieron a Chico.

—¿Cree usted, objetivamente, que la forma en que viven es... un buen camino?

—Me gusta. —Chico se palpó la mandíbula con las anchas puntas de sus dedos y notó el raspar de la barba de cinco horas—. Pero eso es subjetivo. ¿Objetivamente? Depende de lo que piense usted de la forma en que está viviendo el resto del mundo.

—¿Qué opina usted de él?

—Bien, mírelo usted mismo —dijo Chico. Luego tosió, lo cual causó una risa general, definiendo la audiencia a la que no había mirado como treinta, incluso cuarenta personas: escorpiones y otros invitados.

Pesadilla avanzó hacia el claro, dijo:

—Hey, ¿qué es lo que hace todo el mundo...? —entonces calló y fue a sentarse sobre la hierba al lado de Dragón Lady.

—¿Cómo describiría usted la vida en el nido?

—¡Jodidamente atestada!

—¡Oh, *hombre!* —D-t golpeó la palma de la mano de Tarzán—. ¡Ha dicho Jodidamente atestada!

—Callaos, los dos —gruñó Cuervo.

—Y con toda esa cantidad de gente, y toda la violencia, aún consigue trabajar..., escribir.

—Cuando tengo una oportunidad.

Lanya se echó a reír ante aquello. Ahora el color era naranja pálido, escamado a púrpura y rosa aún más pálidos. Denny sujetaba la caja entre sus rodillas; tenía los brazos cruzados.

—Una gran cantidad de gente ha comentado, cómo lo diría, el colorido de sus poemas, su vívida cualidad descriptiva. ¿Hay alguna conexión entre la violencia y eso?

—Probablemente. Pero no sé cuál es.

—¿Les gusta el libro a sus amigos del nido?

—No creo que la mayor parte de los chicos lean mucho.

—¡Hey, *hombre!* —exclamó Pesadilla—. ¡Yo ni siquiera estoy *en* ese jodido nido y he leído el jodido libro! —Lo cual hizo que otro exclamara—: ¡Sí, es grande! El Chico escribe grande. —Y otro—: Seguro, ¿acaso no habéis dado esta fiesta en su honor?

Chico se echó hacia atrás y rió y cerró los ojos. Su propia risa empezó en el apogeo de gritos y llamadas.

—¡Oh, vamos! —dijo Bill con voz fuerte—. Vamos. Sólo deseo hacerle al Chico algunas preguntas más. Por favor...

Chico abrió los ojos y descubrió que sus pestañas estaban húmedas. La luz en torno al jardín resplandecía y rielaba. Agitó la cabeza.

—Chico, quisiera preguntarle...

—¡Vamos, estáte quieto! —dijo Dama de España—. ¡Vamos; cállate, hombre! ¡Está intentando hacerle al Chico unas cuantas preguntas!

—... quisiera preguntarle: ¿Cómo puede resumir lo que está intentando decir en sus poemas?

Chico apoyó los codos sobre sus rodillas.

—¿Cómo demonios se supone que debo hacer eso, resumir lo que estoy intentando decir?

—Imagino que usted prefiere que simplemente leamos...

—Mierda, no me importa si usted lo lee o no.

—Sólo quería decir que...

—Estoy intentando... —Chico alzó la vista hacia Bill, frunciendo el ceño en la pausa— ...construir una ilusión cómplice en catálisis lingual, un alcaesto cristalino y consciente.

—¿...puede repetir? —pidió Bill.

—Usted escucha todo esto con demasiada atención, y luego intentará imaginar lo que significa. —Chico dejó que su ceño fruncido se transformara en una sonrisa—. Entonces las palabras morirán en usted y no comprenderá nada.

Bill se echó a reír.

—Bien, si tiene usted la impresión de que su obra consigue eso..., ¿dónde cree que lo ha puesto?

—¿Cómo se supone que debo decidir eso? —Chico se reclinó de nuevo—. Quiero decir, supongamos que a una persona le ha gustado algo de lo que he escrito. Quiero hacer que lo que digo ahí signifique algo para ella. Supongamos que a otra persona no le gusta. Soy un snob. Me gustaría poder hablar con ella también. Pero usted habla de diferente forma con alguien con quien ha pasado un buen rato que con alguien que ha pasado un mal rato. No hay mucha coincidencia en lo que pueda decirles a ambos. Aunque quizá yo, en cierta medida, lo haya conseguido. —Chico se reclinó en su asiento—. Y quizá, ¿sabe?, otra gente pueda pensar en razones para no insistir tanto sobre esto. Mire, los chicos están empezando a ponerse nerviosos. Ya he organizado demasiado ruido. —Miró a su alrededor, al agrupado nido—. Supongo que el señor Calkins no va a dejarse ver esta noche.

Ernestine Throckmorton (Araña estaba de pie a su lado, con la barriga llena de gasa y esparadrapo) dijo:

—Supongo que no. Va a sentirse absolutamente mortificado de no haber podido

verle. Simplemente no sé lo que...

—¿Cree usted que puede haberle ocurrido algo? —Cuervo miró a su alrededor, haciendo oscilar su moño—. ¿Quiere que salgamos y lo busquemos?

—¡Oh, no! —dijo Ernestine—. No, no es necesario. Cuando se marchó, dijo que... tal vez regresara tarde. Por eso nos puso al capitán y a mí a cargo de todo.

Ni el capitán ni Frank estaban presentes. Paul Fenster, con una lata de cerveza apoyada contra su cadera, estaba de pie directamente al otro lado.

—Mire, de todos modos la mayor parte de mis muchachos ya están aquí. —Chico se puso en pie, tanteando entre las cadenas de su cuello—. Creo que ya es hora de que me vaya. Si alguno de vosotros, muchachos, quiere venir conmigo, andando. —Sujetó su escudo (rozó con el nudillo de su pulgar una de las garras de la orquídea y pensó: El precio del drama existe), y accionó el interruptor.

Los escorpiones sobre la hierba parpadearon ante la luz azul.

Denny hizo algo con la caja y rió: Y Lanya se irguió en todo el esplendor de un torbellino de carmesí e índigo.

Donde había estado Dragón Lady se alzó su dragón.

—Hum..., gracias. —Bill miró a su alrededor—. Eh, muchas gracias. Estoy seguro de que Roger tendrá lo que... Quiero decir que me ha proporcionado usted un interesante...

La gente se fue poniendo en pie entre la resplandeciente comparsaría.

El Rohrschach en 3-D que era Denny giró y giró y avanzó entre la gente.

Chico disminuyó lo suficiente su luminosidad para que Lanya pudiera verle. Ella cogió su mano. Las ramas cortaron las insustanciales luminosidades que recorrían el jardín.

—¿Qué tal lo he hecho?

—Señor —dijo ella—, ¡ha sido una auténtica fiesta! Roger no sabe lo que se ha perdido..., bueno, quizá sí.

En otro jardín, más allá de más o menos una docena de invitados, Kamp y Fenster se habían sumido profundamente en una animada discusión.

El corpulento Catedral, con el blanco California (con el grasiento pelo oscilando al compás de sus cadenas), estaban muy borrachos en un rincón:

—¿Nos vamos? Oh, mierda... Oh, mierda, no puedo irme...

—¿Por qué nos vamos?

—Porque creo que deberíamos irnos, ¿sabes...?

—Pero podríamos esperar un poco más...

Aparecieron otros tres, chapoteando por en medio del estanque en Mayo.

Y Jetadecobre empezó a reír y a señalar tan vigorosamente que Chico pensó: está lo suficientemente borracho como para caer redondo dentro de un minuto. Momentos más tarde, sin embargo, junto con Cristal, la muchacha, Dólar y Escupitajo,

Jetadecobre estaba cruzando la terraza.

Chico pensó (y vio al capitán Kamp alzar la vista y pensó como contrapunto a aquel primer pensamiento: Está pensando lo mismo): Van a empezar a hacer pedazos el lugar.

No lo hicieron.

—Oh —dijo Kamp a Ernestine—, quiere decir que se *marchan* ahora... Bueno, sí... ¡Buenas noches!

Revelación dijo:

—Hey, hombre, yo no puedo irme. —Agitó la cabeza, deshilachando su pelo como dorado algodón. Cadenas amarillas tintinearón sobre su rosado, rosado pecho—. Tengo algo que hacer aquí, ¿sabéis? Y estoy tan jodidamente hecho polvo... Mirad, iros, y quizá os vea mañana por la mañana.

Chico asintió, pasó junto a él y siguió su camino antes de que Thelma, que había abierto la boca, dijera «Hum...».

Ángel, en la mesa del bar, tomó una botella de whisky llena, se la metió debajo del delgado brazo y echó a andar detrás de los otros.

—Hey... —dijo el camarero negro.

El capitán Kamp se apresuró hacia allá.

Puedo ser un héroe, pensó Chico, y hacer que la devuelva. De pronto dijo:

—Mierda... —Se soltó de Lanya y retrocedió hacia el bar—. Capitán, tenemos...

—Su amigo —dijo el capitán Kamp—, acaba de llevarse una botella llena de...

—... un largo camino de vuelta a casa. Y no creo que una vaya a ser suficiente. —Tomó otra botella (la eligió porque tenía el tapón puesto, pero vio, cuando la tuvo en la mano, que sólo estaba medio llena: bueno, era un gesto) y, ante el ceño fruncido del capitán, conectó su escudo—. Déle las gracias al señor Calkins. Buenas noches.

Kamp parpadeó y retrocedió, su rostro bañado por una luz del mismo azul pálido que su camisa. Sus ojos, muy abiertos, se alzaron.

Cuando Chico hubo abandonado los escalones de la terraza y estuvo a medio camino en el césped, Lanya dijo:

—¡Eres un perfecto niño!

—Que te jodan. ¿Quieres que la devuelva?

—No. Sigamos.

—Hey —estaba diciendo Ángel al joven filipino de la puerta—, ¿quieres dar una chupada de la botella? ¿Cómo es que no te han dejado subir a la fiesta?

—Gracias, no. Está bien así.

—¡Tú tienes tanto derecho a la fiesta como nosotros! ¿Quieres dar una chupada?

—Gracias, no. Buenas noches.

—¡Malditos hijos de madre! Tienen aquí a un maldito amarillo pelándose el culo toda la noche mientras todo el mundo allá arriba se lo está pasando en grande...

—Vamos —dijo Chico—. Salgamos. Apresuraos.

—Hey, amarillo; ¿eres del Nam? Yo estuve en Nam...

—¡Vamos!

—Yo estuve en Nam —dijo Ángel—. ¡Hubiéramos tenido que darle una jodida chupada de la botella!

Mientras cruzaban ciegamente la puerta, como un rebaño, Lansang dijo:

—Discúlpeme; tengo algo para usted.

—¿Eh? —Chico se volvió.

La oscura mano buscó, debajo de la solapa marrón, en un bolsillo interior.

—Tome. —En la esquina del sobre había un pequeño membrete del *Times*—. El señor Calkins me pidió que le entregara esto si, por casualidad, no había vuelto antes de que terminara la velada.

—Oh. —Chico dobló el sobre y lo deslizó en el bolsillo de sus pantalones, al lado de la armónica de Lanya.

—¿Qué es? —preguntó Lanya. Su brazo rodeaba el hombro de Denny.

Chico se encogió de hombros.

—¿Dónde está Madame Brown?

—Se fue con Everett, hace rato.

—Oh.

Araña, dragón, tritón y pájaro iluminaron la calle.

—Hey, ¿puedo un poco de esto? —pidió Jack el Destripador cuando alcanzaron la esquina.

—Por supuesto. Y puedes llevarla también.

—Gracias. —El Destripador tomó la botella, quitó el tapón, dio un trago, eructó—. ¡Dios! —Volvió a poner el tapón—. ¡Esto está bueno! —Agitó la cabeza como un terrier—. Sí... Hey, ¿viste aquel tipo viejo de Alabama con la cabeza calva? Se supone que era alguna clase de coronel o algo así...

—Lo vi —dijo Chico—. No me lo presentaron.

—Es un tipo curioso —dijo el Destripador—. Hombre, le encanté. Me acorraló a solas toda la maldita noche.

—¿Qué quería?

A la luz de las cambiantes bestias, el Destripador sonrió a la botella.

—Darle una chupada a mi enorme y negra polla.

Chico se echó a reír.

—¿Le dejaste?

—Mierda. —El Destripador secó el cuello de la botella con la palma de su mano, más pálida, luego volvió a poner el tapón—. Si hubiera estado en Atlanta, hubiera podido sacarle diez, veinte dólares a ese viejo tipo, ¿sabes? Incluso en una relación estable, ¿sabes?, cuando te dejas caer cada par de días, te bajas los pantalones y

recoges el dinero. No es tan malo. Pero por aquí no hay ningún cochino dinero ni nada parecido, ¿sabes? —El Destripador rebuscó entre los pesados eslabones, hundió la barbilla en el cuello para buscar su escudo, lo encontró, lo accionó—. Pero no fue tan malo —repitió.

Chico caminó al lado de una furiosa mantis de oscilantes ojos rubíes.

Observando a los caminantes entre las hinchadas luces, Chico se dio cuenta de que el grupo era aproximadamente una cuarta parte más pequeño que el que había subido con él. El escorpión de Pesadilla, en un ángulo, plasmó en silueta (Baby era el único reconocible) a media docena de caminantes.

Escuchando su silencioso descenso, Chico recordó el alborotador viaje de subida. Una farola pulsó en la esquina (la habían pasado antes. ¿Dónde?), y Chico vio la pareja, cogida de la mano, bajo ella.

—Hey, vosotros dos.

La mujer se volvió, sorprendida, y alzó su mano libre: los brazaletes tintinearón hasta su pálido codo. Parpadeó interrogativa, luego sonrió.

El hombre miró a Chico por encima de ella.

—Hola. —Se echó hacia atrás el largo pelo, del color del arroz de la India, apartándolo de su mejilla, y sonrió también.

—¿Qué se supone que estáis haciendo aquí?

—Oh, nosotros..., bueno, estábamos... en tu fiesta. —Sobre su chaqueta de doble solapa llevaba un gran medallón con una cabeza de león que, a aquella luz, parecía de plástico metalizado. Colgaba alrededor de su cuello, prendida de una cadena óptica—. Tenemos que bajar hasta Temple, y simplemente pensamos que podíamos ir con vosotros, para tener compañía.

—Podemos, ¿no? —preguntó la mujer.

—Por supuesto —dijo Chico—. Podéis ir donde os dé la gana y con quien os dé la gana.

—Oh..., gracias —dijo el hombre.

—¿Queréis un trago? —Chico miró a su alrededor en la oscuridad—. ¡Hey, Destripador, ven aquí! —Tomó la botella de las manos color neumático viejo que brotaron de la mantis—. Tomad, echad un trago. Nos queda una larga caminata.

—Gracias, no —dijo el hombre—. No bebo.

—Yo sí —dijo la mujer, y tendió un tintineante brazo.

—Bien. —Chico asintió y le pasó la botella. Los dejó mientras ella estaba aún destapándola, preguntándose dónde, en los últimos momentos, había perdido a Lanya y Denny.

Oyó su risa a unos siete metros detrás de él.

Se volvió para enfrentarse a la oscuridad; y se dio cuenta de lo oscuro que estaba todo.

—¿Tienes miedo? —rió Denny—. No hay nada de lo que asustarse.

—No estoy asustada —dijo Lanya—. Al contrario que tú, no creo en los fantasmas.

Chico conectó sus luces.

Lanya lanzó un pequeño chillido y se echó en brazos de Denny, los dos azules e históricamente indefensos.

—¿Estás borracha? —preguntó Chico.

—No —dijo ella—. No estoy borracha. —Y empezó a reír de nuevo.

—Huele como si lo estuviera —dijo Denny.

—¿Cómo te atreves...? —Aún riendo, se enderezó y casi tropezó con el bordillo.

Ante lo cual los tres se echaron a reír.

Cuando estaban a mitad de la siguiente manzana, Denny preguntó:

—¿Te ha gustado tu fiesta?

—Sí —dijo Chico—. Hubiera querido tener la oportunidad de decirle buenas noches a la dama del pastel de cangrejo con el pelo azul. Era mi favorita.

—¿Ernestine? ¡No tiene precio! —dijo Lanya—. ¿Dónde está mi armónica?

Chico se metió la mano en el bolsillo. Junto a la embocadura del instrumento y el sobre, había arenilla en el fondo del bolsillo. El metal estaba tan cálido en su mano que parecía calentado artificialmente.

Le entregó la armónica.

Ella tocó tres acordes, caminando a su lado, luego empezó alguna improvisación con largas notas de platino que le tomaron dos, tres, cuatro pasos.

Denny había conectado sus luces (y al parecer había apagado el vestido de ella). Su espalda era plata, y mientras tocaba *fue* pisando las mezcladas sombras de sí misma.

Entre dos notas, algo crujió en la cadera de Chico: el sobre. Metió unos gruesos dedos en su bolsillo para palpar el doblado borde.

Jetadecobre, con la chica de los tejanos marrones fuertemente apretada bajo su brazo, se tambaleó en la incierta penumbra.

—¡Hey, Chico! —sonrió, ancha nariz, moteados labios, y volvió a tambalearse.

Chico fantaseó una conversación: Jetadecobre, ¿te contrató alguna vez el señor Calkins para que mantuvieras a la gente alejada de su casa? Quiero decir, ¿estabas trabajando para él aquel primer día en que me zurrasteis? No, no quería saberlo.

Detrás de Chico, Ángel, Cristal y Sacerdote iniciaron un altercado.

—¡No! —se interrumpió a sí mismo Cristal a alguna pregunta de Dólar—. ¿Para qué *quieres* un poco? Acabas de decirnos que te pone enfermo.

—Lo que quiero saber... —dijo Ángel con voz espesa—. No, espera, hombre. Dale. Deja que el estúpido hijo de madre blanco se ponga enfermo si lo desea... Lo que yo quiero saber es, ¿de dónde han *salido* todos esos negros?

—En su mayor parte de Louisiana —dijo Sacerdote—. Pero un montón de los tipos de aquí son de Chicago. Como tú. O de Illinois, al menos.

No me gusta, pensó Chico, la idea de no querer saber nada. Miró la luminosa oscuridad a su alrededor.

—¿Hey, Jetadecobre?

Pero el arácnido que era Jetadecobre, con las escamas brillando como el envés de sumergidas hojas de rosal matizadas por pequeñas burbujas de aire, se agitó allí delante y se alejó. Las piernas, rigurosas e hirsutas, con una débil imagen residual índigo, deshilaron los ojos de Chico tras deslizantes estriaciones.

Lo que más había esperado de aquella velada —información acerca de Calkins—, la auténtica y superdeterminada matriz, parecía inclinada a negársele.

Un esplendoroso pájaro se colapso cerca de él. Allá delante, entre una docena de otras figuras, un escorpión parpadeó. La música de la armónica se vio ahogada en cristales rotos y risas: alguien había dejado caer la botella. El pájaro entró de nuevo en ignición; Chico miró a su alrededor para ver brillar el pavimento. Agotan mis ojos. Mis orejas están encendidas. No queda nada que contemplar excepto fuego y la noche: círculo dentro de círculo, luz dentro de luz. Los mensajes llegan a la red allá donde se cruzan discretos pulsos. Motores parametálicos de alegría y desastre les dan ondulaciones y movimiento. Interpretamos y derrotamos sus términos mediante límites. ¿La noche? ¿Y qué con ella? Está llena de bestiales guardias, trabando los extremos y los intersticios de la ciudad sin tiempo; los portentos caen, consteladas deidades lastradas en cenizas y humo, merodeando por las ciudades apócrifas, las ciudades de la especulación y el desorden reconstituido, de la inseminación y la incipencia, barridas con la oscuridad.

Las luces se amortiguaron, los escorpiones se arracimaron en las escaleras de la entrada del nido.

Él se detuvo de pie en la calle, mientras ella reía tristemente:

—Infiernos, entonces... Igual hubiera podido volver con Madame Brown...

Él dijo:

—Sólo quiero comprobar ese lugar que vimos ahí abajo en la calle y que estaba en llamas. Volveré en seguida...

El larguirucho D-t pasó un oscuro brazo como un garfio en torno al cuello de Denny, descansó dos oscuros dedos en el plata de Lanya y dijo:

—Yo cuidaré de ellos por ti, Chico. No te preocupes.

Denny, con expresión aún más triste, dijo:

—Si vas ahí abajo, será mejor que vayas con cuidado...

Y Chico caminó durante quince minutos, dobló una esquina, dobló otra, dobló otra y pensó: ¡Si el viento cambia, moriré!

Frunció los ojos al calor.

¡El humo! ¡El *humo* será suficiente para matarme! ¿Cómo pude...?

Fuego blanco, una lengua amarilla y naranja, engullía los pisos superiores. La noche rugía en la calle. Oyó algo enorme caer detrás de una de las fachadas y golpear contra los ladrillos, pensando:

Puede saltar a la calle...

Un parpadeo entre los adoquines:

Cuando su pie descalzo tocó uno, vio aquel agua, deslizándose entre las jibosas piedras, que convertía toda la calle en una red de luz. Saltó hacia la izquierda. El humo rodó a su derecha, brotó de más fuego golpeando contra la alta mampostería.

¿Era aquello lo que había visto entre los leones de Agosto...? ¿Era aquello lo que habían contemplado desde los jardines de Calkins...?

¡No aquella garganta de llamas!

No podía ser *tan* grande:

El frío sopló contra su mejilla.

Más calor, luego frío de nuevo; su sudorosa mandíbula se secó.

El frío aire pasó alrededor de su pie desnudo, pero las piedras debajo de él estaban calientes.

Una ardiente bocanada agitó su chaqueta; una fría empujó su espalda.

Cinco metros más adelante había una figura de pie, negra con el fuego a sus

espaldas, imprecisa con el humo delante.

Oh, Cristo, pensó, puedo oírles llamándome entre los crujidos que me rodean...

Chico giró:

Las órbitas del ciegomudo eran los huecos perfectos de las bolas de Spalding apretadas contra masa de pan. La delgada mujer con el pelo color ladrillo cerró el cuello de su sobretodo y parpadeó. El robusto y rubio mexicano, con una mano sobre el hombro de ella, el otro tocando el hombro del ciegomudo, respiraba tan pesadamente como el holocausto; sus rostros estaban untados de brillante cobre.

Los ojos del mexicano y de la mujer eran completamente escarlatas.

Chico sintió que sus rasgos se fruncían sobre el hueso. Sus hombros estaban tan tensos que la carne se cuarteaba entre ellos. La planta de su pie, agitándose sobre la húmeda piedra, le escocía.

¡No!, pensó; estaba intentando pensar: *¿Por qué?*

Recordó el almacén y se preguntó: *¿es hábito este terror?*

Sus párpados se deslizaron sobre el cristal en perezosos parpadeos: La mujer y el mexicano estaban... ¡observándole! La boca del ciegomudo estaba abierta; su rostro vuelto, captando y paladeando el humo.

Los tres alcanzaron la acera —ahora se alejaban—, muy juntos. Las llamas —o un perro— ladraron. Una embreada lona de humo rodó entre ellos.

Chico retrocedió, esperando las emanaciones.

Pero algún soplo desgarró la oleada, arrojando oscuro plumón. Y habían desaparecido, por algún incendiado callejón abajo.

Chico se volvió y corrió hacia delante.

—¡Hey! —gritó, allá delante, una lacerada voz familiar—. ¿Eres tú..., Chico?

Chico frenó la marcha cuando llegó más cerca.

Deslizantes bronce lamían el negro rostro. Una incierta luz le hacía parecer (Chico nunca había pensado en aquello antes) como si hubiera gris en aquella enmarañada lanosidad. Las sienes, eran huecas, como en un hombre muy delgado, pensó Chico; pero no como en alguien con aquella mandíbula, aquellos brazos (una manga de la camisa verde había sido cortada a la altura del hombro, dejando un borde deshilachado: la otra estaba simplemente enrollada de una forma tan apretada que las venas se destacaban en la comprimida carne como cordeles).

—¿Qué haces por aquí, muchacho? ¿No es esto —y no hizo un gesto, sino que barrió (las botas de la construcción naranjas abiertas sobre la mojada red) de tal modo que todo su cuerpo indicó el holocausto— algo grande? —George se metió los pulgares debajo del cinturón de sus pantalones de lona y rió—. Hemos estado todos en la reunión de plegarias de la Reverenda. Ahora mira esto. —Unos dedos negros se apoyaron en el hombro de Chico, apretaron—. Míralo, ¿quieres?

Chico se volvió y miró.

—Quemaron todo el maldito barrio esta noche.

—¿Pero qué...? Quiero decir, ¿cómo...?

George apretó más el hombro de Chico. Unos cuantos metros más adelante, el pavimento se hundió bajo un charco como un agujero en el techo del infierno.

—Los negros han dejado que todo Jackson arda, ¿no lo parece? —Echaron a andar—. Ya no hay agua aquí, desde que se rompió la conducción. Mierda. —El pie desnudo de Chico pisó un charco caliente; se agitó como pan de oro.

—¿Tienes miedo? —Los dedos de George eran duros, calientes y tensos—. Nadie va a hacerte daño. Contempla como arde todo; arde como un jodido hijo de madre; es hermoso, ¿no? Como caminar al sol. —Miró a Chico, su brazo tensándose y doblándose a cada paso—. La luna recibe su luz del sol. —Sonrió sobre unos grandes dientes amarillos en unas encías moteadas de rosa y gris, como las de un perro—. Recibe su luz del sol y brilla toda la noche. —Sus párpados se entrecerraron sobre unos ojos pardos estriados en sangre—. Arde y arde y nunca se detendrá. Envía a la gente corriendo ciudad abajo a través de la ciudad del sol —o al menos eso fue lo que Chico creyó que había dicho—. Ya no hay nadie aquí. —George miró a su alrededor—. Los negros van a morir de hambre. Mierda. Todo el mundo va a morir de hambre.

Los labios de Chico ardían. Cerró la boca, los dientes, cerró de nuevo los labios porque habían empezado a abrirse.

—Estaba esa vieja mujer negra —dijo Chico. Pasaron junto a una humeante (¿o era vapor?) verja—. Entró en la escuela para robar comida. Dijo que ya no había más comida en...

El letrero de la calle decía: CUMBERLAND PARK.

Pasaron junto a él. La otra extensión del letrero en forma de L decía: AVENIDA JACKSON.

George asintió enérgicamente.

Veinte metros más adelante, una tonelada de fuego cayó sobre la acera.

—¿Qué...? —empezó Chico—. ¿Qué estás haciendo aquí? —mientras intentaba de nuevo reconstruir los siguientes pasos: D-t había dicho...

—Puede... —el rostro de George se frunció, se tensó—. *Puede* que todavía haya gente ahí. Tenemos que ayudarla.

—Oh —dijo Chico, y pensó: Está loco, lo cual es como (pensamiento residual) el pote llamándole a la olla oxidada hija de puta.

Caminaron *a* través del sol.

George seguía riendo.

—¿Qué...? —preguntó Chico, sin esperar ninguna respuesta.

—¿No estás asustado? —dijo George.

—Creo —dijo Chico— que si alguien apareciera en este momento y me dijera:

«¡Uh!», me cagaría.

—Cuidado —George empujó a Chico hacia un lado, pero Chico no estuvo seguro de a causa de cuál pieza de escombros a su alrededor.

Simplemente puedo vivir hasta convertirme en un hombre viejo, y vivir a través del proceso llamado morir, y luego ya no viviré más, no importan las revelaciones que haga o no haga aquí, pensó Chico, y sintió frío. Alzó la vista; el fuego desgarraba la noche.

—¿Crees que vamos a salir de esto vivos? —George seguía sonriendo.

¿Qué tiene que ver June, se preguntó Chico, con este momento en la vida de este hombre? ¡El fuego y su pelo son dos oros distintos! Y sin embargo, ella da vueltas... Los ojos de Chico miraron a su alrededor.

—¡Allí...! —Señaló—. ¿No está empezando a arder en esa dirección? Podemos ir...

—¡Muchacho, puede que haya gente ahí dentro, quemándose viva!

—¿Crees que hay gente?

—Bueno, nunca vamos a saberlo a menos que miremos.

—De acuerdo —dijo Chico, porque no había ninguna otra cosa que hacer.

Un carbonizado cuadrado de dos por dos se extendía al otro lado de la cloaca. Chico pasó por encima de él.

Entre los adoquines se agitaban los charcos, vivos y fundidos.

El agua, pensó Chico mientras caminaban entre dos de ellos, es hielo fundido. Estaba muy caliente.

—¡Hey, George! ¿George?... ¿Oyes algo ahí arriba?

—¿Dónde?

VII

El Anathémata Un diario de la plaga

[No sabemos quién mecanografió esta transcripción, ni si fueron introducidas en ella todas las anotaciones relevantes ni, por supuesto, los criterios seguidos para esta relevancia. La publicación previa de Orquídeas de cobre pesó posiblemente en la decisión de no incluir sus distintos borradores aquí. (El destino de la segunda colección sólo podemos presumirlo.) Bastante generoso con las palabras alternativas, tachaduras y correcciones, el transcriptor sigue dejando su exactitud en un interrogante: Nada en la transcripción es una clave formal.]

en su hombro y lo desgarró.

Dragón Lady dejó escapar todo su aliento de alguna forma que no era exactamente un grito. Pesadilla retrocedió danzando en la cocina, agitando su orquídea (vacilando un poco); ~~como si/creo~~ creo que estaba intentando comprender lo que había hecho. Dragón Lady se lanzó ~~contra~~ él, intentando cortarle la cara y pateando. (~~No dejé de pensar~~ Pensé: Hay un arte en esas armas que no acabo de comprender.)

Luchó por apartarse, sangrando por la mandíbula y el cuello.

Ella se lanzó de nuevo. Creí que ~~intentaba~~ estaba ~~intentando~~ / iba a ser / empala[da].

Sus tejanos blancos estaban cubiertos de sangre hasta la rodilla. Buena parte de la sangre era suya.

Jetadecobre, ~~como un~~ con una reacción tardía, dijo:

—Hey... —con una voz que nunca le había oído; estaba mortalmente asustado.

Cuervo, Trepnques y D-t se apiñaban en el umbral [cada] uno ~~sobre otro~~ [mirando] sobre el hombro de ~~cada uno~~ de los otros.

(Pensando: acostumbraba a parar los altercados de Dólar, pero ya no pienso meter ni un dedo en esos problemas).

Pesadilla retrocedió contra la puerta mosquitera, ~~Y~~ y su antebrazo / golpeó / ~~hizo un~~ *crac* ~~contra~~ la jamba.

Bromeando en el patio con Pesadilla, Cuervo, Filamento y Cristal, di un traspies y me arañé el tobillo con el borde de los escalones. Más tarde, Lanya vino al altillo y lo vio.

—Hey —dijo—, tendrías que ponerte algo en eso. No juegues así con estas cosas. *Prácticamente te has despellejado el tobillo. No querrás que se te-infecte.*

Todo el mundo siguió tras ellos..., alguien derribó algo en el fregadero. Oí que

una bolsa de basura caía y se desgarraba bajo las botas de alguien. Dos de los chicos pequeños (Woodard y Stevie) permanecían cogidos de la mano y apretando sus hombros el uno contra el otro; Rose, la más pequeña (¿siete años?) y brillante ~~chica~~, estaba allí de pie intentando mirar como todos los demás. Cruzó la puerta conmigo.

Dragón [Lady] ~~estaba haciendo~~ restalló su puño recubierto de hojas hacia delante y hacia atrás, como si su brazo fuera un látigo. (Su codo goteaba.) Pesadilla giró y se apartó; la grava chirrió contra el escalón inferior. Unas gotas salpicaron contra el suelo.

El cielo brillaba mate como el cinc.

Miré callejón arriba..., pensando: No puedes / ni siquiera / ver el final, cuando Trece apareció apresuradamente, surgido de la bruma. Se detuvo a seis metros de distancia, con Smokey y Dama de España detrás ~~chocando con~~ de él.

Dragón Lady se tambaleó, vaciló..., pensé que había tropezado.

Pero agitó la cabeza, fuertemente, lanzó un pequeño y agudo grito, se volvió; y huyó calle ~~abajo~~ arriba.

Smokey tropezó con Trece. Dama de España se apartó.

Pesadilla se irguió, jadeante, agitando los brazos a su alrededor, intentando recuperar el aliento.

Entre sus cadenas, la óptica captó un destello de luz. Al principio pensó que se estaba alargando... Rota, se deslizó sobre su estómago y ~~tintineó~~ se enrolló tintineando / ~~formando un charco entre sus pies / junto a su bota /~~ contra su bota, donde la suela se había despegado a medias de la piel.

Sin ver, se alejó dando tumbos. La cadena se deslizó a medias del bordillo.

Trece ~~sujetó su brazo~~ lo sujetó:

—¿Estás bien...? —y se tambaleó con él.

La puerta crujió a mis espaldas; dos personas habían vuelto a entrar.

—Ven conmigo —dijo Trece—; simplemente ven conmigo.

De vuelta en la sala de estar, California estaba contemplando la pared al lado de la puerta. Se había echado todo el pelo por delante de su hombro y lo estaba examinando con atención.

—Jesucristo —dijo—. Mirad esto. Quiero decir, Jesucristo. Aquí es donde fue a salpicar cuando pasó por aquí. —Empezó a tocar una de las manchas del tamaño de diez centavos, ya ~~marrón seco~~ secas, pero agitó la siguió examinando su pelo—. Quiero decir / Jesús.

Cuervo, Jetadecobre y Catedral frunció el ceño a la constelación de aquella sangre, pero siguieron.

—¿Habéis visto la forma en que se lanzó contra ese hijo de madre? —dijo Pimienta en alguna parte fuera en el pasillo—. Pensé que iba a *matarle*. No la culpo, hombre. No la culparía por nada, teniendo en cuenta como se comportó ese hijo de

madre. ¿Viste la forma en que se lanzaron el uno contra el otro, hombre? Nunca había contemplado nada así en toda mi vida. Realmente pensé que íbamos a tener carne picada para cenar, por la forma en que él se lanzó contra ella con ese esa orquídea, hombre, realmente pensé...

Volvió [a entrar] a la cocina.

Rose estaba mirando por la puerta mosquitera, con un oscuro puño alzado junto a su rostro barbilla. Fui tras ella y miré también. Los otros cuatro niños estaban fuera.

Sammy estaba de pie en el lugar donde el bordillo desembocaba en la calle. Con la puntera de su zapatilla tocaba la serpiente de la cadena de Pesadilla.

Stevie, que estaba sentado en los escalones, se puso en pie.

Sammy empezó a alzar la cadena.

Stevie dijo:

—¡No toques eso, negro!

Marceline rió, pero yo no pensé en aquello.

Sammy ~~alzó la vista~~ y pareció azarado, fue a coger una tabla que había tirada en la calle y jugueteó con ella.

Toqué a Rose en el hombro y se sobresaltó.

—¿No quieres jugar con los demás niños fuera?

Ella se limitó a parpadear. (Alguien tendría que hacer algo acerca de esa confusión del pelo negro de los negros..., cortarlo muy corto, supongo.) Luego Salió y se sentó en los escalones, tan lejos de los demás como pudo.

Sólo Stevie y Marceline eran realmente amigos. Woodard (que tiene una especie de color mostaza, tanto en su piel como en su lanudo cabello) se limita a flotar a su alrededor.

Siento pena por todos ellos.

Más tarde, aquella misma noche, y utilizando una tabla de pino como base para escribir, salí ~~a sentarme~~ y me senté en los escalones / y / ~~trabajé~~ elaboré mi un poema. Llevaba allí quizá dos horas cuando observé que la cadena ~~había sido~~ no estaba.

Permanecí sentado unos minutos más. Luego volví dentro.

Poco después de que Denny saliera esta mañana, Lanya me trajo de vuelta mi bloc de notas..., éste. Lo primero que hice fue mirar dentro de la tapa delantera.

—¿Qué pasa con los nuevos poemas? —pregunté.

—Puesto que están todos en hojas sueltas, decidí guardarlos en el cajón de mi escritorio. Si los quieres...

—No —le dije—. ~~Así~~ [¿í?] es probablemente mejor. Podrían caerse.

—¿Viste el artículo / en el *Times* acerca / de ti y los niños? —preguntó [ella] cuando fuimos al patio de atrás.

—No —dije.

Así que me lo contó.

Me hizo sentir extraño.

En una ocasión volvimos /arriba/ al /al atillo/ para buscar algo. Ella encontró un trozo de papel allá /entre/ la pared y el colchón.

—¿Has terminado con éste?

La miré.

—Supongo que sí. En realidad no está completo. Pero ya no estoy interesado en él.

—Me lo llevaré a mi casa y lo guardaré junto a los otros. —Y se lo puso en el bolsillo de su camisa; luego saltó abajo y exclamó cuando llegó [al suelo]:

—¡Ayyyyy!

Pensé que se había torcido un tobillo.

Pero no era en serio.

Fuimos a la cocina; ella miró el pote del café en el hornillo y frunció el ceño ante el revoltijo.

Entró D-t con un periódico.

—Hey, hombre, eso es algo, ¿eh? —Lo había doblado de modo que se viera el artículo.

Estaba en la página tres.

—Lo que querría saber —dijo Lanya, mirando a través de la puerta de la sala de estar a Stevie y Woodard (Tarzán estaba llevándolos para arriba y para abajo como si él fuese un caballo)— es qué vas a hacer con ellos.

Yo ~~estaba apoyado contra~~ estaba apoyado contra la puerta de la nevera con los dedos clavados ~~alrededor~~ en la tira de goma que da la vuelta por la parte de dentro ~~de la puerta~~.

—Ni siquiera menciona a George. —~~Fui apartado~~ Me aparté—. Lo hace sonar como si yo los hubiera salvado a todos con mis únicas manos. Fue una maldita idea de George. Yo simplemente pasé por allí...

Entró Rose, dando un portazo, y miró a Lanya en su camino a la otra habitación. Lanya sonrió: Rose no, y siguió andando. En la puerta se detuvo, miró a Tarzán y a los chicos, suspiró, se dio la vuelta, desanduvo el camino —¡bang!— hasta los escalones de la entrada.

Sammy estaba jugando en mitad de la calle y no la miró.

D-t apartó la basura que había encima de la mesa (Marceline, en la habitación con Tarzán, estaba diciendo en voz alta: «¡Déjame! ¡Déjame...! ¡Oh, vamos, déjame!» y se sentó en la caja de leche puesta del revés para leernos el artículo. La caja era tan baja que el sobre de la mesa le llegaba a la altura del pecho. /Leyó la parte acerca de:/

—«... durante el holocausto, penetró en una casa de madera pegada a una tienda de alimentación ya en llamas y liberó a cinco niños atrapados en el dormitorio de atrás del segundo piso. Según parece, la puerta del dormitorio había sido torpemente

asegurada con el respaldo de una silla debajo del picaporte...»

—No era una silla —dije—. Alguien había tomado una jodida banqueta de piano y la había colocado junto a la puerta. Cuando se volcó las malditas partituras se esparcieron por toda la alfombra. ¿Por qué no menciona a George?

—Habla[¿s?] como si tuvieras a un periodista de pie aquí al lado, observándote —dijo D-t.

Dije:

—No había nadie —dije. Un trozo de goma se soltó, cayó, y no pude ver dónde había ido a parar, entre la nevera y la fregadera—. Sólo George.

—¿En[t]onces cómo lo saben los que escriben sobre ello? —preguntó Lanya.

—No lo sé —dije—. En realidad fue George quien abrió la puerta. Todo lo que hice yo fue tirar de las patas de la banqueta. La banqueta se volcó, y todas las partituras cayeron. Sobre la alfombra. La parte superior del banco quedó todavía encajado.

—Quizá George hable con algún periodista esta tarde —dijo Lanya—. Puede que se lo haya contado a los periódicos, Chico.

—«... se informa que los niños están a salvo, pero no sabemos...»

—Por supuesto, no suena propio de George desentenderse. —Lanya suspiró e hizo un curioso movimiento con la mano, raspando con su palma la grys[¿i?] fórmica—. Oh, Chico...

~~Dentro~~ Tarzán relinchó fuertemente, y la risa de Woodard, parecida casi a un hipido, resonó encima de él, cubierta a su vez por el chillido de Marceline.

—La auténtica cuestión —Lanya alzó la vista— es qué vas a hacer con ellos. [¿]Vas a tenerlos aquí[?]

—Estás jodidamente ida... —dije.

D-t dijo:

—Los chicos como ellos...

—¿Cuántos días hace de eso? —murmuré—. ¿Cuántos días desde que Pesadilla y dragón [sic] Lady casi se mataron el uno al otro? ¡Mirad! —Me dirigí a la puerta de la sala de estar—. ¡Hay sangre por toda la maldita pared...!

Con el puño contra su barbilla, Stevie me estaba observando. Tarzán se había sentado sobre sus talones y miraba esforzadamente hacia otro lado.

—¡Llévame! —dijo Marceline—. ¡Llevaste a Woodard antes! ¡Ahora me toca a mí!

—Sí —dijo Woodard—. Ahora le toca a ella.

Volví a la cocina.

—¿Qué vas a hacer con ellos?

Le dije:

—No lo sé.

Tarzán relinchó de nuevo.

*Tres grapas en la parte inferior de
La página de arriba sujetan un doblado
rectángulo de papel de periódico. El
final de la columna o ha sido arrancado o
(la hoja falta desde el doblado inferior) ha
sido manejado tan frecuentemente que
ha terminado rompiéndose:*

LAS ORQUÍDEAS DE COBRE
FLORECEN BAJO UN
NUBLADO CIELO

Este encantador libro, o mejor librito, se ha convertido ya en un lugar común en Bellona, en las mesitas de noche al lado de la lámpara de lectura, en los bolsillos de atrás de los pantalones de los jóvenes en el parque, o metido, junto con el *Times*, bajo el brazo de la gente que va de un lado para otro de la ciudad. Este crítico solamente se pregunta cómo nuestro anónimo autor consiguió unas visualizaciones tan vívidas empleando un lenguaje tan simple. Ante un tema tan violento y tan personal, y sin embargo tan clara e ingeniosamente expuesto, pocos familiarizados con el paisaje de Bellona serán capaces de evitar intensas reacciones, negativas o positivas. Si bien las propias emociones del poeta parecen inconexas o extrañas, no por ello dejan de estar expresadas agudamente, incisivamente, y de un modo intensamente humano.

Un auténtico anonimato en una situación como la que tenemos aquí es, por supuesto, imposible. Desde la entrevista con el autor que publicamos hace poco, muchos han aireado simplemente como un secreto a voces que el cultivador de esas resplandecientes flores cobrizas es en real.

Esta mañana salté del altillo tan pronto como desperté. Cuando me fui a la cama, habían sido depositados cuidadosamente en el saco de dormir que Cuervo había abierto del todo para ellos junto al sofá:

Woodard estaba enroscado, vuelto de costado, a un metro del borde del saco. Rose tenía metidos dos dedos *per* en un desgarrón de la tela a cuadros. Un mechón del relleno se asomaba /a medias/ y se agitaba al ritmo de su dormida respiración. Sammy, Marceline y Stevie estaban apretados contra la espalda de Jetadecobre *que*.

Por alguna razón /él/ se había echado a dormir en el suelo al lado de ellos.

Les Desperté ruidosamente a los chicos (cuando ya estábamos a punto de irnos, Jetadecobre se había enrollado en el saco de dormir, la cabeza asomando por un lado, las botas por el otro, y se había encajado debajo del sofá; había un mechón de relleno prendido de su barba) y los llevé a la escuela.

Empujé la puerta y los conduje dentro. Lanya estaba haciendo algo con la grabadora de cinta y alzó la vista, más sorprendida de lo que creí que debería mostrarse.

—¿Todavía no ha venido nadie? —pregunté.

—Cristo, me has sorprendido. —Pulsó el botón de marcha rápida (¿hacia delante? ¿hacia atrás?). Algunas cosas cliquetearon, crujieron y giraron.

—Traje a los chicos.

Rose se adelantó y se sentó inmediatamente en una silla en el rincón. Woodard avanzó reluctantemente hacia la mesa.

Marceline dijo a Stevie:

—Corta ya esto —sólo que no estaba seguro de /qué era/ lo que había hecho él.

—Los otros chicos vendrán pronto —dijo Lanya.

—Estupendo —dije—. Lo que tienes que hacer cuando los padres vengan a buscar a sus chicos por la tarde es añadirles éstos.

Lanya se puso completamente en pie y me miró.

—¡Oh, vamos!

—Yo no puedo tenerlos —le dije—. Ya te lo expliqué.

Apretó los labios hasta formar una fina línea y pareció furiosa.

Me sorprendió el que había esperado que se comportara precisamente de aquel modo.

—¿Qué voy a hacer con...? Sí, ya sé lo que dijiste.

Stevie gritó secamente:

—¡Será mejor que *mantengas* las manos fuera de aquí, negro!

Woodard se volvió ~~apartándose~~ de la grabadora ~~de cinta~~, sujetando torpemente una bobina de cinta, parpadeando con unos ojos verde manzana debajo de la lanosidad /color/ mostaza de sus cejas. Sonrió, inseguro.

Rose se echó a llorar. Los nudillos de su puño se apretaron. Agitó la barbilla, sollozando, y las lágrimas brotaron de las comisuras interiores y exteriores de sus ojos. Sammy, de pie junto a la pared del fondo, ~~avanzó~~ /giró/ la punta de su zapatilla ~~en~~ /sobre/ el suelo y parpadeó.

La siguiente carta está unida con un clip a la parte superior y lateral de la página en la que empieza la siguiente anotación. El sobre, pegado debajo, ha

Qué absurdo...

... disculparse por un agravio no cometido. Pero no habré estado en su fiesta esta noche..., si Lansang le entrega esta misiva. No hay nada menos compasivo que las vulgares circunstancias extenuantemente disculpantes, debido precisamente a su vulgaridad. No hay nada más inquietante para un hombre que admira la sinceridad formal que el descubrir que sólo puede ofrecer «razones personales» como sincera explicación para su quebrantamiento de las formas.

Pero por razones personales, no me habrá sido posible asistir a su fiesta cuando usted lea esto. Me siento trastornado.

Me he mostrado grosero.

Y a menudo he imaginado que ésta tiene que ser la más terrible admisión que jamás pueda hacer.

Discúlpeme.

No resulta mucho consuelo el que los poderosos tengan mayor éxito como mecenas cuanto menos se pongan en evidencia. Estoy preocupado por lo que presuntuosamente considero mi Ciudad. Siempre he tenido la impresión de que cada sociedad debe tener su arte; y que para que este arte tenga una utilidad definitiva, debe estar libre de intimidaciones de los centros de poder.

En consecuencia no he leído sus poemas. Ni pienso hacerlo.

Si yo fuese menos gregario, o Bellona más populosa, podría contentarme con leerlos y nunca conocerle a usted. Pero soy un ser muy social, y Bellona tiene el tamaño social que tiene.

Nos encontraremos.

Y aguardo ansiosamente su segunda recopilación, tan pronto como esté lista. Su publicación, espero, será tan rápida como la publicación de la primera.

Amigo mío, me siento fascinado por la mecánica del poder. ¿Quién en su sano juicio desearía los problemas y responsabilidades del presidente de la nación? ¡Señor, yo querría! ¡Yo querría! Pero uno no puede ser presidente con una abuela judía. Una familia millonaria con conexiones en Harvard ayuda. Una riqueza moderada con fuertes lazos emocionales con Wooster (fabricantes de disolventes en Cleveland) puede ser un claro problema.

¿Debo retorcer el cuchillo?

Una graduación en derecho corporativo en Yale es una cosa; una en patentes en la N.Y.U. (cum laude, 1960, y dos intentos más ante el tribunal examinador de Nueva York. ¿Razones personales de nuevo...? ¡El dolor!) es

también algo.

Divago.

Es muy probable que no esté en casa por un tiempo.

Hasta que nos veamos, reciba mi más cordial saludo,

Roger Calkins

RC;wd

demasiado oscuro para ver.

Oí a Denny decir:

—Está dormido.

Abrí un ojo mi brazo. El otro miraba Con el otro podía ver la parte superior de la puerta. Entonces ella Entonces sonaron pasos abajo / y alguien moviendo algo para subir / ;era[n los de] Lanya! Permanecí tendido, sin moverme, aguardando a que el círculo de su pelo amaneciera por el borde del altillo.

—No estás durmiendo. —Sonrió y acabó de subir—. He colocado a todos los chicos.

—Estupendo —dije—. ¿Por qué te portaste de aquella manera conmigo cuando te los traje esta mañana?

—¿Qué?

Alcé la cabeza de mi brazo y pregunté de nuevo.

—Oh. —Se dio la vuelta en el borde y se deslizó hasta mi lado—. Me siento perezosa..., casi, pero no enteramente, tan perezosa como tú. Y no me gusta imponerme a la gente. —Apoyó su mano en el agujero en la manga de mi chaqueta—. Además, pensé que ibas a quedártelos contigo. —Sus dedos, fríos, eran tocaron la cadena.

—¿Lo hiciste?

Asintió.

Aquello me trastornó.

—Realmente te entendí mal.

—Sé que fue así. Leí lo que escribiste acerca de lo que dije en la cocina /acerca de/ cuando D-t trajo el artículo. —Y no es eso en absoluto lo que tú dijiste, ¿eh?

—Lo que dije fue: ¿Qué vas a hacer con ellos? Quería saber qué disposiciones ibas a tomar para hacer que fueran a la escuela, si era posible; para conseguirles un par de mudas de ropa; quizá un colchón permanente que fuera suyo..., cosas así.

—¿Crees realmente que estarán mejor fuera de aquí?

—Cuando los encontraste, alguien estaba intentando quemarlos vivos. Siempre hubiera podido meterlos con los Richards... —¿Qué hay de algunas de las familias negras de los chicos que tienes?

—Tienes una imagen muy curiosa de esta ciudad —dijo ella—. No hay familias

negras aquí. Algunos de mis chicos vagabundean por ahí en el circo de George Harrison. O de cualquiera que se ocupe un poco de ellos. Algunos, por todo lo que puedo decir, se las apañan enteramente por sí mismos.

—¿Dónde los aparcaste?

—La mayoría con la comuna.

Me eché hacia atrás.

—Hubieran estado mejor fuera de ahí.

—Mmmm —admitió—. Rose fue con una mujer que ha estado cuidando de tres niñas durante un par de semanas. Así que me puse en pie, me estiré, dejé a un lado el trozo de madera que me había servido de plancha, volví dentro..., y de pronto estuve aullando y chillando y riendo, y todo el mundo se asomó para ver qué estaba ocurriendo.

—¡Esta noche corremos! —les dije—. ¡Vamos a correr de noche! Y lo hicimos... al edificio de las manchadas ventanas de cristal (los leones de la ciudad, un parpadeo multicolor a nuestras luces), con Lanya con nosotros, quieta como un ratón; y se produjo una curiosa casi lucha con tres hombres en la calle. Pero después de que se mostraran tan desagradables como se atrevieron, sospecho que se les ocurrió lo estúpido [¿estúpido?] que estaban siendo; de todos modos, fueron empujados un par de veces contra la pared.

En el nido, Denny llenó una botella del cubo de la cocina; yo la llevé al porche y escribí un poco más.

Lanya vino a acuclillarse a mi lado, sus manos sobre mis hombros, su mejilla contra mi mejilla.

[—]Estás /realmente/ lanzado, ¿eh? Quizá quedarte en mi casa no fue una idea tan mala, ¿eh?

—Fue una buena idea.

Dijo, suavemente:

—Me jodió mucho, ¿sabes?, cuando Madame Brown me dijo que te habías ido. Pero cuando vine aquí y todo el mundo me dijo que estabas escribiendo, todo estuvo bien de nuevo. —Tomó el fajo de hojas de papel azul—. Voy a tomarte éstas prestadas para leerlas. Te las devuelvo en veinte minutos. ¿De acuerdo?

—Ajá —dije—. Ya sabes que me siento mejor con esto que con cualquier otra cosa que haya escrito antes. Claro que eso no significa nada.

—¿Lo suficientemente bueno como para tener una segunda recopilación?

Le sonreí.

—Creo que estoy más bien ansioso por no tener ninguna.

Agitó la cabeza, me besó, y se fue con las hojas.

Agitó los dedos.

—Pero hubieras debido conservarlos contigo.

Me tendí de espaldas.

Su mano se arrastró sobre mi estómago.

—No los quería.

—Quizá alguien por ahí en el nido los hubiera querido. Les caían bien a todo el mundo... A mí también me gustaban.

—Tú no vives aquí —dije—. Excepto cinco días a la semana. Y ya los tienes: en la escuela.

—Sí —dijo—. Cinco días a la semana. Acabas de anotarte un punto. —Retiró la mano—. Dime, ¿cómo lo hiciste?

—¿El que? —pregunté.

—¿Cómo lo...? Oh, bueno, sólo estaba pensando en el artículo.

—¿Has oído a la gente hablar de mi artículo?

—¿... tuyo? — El que su sonrisa contuviera menos burla de la que podía contener me hizo saber que se estaba burlando.

—Acerca de mí. Ya sabes a lo que me refiero.

—Curioso... —Alzó los pies con las piernas cruzadas / arrugando / sobre la manta—. La noche pasada en el bar la gente estaba hablando de ti..., como siempre. Pero no se ocuparon demasiado tiempo del rescate de los niños. Discrepa demasiado con tu imagen, creo.

Pensé en ello.

No es lo suficientemente alambicado para ti. Es sólo directamente heroico.

Oí a Denny entrar [¿entrar?] en la habitación, mover cosas debajo del altillo, como buscando algo sin encontrar[lo?] —Lanya miró hacia abajo— y marchando[¿se?].

—Todas las buenas chismorrerías acerca de ti tienen normalmente ese alambicado dualismo de ser malo y bueno a la vez... ¿No te sientes preocupado por tu imagen? —preguntó de pronto.

—Claro que sí.

—Me sorprende —dijo ella—. Nunca parece hacer nada a propósito respecto a ello.

—Eso se debe a que nunca tiene ninguna relación con lo que realmente hago. Mi imagen está en la cabeza de otras personas. Mantenerla interesante es ése [¿su?] problema. Me preocupa de la forma en que me preocuparía la reputación de mi equipo favorito de béisbol. No pienso en mí mismo como un jugador ni siquiera durante un minuto.

—Quizá sí. —Tomó mi mano y acarició el / endurecido nudillo del pulgar que me había mordisqueado / despellejado / rojo rosa de nuevo—. Quiero decir que algún día vas a lavarte a fondo las manos y mostrármelas con una perfecta manicura. Y entonces te abandonaré para siempre. Realmente eres un esquizo, ¿sabes?

Lo cual me hizo reír.

—Sólo [¿?] el artículo que mencionaba George. No creo que sea /no eres que el omitirlo sea bueno para mi imagen. —Empecé a decirlo serio. Y aquello me hizo reír de nuevo.

Escribí hasta que hube terminado; la hallé leyendo en la habitación de delante, la ~~arrostré~~ arrastré al altillo, donde ya estaba Denny; jodimos y jodimos toda la noche. Luego dormimos. Me desperté antes que ellos. Tomé todas las páginas que había escrito en los escalones de la cocina y, a la luz del amanecer, casi demasiado escasa para leerlas, las leí: hice otros seis cambios. Ahora están terminadas.

Las copié (y era ya pleno día), pero descubrí que aún [¿deseaba?] seguir escribiendo. Así que volví a una de las páginas en las que todavía quedaba espacio cerca del final del bloc de notas (ya quedaban muy pocas, y he empezado a hacer anotaciones —como el principio de ésta— en una letra pequeña y casi ilegible en todos los márgenes) y escribí esto, continuando en una página que encontré libre cerca del principio.

Recuerdo este ~~deseo~~ / y deseo/ esto:

Subir a la cabina de un camión, a kilómetros al norte de Florida, y el conductor preguntarme cuánto tiempo llevas haciendo auto-stop, y la luz del sol llena su regazo manchado de zumo de lima y tus desgastados tejanos y él deja que la radio toque música pop durante un rato, a lo largo de todo un distrito; luego hace girar el dial; tu antebrazo arde en el ~~borde exterior~~ de la portezuela, tu pelo se agita y tu mejilla se hiela, y el movimiento se ve acompasado al brotar de la música. Así que permaneces sentado, simplemente respirando, oyendo y moviéndote a través del distrito rojo y verde, con el sol en las copas de los árboles convertido en un tartajeo de brillantes explosiones.

La Ciudad sufre la falta de todo eso.

Pero la mayor parte de nosotros /hemos/ venido ~~hasta~~ aquí por ese camino.

[Aquí las señales de correcciones —excepto una anotación más adelante— se interrumpen. ¿Acaso nuestro transcriptor se cansó de su erudición de aficionado? Lo que ha hecho es más frustrante que útil. Y el lector sensible deseará con nosotros que hubiera anotado las últimas páginas, antes que las primeras; hay media docena de pasajes a continuación donde incluso esos intentos de anotación hubieran sido preferibles a la más informada de las suposiciones. En cuanto a las señales empleadas: las indicaciones de tachaduras del autor son evidentes por sí mismas; podemos suponer que los corchetes significan conjeturas del editor. Los signos de interrogación entre corchetes, sin embargo, con o sin palabra o sufijo adicionales, parece totalmente arbitrarios. Después de mucha discusión, sólo podemos sugerir que las palabras entre barras inclinadas son probablemente añadidos interlineales;

pero incluso el examen más rápido revela que esto encaja sólo en la mayoría de los casos. Mientras nos ofrece detalladas descripciones de clips y grapas, no registra fecha y cabecera de la carta de Calkins (¿quizá no hubieran?), como tampoco menciona si algunas (o todas) las anotaciones estaban escritas a máquina o a mano. La evidencia interna (es un libro de notas con lomo en espiral, no de hojas sueltas) sugiere lo último. Sin embargo, correcciones como: As8[¿í?], En[t]onces y estupdo [¿estúpido?] hacen pensar lo primero. Además, «... con un oscuro puño alzado junto a su ~~rostr~~o barbilla...» y, unas pocas páginas más adelante, «Con el puño contra su barbilla, Stevie...» sugieren el primer borrador de un fabulista que, tras haber hallado una descripción característica para un personaje inventado, olvida que ya la ha usado y la emplea para un segundo. Los epígrafes insertados a la derecha o a la izquierda de las páginas, que hemos impreso en un tipo ligeramente más pequeño, son anotaciones marginales (a veces bastante extensas) hechas en los márgenes de nuestro original mecanografiado con un interlineado algo inferior; muy probablemente representan «anotaciones en una letra pequeña y casi ilegible en todos los márgenes», es decir, anotaciones de una fecha posterior a las situadas a su lado y que hemos impreso en letra normal. (Observen también que la anotación que se interrumpe marginalmente junto a la última anotación del libro de notas continúa como la anotación principal exactamente dos antes que ella.) Considerando las lagunas que son dejadas sin ningún comentario, la anotación de nuestro transcriptor («Aquí falta una página, posiblemente dos») sólo puede hacer que nos preguntemos qué enloquecedoramente especial conocimiento le convenció de que, de hecho, los fragmentos último y penúltimo formaron en su tiempo un conjunto ininterrumpido. Por supuesto, no sabemos bajo qué presiones fue hecha la transcripción. Incluso aunque la descripción de las condiciones en las páginas que la cierran fuera sólo medio cierta (y nuestro transcriptor fuera —digamos— el entusiasta E. Forest, trabajando dentro de la Ciudad), podemos ver fácilmente su abandono de este tedioso método de apertura como una simple necesidad de completar su trabajo; debemos considerarnos afortunados sólo por el hecho de tener ese documento. Por todo lo que sabemos, sin embargo, disponemos aquí de una copia de la transcripción hecha del bloc de notas original escrito a mano; o incluso una transcripción mecanografiada de la copia de un manuscrito. Tanto errores como correcciones pueden haber surgido (o desaparecido) en cualquier generación. De todos modos, atempera nuestra confianza en todo lo que se ha hecho el observar que en una sola página (¡!) ha cometido todos los siguientes errores:

Habla[¿s?] como si tuvieras a un periodista de pie

En[t]onces cómo lo saben

raspando con su palma la gry[s][¿i?] fórmica. (La falta de esa «t» y esa errónea «y» sugieren de nuevo un error de mecanografiado, antes que el de una escritura a

mano.)

[¿]Vas a tenerlos aquí[?]

Luego está la pedante osadía de imponer su solitario «sic»:

... Pesadilla y dragón [sic] Lady casi se mataron el uno al otro..., ¡por la simple falta de una «D» mayúscula y la inclusión de un acento!

Nos coagulamos y disolvemos en torno (no dentro) de la casa, reuniéndonos en los escalones delanteros, dispersándonos en busca de bebida hacia la tienda con el escaparate reventado a dos manzanas de distancia, reuniéndonos de nuevo fuera de la puerta de la cocina, marchándonos... de reconocimiento al patio (lleno de botellas vacías), con quizás una parada en la habitación de delante que Lanya, cuando viene, dice que huele como un vestuario... curioso que ella haya estado alguna vez en un vestuario, o se le haya ocurrido la comparación.

Yo no consigo olerlo.

Esta tarde, cuando salí al patio, Gladis (muy negra y muy embarazada, con una barriga del tamaño de una pelota de baloncesto, sandalias y unos pantalones amplios de colores brillantes) y su amiga Risa (que me gustaría que se pareciera a otra cosa que no fuese una vaca de color chocolate) estaban allí por tercer día consecutivo. Los chistes de los muchachos son detestables, su actitud maníacamente protectora.

Jack el Destripador:

—¡Muchachita, tienes que haber estado jodiendo con un maldito elefante para que se te haya puesto una barriga así! —a lo cual Denny, sentado en el borde de la mesa, estalla en la más estridente de las carcajadas.

Gladis, bajo el brazo de Araña, se agita contra el árbol junto al que están sentados.

La risa del Destripador se interrumpe para dar un trago del garrafón de vino, y prosigue cuando lo deja caer de su boca para pasarlo a Trepnques y Cuervo, rodilla contra rodilla en el banco junto a Denny. (Ayer apuntalé la tabla con un ladrillo de cenizas.)

Gladis mira de reojo y dice:

—¡Que te jodan! —¿Tiene quince años? ¿Dieciséis...?—, chupapollas! —con esa falta de propiedad con que las mujeres se apropian normalmente del vocabulario homosexual o los blancos utilizan la palabra «negro» además de cuando están irritados.

Trepnques dijo por encima de las risas, con festiva ilógica:

—¡No te has puesto la barriga así chupando ninguna polla!

—Bueno, Jesucristo —gritó Araña—, bueno, Jesucristo, si hubiera sabido que... —haciendo grandes gestos mientras bajaba la cremallera de su bragueta y metía la mano dentro. Gladis chilló y se puso en pie y se alejó bamboleándose.

Yo estaba sentado en los escalones al lado de Risa, que cerró su ejemplar de

Orquídeas, se inclinó sobre las descoloridas rodillas de sus tejanos y no me miró.

Tarzán estaba dándole al garrafón de vino, y se lo pasó a otro de los chicos blancos (una ocurrencia digna de ser notada); me tendí hasta que mis rodillas estuvieron más altas que mis hombros, y lo cogí y lo arrastré hasta colocarlo entre mis piernas.

—¿Te gusta? —le pregunté a Risa.

Cuando ella alzó la vista, pasé mi brazo en torno a sus hombros y le ofrecí un poco de vino. Ella esbozó su primera y asustada sonrisa (parece unos pocos años mayor que Gladis, de todos modos: ¿dieciocho? ¿quizá veinte?) y bebió. Dentro del inclinado garrafón, el vino chapoteó como un pequeño mar color ciruela.

—Uh-oh —del Destripador—. ¿Qué va a decir tu amiga cuando venga?

—Que la jodan —dije.

—¿Qué va a decir el amigo de ella? —preguntó Dólar desde alguna otra parte.

—Que lo jodan también —dije.

Denny se inclinó sobre la mesa para coger el otro garrafón. Gladis, dando vueltas y vueltas en sus holgadas ropas verdes (la miran como si fuera su catástrofe personal, un sorprendente regocijo; parece como si fuera a descargar *ahora*; ella afirma, sin embargo, que aún faltan meses), se sentó de nuevo, riendo, al lado de Araña.

Entonces apareció Escupitajo junto con Cristal (discutiendo acerca de dónde estaba un edificio), y dejamos de haraganear en el patio de atrás y nos reunimos de nuevo en los escalones delanteros. De pie junto a Jetadecobre, miré calle abajo: por allí venía Trece.

—¡Hey! —llamó, con la desesperada buena voluntad de los auténticamene aburridos—. ¿Alguno de vosotros quiere venir conmigo? Hey, Chico, tú aún no has visto mi nuevo lugar. ¿Quieres venir y conocer a alguno de los muchachos? —En esta ciudad donde no ocurre nada, es un peligro para tu cordura rechazar algo nuevo.

De alguna forma, con la disputa y el vino y la letargia, yo, la guardia nacional (Jetadecobre, Escupitajo y Cristal) y Denny fuimos con él.

Subimos un montón de oscuras escaleras, con Cristal diciendo:

—Hombre, no sabía que estuvieras tan cerca. Apenas estás a la vuelta de la maldita esquina.

Y Trece:

—Te dije que estaba justo a la vuelta de la maldita esquina; ¿por qué ninguno de vosotros, muchachos, habéis venido nunca a vernos? —Y alcé la vista:

No es que los «heroicos» incidentes acerca de mí adjudicados por el Times no sean ciertos (bueno..., algunos de ellos), ni que los «villanos» difundidos por ahí en los comadreos estén tan distorsionados (bueno..., ídem). Pero los seis minutos aquí, los veinte segundos allí, los cuarenta y cinco minutos vete a saber cuántas semanas más tarde —el tiempo real que se emplea en realizar el acto «heroico» o «villano»—

son un porcentaje tan microscópico de mi vida. Incluso lo que puede resumirse de este diario: arrancarle el arma de las manos de un saqueador; ayudar a salvar a unos niños de una llameante muerte; conducir un victorioso ataque (¡Ja! ¡Estaban locos de miedo!) sobre una ciudadela armada; cojear, con un pie descalzo, chillando por las calles; rescatar al Viejo Faust de unas derrumbantes colinas (y en una ocasión intentar escribir poemas...), son cosas que me han ocurrido, no que yo haya hecho. ¡Lo que tú parezcas estar haciendo y lo que tú creas que estás haciendo son dos cosas tan distintas como para enmudecer cualquier boca que intente una descripción!

Smokey estaba de pie en el arranque de las escaleras; cuando pasamos por su lado, se volvió con Trece para seguirle (a su hombro), respirando como si hubiera estado conteniendo el aliento desde que él se había ido.

Sentado en una de las camas al final del pasillo había un flaco muchacho sin camisa y con tejanos —con agujeros en ambas rodillas—, frotándose los ojos con los nudillos. Probablemente acababa de sentarse en la cama cuando nos oyó en las escaleras.

Otros dos muchachos estaban de pie junto a la ventana. Trece empezó a agitar la cabeza hacia todos lados, muy excitado:

—¡Hey! ¡Hey, muchachos, éste es el Chico! ¡Hey! —No dejaba de señalarme.

—Hola. —Un muchacho negro con un mono gris se apartó del alféizar de la ventana y tendió su mano.

Su amigo, un rubio corpulento (pelo corto), vestido de dril y con botas de la construcción, tuvo su mano lista en cuestión de segundos.

—Oí hablar un montón de ti cuando venía hacia aquí. —El muchacho negro enlazó pulgares conmigo con una fuerte sacudida.

Imaginé que el otro iba a hacer lo mismo. Pero simplemente se quedó mirando, luego se echó a reír, y su mano se agitó torpemente. Así que se la cogí y sonreí. Era:

—Tom —dijo Trece—, y éste es Mak. ¿Dijiste que llegasteis aquí conduciendo?

—Una camioneta —explicó Tom—. Estábamos arriba en Montana, y bajamos hacia aquí..., hasta que se nos acabó la gasolina. —Un conductor de camiones cowboy; deseaba ser amistoso.

—Y ése es Red —de Tom.

Así que enlacé pulgares con Red (el pelo como óxido), que parpadeó soñoliento, unos ojos gris hielo en un rostro oscuro como moka..., otro negro con la piel color mostaza, y éste, pese a sus hombros hundidos, atractivo como el diablo.

Desde un rincón, alguien dijo:

—Hola, Chico —y Tak, con los brazos cruzados, se apartó de la pared de tablas contra la que había estado reclinado. Se echó la gorra hacia arriba y avanzó, el rostro visible desde la rosada línea de su frente allá donde había estado la gorra hasta su

dorada barbilla—. Estoy haciendo de nuevo mis rondas. Traje a estos muchachos ahí a la comuna y tenían ganas de conocer esto. Así que nos dejamos caer en lo de Trece a decir hola.

—Una buena excusa para una fumada —dijo Trece—. ¿No creéis que es una buena excusa?

—Claro —dijo Tom—. Cualquier excusa es buena en lo que a mí respecta.

Smokey, a la que no había visto irse, volvió con el frasco.

Trece lo tomó, lo alzó en su tatuada mano.

—Supongo que pensaréis —dijo— que, con una pipa de agua como ésta, al menos pondríamos un poco de agua en ella, ¿no?

—O crema de menta —dijo Smokey—. Eso es lo que dices siempre.

—Sí. ¿Habéis fumado alguna vez hash con una pipa de agua llena de crema de menta? —preguntó Trece—. Es realmente grande.

Mak, aún junto a la ventana, hizo un gesto hacia la cama.

—¿Conseguiste una botella de..., qué es eso? ¿Mountain Red?

—No —dijo Trece—. No es lo mismo.

Las mejillas de Trece se hundieron; el frasco se llenó de humo.

—¿Conseguís mucha droga? —preguntó Tom.

—Oh, hombre... —Trece tosió y tendió el frasco a Red—. No puedes mantener nada así pasando la ronda durante más de cinco minutos. No, no tenemos mucha. Una vez alguien trajo una funda de almohada llena. ¡Muchacho! Toda una almohada con sacos de plástico llenos de todo tipo de droga. Ese tipo mexicano.

—¿Era mexicano? —preguntó Smokey—. Era recio, rubio...

—Hablaba como un mexicano —dijo Trece—. Quiero decir que el acento con el que hablaba era mexicano. No era un acento español. Ni portorriqueño. Suenan distintos.

Asentí.

—Sin embargo —dijo Trece—, ¡duró eso! —Sonrió hacia atrás por encima de su hombro—. *Ella* quizá pesara un par de kilos menos. Pero ésa es la única forma que tienes de saber que estuvo ahí. ¡Lo aprisa que pasamos a través de *toda* esa mierda..., hombre!

—Debéis tener todo tipo de... Oh, gracias. —Mak tomó la pipa de Red, chupó y dijo—: Se ha apagado.

—Hey, espera un minuto. —Trece encendió otra cerilla.

—Debéis tener todo tipo de droga en esta ciudad —dijo Mak.

Smokey, ahora con la jarra, estaba tendiéndosela a Jetadecobre, que dijo:

—No creo que hayamos visto nunca un pirado en Bellona, ¿sabes?

—Yo sí —dije.

Cristal se echó a reír.

Tak dijo:

—No tenemos mucha droga aquí. No dinero, no droga. Es una forma de hablar, claro.

—Creo... —dijo Trece—. ¿No lo dirías tú así, Chico? Quiero decir, puedes decir esto acerca de la mayoría de tus muchachos, ¿eh? La mayor parte de la gente de aquí ha *tomado* montones de droga. Pero no tenemos demasiada gente aquí que la *necesite*. Si entiendes lo que quiero decir.

—Eso suena muy bien —dijo Mak.

—Quiero decir que si la *necesitas* —dijo Trece—, simplemente no hay ningún lugar donde puedas conseguirla. Me he puesto de todo en el brazo, o por la nariz, o barriga abajo cada vez que he podido, en una u otra ocasión. Y me ha gustado toda. Pero no *necesito* nada, ¿entiendes? Por supuesto... —tendió el brazo y me cogió la jarra—, me gusta darle un toque de tanto en tanto.

Todo el mundo se echó a reír.

Yo también.

Y todo el humo se escapó de mi nariz y escoció.

—¿Habéis pensado alguna vez en lo especializada que es Bellona como ciudad? —estaba diciendo Tak. Se había situado delante de la cama, los puños en sus deshinchados bolsillos, manteniendo la piel apartada de su velludo estómago. El edredón rojo estaba roto en dos lugares—. Quiero decir que Bellona tiene gran cantidad de algunas cosas y nada de muchas otras. Una vez conocí a un tipo que *no* podía irse a dormir a menos que antes escuchara un poco la radio. No puede vivir en Bellona. Hay gente que *tiene* que ir al cine, o se pone nerviosa. No puede vivir en Bellona. Algunas personas necesitan tener chicle para sobrevivir. He encontrado caramelos rancios, chocolate mohoso, galletas y pasteles; pero todo el chicle ha desaparecido de las tiendas de dulces. Los masticadores de chicle no pueden vivir en Bellona. Sin mencionar los cigarrillos, puros, pipas: el tabaco de las máquinas automáticas se puso rancio un par de semanas después de que nos viéramos cortados del mundo, y supongo que los cartones y paquetes almacenados fueron lo primero que limpiaron los saqueadores. Nunca he visto a un fumador en Bellona.

—Algunas personas necesitan sol, noches claras, brisas frías, días cálidos... —dije.

—No pueden vivir en Bellona —prosiguió Tak—. En Helmsford, conocí a gente que nunca caminaba más trecho que el que separaba la puerta delantera de su casa de la portezuela de su coche. No pueden vivir en Bellona. Oh, disponemos de una complicada estructura social: aristócratas, mendigos...

—Burguesía —dije.

—... y bohemios. Pero no tenemos economía. La ilusión de una matriz social ordenada es completa, pero se halla escindida por todas esas características

interculturales. *Es una ciudad vulnerable. Es una ciudad saprofita...* Es el lugar más agradable en el que haya vivido nunca. —Sonrió a Tom, Red, Mak—. Me siento curioso por ver si a algunos de vosotros, muchachos, os gusta lo suficiente como para instalaros en ella, convertirla en vuestro hogar, pasar a formar parte de la comunidad.

El frasco hizo la ronda por tercera vez pasando de largo a Tak, que se tambaleaba en el centro del grupo.

—Toma. —Tom, aún reclinado contra la jamba, se lo tendió—. No has dado ninguna chupada.

—Nunca toco la mierda. —Tak hizo oscilar los faldones de su chaqueta—. No, soy un pobre y antisocial cabezadura. No soy hombre de mi tiempo, en absoluto. Además, me pone raro.

Alguien sugirió que fuéramos al nido. Tak, con sus tres descubrimientos bien aparcados en el bordillo de Trece, decidió quedarse un rato más..., después de que Trece, en un gesto de patriarcal amigabilidad, destapara una botella (de la misma marca que las nuestras; debía estar aprovisionándose del mismo escaparate roto de la calle a veces rotulada como Lafayette, a veces como Jessie). El anochecer se perdió en el impulso del día.

—¿Por qué no vamos al nido? —sugirió *de nuevo* alguien. Lo cual, de nuevo, alguien pensó que era una buena idea.

Dama de España, con Cuervo creo que era, habían encendido un gran fuego en el patio, y todo tipo de comida enlatada, con las recortadas tapas abiertas y dobladas hacia arriba, burbujeaba sobre los ladrillos de cenizas, con las etiquetas ennegrecidas y bronceadas por las llamas. Los troncos de los árboles brillaban; y la verja; y el triángulo de cristal en la ventana del segundo piso de la casa más allá.

Nos reunimos a su alrededor, escuchando el fuego. Red, aún descalzo y sin camisa, permanecía acucillado contemplando las brasas, con la parte de atrás de sus tejanos tirando hacia abajo hasta dejar al descubierto la mitad de sus nalgas. Rodeando tres veces su cintura —la llevaba inmediatamente debajo de la cintura de sus tejanos, de modo que en condiciones normales no podía verse— estaba la cadena óptica.

Justo en aquel momento me miró por encima de su hombro, sorprendido; quizá pensó que estaba contemplando su raja.

—¡Maldita sea, acabo de *quemarme*! —Jack el Destripador agitó furiosamente su mano al otro lado del fuego, dando saltos y girando sobre sí mismo. El fuego se reflejó en sus turbios y legñosos ojos.

Miré las cuentas que cruzaban mi pecho, mi estómago, que rodeaban mi brazo; las pude sentir en torno a mi pierna. Alcé la vista y vi que Red las estaba mirando también; luego sus ojos descendieron hasta el lugar donde el hueso de su cadera se asomaba por entre las vueltas de la suya. Y volvió a alzar la vista hacia mí. Sus

manos, desequilibradas, estaban hinchadas de la forma en que lo están las de algunos grandes bebedores de vino. Fue a hablar.

Dije:

—No quiero oírlo. No quiero saber dónde la conseguiste. No quiero que me preguntes dónde conseguí yo la mía. Que te jodan, hombre. Simplemente no quiero saber... —reteniendo la voz, baja y con un asomo de furia que ni él ni yo comprendíamos.

El negro Mak me observó, con el ceño fruncido.

El blanco Tom hurgó con los dedos en una lata de judías (¿caliente por un lado y fría por el otro?)

Red tragó saliva.

—¡Claro que me gusta comerme un buen coño! —grita California, y empuja a Tarzán hacia atrás.

—Hey, hombre, hey... —D-t se sitúa entre ellos.

—¡Puedes apostar a que soy capaz de comerme cualquier coño! —y empuja de nuevo.

—Oh, vamos, hombre, ¿qué es lo que...?

—¡Me comería *tu* jodido coño si tuvieras uno! —y Tarzán se estrella de espaldas contra la verja.

—¡Bueno, vamos! —D-t, con una mano en el hombro de California, lo aparta, y Tarzán, abandonado, empieza bruscamente a...

... pero la risa de Gladis se convirtió en un chillido, dejándome oír (¿recordar?) el eco de una segunda cosa que caía. Entre todos los preocupados «¿Qué...?» y «¿Quién...?» y no preocupadas risas (en su mayor parte de Dólar, alta e insistente), se llegó a la conclusión de que alguien había arrojado una lata caliente a Gladis, que le había golpeado el hombro y se había derramado por todos los escalones.

Red ya no estaba junto al fuego. Y un momento después de pasada la irritación, sentí aquella oleada de relajación que rivaliza con esos ácidos momentos de insoportable amistad cuando las puertas no se cierran. Más tarde, me situé detrás de Dólar y puse mis dedos en su nuca, y apreté fuerte.

—Hey, ¿por qué...? —gimió, con los párpados fruncidos sobre unos ojos de color naranja ante el fuego.

—Por arrojar esa maldita lata.

Sus ojos se fruncieron más y su boca se abrió en aquella sonrisa pizarrosa suya (a punto del estremecimiento, como la de un muchacho en los albores de la pubertad), y dijo:

—Oh, hombre, ¿viste la forma como chilló? Apuesto a que se asustó tanto que hubiera sido capaz de parir *ahí mismo*. —Y se apartó, riendo, mientras D-t agitaba la cabeza, miraba, y decía con gravedad:

—Mierda, hombre.

Tom y Trepnques estaban discutiendo sobre geografía, lo cual nos llevó del patio a la cocina, de la cocina a los escalones de delante, de los escalones de delante al patio. Todo el mundo estaba tambaleándose e inclinándose y aferrándose la barriga con las risas.

Luego ese altercado con Denny:

—Hombre, no me gusta irme a la cama contigo cuando estás borracho —explicó tres veces, tristemente, sólo que yo sabía que si Lanya hubiera estado allí, él hubiera venido pese a todo; vino, pese a todo. Me desperté más tarde para descubrir que se había ido; me desperté de nuevo, más tarde aún, y estaba tendido a mi lado, con sus pequeñas y calientes nalgas apretadas contra mi barriga, mientras el continente de su espalda, musculoso y vertebral, se alejaba en el grisor. No había resaca cuando me levanté, pero notaba los intestinos algo sueltos, de modo que sabía que la primera taza de café o incluso el primer vaso de agua que bebiera me haría cagar como un infierno. Me había ido a dormir sin quitarme los pantalones. Me los abroché de nuevo y me dirigí al pasillo.

Red salió del cuarto de baño, me lanzó una mirada curiosa, y se dirigió al porche de servicio mientras yo seguía pasillo adelante, intentando imaginar qué había cambiado en él. Le miré de nuevo cuando crucé la puerta: había una cadena proyectora colgando en torno a su cuello; supuse que la había tomado del maniquí en el cuarto de baño. Abrí la puerta del cuarto de baño: comprobé.

¿Cagar ahora?, me pregunté.

En vez de ello volví al porche de servicio.

—¿...quieres decir la que va a tener el bebé? —estaba preguntando Red, a lo que Dólar le respondió, mientras yo me detenía para observarles:

—Bola de Fuego, ¿qué es lo que te pasa? No la *preñada*; ¡la otra!

—Oh, la *otra*. Seguro.

(Así que en algún momento, mientras yo estaba dormido, Red había adquirido su primera cadena y un nombre.)

Me recliné contra el marco de la puerta.

—¿Bola de Fuego?

Red se volvió.

Medio vaso de vino chapoteó de un lado para otro en el fondo del garrafón cuya asa sujetaba Dólar con el dedo índice. Lo alzó hasta su boca con las dos manos, lo bajó de nuevo, y me miró con unos ojos brillantes, húmedos y rosas.

—Yo y Bola de Fuego vamos a buscarnos un coñito, si aún está libre, ¿sabes? ¿Vienes?

Le dije a Red / Bola de Fuego:

—¿Dónde están tus amigos, Tom y Mak?

—Se han ido.

—Les asustamos, ¿eh?

—¿Sabes?, son más bien... —hizo un gesto con la mano. Significaba remilgado / normal / no imaginativo..., el mismo gesto con la mano que utilizaría un paciente de una institución mental para describirle a otro a un tercero que aquella mañana está particularmente fuera de alcance: la palma hacia abajo, los dedos abiertos y agitándose—. Son buenos chicos, sin embargo. Me trajeron casi todo el camino hasta aquí. Me trataron bien. Luego, cuando la camioneta dejó de andar, no pareció importarle que siguiéramos juntos, ¿sabes?

—*Vamos* —dijo Dólar. El garrafón golpeó contra el marco de la puerta cuando se puso en pie.

Volvimos con él por el pasillo.

Abrí la puerta de la habitación de atrás y entré primero, con Dólar y Bola de Fuego inmediatamente detrás de mí. Hacía mucho calor. California, acucillado en la semioscuridad, se alzó a nuestro lado y rió:

—¡Maldita sea! Jetadecobre y Cristal están metidos en un jodido campeonato. — Se oyó a sí mismo y decidió cambiar el énfasis—. Un jodido campeonato, hombre. — Rió de nuevo, agitándose tan cerca de mí que el pelo que caía sobre su hombro rozó mi brazo.

Gladis y Mike, durmiendo rodilla contra rodilla; frente contra frente: el pelo largo de él, largo y claro, reposando suavemente sobre el de ella, denso y negro, el brazo de él apoyado sobre el cuello marrón de ella; el brazo de ella sobre su propio vientre. Roncaba.(Fantasía: Estaban curvados, frente a frente, el uno hacia el otro, como dos comillas encerrando una elipsis reducida a un punto unitario)

Delante del león, rampante en el alféizar, los escorpiones dormían o permanecían sentados. Jack el Destripador, dando vueltas por ahí pasó por encima de la dormida Gladis y uno de los no miembros que ocasionalmente se deja caer por aquí, Dama de España —chaqueta negra, tejanos negros, botas negras, con enmarañadas cadenas negras sobre unos brazos apretadamente doblados y un ceño color medianoche intensamente fruncido— estaba reclinada contra la pared, hombro con hombro con Revelación, que estaba desnudo, el dorado pelo de su cabeza una revuelta aureola, y, alzándose de sus ingles también revueltamente doradas, lo que supuse que era una media erección, de un rosa más profundo que el resto de su perpetua rojez. Tenía las manos metidas entre sus nalgas y la pared, y su expresión, aunque tan intensa como la de Dama de España, estaba vacía de contenido.

Risa gruñó: Jetadecobre ¿gimió? ¿jadeó? encima de ella, agitando su pecoso culo entre las oscuras rodillas de la muchacha. El saco de dormir donde habían empezado (el de Cuervo, abierto encima del quemado colchón) se había enrollado hasta convertirse en una gris pitón bajo la espalda de ella. Sus codos se apartaron del

cuerpo de él (Jetadecobre llevaba todavía su chaqueta), se agitaron y cayeron, una mano palmeando el colchón, la otra sujetando el brazo de él.

Cristal permanecía sentado en un rincón, las rodillas alzadas, los antebrazos sobre ellas, la cabeza apoyada contra la pared, dando largas y profundas inspiraciones.

—Hey —California apoyó su mano sobre mi hombro y susurró—: ¿Te apuntas?

—Veamos qué hace ella cuando él termine. —Pero mi pene estaba medio endurecido, y pude sentir mi corazón en él durante una docena de latidos, hasta que moví la pierna.

La Vida en el Antro del Comportamiento, Episodio Dieciséis Mil Seiscientos Treinta y Siete: el Corpulento Catedral, más corpulento que nunca, acucillado la noche pasada de espaldas a la casa, discutiendo el comporta miento de las superabundantes ratas, con media docena de nosotros de pie a su alrededor, escuchando... Gladis acababa de entrar acunando un pobrecillo ratón muerto que había que echar a la taza del water.

—Seguro —esgrime el astuto, diminuto y oscuro Ángel, que está borracho—, las semejanzas entre ratas y gente son muy amplias. ¡Pero sospecho que las diferencias son del orden del factor de las diferencias en peso corporal entre un subalimentado ratón y una mujer embarazada de ocho meses! —(¿Están el arte y el sexo remplazando al sexo y la muerte como preocupaciones principales en la mente seria? La vida aquí terminará haciéndome pensar así.)

—Está realmente loca —dijo California—. ¡Quiere cualquier cosa que puedas llegar a imaginar, hombre! La mayor parte de las damas, excepto... —hizo un gesto con la cabeza hacia Dama de España, que le estaba diciendo algo a Revelación, que parecía no escuchar, luego volvía a observar—, están fuera ahora. ¡Pero hace unos momentos *todas* estaban ahí trabajando en ella! ¿Viuda Negra, muchacho? ¡*Huau...*! Era todo un espectáculo de televisión...

—¡Hey! —dijo Dama de España desde su lugar junto a la pared—. No eches nada de esa mierda sobre *nosotras*. —Alzó la barbilla con un gesto brusco—. Eso no fue nada como lo que practicáis *vosotros* los chicos.

—Ajá —dijo Revelación. Frunció los ojos, se rascó el labio superior con unas uñas que desde allí podía verse que estaban limpias—. Fue algo distinto. —Volvió a ponerse la mano detrás—. No fue como esto.

—Infiernos —dijo California—. Han estado practicando *sexo* con todas... —Miró a Dama de España, que había vuelto a mirar—. Bueno, han estado *practicando* todas las posibilidades... que cabe imaginar. Sea como sea, me puso cachondo. —Sonrió bruscamente, se inclinó más cerca—. Sólo que a *esta* cerda le gusta que le metan el aparato en el coño. Así que, naturalmente, llamé a las fuerzas de choque. ¡Bueno, hombre, no me gusta *nada* en absoluto comerme un coño de cerda con salsa de polla! —La sonrisa de California se hizo más amplia; empezó a sacudirme el

hombro—. Mierda, me alegra verte, Chico: Entra ahí dentro, y así al menos habrá algo entre sus piernas que no me revuelva el estómago cuando empiece a comerme su coño, ¿sabes?

Alcé una ceja.

La enorme sonrisa se convirtió en una silenciosa risa.

—¡Quiero decir que algunos de esos hijos de madre son *animales*, hombre!

—¿Animales? —Jack el Destripador se puso en pie, intenso y blando—. ¡Tú eres un jodido *puerco*! Cada vez que algún negro saca su polla de ese agujero, este bastardo judío se pone ahí delante sobre manos y rodillas y... —y el Destripador sacó la lengua y frunció expresivamente el rostro, bufando y gruñendo: lo cual hizo que California se echara a reír a carcajadas—. Mierda —dijo el Destripador (con el tradicional énfasis en las dos sílabas separadas), y salió por la puerta.

—¿Quieres que se lo hagamos dos al mismo tiempo? —estaba diciendo Dólar, con la cabeza junto a Bola de Fuego—. Mira, yo se la meto en el coño, hombre, y tú puedes trabajarle la cabeza. Por supuesto, si quieres hacerlo a la inversa...

—Oh, hombre —California se volvió—, ¡la muy puta está *cansada*! ¡Ha estado trabajando toda la noche!

—Ha estado haciendo cosas raras antes —dijo Dólar—. Aceptando a dos tipos a la vez...

—Seguro —dijo California—. Pero eso fue antes, cuando... ¡Oh, no importa!

Jetadecobre terminó, se puso de rodillas, se levantó lentamente, luego se inclinó de nuevo para tirar de sus pantalones enrollados en torno a una pierna; la otra estaba desnuda.

—Tu turno —dijo a Revelación, al otro lado de la estancia. Jetadecobre respiraba pesadamente—. ¡Será mejor que pongas tu culo ahí encima!

—Ya lo he hecho una vez. —Revelación me miró—. Cristal quiere hacerlo de nuevo. Y el Chico está aquí...

—Ve tú —dijo Cristal desde el suelo—. Necesito otros cinco minutos para recuperar el aliento.

—Entonces que te jodan... —Revelación avanzó unos pasos cuando yo no me moví, dejando a Dama de España junto a la pared—. Yo no *necesito* cinco minutos. —Riendo, pasó por encima de Devastación, que se volvió y se pasó el antebrazo por la cara—. Como he dicho, soy un hombre de mete-y-saca, ¿sabes?

—Bueno, sí —dijo Jetadecobre—. Por eso sólo tardas unos segundos, ¿no? Adelante, chico blanco... —Se apartó, riendo—. Puedes joderla. Ella no tiene prejuicios.

Risa emitió una especie de sonido grave y ronco que se mantuvo unos instantes, mientras su boca se abría y cerraba. Su mano palmeó el colchón, alzó la cabeza. Miró a su alrededor (su pelo era recio y largo, como un chorro de agua oscura que hubiera

brotado de su cabeza y se hubiera congelado), emitiendo aún aquel sonido.

Me produjo escalofríos. Mi pene pasó de media a erección completa. Tuve que ajustarlo con el pulgar para que no me doliera contra los pantalones.

—¡Hombre! —dijo California, observándome.

—¡De acuerdo, corazoncito! —Revelación pasó por encima de D-t, que parecía completamente ido—. ¡De acuerdo, ahí voy, ahí voy! —Algunos de los chicos rieron.

—¡...mierda! —Dama de España se apartó de la pared y se dirigió hacia nosotros, los brazos aún cruzados, agitando la cabeza. Su ceño fruncido se había convertido en una dura e irónica sonrisa en la que había mucho disgusto. Pasó junto a mí: apoyé una mano en su hombro.

—Hey, ¿siempre te vas de esta manera?

(Jetadecobre:

—Mete tu lengua en su boca, hombre. No se divierte si no le das un poco de lengua..., así.

Cristal:

—Estuvo a punto de masticar la mía hasta dejármela hecha unos zorros —y rió.)

Dama de España contempló mi mano, me miró y, sin cambiar de expresión, dijo:

—Deja mi culo en paz, chupapollas.

—¡Oh, hey! —California frunció el ceño—. El Chico te hizo una pregunta educada. No tienes por qué llamarle...

Mirándome directamente a los ojos, Dama de España dijo:

—No te he llamado nada que no sea estrictamente cierto, ni te he pedido nada en un... ¿cómo es? ¿Un tono poco educado de voz?

Asentí con la cabeza.

—Correcto... —y dejé caer mi mano de su hombro.

Dama de España agitó la cabeza, hizo chasquear la lengua.

—Maldita sea —dijo California—. Esas putas siempre están yendo por ahí intentando cortarles los cojones a los tipos...

—Oh, cállate —dije—. Además, ¿qué se necesita para cortarte los tuyos... una cucharilla abollada? Mira: en primer lugar, he chupado mi ración correspondiente de pollas. Y me ha gustado. En segundo lugar, mis cojones están colgados de ahí con cinco centímetros de cable de acero. Se necesita mucho más que cortar un poco para conseguir *soltarlos* —lo cual California pensó que era algo muy divertido, y se puso a reír a carcajadas—. Simplemente —dije—, tu cosa no es como la de algunas otras personas, y no hay nada que puedas hacer al respecto.

Dama de España agitó de nuevo la cabeza y se abrió camino entre Dólar y Bola de Fuego.

Supongo que Revelación acabó más bien rápido. Ya estaba echándose hacia atrás sobre sus rodillas, el rostro aún inexpresivo, el miembro aún medio duro. Risa sujetó

su brazo con ambas manos. Revelación agitó la cabeza, casi como disculpándose.

—Como dije, corazoncito, supongo que no me toma demasiado tiempo...

Pero California estaba ya de cuatro patas, empujando a Revelación a un lado, los pantalones abiertos, la hebilla colgando, el pene golpeando su vientre como treinta centímetros de gruesa manguera.

Jetadecobre, sujetándose los pantalones con una mano, ayudó a Revelación a ponerse en pie con la otra.

—¿Lo ves? —dijo Revelación—. Incluso la segunda vez, termino en seguida...

—Una descarga es una descarga —dijo Jetadecobre—. El tiempo que tardes en descargar es tu problema.

Revelación dio un inseguro paso que lo apartó de la presa de Jetadecobre y dijo:

—¡Maldita sea...! —y se dirigió hacia la pared. A medio camino me miró de nuevo, y repentinamente exhibió una enorme y rosada sonrisa—. Será mejor que te aproveches mientras aún queda algo. —En la pared, se volvió para reclinarse en ella, las manos de nuevo detrás, los genitales aún congestionados, manchados de jugos comunitarios.

Permanecí de pie, observando, preguntándome cuándo podría maniobrar para ver un poco de coño:

Con una mano, Risa sujetó el hombro de Cristal. Sus rodillas se abrieron, se estremecieron, se recuperaron. Sus caderas iban de un lado para otro casi tanto como arriba y abajo. Estaba haciendo algo con su otra mano..., intentando bajar más los pantalones de él, me di cuenta. Finalmente él hizo una pausa lo suficientemente larga como para permitirle empujarlos hasta sus rodillas y, antes de que ella volviera a alzarse debajo de él, levantó las nalgas y las dejó caer planas. Ella alzó un pie, lo bajó, y por un momento su rostro se volvió de él a nosotros, ojos y boca muy abiertos, la lengua asomando entre sus dientes, luego ocultándose, luego volviendo a asomarse para lamer el cuello de Cristal.

Jetadecobre se acuclilló a su lado... ¿para mirar? Pero se inclinó hacia delante, dijo algo. Cristal frenó su ritmo.

Risa dijo algo que no pude oír, puso su mano en la desnuda rodilla de Jetadecobre, alzó un momento la cabeza, dijo algo más.

—Maldita sea —dijo California—. Los dos han estado en ella cuatro, cinco veces. Cada uno.

Jetadecobre se puso en pie y se dirigió hacia nosotros.

—¡Oh, hombre! —Apoyó su mano en la pared para sostenerse mientras intentaba tres veces meter de nuevo su pie en los pantalones. La transpiración brillaba entre las pecas y el rojizo vello del interior de sus muslos. Luego la tela verde se deslizó sobre ellos. Señaló con la barbilla a Cristal y Risa.

Releyendo esto, se me ocurre que las palabras escritas no te permiten saber si

Jetadecobre se refiere a Risa o Cristal. Su tono de voz en cambio sí lo permitía

—¡No hay nada como ser negro para saber follarse!

Su pie, al bajar golpeó el hombro de D-t (Jetadecobre «Hey lo siento»), que alzó los ojos y dijo:

—Tú tampoco lo has hecho tan mal —y volvió a encajar la cabeza contra su brazo.

Jetadecobre sonrió, metió sus atributos, relucientes como piel mojada, dentro de la bragueta, subió la cremallera y se abrochó el botón de la cintura.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó California; había tomado el garrafón de Dólar.

—No. —Jetadecobre se frotó el espacio entre su barba y su grueso labio inferior con el lado de su dedo índice—. Pero ella sí.

—Creo —dije— que voy a dar una jodida.

—Hey —dijo Jetadecobre—, será *mejor* que lo hagas... ¡antes de que la matemos! —Agitó la cabeza. Su barba estaba húmeda—. Adelante. —Luego salió de la habitación.

Pasé por encima de D-t y casi estuve a punto de caer cuando me enredé con una sábana arrugada entre dos colchones. California avanzó también; metió su dedo índice en la boca de bronce del león, lo agitó ahí dentro, luego me sonrió como si hubiera hecho un chiste. Yo me limité a apoyarme en la pared para observar.

Cristal alzó la cabeza una vez, el rostro brillante de sudor, dientes y ojos completamente blancos. La cabeza y los hombros de Risa se agitaron como si alguien estuviera martilleando las plantas de sus pies. No dejaba de decir «Ughhhh..., Ughhhh..., Ughhhh...», cerrando a veces la boca. El rostro de Cristal cayó de nuevo y ocultó los desenfocados parpadeos de ella.

Me acuclillé junto a la pared.

Las caderas de Cristal, aplastando las de ella, hacían que sus muslos se estremecieran.

Metí la mano debajo de mi cinturón para liberar mi pene; frotó duramente contra una costura o algo, y me dolió. Cristal echó de nuevo la cabeza hacia atrás, se izó sobre sus manos, las nalgas subiendo y bajando. Las manos de Risa cayeron de sus hombros. Inspiró una profunda bocanada de aire, palmeó el colchón; luego se colgó del cuello de él. El talón de uno de sus pies se clavó en el colchón, los dedos muy abiertos, luego curvados hacia dentro.

Estaba emitiendo un sonido que parecía como si alguien estuviera desgarrando una franela junto a tu oído. Cristal terminó.

Sospecho que ella no, o no pudo, o no quiso.

Apoyado aún en sus manos, Cristal dejó caer su cabeza. Ella seguía tirando de sus hombros. Cristal inspiró ruidosamente y se sentó hacia atrás, sobre sus talones.

—Oh, mierda...

Risa dejó caer las manos entre sus piernas.

Me puse en pie y me situé detrás de Cristal. Cuando Risa bajó las rodillas, su pie se deslizó junto a mi bota. Restregó su pantorrilla contra la mía a través de la suave piel. Cristal se puso en pie, tambaleante, de modo que le tendí una mano. Sujetó mi brazo con una de las suyas, intentó subirse los pantalones con la otra y dijo:

—Adelante, hombre. Jode ese coño. ¡Sí! Mierda... —Su mirada era un tanto extraviada, y no se clavó en mí ni por un momento.

Me bajé la cremallera.

La mirada de Risa también parecía extraviada.

Sus pechos oscilaron sobre sus costillas cuando agitó su cuerpo. Tuve que doblar mis rodillas para liberar mi pene. Ella tendió una mano para rascarse el muslo; luego su mano olvidó lo que estaba haciendo y se puso a acariciar su estómago; miraba hacia toda la habitación, moviendo solamente sus entrecerrados ojos. Apoyé mi pie desnudo en su coño. Agitó sus caderas hasta que apreté duro; luego sujetó mi sucio tobillo y se frotó el vello púbico con la callosa planta. Su arqueado hueso pareció deslizarse bajo su mojada piel. Lo que empapaba su vello tenía bajo mi pie una cualidad pegajosa, como légamo de arcilla. Abrió y cerró y volvió a abrir la boca, pero respiraba pesadamente por la nariz. Y sus ojos seguían moviéndose por toda la habitación, sin fijarse en nadie ni en nada. Una gota de agua rodó de lado por su mandíbula.

Aparté el pie.

Ella empezó a manipularse, hundiendo dos dedos en ella, abriendo y cerrando un enrojecido cañón; expulsó aire por la boca, fuertemente, mostrando unos labios pegajosos y entreabiertos.

(Pensé: ¿Quién soy yo aquí de pie en plena erección? ¿Yo, ella, o ellos? No, ninguno.) Solté el cinturón y me bajé los pantalones. Ella adoptó una expresión que era casi una sonrisa y se agitó de pies a cabeza, moviendo la cabeza de un lado para otro; y siguió manipulándose. Cristo.

Me incliné hacia delante. Sujetándome con una mano, cogí una de las de ella y la llevé hasta mi pene. (Lanya me dijo una vez que a montones de tipos se les ablanda si una chica intenta tocar su miembro cuando se lo están introduciendo; a mí me excita.)

Recuerdo que abrí los ojos una vez y vi su tostado cuello tensarse cuando giró la cabeza hacia un lado, luego fruncirse cuando su oreja se apretó duramente contra la mía. Me di cuenta de que estaba tirando de mis pantalones para apartar del camino la hebilla del cinturón. Luego se aferró fuertemente a mí. Fantaseé acerca de chuparle un poco el coño. Y ella chupándole al mismo tiempo el pene a Dólar, por alguna razón; recuerdo haber pensado que eso era lo suficientemente extravagante como para no tener que fantasear en absoluto. En cuyo momento, sin soltar sus piernas

abrazando mis caderas ni sus brazos en torno a mis hombros, ella gritó. Fuerte. Me asustó mortalmente. Pensé: ahí voy. No eyaculé..., pero aquélla fue la primera vez que pensé en el resto de gente en la habitación. Había alguien de pie cerca de nosotros, porque podía ver sus zapatillas inmediatamente delante de mi rostro. Cuando ella empezó a inspirar aire con fuerza, con una especie de sonido húmedo de su boca (que, persiguiendo la mía, finalmente la encontró..., intenté lamer sus encías), pensé que ahora sí iba a eyacular. Pero me tomó otro minuto y medio. Cuando eyaculo, a veces, jodiendo con alguien en quien no estoy excesivamente interesado (o jodiendo de alguna forma particularmente no interesada con alguien en quien sí lo estoy), me viene a la cabeza alguna imagen (o palabras) que permanece en mí unos cuantos segundos hasta que se difumina a algo demasiado difícil de recordar como un sueño: Esta vez fue una imagen de mí mismo, las manos unidas con alguien (¿Lanya? ¿Risa? ¿Denny?) y corriendo entre árboles sin hojas inundados por la luz de la luna, mientras la persona a mi lado no deja de repetir: «... Grendal, Grendal, Grendal...», lo cual, mientras restregaba mi rostro contra su caliente cuello y el hormigueo en mis muslos, pechos y vientre seguía, pareció muy curioso. (¿Específico y primitivo?) Alcé el rostro fuera de las ramas iluminadas por la luna a una habitación inundada con el olor del humo y los escorpiones. ¡Y sonriendo, hombre, como un tigre!

Me senté sobre mis talones, arrastrando las cadenas sobre ella. Mordió una, la mantuvo sujeta entre sus dientes, de modo que tiró de mi cuello. Me eché más hacia atrás hasta que la liberé de su boca, me alcé de rodillas y golpeé contra alguien —Dólar—, que dijo:

—Hey, hombre. Ha estado bien, ¿eh?

—Cuidado —dijo California, intentando acercarse también—. Venga, hombre.

Jetadecobre, sujetando un garrafón, se inclinó al lado de Risa. Cristal estaba de pie inmediatamente detrás de su hombro. Jetadecobre metió una mano bajo el cuello de ella. Risa se apoyó en la rodilla de su mono.

Me puse en pie mientras California gateaba sobre los muslos de ella.

—¡Hey, Jetadecobre! ¡Hombre, ya está bastante borracha! Va a ponerse mala si sigues...

—Sal de aquí —dijo Jetadecobre—. Esto es agua. Me pidió un jodido trago de agua antes, eso es todo.

—Oh. —California deslizó sus manos, trepando, por las piernas de Risa. Un tendón de su muslo se estremeció. California se inclinó sobre ella.

—¡Oh, venga! —dijo Cristal, y golpeó con el puño la cabeza de California—. ¿No puedes esperar hasta que haya bebido su jodida agua? —Pero Risa aferró a California por el pelo, gruñendo, y lo empujó hacia abajo. Cristal contuvo el aliento y la observó beber mientras Jetadecobre inclinaba el garrafón. El agua resbaló por su

mejilla. Murmuró:

—... gracias...

—De nada —dijo California, con la voz ahogada en su coño.

Cosa que Jetadecobre debió considerar lo más divertido que jamás hubiera oído. Estalló en carcajadas. Y derramó agua por todo el suelo.

—Puedes ocupar su boca —estaba diciendo Dólar a Bola de Fuego—. Si quieres, puedes metérsela en la boca y yo se la meteré en el coño. O puedes metérsela en el coño y yo...

Me dirigí a la puerta. A medio camino me di cuenta de que iba a cagarme antes de treinta segundos.

Siam entró.

—¿Todavía está en plena faena?

—La fiesta sigue —dije, y pasé por su lado.

En el pasillo, Escupitajo estaba frotándose la cicatriz de su pecho.

—¿Los chicos *todavía* siguen armando follón ahí dentro? Jesucristo. —Parecía desgraciado.

—¿Tuviste tu turno? —pregunté.

—Sí. Antes. ¡Pero ellos siguen jodiendo y *jodiendo!* Van a matarla o algo así.

—Sólo estás asustado de que ella esté completamente derrengada cuando estés recuperado para la segunda vez —sonreí—. ¿Por qué no entras ahí y ves si puedes terminar con ella? —Luego me metí en el cuarto de baño, me bajé aprisa los pantalones y me senté.

Me mojé todas las nalgas con las salpicaduras, y pasé seis segundos de calambres intestinales que empezaron en mis tobillos. Luego me relajé. Mi miembro colgaba contra la porcelana, tan fría que tuve que deslizar mi mano sobre él para apartarlo. (Nudillos fríos; mejor que un pene frío.) Observé a Escupitajo, aún de pie en el pasillo, a través de la puerta del cuarto de baño. Al cabo de un rato entró en la habitación.

El poder lo es todo. Otra falsificación: no digo cómo conseguirlo o mantenerlo. Sólo registro el vivificante corretear por el vagamente fétido jardín de sus recompensas.

—Grendal grendalgrendalgrendalgrendalgren... —Todavía resonaba en mi cabeza. De pronto me di cuenta de que no había estado escuchando con la suficiente atención; había pisado el freno en el lugar equivocado. La auténtica palabra que había escuchado en el orgasmo y que durante los últimos minutos había estado repitiéndose en mi cabeza era: «... Dhalgren...» Me sequé con parte de la segunda página del *Times* de Bellona del 22 de enero de 1776.

De vuelta a la cama del altillo permanecí tendido de espaldas durante todo un minuto; luego me di la vuelta y golpeé a Denny en el hombro.

Despertó.

—¿Qué?

—Huele mi aparato —dije.

—¿Eh...? —Luego emitió un sonido de disgusto, se sentó, se inclinó y olió. Mi cremallera estaba abierta.

Denny alzó la vista, con el ceño fruncido.

—Tienes caspa por todas partes ahí abajo. —Frunció la nariz—. ¿Qué es?

Me eché a reír.

—La chica de ahí dentro. Risa. —Le sonreí—. ¿Tú no has participado?

—Oh... Vine aquí antes, mientras tú dormías. Entonces casi todo eran chicas ahí dentro. No hice nada. —Se volvió a tender en la cama, de espaldas a mí.

Mi forma de hablar cambia cuando hablo con gente distinta; voy del «escucha» al «hey», del «sí» al «ajá», de una dicción estricta a una informal. Con Lanya, muchas veces, se convierte en un juego, ensalza. Con otros, aplanada. Cuando me siendo trastornado, se puntúa con docenas de nódulos de ruido: «ya sabes», «quiero decir», «algo así como». Dejo tras de mí todo un vocabulario y una sintaxis de las universidades por las que pasé, que empezaron a volver a mí con Newboy, Kamp, aquella entrevista, y con Calkins en el retiro. Es inestabilidad, no afectación; un rasgo auténtico y común. Pero si intentara escribir lo que digo mientras me muevo de contexto verbal a contexto verbal, se leería como falta de carácter, no como una característica. Anoto todas las palabras excéntricas que se producen a mi alrededor: Cristal usó la palabra «... radicalmente...» esta mañana, y varias veces he oído a Dama de España referirse a una «... entidad...», mientras que entre las otras que he oído están «... sentencioso...», «... caravana...» y «... conspicuo...». Pero cuando transcribo una conversación que se produce a mi alrededor, me descubro a mí mismo jugando intencionadamente con todo su abanico verbal, de modo que no suene como una afectación post-literaria, cosa que no es. El modo de hablar de George ni siquiera puede ser escrito para el lector común; Throckmorton (en la fiesta) habla solo en anodinas combinaciones de frases seriales que se convierten por sí mismas en sátiras tan pronto como son registradas pero que, en el momento en que son pronunciadas, consiguen milagros de comunicación. Supongo que simplemente me siento frustrado por lo que las palabras escritas no pueden conseguir. Esta tarde, Gladis, absolutamente embarazada y medio sonriendo, dijo a través de la puerta mosquitera:

—No sabéis... —hizo una pausa e intercaló tres sílabas de risa— ...lo que puedo ver ahí dentro, ¿verdad? —¿Qué signos de elisión, inflexión y melodía pueden convertir ese sonido, o la sensación que produce, en algo inteligible sobre el papel?

Pasé toda aquella noche intentando des cubrirlo.

Así, desgarrado y decolorado hasta tal punto los débiles esquemas de la auténtica voz

que termino con algo tan artificial como el tinte de una tela. ¡Y Calkins, decidido a no leer, aguarda mi próximo libro en esta jerga llamada lenguaje escrito en la que me veo en callado!

Mirando al techo, empecé a dormirme: el tipo de caída en la que tú te observas caer, y todo se vuelve tan enmarañado que te hundes en la maraña.

Y desperté con Denny encima mío, mis brazos en torno a su espalda. Estaba respirando en cortos jadeos, su rostro contra mi cuello, frotándose contra mi vientre. Me pregunté por qué me había molestado en despertarle antes con esa rutina que estaba completamente calculada para excitarle. No le detuve, pero me sentí molesto; así que cuando empecé a insultarle (gruñendo contra su pelo: «... *adelante*, chupapollas de poca monta; *adelante*, mierda flaca, bastardo, culo roto...»), era real: eyaculó casi al momento. Pero por aquel entonces yo ya volvía a tener una erección. En realidad me bastaba con tenerlo apretado ahí encima mío.

Pero él se bajó para empezar a chupar. Supongo que deseaba que hiciera esto cuando lo desperté la *primera vez*; ahora no lo deseaba.

—No malgastes tu tiempo —le dije, bajando la barbilla para observar la parte superior de su cabeza—. ¿No puedes dormirte? —Pero él siguió trabajando (y jugueteando con el agujero de mi ano, cosa que yo le había mencionado que Pesadilla me había mencionado) y eyaculé. Él se arrastró hasta situarse a mi lado, y lo sujeté con las manos en torno a su vientre y su espalda contra mí (como un cálido perro), mientras él se agitaba ocasionalmente como si buscara una posición más cómoda al otro lado de la cama (sí, como intentando dormir con un perro), mientras yo me preguntaba: Si empiezo a tener que fantasear con chicas a fin de eyacular con chicos, quizá no sea tan bisexual como me estoy diciendo constantemente a mí mismo.

Lo sé: soy un monosexual de salón.

Paseando hoy con Lanya, le dije eso.

—Si, él me lo ha dicho también una docena de veces —radió—. *Es encantador. No lo creo. Quiero decir no, no lo comprendo. Te quiere. Me quiere ¿Qué demonios significa eso?*

Pareció sorprendida, incluso dolida. Finalmente dijo:

—Bueno..., cuando alguien utiliza contigo palabras extrañas que tú simplemente no comprendes, ¿tienes que escuchar los sentimientos y obtener así el significado!

—Creo —dije al cabo de un momento—, que cuando lo dice puede que quiera decir que me dejará antes de que lo hagas tú..., que lo dices con mucha menos frecuencia.

—¿Crees que va a dejarnos? —me/nos... Me impresionó—. Dale una razón para que se quede. Yo lo he intentado.

—Eso es difícil, incluso en situaciones mucho más simples. Me pregunto si es algo que tiene que ver sólo con el tipo de gente con el que estamos familiarizados.

Para ti, soy reemplazable. Soy un mono encantador, que además resulta ser mucho más interesante por dentro que por fuera. Creo que una de las cosas más interesantes para ti es la forma en que funciona la maquinaria, con paradas y arranques. Como tú dices, sin embargo, has conocido otros genios antes. No es nada nuevo.

—¡Oh!

—Denny, creo, es el primer Denny que hayas conocido nunca. Para ti es único..., mientras que, para mí, todo, desde los hogares adoptivos en los que ha vivido hasta el ritmo con el que mueve su culo, la protectora brutalidad, e incluso ese pozo de juguetona dulzura cuyo fondo jamás puedes llegar a tocar, su cabezonería en lo bueno y en lo malo: dulce y jodido como es, hay siempre mucho, mucho, mucho de él flotando a mi alrededor. —Giramos una esquina—. Para mí, tú eres la irremplazable: nunca antes te he visto tan cerca, y no te comprendo en absoluto. ¿Dices que a veces actúo como si no te viera? ¡Ni siquiera sé dónde mirar! Vivir contigo a mi alrededor es como vivir en una permanente ofuscación. El hecho de que te guste, o me mires, o pases por mi lado rozándome, o me abrases, o me sujetes, es tan sorprendente que después de que todo haya terminado tengo que examinarlo una docena de veces dentro de mi cabeza para saborearlo e intentar imaginar a qué se parecía, porque estaba demasiado atareado sorprendiéndome mientras ocurría.

—¿De veras? ¡Eso es maravilloso! —Guardó silencio durante el siguiente cuarto de manzana. Luego dijo—: No va a irse. Al menos, no por un tiempo. Aunque puede que tengas razón respecto a quien se marche primero, ocurra lo que ocurra..., si llega a ocurrir alguna vez.

—¿Qué es lo que ves?

—Que eres una persona muy real. E, incidentalmente, yo también. Alguien que tenga tan poco de eso como Denny no va a marcharse antes de conseguir mucho más.

—Suena bien —dije—. Espero que funcione. Me gustáis los dos. Os quiero conmigo. ¡Pero no me dejéis empezar a pensar en ninguno de los dos como en algo seguro!

—No, querido, si puedo hacer algo al respecto.

Oh, sí. Mientras me la estaba chupando, lo detuve a la mitad y le pregunté en qué estaba pensando..., para ser un bastardo. Muy sincero y muy sorprendido, me dijo que en Dólar (me vino como un flash el recuerdo del momento con Risa cuando nuestro asesino casero cruzó por mi mente), lo cual me puso un poco loco. Pero eso es lo que obtuve. Anoto aquí (porque el sexo tiene algo que ver con el amor) que Denny dijo seis veces que me quiere, que admitió casi para sí mismo, con esa expresión tímida como si fuera un atrevimiento para él el decirlo, que siempre se marcha a otra habitación cuando estamos atareados haciendo alguna otra cosa: trasladando el sofá al otro lado de la habitación de delante, arrojando basura al patio a

través de la verja, o cuando estaba intentando ayudar a Catedral a doblar el pedal de la moto para volver a ponerlo de nuevo a su sitio. Realmente no sé lo que siento hacia él, pero soy terriblemente feliz de que *uno* de ellos permanezca aquí. (Supongo que me gustaría que fuese Lanya; ella es más interesante, dentro o fuera de la cama..., aunque éste no es realmente el asunto; en realidad, simplemente desearía que ella estuviese aquí.) Cuando desperté, se había salido de entre mis brazos y estaba enroscado en el rincón, contra la pared.

Cuando me levante y fui a la sala de estar la mayoría aún se guían dormidos. Bola de Fuego estaba sentado en el borde del sofá comiendo algo de una taza con una cuchara. Se puso en pie cuando entré (Filamento, con, extrañamente, Devastación, estaban apretados en el sofá detrás de él; la pálida Viuda Negra, con la oscura Dama de España acurrucada contra ella, dormía en el suelo entre Tarzán-y-la-mayoría-de-los-monos), como si quisiera hablar conmigo. Le hice un gesto con la cabeza.

Me lo devolvió. No parecía ser capaz de empezar, sin embargo, así que tomó otra cucharada.

—Ven aquí —le dije.

Aún descalzo, pasó por encima de una confusión de pies: las botas altas de la Viuda, negras y mates; el blando calzado de ante de Catedral. Apoyé una mano en su hombro.

—Te gusta Dólar, ¿no?

Bola de Fuego dijo:

—Es un tipo más bien curioso. Pero realmente es okay, ¿no? —El delgado negro de pelo color orín exhibió una adormecida sonrisa. Sus ojos parecían círculos cortados de nuestro cielo y encajados en el café con leche de su rostro.

—Bien —le dije—. Búscale. Asegúrate de que no se mete en ningún problema por aquí, ¿entiendes?

Su sonrisa vaciló...

—Alguien tiene que hacerlo. Y yo estoy cansado de ocuparme. Así que ahora es asunto tuyo, ¿entiendes?

... y cayó.

—Bien. —Me saqué con las dos manos una de mis cadenas, se la pasé por encima de la cabeza, y colgué mis puños sobre su pecho. Empujé con uno hacia abajo, mientras el otro se alzaba, los nudillos resbalando sobre su piel. Luego hice lo mismo del otro lado—. Ésta hará pareja con la que tú mismo tomaste, ¿de acuerdo?

Bola de Fuego me miró parpadeando.

—Es tuya. —La solté.

—¿Quieres decir que soy miembro...?

Cuervo, en el suelo, apoyó la cabeza en su codo.

—Así es como actuamos, querido. —Se echó a reír, rodó sobre sí mismo (contra

Catedral, que gruñó) y cerró los ojos.

Bola de Fuego me miró de nuevo. La soñolienta sonrisa volvió.

—De acuerdo —dijo—. Hey, gracias, Chico. De acuerdo...

—Sal a buscar a ese loco bastardo blanco de cara llena de granos.

—De acuerdo —repitió—. Lo haré. —Comió otra cucharada de su taza.

Salí al porche.

Risa estaba sentada fuera sobre una caja, debajo de un árbol, leyendo. (¿*Orquídeas de cobre*? Incliné la cabeza para ver. Sí.) Frotando dos dedos contra la polvorienta esquina del marco sin cristal, la observé, preguntándome si debía bajar y preguntarle qué estaba pensando; finalmente decidí: Jodida mierda, si tienes que hacerlo, hazlo.

Bajé los escalones —la puerta resonó detrás de mí— y crucé el patio.

—Hey... —Me acuclillé a su lado, formando un doble puente con codos y manos (preguntándome cómo podían acumular *tanta* basura en un solo día), rodilla contra rodilla—. Quiero decir: quería saber..., sobre la otra noche.

Ella alzó la vista.

—Te lo pasaste bien, ¿eh? Quiero decir, ¿estabas metida en ello? Porque algunas de las..., una de las mujeres parecía un poco preocupada por ti. Así que quería... saber.

Ella colocó una mano sobre la página, como si no quisiera que yo viese qué estaba leyendo exactamente. Lo cual era extraño. Sus robustas piernas se movieron. Pareció incómoda. Aguardé, pensando: Bueno, probablemente no sea una persona a la que le guste hablar, o quizá simplemente no pueda conseguir respuestas compartidas a preguntas como ésa, sólo eso; o quizá la propia pregunta sea estúpida, o solamente embarazosa. Quiero decir que siempre puede responder: Mira, tonto del culo, ¿por qué crees que lo estaba *haciendo* si no me gustaba? También me sentí estúpido pretendiendo, incluso para mí mismo, que estaba hablando por Dama de España cuando, por supuesto, estaba hablando por mí mismo.

—Quiero decir —murmuré— que sentía curiosidad: respecto a si tuviste la impresión de que alguno estaba..., bueno, forzándote.

Los dos botones superiores de su camisa azul estaban abiertos. Su cobriza piel estaba sucia entre su cuello y su hombro. La otra noche, sus ojos, medio cerrados, habían parecido tan grandes. Ahora, muy abiertos, parecían pequeños. Lo que dijo (de una forma mucho más enérgica de lo que había esperado) fue:

—Eso fue *mío* —y abrió y cerró la boca como para decir algo más, pero terminó repitiendo—: Eso fue todo *mío*. Tú no puedes tomar ningún tipo de parte en ello. Eso es todo. Fue... ¡*mío*!

—Quiero decir... —Estaba sorprendido, pero me limité a encogerme de hombros—. Sólo deseaba saber si... lo pasaste bien.

—¡Averígualo por ti mismo, si quieres! —respondió. Luego, como si eludiera algún golpe anticipado, sus ojos se deslizaron de nuevo a la página. Su puño se deslizó de vuelta a su regazo.

Me puse en pie, mi mente proyectándose una y otra vez a: ¿Estaría dispuesto yo a someterme a la jodienda de un grupo? Bien, de acuerdo, piénsalo. Mientras lo pensaba, crucé el patio. Una: No me gusta que me den por el culo porque, cuando lo he intentado, casi siempre me ha dolido como el infierno. Quizá después de media docena de veces ya no resulte doloroso, sino sólo indiferente (una de esas veces fue hace dos días, con Denny y Lanya, y la parte emocional del asunto, de todos modos, fue hermosa). Pero, Dos: He metido mi polla en los culos de bastantes tipos que obviamente no sentían ningún dolor, sino un montón de placer. Y he estado en la cola y esperado mi turno tanto para el culo de un tipo como para el coño de Risa la otra noche. Así que (Tres:) Si Risa tiene razón, quizás haya algo equivocado *conmigo*, de modo que cada vez —bueno, *casi* cada vez— que un fulano ha intentado meterme su polla me ha dolido jodidamente... De todos modos, si no nada más, sí al menos había dicho algo que me había hecho pensar, lo cual es una de las formas por las que decido si una determinada persona es inteligente.

Mientras subía los escalones, la cabeza de Jetadecobre se asomó por la puerta; pasó junto a mí, bajó, se acuclilló junto a ella (¿como me había visto hacer a mí? Presumiblemente no) y apoyó su pecosa mano en la rodilla de los tejanos de Risa. Se acercaron mucho el uno al otro, conferenciando. Ella dijo algo que a él le hizo reír. (Ella, sin embargo, no parecía demasiado feliz.) Crucé la puerta mosquitera al porche, miré de nuevo por la ventana.

Mientras Jetadecobre se levantaba, Dama de España (con Filamento justo detrás de ella) pasó por el otro lado de la verja, se detuvo con tres dedos engarfiados sobre las astilladas tablas, y le preguntó a Risa —pude oír sus cadenas cliquetear contra la madera, pero no lo que dijo— algo así como: ¿Cómo te sientes?

Risa se volvió un poco, frunció el ceño y dijo:

—Me duele la espalda.

Escupitajo estaba en el porche, de pie junto al fregadero, los brazos cruzados.

—Ella es algo grande, ¿eh? —Parecía resentido como el infierno.

Miré a Risa, volví a mirar a Escupitajo. Estaba sacudiendo la cabeza.

—¿Cuántas veces la debieron joder ayer? ¿Sesenta? ¿Setenta y cinco veces?

—Oh, hombre —le dije—. ¿Estás loco? ¿Crearías dieciséis, diecisiete? ¿Quizá veinte?

—¿Eh?

—Éramos sólo siete, ocho como máximo, *haciendo* algo. Y la mitad sólo lo hicimos una vez.

Escupitajo se lo pensó unos segundos.

—Pero, Jesucristo... ¡Mírala! ¡Está simplemente *sentada* ahí, leyendo tu maldito libro!

—Escupitajo —dije—, joder con un par de docenas de personas en una misma noche es simplemente un prerrequisito para comprender algo que valga la pena saber. —Quiero decir que yo lo he *hecho*—. Así son las cosas.

Escupitajo no parecía creer que aquello fuera divertido, así que volví a la cocina y le dejé mirando. Alguien (¿Escupitajo?) había lavado un montón de los platos.

Ésta es la última página completamente blanca [¿blanca?] que queda.

Releyendo, observo que las anotaciones están en un orden sólo fantasmagóricamente cronológico. No sólo he llenado todas las páginas libres, sino todas las medias y los cuartos de página que han quedado en torno a los poemas o al final de las anotaciones. En algunos lugares donde mi escritura es más bien grande, puedo escribir entre líneas. Tendré que escribir mucho más en los márgenes. Quizá intente escribir de través en las páginas ya llenas.

A veces no puedo decir quién escribió qué. Es inquietante. Con algunas secciones, puedo recordar el lugar y el momento en que las escribí, pero no tengo ningún recuerdo de los incidentes descritos. Del mismo modo, otras secciones se refieren a cosas que recuerdo que me han ocurrido, pero sé más/uy bien que nunca las escribí. Luego hay páginas que, hoy, interpreto de una forma con el claro recuerdo de haberlas interpretado de otra la última vez que las *leí*.

Lo más irritante es cuando recuerdo una anotación, voy a buscarla, y ~~no la encuentro~~ descubro que no está o sólo está en parte: he leído algunas páginas tantas veces que se han soltado de la espiral del lomo. He sujetado algunas de ellas antes de que se suelten por completo, ~~doblando algunas de/~~ doblándolas y poniéndolas dentro junto a la tapa anterior. Llevando el bloc de un lado para otro, sin embargo, se me deben haber caído. Las primeras páginas —poemas y notas del diario— han desaparecido todas, así como algunas páginas aquí y allá en todo el resto.

Algunas más desaparecerán también.

Saco las tiras de papel, con los bordes dentados de las perforaciones, de la [espiral con la punta del bolígrafo. Y escribo más. Mirando la última página, no puedo decir si es la misma que estaba ahí hace un mes o no.

era casi demasiado extraño para comentarlo:

Entré en *Teddy's*. Era tan temprano que me pregunté cómo estaba abierto. Quizá hubiera cinco personas dentro, entre ellas... Jack. Estaba sentado en el último taburete, con las manos (piel gris, cutículas orladas de negro, puntas de las uñas en forma de cimitarras también negras, medias lunas en sombras bajo cuarteada piel) planas sobre la barra. Su pelo formaba como un plumón en torno a su oreja (en el retorcido cartílago: copos blancos. En el suelo de la concha: ámbar seco) y descendía sin cambio alguno en unas patillas que se unían en torno a su barbilla, formando una

hirsuta barba. Su cuello era gris..., con una clara mancha (¿donde se había estado rascando?). Sus párpados estaban hinchados, rodeados de coral y sin pestañas. La corta manga de su camisa: desgarrada por la costura sobre la blanca carne. Encima del tacón de sus zapatos, los calcetines, con ambos talones rotos, se retorcían sobre negras y duras callosidades. El carro de la cremallera de sus pantalones estaba roto. El latón de su hebilla colgaba sobre su regazo debajo de su cinturón..., el pasador se había roto, de modo que había atado con un nudo los dos extremos del cinturón.

—¿Me invitas a una cerveza? —preguntó—. La primera noche que llegué a la ciudad os invité a ti y a tu amiga a una.

—Simplemente pide lo que quieras —dijo.

El camarero alzó la vista, levantó una enrollada manga; desde debajo de sus gruesos dedos, el tatuado leopardo merodeaba la jungla de su brazo.

—La pediría yo mismo —dijo Jack—. Pero, ¿sabes?, estoy completamente hundido. En todos los aspectos. Invítame a una cerveza, hombre, y haré lo mismo por ti tan pronto como vuelva a ponerme en pie.

—¿Cómo es que no le sirves? —le pregunté al camarero.

Apoyó sus nudillos sobre la barra y agitó la cabeza.

—Todo lo que tiene que hacer es pedir lo que quiera. —Miró a los otros clientes.

—Entonces tráenos un par de cervezas —dijo.

—Ahora mismo. —Las botellas abiertas golpearon las tablas delante de nosotros.

—Aquí tienes. —Di un sorbo a la mía.

La botella de Jack permaneció entre sus pulgares. La miró, luego movió los dedos un poco hacia la izquierda.

Lo que había hecho había sido ajustar los espacios de modo que la botella quedara centrada entre sus manos.

El camarero miró de nuevo, frunció los labios —un gesto parecido al anterior de agitar la cabeza— y se alejó, con los puños unidos.

—Aquí no tienes que pagar —dijo.

—Si pudiera pagar —dijo Jack—, lo haría; quiero decir, si tuviera que hacerlo, la pediría yo mismo. No soy un gorrón, hombre. Realmente soy generoso cuando se tercia.

Medité un segundo. Luego dije:

—Espera un momento. —Busqué en el bolsillo de mis pantalones.

El billete de un dólar, en una húmeda pelota, apareció entre mi tercer y cuarto dedo. Estaba tan arrugado que al principio pensé que sólo había encontrado algún papel sucio que me había metido allí (¿un poema desechado?). Lo aplané sobre la barra. Una esquina, a causa del sudor y el roce, se había desgastado hasta la filigrana del marco mismo del «1».

Mientras Jack lo contemplaba, me pregunté qué haría Lanya con el de ella; o

Denny con el suyo.

Jack alzó la cabeza, lentamente. La comisura de su boca estaba cuarteada y llagada.

—Puedes pasarlo muy mal en esta ciudad, ¿sabes? —Sus manos seguían planas. La espuma burbujeaba por la boca de su botella y resbalaba por el cuello, formando un pequeño charco en su base—. Simplemente no lo comprendo, hombre. En absoluto. Quiero decir, he hecho todo aquello en lo que podía pensar, ¿sabes? Pero simplemente parece como si no supiera cómo hacerlo aquí. Desde que llegué... —Se volvió hacia mí. Las burbujas estallaron contra sus dedos—. ¡He sido *amable* con la gente! También hay todo tipo de gente distinta aquí. Quiero decir que nunca había visto tantos tipos de gente distinta como aquí antes. He sido amable y he intentado escuchar, y aprender cómo hacerlo, ¿sabes? Aprender la forma de desenvolverme. Porque aquí todo es diferente... Pero simplemente no sé cómo. —Sus ojos ascendieron por encima y más allá de mí.

Miré hacia atrás.

Jack estaba contemplando la jaula vacía de Bunny. La negra cortina de terciopelo en la parte de atrás se agitó como si alguien la hubiera rozado desde el otro lado.

—Como ese gran negro cuya foto está por todas partes, con su maldita polla colgando. Simplemente no lo comprendo. Quiero decir, no tengo nada contra ello. Pero, hombre, si hacen mierdas como ésa, ¿por qué no ponen fotos de algún buen coño también? ¿Lo sabes tú? Si hacen lo uno, ¿no crees que sería correcto que hicieran también lo otro?

—Seguro —asentí.

—Quiero decir, quizás alguien como yo, o tú..., tú tienes una amiga, ¿no?... esté interesado en alguna otra cosa, ¿no? Cuando llegué aquí, sabía que las cosas no iban a ser como en otros lugares. Fui *realmente* amable con la gente; y la gente también fue amable conmigo. ¿Tak? ¿El tipo que conocí contigo aquí? Bueno, es una persona estupenda. Y mientras estuve con él, intenté ser amable. Quería chuparme la polla, de modo que le dije: «Adelante, hombre, chúpame la jodida polla.» Y, hombre, nunca había hecho *nada* así antes... Quiero decir no en serio como él lo hizo, ¿entiendes? Bien, pues lo hice. Y no lamento haberlo hecho. No tengo nada contra ello. Aunque no es lo que más me guste, ¿comprendes? Me gusta una chica, con tetas y un buen coño. ¿Es eso tan extraño? ¿Entiendes eso?

—Seguro —asentí—. Lo entiendo.

Jack empujó la comisura de su boca hacia fuera con la lengua, intentando romper la costra.

—Supongo que él también lo comprendió. Tak, quiero decir. Sigue siendo amable conmigo. Habla conmigo cuando me ve, ¿sabes? Me pregunta cómo me va, cosas así... Hombre, sólo desearía ver algunas fotos de algún hermoso coño por ahí fuera,

además de todas esas pollas. Quiero decir que es en eso en lo que estoy interesado; me haría *sentir* mucho mejor.

Bebí un poco de cerveza.

—A mí también me hace sentir mejor.

—¿Has estado en esa comuna..., ya sabes, ese lugar en el parque? —Jack contempló el arrugado billete—. Tak me llevó allí. Y supongo que era un sitio estupendo, ¿sabes?

Estuve hablando con esa chica, una de las que dirigen...

—¿Milly?

—Ajá. Mildred. Y ella no deja de hablar y hablar acerca del hecho de que yo desertara del ejército, y acerca de lo bien que piensan todos ellos de los desertores, y sospecho que está intentando ser amable también..., pero al cabo de un tiempo, quiero decir después de un par de jodidas horas de eso, tengo que decir: Señorita, ¿cómo puedes estar sentada aquí hablándome de lo malo que es el jodido ejército cuando tú no has *estado* nunca en el jodido ejército, mientras que yo me he pasado un maldito año y medio en él? Ella no sabe nada del porqué me fui del jodido ejército. Y a ella ni siquiera le importa. —Sus ojos vagaron hasta sus manos, la botella, el charco en la barra, el billete, mis manos...—. Quiero decir, ella no sabe absolutamente nada... —Contuvo el aliento y me miró—. Conocí a Frank en la comuna..., el tipo que se supone que es un poeta. Estuvo en el ejército; y desertó. *Él* sabía lo que yo estaba intentando decirle a ella. Durante un tiempo, allí, él y yo estuvimos muy cerca el uno del otro. No sé hablar tan bien como él, y él lo sabe todo acerca de un montón de cosas de las que yo no sé nada. Pero fuimos a muchos sitios juntos. *Él* fue quien me llevó a esa Casa donde viven todas las chicas. ¿Has estado allí?

—No.

—Bueno, pues es realmente grande, hombre. Algunas de las chicas son muy hermosas..., algunas son muy extrañas también. Y los chicos que van por allí..., bueno, algunas de esas chicas sienten predilección hacia algunos tipos realmente extraños. Supongo que incluso les gusté a algunas de las chicas. Deseaba agenciarme una, una chica pequeñita, ¡tienen algunas mujeres realmente *enormes* allí!, y guapa. Y suave. Y lista. Para mí, el que una chica sea lista es *muy* importante. Si pudiera agenciarme una chica que supiera hablar de cosas y lo comprendiera todo la mitad de bien que lo hace Frank, sería feliz. Y hay algunas chicas realmente listas allí. De hecho, no creo que ninguna de ellas sea estúpida. Aunque un puñado de ellas son más bien raras. Había algunas allí que eran exactamente como yo *deseaba*. ¡Y hubiera podido llegar a acostumbrarme a tener una amiga! Quiero decir que hablé con ellas. Y ellas hablaron conmigo. Pero no podía llegar a ningún lado con ellas. Frank sí podía. Podía quedarse allí desde el miércoles hasta el jueves siguiente y luego empezar al otro día. Yo deseaba quedarme también, pero deseaba más que eso. Ahora

sé que la gente de por aquí es distinta de mí; pero eso significa que yo también soy distinto de ella. Sólo que supongo que si eres demasiado distinto, nadie desea tener nada que ver contigo. Quiero decir que no les importas una mierda. —Sus manos se agitaron en el charco junto a la base de la botella. Frunció el ceño por un momento, y creí que había terminado. Pero dijo—: ¿Has oído hablar del negro..., de ese tipo negro que acostumbraba a venir por aquí: ése al que le dispararon desde el tejado del edificio del Second City Bank?

Asentí.

—¿Sabes lo que piensan...? —Jack se volvió en su taburete, y una de sus manos se abrió ante la pechera de su camisa—. John, Mildred, toda esa gente de la comuna en el parque... ¡piensan que fui yo quien lo hizo! ¡Y se lo están diciendo además a todo el mundo! ¡Se lo han dicho a esas chicas que viven juntas en la Casa! Porque soy blanco, y soy del sur, y no sé argumentar bien y explicar que todos ellos están jodidamente locos..., ¡están jodidamente *locos* si creen que yo hice algo así! — Pareció tan sorprendido de decir aquello como lo estaba yo de oírlo—. Yo..., tenía un arma, ¿sabes? —Su mano se cerró en un flojo puño que cayó, deteniéndose y volviendo a caer, por su camisa abajo, dejando una húmeda mancha.

Asentí.

—Siempre había tenido un arma en casa. Deberían tener armas ahí fuera en el parque, con todos esos locos vagando por toda la ciudad. Todo lo que tienen que hacer es meterse en una tienda y tomar una..., como hice yo. Tenían a gente vagabundeando por el parque a todas horas, llevándoseles la comida. Y alguna de esa gente tenía armas. ¿Subirse a un maldito edificio y disparar contra un maldito negro? —Su mano, flácida sobre su pierna, se crispó—. ¡Jesucristo, yo jamás haría algo así! Pero fui al parque, hombre, y les *oí* hablar. Quiero decir que oí a la gente hablar; luego se volvieron, y me vieron, ¡y se callaron! Frank no ha querido volver a saber nada más de mí. Quiero decir que me dice hola o algo así cuando yo hablo primero, y luego se marcha a hacer alguna otra cosa. Pero cinco veces..., cinco veces he intentado hablarle para descubrir qué demonios estaba pasando, y él simplemente se marcha tan pronto como me ve acercarme. Quiero decir que es como si me tuvieran miedo; sólo que son ellos quienes me producen miedo a *mí*. Temo volver. Mierda, no puedo creer que Frank piense que yo lo hice. Frank es un chico estupendo. Simplemente no quiere que los otros piensen que sigue teniendo algo que ver conmigo. Y yo no sé *qué* hacer con eso. Simplemente no lo sé. Durante un tiempo creí, inmediatamente después de conocerle, que Frank era como Tak. Sé que va detrás de las chicas. Pero escribe esa poesía y todas esas cosas y, bien..., si yo le gustara, podría sospechar que eso formaba parte de ella. Porque no puedo ver ninguna otra maldita razón: es más listo que yo, mayor que yo, y ha conseguido todo lo que desea. Cuando empezó todo esto, pensé que quizá fuera porque nunca he hecho nada con él,

como con Tak, que era..., bueno, que era por eso por lo que se mostraba *tan* malditamente esquivo. Es más bien estúpido, ¿no? Pero este lugar pone ideas así en tu cabeza. Se lo dije claramente; le dije: «Cualquier cosa que quieras hacer..., ¡absolutamente *cualquier* cosa!» Deseé haber sido gay, hombre. Deseé poderle gustar de ese modo. Porque entonces, después de haber estado con Tak y todo eso, aunque yo no lo sea, sé lo que hay que hacer. ¿Entiendes? —Me miró, agitó la cabeza, contempló su botella—. ¿Sabes lo que quiero decir? —Retiró la mano de su pierna y la volvió a colocar en el charco.

—Sigue —le dije—. Lo has planteado de una manera demasiado simple. Pero sigue.

Su mandíbula se agitó unas cuantas veces, pero no habló.

—¿Cómo no has venido a vernos? —pregunté—. Si tienes hambre, ven al nido. Tak te llevará hasta allí si se lo pides. Ir disparando por ahí con un arma tampoco ha sido nunca lo mío. —Estaba pensando en él y en la gente de Emboriky's, pero no dije nada.

No recuerdo haber sido corregido nunca en la escuela secundaria o en la universidad por escribir quién en vez de a quién. Pero, excepto para hacer alguna broma, nunca he dicho a quién en mi vida. Lo cual me hace pensar que hay otras dos expresiones: quién y de quién, que pueden confundirse y que significan cosas muy distintas. He estado usando unas por otras en este bloc de notas durante quizás una semana, y ahora me doy cuenta de que queda un tanto raro, así que procuraré enmendarme.

—Bueno, vosotros... —Jack se volvió un poco de lado a lado. (Pensando: Sus palmas están ahora pegadas a la madera, pero no desea que se vea que está intentando soltarlas.)—. Vosotros, muchachos..., no sé. Todo lo que tienes ahí abajo son negros, ¿no? Después de lo que hice..., de lo que dicen que hice, ¿qué va a hacer un puñado de negros cuando me vean entrar? Vosotros hacéis las cosas un poco rudamente..., robando a la gente por las calles. Y matando a la gente. —Agitó sus inflamados párpados—. No lo digo como algo personal. Tú eres un tipo estupendo. Y eres su jefe, ¿no...? Eso es al menos lo que he oído, ¿sabes? Y no deseo meterme en una mierda así. No tengo nada contra ello, pero... —Frunció el ceño y agitó la cabeza—. La gente habla. Y la gente habla. La gente habla, intentando hacer de ti algo que no eres. Y al cabo de un tiempo, casi no sabes lo que has hecho y lo que has hecho y lo que no has hecho por ti mismo. La gente habla de mí, de lo que hice, aquel día cuando el cielo se iluminó de lado a lado con aquella extraña clase de luz, y ese negro que está en todas las fotos fue detrás de la chica blanca y toda la gente de color organizó un tumulto y arrancó las manecillas del reloj de la iglesia allá en Jackson; dicen que puesto que yo subí a ese tejado y disparé contra el negro desde el tejado, soy responsable del tumulto, de todo, de todo lo que ocurrió allí. Sólo por dispararle a

un maldito negro... —Sus labios, orlados de marrón, se juntaron, se separaron, volvieron a juntarse—. Yo *tenía* un arma. No dispararé... —Hablabla lentamente—. No dispararé contra ese negro. Quiero decir, incluso habíamos hablado tres o cuatro veces. En este mismo bar. Con Tak. Era un hombre agradable. ¿Le dispararé...? No le dispararé... —De pronto se golpeó con los nudillos el lado costroso de su boca—. Fui allí. Eso sí lo hice. Para comprobar el lugar. ¡Y *con* mi arma! Subes por los escalones que hay detrás del edificio del Second City Bank y haces el resto del camino por la escalera de incendios. Puedes ocultarte detrás de la cornisa y apuntar por encima de ella a cualquier lado de la maldita calle. ¡Hombre, si dispararas, podrías alcanzarle a cualquiera! Y yo tengo buena puntería... —Me miró, entrecerrando sus hinchados párpados—. ¿Tú crees que lo hice?

—Eso depende —dije—. ¿Lo comprobaste antes o después de que le dispararan?

Algo le ocurrió al rostro sin afeitar de Jack: la piel entre sus cejas se tensó, la piel debajo de su mandíbula se aflojó. Algo ocurrió también detrás de ella.

—Oh, Dios —dijo tan llanamente como, en una ocasión, le había oído a un hombre decir «ascensor»—. Oh, Dios... —Se volvió hacia el bar—. Todos ellos lo desean tanto, que van a culparme de ello lo haya hecho o no. Van a culparme de ello. Sólo deseándolo.

—Lo sé —le dije.

—¿Qué puedo hacer? No sé qué hacer.

—Tienes que saber quién eres —dije—. No importa lo que ellos digan.

No me miró.

—¿Tú sabes quién *eres*?

Al cabo de un segundo dije:

—Casi dos tercios de ello; así que al menos supongo que estoy en el buen camino. Quizá sea afortunado. —Terminé mi cerveza—. Ven al nido. Siempre que quieras. Pero no traigas tu arma.

—Desearía —dijo Jack al cabo de unos segundos— conseguir algún tipo de trabajo. Un trabajo con el que pudiera hacer algo de buen dinero. Entonces podría conseguirme una amiguita; entonces podría pagarme mi propia bebida. No me gusta sentarme en un bar y gorrear bebidas a los amigos amables.

—Cuando llegué a la ciudad —le dije—, conseguí un trabajo: trasladar muebles. Cinco pavos a la hora. Hubieras tenido que cogerlo. Estaba hecho para ti.

Pero él estaba contemplando el billete de un dólar.

Puesto que la frustración me hacía sentir miserable, decidí que era el momento de marcharme. Me aparté de la barra.

—Hey, Chico.

—¿Qué?

—¿No tomas tu cambio? —Apoyó su dedo medio en el arrugado dólar y lo

deslizó sobre la húmeda madera.

Pensé un segundo.

—¿Por qué no te lo quedas tú?

—Oh, no, hombre... No, no me gusta aceptar limosnas. Necesito un trabajo; hacer un poco de dinero; pagarme mi propio camino.

—Tómalo —dije—. Lo necesitas.

—Bueno, gracias, hombre... —Su dedo, sujetando el papel contra la barra, se deslizó de vuelta hacia atrás—. ¡Muchas gracias! Lo acepto. Te lo devolveré una vez haya ganado algún dinero. Eres un tipo estupendo.

Comentarios aparte: deseo ayudar. Y sentir la ayuda puede resultar imposible. Casi. Lo cual significa simplemente olvidar casi toda la ayuda que he recibido.

Espero que venga al nido.

Con casi todo lo demás fuera de su cabeza, está centrado casi exclusivamente en el coño. Pese a George, y a una ciudad consagrada por las lunas gemelas, sé que tiene que existir alguna deidad femenina más grande (de la que George es sólo el consorte), un pecado que aún no ha recibido ningún nombre (como nunca ha recibido nombre ese sol); todos nosotros la hemos entrevisto, la hemos resentido en el bosque de su conocimiento —cada árbol un árbol de ese conocimiento—, y no queda nada excepto alabar.

Esta tarde Dama de España y Filamento cruzaron tambaleantes la puerta de entrada presas de volcánica risa, recorrieron el pasillo sosteniéndose la una a la otra...

—Hey —dije—. ¿Qué os pasa?

Filamento me miró de frente, frunció los labios, hinchó las mejillas, abrió mucho los ojos e hizo resonar las cadenas delante de sus pechos, haciendo mímica de algo que no entendí. Sus mejillas estallaron con más risas. Dama de España, arrastrando a Filamento por el brazo, se la llevó. Dólar pasó por mi lado, sonriendo.

—¡Hey! —llamó—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Es cosa tuya? Filamento se volvió y repitió su mímica.

Dólar —no estoy *seguro* de que aquello significara más para él de lo que significaba para mí— se aplastó contra la pared, sujetándose el estómago y aullando:

—¡Oh, huau...! ¿Quieres decir...? ¿De veras...? ¡Huau...! —y las siguió pasillo adelante, con una risa más aguda aún que las de ellas.

El sexo entre miembros del nido es lo bastante raro —puedo pensar en seis, no, siete excepciones, incluyéndonos a mí y a Denny— como hacer que me pregunte si básicamente no tengo aquí un grupo totémico exoandrio y/o exógino. La mayor parte del sexo viene de fuera, invitado o no, y finalmente vuelve a marcharse. La séptima excepción fue la sorprendente aventura de Filamento (sorprendente para mí, al menos. Lanya dice: «¿Por qué te sorprendes?») No sé por qué me sorprendió. Me

sorprendió, eso es todo) con otra muchacha alta de aspecto italiano llamada Anne Harrison, que, en su primera noche aquí, tomó luces y cadenas y el nombre de Viuda Negra. Siempre van cogidas de la mano, siempre se sientan rodilla contra rodilla, susurrando, no dejan de recorrer toda la casa riendo, o te las encuentras dormidas en cualquier habitación en cualquier momento, la cabeza de una contra el pecho de la otra, el pecho de una debajo de la mano de la otra; intensas, inocentemente exhibicionistas, y casi sin decir una palabra, desarrollaron a su alrededor, en unas pocas horas, un círculo masculino protector/voyeurista (¿?) que iba con ellas a todas partes, y eso, incidentalmente, disolvió a los monos durante toda la duración del asunto (las dos no eran las favoritas de Tarzán). Al cabo de un par de semanas, la Viuda vino a mí y me devolvió sus cadenas. Aquellos pocos minutos de conversación en el patio fueron el único momento en el que realmente llegué a conocerla, y decidí que me gustaba; decidí que se las ofrecería de vuelta si alguna vez la veía de nuevo (recordando a Pesadilla y Lanya): se fue. Filamento se puso triste, pero no habló acerca de ella; luego regresó a los viejos caminos. Éste parece ser el lugar apropiado para mencionarlo: en una ocasión le pregunté a Denny por qué él no tenía apodo.

—Pesadilla acostumbraba a llamarme B. J. —explicó—. Hasta que le dije que acabara con esa jodida historia. Así que simplemente soy Denny.

—¿B. J.? ¿Qué significa?

—Dejaré que lo adivines.

—Oh —dije—. Hey, ¿cuál es tu apellido, por cierto?

—Durante un tiempo fue Martin. En una ocasión fue Cupp. Dependía de la familia con la que estaba.

¿Hace esta maleabilidad de nombre más soportable mi propia pérdida?

Entonces Tarzán entró por el porche de servicio y dijo: —Miren, señoritas, hay gente durmiendo en la habitación de atrás, ¿eh? —Hay doce tonos de voz con los que uno puede decir eso: tres de ellos hubieran dado como respuesta una disculpa entre ahogadas risitas. Tarzán eligió, al azar, uno de entre los otros nueve.

—¡Que te jodan, hombre! —dijo Dólar, enderezándose—. ¡También es su nido! —La suya era en realidad la única risa capaz de despertar a nadie.

—¡Hey, mira! —dijo Tarzán—. ¡Esas zorras vienen aquí en tromba chillando y gritando! *Alguien* tiene que decirles que paren...

—Ahora mira tú —dijo Filamento. Estaba tan a disposición de Tarzán como de cualquiera de los otros caucasianos del nido—. Puede que tú seas Tarzán. ¡Pero yo no soy Jane!

—Yo me lo follaría —dijo Dama de España. Negra, y cómplice ocasional de largas e intensas conversaciones con Jack el Destripador, del que Tarzán había adquirido algo del aura de los monos. (¿Debido a lo cual era más tolerante con él?)—. Realmente lo haría. Pero Tarzán no folla con nadie. —Sólo uno de los doce tonos

podía hacer que aquello sonara bien. Lo eligió con tanta facilidad que espero que él aceptara la lección.

—Oh, bueno: sólo estaba pidiendo que contuvierais un poco...

D-t, desnudo y medio dormido, se asomó por la puerta de atrás, los antebrazos apoyados en la parte alta de las jambas, las huesudas caderas medio inclinadas, las grandes manos (con sus curiosos dedos) y cabeza colgantes. Alzó la cabeza, parpadeando.

—Tarzán, cuando me fui a dormir estabas quejándote de *algo*. El cielo está completamente iluminado, ¿y *aún* sigues con eso?

—¡Sólo estaba diciéndoles que se estuvieran quietas para que no os despertaran!

—De todos modos ya es hora de que me levante, muchacho. Y *ellas* no me han despertado.

—¿Lo ves? —dijo Dólar—. ¿Lo ves? Con todos esos gritos has hecho más ruido que...

Filamento apoyó una mano en el pecho de Dólar y bajó la cabeza.

—Espera tú también un momento. —Alzó de nuevo la vista—. Tarzán, te gusta vivir aquí, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —La barbilla se Tarzán se adelantó beligerante.

—Te ha preguntado —dijo Dama de España— si te gusta vivir aquí. O no.

—Sí —dijo Tarzán—. Claro que sí. Me gusta vivir aquí. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—No voy a hacer nada —dijo Filamento—. Pero será mejor que *hagas* lo mismo que está haciendo Dólar.

—¿Eh? —dijo Dólar—. ¿Qué es lo que yo...?

—Y que es eso: puesto que estás viviendo aquí, será mejor que *hagas* un auténtico esfuerzo por seguir viviendo aquí.

D-t rompió el silencio con su risa. Se agitó en el umbral como un espantapájaros sacudido por el viento.

—Hombre —dijo Tarzán—, ¿de qué te *estás* riendo?

D-t pasó un brazo en torno al cuello de Tarzán...

—¡... *Hey*, hombre...!

... y, aún riendo, lo arrastró por el pasillo, frotando ocasionalmente sus nudillos sobre la cabeza de Tarzán, muy fuerte.

—... *Hey*, deja esto... *Hey*, para con esto; duele... ¡Maldita sea, negro! Deja esto..., *hey*, ¿qué estás...? ¡Para...!

En la sala de estar, D-t soltó a Tarzán.

—¿...que jodida mierda estás *haciendo*? —Tarzán se frotó el rubio pelo con ambas manos.

—¡Sólo estoy intentando ver si tu cabeza es tan dura como intentas hacernos

creer, hijo de madre! ¿Hay algo de café?

Tarzán dejó caer una mano, se frotó más fuerte con la otra.

—Sí, creo... creo que sí. Alguien hizo un cubo hará una hora o así. —Aún seguía confuso.

En el pasillo, Filamento y Dama de España siguieron su camino. Tras ellas, Dólar dijo:

—No tenía derecho a hablaros así.

—Tiene derecho a hablar como le parezca —dijo Filamento—. Del mismo modo que luego tiene que escuchar lo que le respondan, eso es todo.

—Eso es lo que quería decir —dijo Dólar; y teniendo en cuenta las pocas veces en que estoy de acuerdo con él sobre algo, escribo esta excepción a fin de que idea conmigo como un quiste en el hueso caudal durante (¿cuánto tiempo hace?) y hoy (la parte conocida de eso), caminando en el grisor (grisor, un grisor que estoy cansado de observar y anotar; estoy agotado con ese grisor; eso es lo que significa ese grisor para mí) de la calle, este recuerdo: Pasaba junto a la mesa donde alguien había dejado uno de esos vasos de plástico transparente, lleno en sus tres cuartas partes de vino blanco (en la alacena de atrás Cuervo encontró un retractilado lleno de ellos) con la ventana abierta detrás de él; el resplandor de la entrecara entre plástico y vino se difractó como aceite refinado y el vaso se llenó de color. Si me movía de un lado para otro más de diez centímetros, sin embargo, se convertía simplemente en un grasiento plástico lleno de un líquido color orina. Primero pensé que el movimiento prismático se perdería tan pronto como yo me fuera. Pero durante la siguiente hora, cada vez que pasaba por la cocina podía hallar el lugar desde el que tenía de nuevo aquel mismo aspecto.

La idea se estableció del mismo modo en mi mente, y podía encontrarla simplemente pasando cerca de ella.

Escribo esto mientras estoy echando una cagada: pequeño consuelo... esperaba que saliera una salchicha realmente hedionda amarilla con estrías negras de espinacas, tras un asqueroso nudo de mucosidad. Afortunadamente lo que salió fue casi todo líquido, y dejó el agua demasiado turbia para poder examinarlo.

Pensé que sería bueno probar en la Avenida Temple, pero no pude encontrar ninguna calle con ese nombre en el cartel. Así que caminé hasta una calle tan ancha como limpia, con verjas y puertas y cristales en las ventanas tan intactos que sólo el cielo color peltre hablaba de nuestra catástrofe. Vi a una dama con un abrigo negro y un pañuelo azul cruzar por la esquina; pero se fue por una calle lateral; cuando miré tras ella, se estaba metiendo en un portal. Avancé, excitado y hueco y sabiendo cuál era mi apariencia —cómo se movía mi cuerpo, mi cabeza bamboleándose sobre mi cuello, el cojeo de mi caminar sobre una sola bota— desde dentro. Farolas y portales y bocas de incendio avanzaron hacia mí desde el humo...

Supongo que estaba a casi una manzana de distancia, pero durante casi un minuto no estuve seguro de que estuviera allí, entre el humo. Así que me apresuré.

Tenía el pelo corto y negro y llevaba un chaquetón de pana marrón con cuello de lana; hacía más frío de lo habitual, pero debido a ello no había viento. Yo llevaba todavía mi chaqueta. Él mantenía las manos en los bolsillos. El cinturón de su chaquetón colgaba suelto a ambos lados.

No podía apartar mis ojos del cinturón.

Justo en el momento en que estaba a punto de alcanzarle, me rasqué la pierna contra algún cascote o algo que había en la acera..., no miré hacia atrás para ver lo que era. Ahora me pregunto si lo hubiera hecho si eso no hubiera ocurrido; quiero decir: intentando ignorar el sorprendente hormigueo en mi pantorrilla, quizá ignoraba también esa parte de mi cabeza que me impulsaba a apresurarme a pasar por su lado, reflejando lo mucho que me había acercado ya a él. (¿Acaso la topología de la Ciudad nos controla completamente?)

Cuando nos cruzamos, miró hacia atrás. Pero siguió andando. Supongo que pensó que yo iba a seguir andando también.

Aferré su hombro y le hice dar media vuelta y lo aplasté contra los barrotes de la verja.

—¡Hey...! —dijo—. ¿Cuál es *su* problema?

Puse las hojas de la orquídea contra su garganta. Se encogió y pareció sorprendido.

—Déme todo lo que lleve en los bolsillos —le dije.

Inspiró profundamente.

—Cójalo. —Llevaba gafas.

Rebusqué en el bolsillo de sus pantalones, mientras él mantenía las manos alzadas. Saqué tres billetes de un dólar. (Supongo que una punta de la orquídea pinchó accidentalmente su cuello, y se encogió aún más.)

—Vuélvase y déjeme comprobar los bolsillos de atrás.

—Se volvió, y busqué debajo de los faldones de su chaquetón, hasta que me di cuenta de que sus pantalones no *tenían* bolsillos de atrás. Entonces pensé que podía pegarle y darle un tajo; pero no lo hice.

Se alejó apresuradamente y se volvió para mirarme. Su boca estaba fuertemente apretada. Mientras se alejaba, me di cuenta de que sus bolsillos laterales eran mucho más profundos de lo que había pensado: pude ver los apiñados círculos de monedas para cambio delineados muy abajo en la negra pana.

Miró por encima de una alzada mano hacia la izquierda.

Un tipo estaba cruzando la calle, observándonos. Pero cuando miré, volvió la vista.

El hombre lanzó un sonido de disgusto, bajó las manos, y se volvió para

marcharse.

Hice un gesto con la orquídea y dije:

—¡Hey!

Miró hacia atrás.

—Espere aquí diez minutos antes de marcharse —dije, y di otro paso hacia atrás—. ¡Si llama a alguien, o intenta ir tras de mí, le abriré la garganta! —Me volví y eché a correr manzana arriba; miré una sola vez hacia atrás.

Estaba alejándose.

Doblé una esquina, me metí en un portal para quitarme la orquídea, y me guardé los tres billetes en el bolsillo. Luego me incliné y me alcé la pernera del pantalón para examinar mi pierna. Era un arañazo apenas perceptible, a un lado de la pantorrilla y descendiendo hasta el tobillo, como la señal hecha por un clavo o la astilla de un tablero o

tropecé con Dragón Lady en los escalones delanteros: chaqueta de pana con los lazos ajustados, brazos cruzados (haciendo que los lazos encima de ellos parecieran un tanto flojos), aspecto pensativo.

Hace tiempo que no la veía.

Ahora ya sí.

¿Qué has estado haciendo?

Nada.

¿Dónde has estado?

Por ahí.

La rodeé con un brazo, pero obviamente no tenía ganas de asunto, así que lo dejé correr y simplemente caminé a su lado.

Mientras rodeábamos la casa, se relajó un tanto, con los oscuros brazos aún cruzados.

¿Baby y Adam siguen contigo?

Sí, están por ahí.

Tengo que seguir mencionando esa atemporalidad porque el fenómeno irrita la parte de la mente sobre la que se registra el paso del tiempo, de modo que los instantes, los segundos, los minutos, son dolorosamente reales; pero las horas —y más aún los días y las semanas— son ruidos residuales de una lengua muerta.

Llegamos al patio (yo diciéndole: «Es estupendo verte de vuelta», y ella sonriendo con su sonrisa de manchados dientes), y la deposité en manos de los monos y de Tarzán, que estaban holgazaneando por ahí. La atmósfera presagiaba un día tan carente de rasgos como la noche. No sabía qué hora era; el ruido y las bromas la rodearon cuando fue a sentarse bajo el árbol, con los puños entre sus rodillas y una expresión turbada que no se fijaba en nada. Preguntándome qué hora era (¿tarde?

¿temprano?), decidí que repararía el grifo del porche de servicio (porque había trasteado en el armarito debajo de la fregadera de la cocina en busca de algo, no recuerdo qué, y había visto algunas herramientas; de nuevo, topología preordenada), y una vez hube cerrado el agua y desmontado la primera tuerca, decidí desmontar todo el conjunto y luego ver si podía montarlo de nuevo.

Saqué el tapón del fondo del sifón, y montones de pelos y una grasienta sustancia púrpura cayeron al suelo. Saqué los grifos. Hubiera debido hacer esto antes de sacar el tapón del sifón, porque brotó un pequeño chorro de herrumbrosa agua de cada uno de ellos..., se fue por el desagüe y cayó al suelo. Luego desatornillé el cuello de los grifos para sacar los émbolos.

He perdido un nombre. ¿Y? Si los habitantes de esta ciudad tienen algo en común, es que tales accidentes no les interesan; lo cual no es saludado aquí como libertad ni lamentado como daño; es aceptado como un rasgo más del paisaje, no de la personalidad.

D-t salió, se acuclilló a mi lado y observó durante un rato, dándome de tanto en tanto las herramientas; al fin preguntó, curioso:

—¿Qué es lo que estás haciendo? —y me ayudó a separar la pileta de la pared (poniéndose bruscamente en pie cuando estuvo a punto de caer), soltándola de las sujeciones esmaltadas.

—Estoy intentando arreglar esto le dije, porque simplemente decidí hacerlo.

D-t gruñó y empujó la pileta de vuelta a su sitio. Las articulaciones de sus dos pulgares estaban muy torcidas y deformadas; las miré: nunca antes me había dado cuenta de ello.

Había un trozo de cuerda en el alféizar de la ventana, y traje una lata de masilla de la cocina. Pero cuando abrí la tapa con el destornillador, su superficie estaba más agrietada que Arizona. Y no sabía dónde encontrar un poco de aceite. D-t volvió con una botella de Wesson, y no pude hallar ninguna razón para por qué no. D-t volvió a instalarse en su sitio para observar.

—Podríamos haber buscado un lugar donde los grifos no gotearan —dijo—. Pero supongo que entonces no tendríamos nada que hacer.

Me eché a reír tanto como pude mientras sujetaba la cañería del agua fría e intentaba volver a atornillar el grifo en ella.

Le pregunté algo.

No recuerdo su respuesta exacta, pero en algún momento dentro de ella dijo:

—... como cuando vine aquí la primera vez: solía recorrer las calles, y sabía que podía entrar casi en cualquier casa que deseara, y la verdad es que estaba mortalmente asustado...

Hablamos sobre eso. Recordé mis primeras incursiones por aquellas calles. (D-t dijo: «Pero entré en algunas casas, pese a todo.») Mientras hablábamos, recuerdo que

pensé: No es que no tenga futuro. Sino que más bien se fragmenta constantemente en el efímero insustancial e indistinto del entonces. En el país del verano, punteado por los relámpagos, de algún modo no hay ninguna forma de llegar a una conclusión; pero aquí, la propia conclusión es superflua. Le dije a D-t algo acerca de:

—Lo que necesita este lugar es un buen viento, o una tormenta de rayos. Para limpiarlo todo. O truenos.

—Oh, hombre —dijo D-t—. Oh, hombre... ¡No! No, no creo que pudiera soportar eso. No aquí. —Y rió (como, sospecho, alguien tras escuchar su sentencia). Hablamos realmente largo rato. De esa forma tranquila en la que manejas sentimientos, si no información. En un momento determinado me preguntó cuánto tiempo creía que podía mantenerme allí, y yo le dije:

—No lo sé. ¿Cuánto tiempo crees que podrías mantenerte tú? —y él rió también. Yo estaba enrollando un poco de cuerda en torno a la junta y apretando el grifo del agua fría cuando alguien en la puerta dijo:

—Hey, Chico.

Leyendo mi diario, encuentro difícil decidir incluso qué incidentes ocurrieron primero. Tengo momentos histéricos en los que creo descubrir que salir de aquí es mi única esperanza/salvación posible. También me pregunto acerca de algunas de las cosas sobre las que no he escrito: El día con Lanya cuando ella me llevó al museo de la ciudad, y pasamos desde antes del amanecer hasta después del anochecer sentados en las reconstruidas habitaciones del siglo XVIII («¡Podríamos vivir aquí, como Calkins!»); y ella susurró, sonriendo: «No...»; y luego hablamos acerca de correr allí, y ella dijo de nuevo: «No...», esta vez sin sonreír. Y no lo hice. Pero hablamos mucho allí, y fuimos de un lado para otro, sintiéndonos más y más hambrientos a la perlina luz que llegaba a través de los paneles del techo, porque no podíamos decidirnos a irnos), debería constituir el más largo y detallado incidente en este diario, porque fue allí donde ella me mostró una cosa tras otra y me habló de todas ellas, haciendo que significaran algo para mí; ella se convirtió en una auténtica persona, por lo que sabía y por lo que hizo, más que cualquier cosa que yo hubiera podido hacer por ella, hacer por ella, hacer: lo cual era con demasiada facilidad la forma en que yo siempre he deseado definirla. Deseando que ella tomara a Denny y a todo el nido hasta allí; y, sujetando una pequeña pintura que ella había descolgado de la pared para mostrarme algo respecto a cómo preparaban la tela en el siglo XVII («¡Cristo, yo pasaba semanas preparando el óleo negro y el Meriquet! Me sorprende que no asfixiara a alguien.»)..

—No —dijo ella cuando se lo pedí—. Creo que no. Ya es bastante arriesgado contigo. Todavía no. Quizá más adelante —y volvió a colgar la pintura, cabeza abajo.

Reímos.

Así que colqué otros diecisiete cuadros cabeza abajo...

—¡Oh, vamos! Para ya... —insistió ella, pero lo hice de todos modos. Porque, expliqué, cualquiera que venga los verá así, fruncirá el ceño, quizá volverá a colocarlos bien. Y terminará mirándolos un poco más detenidamente. —Sólo lo estoy haciendo con aquellos que me gustan.

—Oh —dijo ella, dubitativa—. Bueno, está bien.

Pero es más memorable no trasladado al papel. Y para mí, eso es lo importante. (Sólo cuando estoy escribiéndolo realmente, por un instante, resulta en realidad más vívido...) Así que me detendré aquí, cansado.

Excepto para hablar de esa curiosa discusión con Denny, que sigo aún sin comprender, y en la que creí que iba a matar al pequeño bastardo. Y Lanya simplemente pareció desinteresarse. Lo cual me puso tan furioso que la hubiera matado también a ella.

Y así pasé toda una tarde con una botella de vino y Dama de España, quejándome de ellos dos, y pasándonos la botella de uno a otra —ella había empezado a llevar muchos anillos—, y fuimos tambaleándonos hasta el Emboriky's, animándonos mutuamente a entrar, cosa que no hicimos, pero diciéndole yo a ella, mientras pasábamos trastabillando por su lado, con nuestros brazos en el hombro del otro: «Tú eres mi única auténtica amiga aquí, ¿sabes?», todo muy sensiblero, pero necesario. Luego gritamos: «¡Hijos de madre! ¡Malditos hijos de madre comedores de mierda!», y nuestras voces resonaron en la desnuda calle. «¡Salid ahí fuera y luchad!» Estábamos histéricos, trastabillando arriba y abajo del bordillo, derramando vino. «¡Sí!», chilló Dama de España. «¡Asomaos y...» Eructó; pensé que iba a vomitar, pero no: «... bajad!» Sus ojos estaban muy rojos, y no dejaba de frotárselos con sus dedos llenos de anillos. «¡Bajad y...!» Entonces lo vio: en la gran ventana del tercer piso. Sujetaba un rifle bajo el brazo. El pecho de pichón, el pelo demasiado largo, incluso la camisa azul, azul, que desde la calle pude ver que era demasiado grande; reconocerle me hizo sentir extraño. «Hey», le dije a Dama de España, y le indiqué quién era. Ella dijo: «No jodas.» Yo me eché a reír. Entonces ella dijo: «Espera un momento. ¿Te reconoce él a ti?» Pero yo empecé a gritar de nuevo. Le llamé todo lo que se me ocurrió, entre accesos de risa. Dama de España insistió: «¡Mira, tiene un arma!», ya no tan borracha como había estado antes.

Alcé la vista.

Frank estaba de pie allí, con una expresión como si estuviera pensando si debía meterse o no las manos en los bolsillos.

—Hola —dije, y volví a mi trabajo.

—¿Cómo vamos?

Gruñí.

—Me alegra encontrarte. Nadie parecía saber dónde estabas. Quería saber si

podía hablar contigo acerca de algo.

Me sentí irritado con él por interrumpirme; también porque, ignorándole a él, tenía que ignorar de algún modo a D-t.

—¿Qué quieres?

El marco de la puerta crujió; Frank se agitó en la jamba.

Luego las planchas del suelo; D-t se movió en su postura acucillada.

—Bueno —dijo Frank, al parecer con la idea de hablar un rato conmigo. Yo no le miraba—, me estaba preguntando... Quiero decir, ¿cómo puede alguien como yo unirse de algún modo a vosotros?

Alcé la vista hacia él, y me encontré con que D-t ya lo estaba mirando, luego desviaba la vista.

—Quiero decir —prosiguió Frank—: ¿hay alguna iniciación o algo así? ¿Tiene que presentarte alguien, o simplemente os reunís y votáis?

—¿Para qué quieres saberlo? —pregunté—. ¿No eres feliz allá en la comuna? ¿O se trata solamente de una investigación para un artículo que estás pensando escribir para el *Times*?

California volvió esta mañana. Debí verle tres/cinco veces antes de darme cuenta —estábamos en los escalones de atrás— de que llevaba colgadas una estrella de oro de seis puntas (con letras hebreas en ella) y una esvástica negra (orlada de plata) de su cadena del escudo de luz. Jack el Destripador, hablando de algo, empezó a llamar a California «... loco bastardo judío...» apenas vio la estrella y la cruz de dobladas puntas. Pude oír la forma del no expresado epíteto labrado en el silencio. Luego el Destripador siguió hablando de alguna otra cosa. California, desde que se fuera, ha cambiado: sus delgadas manos son más delgadas; sus huesudos hombros se inclinan más hacia delante; sus ojos azules, entre los mechones de su largo pelo, son más grandes y furiosos. (¡Qué extraños símbolos constituyen!) Creo que el cambio es como el que sufrí yo cuando conseguí mi cadena de prismas, espejos, lentes... La sensibilidad del Destripador me sorprendió (llamó a California bastardo judío cinco minutos más tarde), pero las palabras despectivas que gritamos por ahí con tan aparente libertad son en realidad puntos de un complicado juego, y esta vez el punto correspondía al Destripador. Las penalizaciones por jugar mal pueden ser grandes..., recuerden la paliza que recibió Dólar en lo de Calkins. ¿Las recompensas? Sospecho que, en este ambiente, son igual de grandes. ¿Estoy siendo sólo pomposo, o es la auténtica y necesaria información que generan esos epítetos (haciendo de ellos una parte real y necesaria del lenguaje mismo de Bellona) el recordatorio de que a menudo es sólo cuando somos más conscientes de la libertad del campo en que nos movemos que nuestras acciones se convierten en algo más ligado culturalmente?

—¿Un artículo de cómo entrar en los escorpiones? —Frank se echó a reír—. No.

Sólo quiero saberlo porque... Bueno, las cosas se están poniendo un poco difíciles en el parque. —Miró al pasillo—. Tenemos alguna gente un tanto extraña por allí. Aunque aquí también parece un poco atestado. —Decidió meterse las manos en los bolsillos—. ¿Os las arregláis bien con la comida? Probablemente no debiera mencionarlo, pero John y Milly están muy agradecidos de que hayáis dejado de afligirles vendiendo en busca de suministros.

—Ha sido un descuido —dije.

—No hubiera debido mencionarlo.

Volví a meterme bajo el desagüe, busqué algo que hacer con el sifón, pero no pude encontrar realmente nada. Así que seguí mirando.

—Parece que tenéis algo estupendo aquí, muchachos. No me siento feliz con lo que pasa a mi alrededor allí donde estoy. Quisiera saber dónde podría ir, la forma en que puedo conseguir un billete...

—Oh, hombre —dije—. Ahora no puedo hablar contigo de ese tipo de mierda. Estoy ocupado.

—Claro, Chico. —Lo dijo de una forma demasiado rápida, y dejó de apoyarse en el marco de la puerta—. Quizá más tarde. Estaré por aquí..., hasta que dispongas de algo de tiempo.

D-t me tendió la cuerda.

—Hey, gracias —le dije a D-t—, pero no creo que deba meterla aquí. —De modo que no lo hice, y al parecer quedó bien.

Miré hacia atrás.

Frank se había ido.

Así que rascamos toda la costrosa y grasienta pileta del fregadero, tomándonoslo con calma, preguntándonos si aquel trabajo no era idiota y descubriendo que su valor —la posibilidad de hacer algo con D-t— había desaparecido. Bueno, al menos ahora no goteaba.

Estaba ocurriendo algo (lo oí) frente a la casa. Escuché, sorprendido, como alguien se levantaba en la habitación de delante, corría a la puerta de entrada...

—Oh-o —dije—. Vamos. —Recorrimos juntos el pasillo. D-t iba delante; pasé por su lado, empujándole, y salí a la puerta; me detuve en el cuarto escalón.

—¡Jesucristo! —gritó Frank—. ¡Hey, *cuidado*...!

—Quieres una cadena, ¿eh? —Jetadecobre, agazapado, enrolló una vez más los eslabones en torno a su puño, lo echó hacia atrás, y la hizo girar de nuevo—. ¡Voy a enrollar ésta en torno a tu jodido cuello!

—¡Maldita *sea*, hombre! ¡Mira, todo lo que hice fue...!

Alguien en el amplio círculo alzó la vista hacia mí; lo mismo hizo Frank, luego saltó hacia atrás cuando Jetadecobre hizo una finta:

—¡*Hey*...!

Jetadecobre, concentrado como un jugador de billar, alzó de nuevo su puño.

—¡YA BASTA! —y bajé los escalones—. ¿QUÉ MIERDA ESTÁIS ORGANIZANDO? —lo cual llamó la atención de todo el mundo excepto la de Jetadecobre—. ¡JETADECOBRE...! ¡He dicho que ya basta! —Pensando: *Ésta* va a ser la ocasión en que tenga que enfrentarme con él. Pensando también: No vale la pena. Pero él seguía untando, y agarré el extremo de su cadena y tiré. La soltó y retiró bruscamente los dedos. Debí hacerle daño en la mano, porque me lo hice en la mía.

Me dirigí a Frank (que parecía tan asustado de mí como lo estaba de Jetadecobre) y dije:

—¿Qué ocurre, eh? Bueno, ¿qué estás haciendo en este...?

—Yo no... —empezó a decir, observando algún movimiento a mis espaldas.

No me volví.

—Creo que será mejor que te marches de aquí. —Debía ser Jetadecobre, haciendo alguna otra finta—. Vete. ¡Vamos, vete! Ahora.

—Hum... —empezó a decir, y me di cuenta de lo acostumbrado que estaba yo de que la gente hiciera lo que yo decía cuando no tenía ninguna otra cosa que hacer.

California volvió esta mañana. Debí verle tres/cinco veces antes de darme cuenta —estábamos en los escalones de atrás— de que llevaba colgadas una estrella de oro de seis puntas (con letras hebreas en ella) y una esvástica negra (orlada de plata) de su cadena del escudo de luz. Jack el Destripador, hablando de algo, empezó a llamar a California «... loco bastardo judío...» apenas vio la estrella y la cruz de dobladas puntas. Pude oír la forma del no expresado epíteto labrado en el silencio. Luego el Destripador siguió hablando de alguna otra cosa. California, desde que se fuera, ha cambiado: sus delgadas manos son más delgadas; sus huesudos hombros se inclinan más hacia delante; sus ojos azules, entre los mechones de su largo pelo, son más grandes y furiosos. (¡Qué extraños símbolos constituyen!) Creo que el cambio es como el que sufrí yo cuando conseguí mi cadena de prismas, espejos, lentes... La sensibilidad del Destripador me sorprendió (llamó a California bastardo judío cinco minutos más tarde), pero las palabras despectivas que gritamos por ahí con tan aparente libertad son en realidad puntos de un complicado juego, y esta vez el punto correspondía al Destripador. Las penalizaciones por jugar mal pueden ser grandes..., recuerden la paliza que recibió Dólar en lo de Calkins. ¿Las recompensas? Sospecho que, en este ambiente, son igual de grandes. ¿Estoy siendo sólo pomposo, o es la auténtica y necesaria información que generan esos epítetos (haciendo de ellos una parte real y necesaria del lenguaje mismo de Bellona) el recordatorio de que a menudo es sólo cuando somos más conscientes de la libertad del campo en que nos movemos que nuestras acciones se convierten en algo más ligado culturalmente?

—Mira —dije—, aunque estás haciendo que cada vez me resulte más y más

difícil el que lo recuerde, hasta ahora tú has sido mi crítico más exacto; en consecuencia, mereces una cierta consideración. Así que voy a concederte ahora esta consideración: ¡Lárgate!

Frank se volvió y pasó torpemente entre Bola de Fuego y Dama de España, que rompieron el círculo para él.

Me volví a Jetadecobre:

—Debes estar realmente irritado conmigo, hombre. Porque siempre estoy apareciendo para estropearte la diversión; ¿no?

—Oh, Chico... —Jetadecobre se frotó la barba con el puño—. No pensaba hacerle daño.

—Sólo pretendías asustarle un poco. Seguro. —Vi la historia que iba a seguir: los irritantes modales de Frank, las preguntas demasiado directas, la discordancia de opiniones, una expresión: y una violencia cristalizada a partir del aburrimiento del día.

Jetadecobre empezó a contármelo, insistentemente. (Le arrojé su cadena, y él la atrapó y la enrolló en torno a su cuello, sin dejar de hablar). Así que le hice un signo de que me siguiera y, medio escuchando, subí con él los escalones. D-t, que había estado observando desde arriba, permanecía de pie junto a Dragón Lady. Hablaban en voz baja e intensamente, y no se interrumpieron cuando los demás pasaron por su lado.

Al pasar junto a ella, Jetadecobre intentó ampliar su anécdota para incluirla. Quizá debido a la breve mirada que ella le lanzó (o quizá porque sus ojos no se cruzaron en realidad con los de él), siguió finalmente su camino, limitándose a dejar caer una mano sobre el hombro de la muchacha, y ella hizo una inclinación con la cabeza. Y siguió hablando con D-t. Lo cual es una buena introducción al porqué

conversación se interrumpió sobre la chamuscada hierba. Una ascensión cruzando las rocas y entre verdes matorrales medio quemados la reanudó de nuevo. Catedral le dijo a Sacerdote que el edificio de piedra negra entre el humo era la Torre Meteorológica.

Sigo sin ver veletas, aparatos de medición atmosférica o anemómetros.

Rodeamos una esquina, con las caderas izquierdas rozando piedras del tamaño de cabezas, las caderas derechas (los codos alzados) arañadas por los matorrales.

El hombre en medio del patio estaba inclinado sobre un trípode. Cuando avanzamos hacia él alzó la vista: era el capitán Kamp.

Que no me reconoció hasta que estuvimos encima suyo.

—¿... Chico?

—Hola, capitán.

Entonces se echó a reír.

—Muchachos, parecen más bien ominosos viniendo de este modo por aquí. — Dudó en tender la mano para estrechar las nuestras. Ángel resolvió el asunto ofreciendo la suya. Unieron los pulgares.

—Ángel —dijo Ángel.

El puño rosado y el más oscuro se unieron, se estrecharon. Pareció como si Kamp hubiera esperado un apretón más enérgico; más tarde me dijo que era la primera vez que lo veía.

—Michael Kamp —dijo Kamp.

—Catedral —dijo Catedral.

Otro apretón.

—California —dijo California.

Apretón.

—Sacerdote... Usted es el astronauta, ¿no?

Apretón.

—Correcto.

—España.

—Ésa es Dama de España —corrigió Sacerdote.

Apretón. Kamp esbozó una especie de curiosa sonrisa, pero pensó que lo mejor era no decir nada. Lo cual era lo mejor.

—Tarzán.

Apretón.

—Chico.

Nos estrechamos la mano.

Y Kamp dijo:

—Seguro. No les he olvidado. —Y todos rieron. Porque la cosa había sido tan formal.

—¿Qué está haciendo con eso? —Sacerdote fue a sentarse en los escalones de piedra. Había estado quejándose de que le dolían los pies.

—Eso es un telescopio —dijo Dama de España—. Del tipo de espejo, ¿no?

—Exacto —Kamp pasó al otro lado.

—Sí, claro —dijo Dama de España. (El telescopio me recuerda una conversación con Lanya y un puñado de gente en el nido que había deseado transcribir.)

—¿Qué está haciendo con él? —preguntó Sacerdote, inclinándose hacia delante para mover la punta de su zapatilla hacia arriba y hacia abajo. Su cadena colgó contra su bronceado pecho hundido y cliqueteó.

Kamp frunció los ojos hacia las nubes.

—Probablemente no mucho. Ocasionalmente he visto algunas brechas en la capa que nos cubre, así que se me ocurrió que tal vez pudiera echar una mirada a su cielo desde aquí. Después de todas esas historias acerca de dobles lunas y soles gigantes...

En la quietud, pensé acerca de todas las veces en que la gente no había dicho nada acerca de esos fenómenos.

—Al final... —¿Han oído hablar de voces rompiendo el silencio? Me di cuenta de lo intenso que puede ser ese silencio por la forma en que ese *Al final* restalló en mi cabeza— ...he podido ver algo de él. —¿Cuánto tiempo se había prolongado aquel silencio?—. Pensé en llevar el telescopio hasta el parque, me dijeron que esta colina era uno de los puntos más altos de la ciudad, y quizá ver si podía comprobar si los planetas estaban donde se supone que deben estar. Encontré una Efemérides en la biblioteca de Roger. Sólo que mi reloj lleva una semana sin funcionar. ¿Ninguno de ustedes sabe qué fecha es hoy, muchachos?

Cuando nadie respondió, hizo chasquear la lengua, se volvió hacia el blanco cilindro de aluminio (con anillos negros en la parte central) y miró por el extremo abierto.

—Bien, supongo que alguien habrá por ahí que lo sepa.

Me pregunté si George o June lo sabían.

—El periódico dijo que es el nueve de noviembre —dijo California—. Esta mañana.

Kamp ni siquiera levantó la vista.

—Si los planetas están *donde* se supone que deben estar, eso significa más o menos que la Tierra se halla donde se supone que debe hallarse. —Miró con el rabillo del ojo el tiempo suficiente para sonreír—. Frente a toda esta confusión cosmológica, descubrir eso debería conseguir que todos nos sintiéramos un poco mejor.

—¿Y si no? —pregunté.

—Yo creo que sí —dijo Kamp—. Pero saberlo nos hará a todos más felices.

—Imagino que es una buena razón —dijo Ángel. Se puso en pie y miró por la parte de arriba del tubo—. ¡Hey, puedo ver mi rostro cabeza abajo ahí dentro!

—Creo que sería una buena idea, políticamente, poder imprimir en el periódico, ahora, que sabemos al menos eso.

Calmaría un poco las cosas..., alguna gente se ha mostrado muy trastornada. Y puedo comprender por qué. —Kamp alzó la vista al mismo tiempo que lo hacía Ángel; sus ojos se cruzaron—. Claro que ustedes, muchachos —lo utilizó como una excusa para volver la vista a Dama de España y añadir un inclusivo movimiento de cabeza—, no están interesados en política, supongo, pero me parece...

En la pausa, Catedral dijo:

—Usted está interesado en política, ¿verdad?

—Yo... estoy en la política, supongo. —Sus manos descansaron sobre el blanco tubo. Agitó los huesos dentro de su piel como si ésta fuese un guante—. Pero creo que su señor Calkins es un político más bien conservador. ¿Ustedes no?

Catedral se masajeó el grueso lóbulo de la oreja con sus oscuros índice y pulgar.

Un pliegue más oscuro allá donde lo había atravesado un arete de oro indicaba que lo había llevado hasta hacía poco.

—Estoy seguro de que él piensa que es un radical. Pero creo que yo soy el radical y él el conservador. —Supuse que iba a echarse a reír: frunció los ojos hacia las nubes, al telescopio—. Supongo que eso es lo que he estado pensando.

—¿Es usted tan conservador —sugirió Dama de España— que ha pasado al otro lado y se ha vuelto radical?

—No. —El capitán Kamp se echó a reír—. No. No es eso. Quizá no esté realmente... en la política. —Hizo una pausa—. Pero así son las cosas en un país tan grande como éste. Roger..., bueno, supongo que es difícil para *cualquiera* pensar ahora... que existe un país tan grande como eso.

—¿A menos que usted lo haya visto —indiqué— desde una nave espacial?

—Un cohete —dijo él—. No. No, no es eso lo que quiero decir. La República Megalítica..., bueno, las Repúblicas Megalíticas: la República de los Estados Unidos de América, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y la República Popular China..., son tipos muy diferentes de entidades políticas que, digamos, Francia, Borneo, Uruguay o Nigeria. La gente que vive en naciones pequeñas lo sabe, pero no sabe por qué. La gente que vive en las Repúblicas Megalíticas simplemente mira a las pequeñas como algo extraño, exótico, sorprendente, pero ni siquiera está segura de por qué las historias de las pequeñas son como son. ¡Doscientos millones de personas, el noventa por ciento alfabetizadas, todas hablando un mismo idioma! Sitúen eso al lado de un país como... —Durante su pausa, me pregunté cuántos ejemplos tenía—, Grecia, pongamos por caso. Sólo ocho millones de personas..., menos gente en todo el país que en la ciudad de Nueva York. Un tipo de Macedonia no puede comprender a un tipo de Tesalónica. Infiernos, el tipo del lado norte de Creta no puede comprender al tipo del lado sur. Mi esposa decía que debíamos ir allí. Y estuvimos seis semanas. Era mi primera esposa. Pero no hay ningún lugar en Europa donde puedas ir en línea recta más de dos horas por transporte mecánico sin encontrarte con un idioma distinto, una moneda distinta, ¡una cultura distinta! ¿Cómo esperan enseñar tres mil años de política europea a los chicos americanos en las escuelas americanas, o a los chicos rusos en las escuelas rusas, en un país donde puedes ir en coche durante tres días en cualquier dirección y no cruzar ninguna frontera? Se tiene que haber estado allí para comprenderlo. Quiero decir, ¿ha estado alguno de ustedes alguna vez en Europa?

Catedral asintió.

Ángel dijo:

—Yo estuve en Alemania, con el ejército.

—Yo nunca he estado —dijo California.

—Yo he estado —hice eco, recordando Japón, Australia, Uruguay.

—Yo no —dijo Dama de España.

Bien, dos no eran suficientes para poner trabas al punto de vista de Kamp.

—Sí, bueno, supongo entonces que entienden lo que quiero decir. América... América es tan grande. Y Bellona es una de la media docena de ciudades más grandes de América. Lo cual la convierte en una de las más grandes del mundo. —Frunció el ceño, principalmente para Catedral—. Pero ustedes, aquí, y también Calkins, no tienen ni idea de lo grande que es, de lo distinta que hace eso a la gente que vive en ella.

—¿Consigue usted ver algo con esto? —pregunté—. Cuando se produce una brecha en las nubes, no suele durar mucho.

Kamp emitió un *mmmmm* de asentimiento.

—No necesita usted mucha... información, como le dije en una ocasión allá en la fiesta. Enmascárelo casi todo: pese a ello, incluso un ápice le dirá a usted mucho. —Miró al cielo de nuevo. Las arrugas que brotaban de las comisuras de sus ojos se alargaron. Sus labios se abrieron y se hicieron más delgados.

—Hey, nosotros *hemos estado* en Europa —dijo Ángel—. ¿Va a decirnos algo sobre la Luna? Usted es el único de aquí que ha estado allá.

—Mierda, yo lo vi por televisión —dijo Dama de España—. En directo. Nunca he visto nada de Europa por televisión. Excepto en películas.

Kamp rió suavemente.

—Estuve en la Tierra durante treinta y ocho años. —Bajó la vista—. Estuve en la Luna durante seis horas y media. Y una vez vuelto de la Luna, he vuelto a estar en la Tierra... otro puñado de años. Pero esas seis horas y media son lo único en lo que todo el mundo está interesado respecto a mi persona.

—¿Cómo era aquello? —preguntó Tarzán, como si aquello fuera una conclusión lógica de lo que Kamp acababa de decir.

—¿Saben? —Kamp rodeó el telescopio—. Fue algo así como venir a Bellona.

—¿Qué quiere decir? —Sacerdote puso ambas manos en los escalones de piedra y se inclinó hacia delante, como esperando ver si lo que Kamp acababa de decir era fruto de la hostilidad, o sólo un nuevo pensamiento; o ambas cosas.

—Cuando fuimos a la Luna, ¿saben?, sabíamos mucho acerca del lugar donde íbamos; y al mismo tiempo apenas sabíamos nada sobre él. Ocurre exactamente lo mismo con este lugar. Después de seis horas y media... —Kamp meditó unos instantes, con los ojos entrecerrados en el humo—, fue hora de irse. Y si no puedo descubrir dónde estamos aquí esta tarde, creo que también será hora de irme de aquí.

Dama de España miró al cielo, luego me miró a mí...

—¿Y dónde irá?

... luego al cielo de nuevo.

—A algún lugar donde pueda decir dónde estoy.

El cielo era una masa confusa de lado a lado.

—Buena suerte —dijo Catedral.

—Supongo entonces que esto es un adiós —dije yo.

Sacerdote se levantó de los escalones.

Kamp golpeó suavemente una de las patas del trípode con la puntera de su zapato.

—Quizá sí. —La punta de metal de la pata rascó contra el suelo de una manera horriblemente fuerte.

—Adiós —dijo Catedral.

Bajamos la colina.

El habla se halla siempre en exceso de la poesía del mismo modo que la publicación es siempre inadecuada para el habla. Una palabra arroja imágenes volando a través del cerebro, de las que hacemos volver augurios todo extensión e intención. No soy poeta porque no tengo nada a lo que dar vida para convertirlo en adecuado, excepto mi atención. Y no sé si mi herida clase es suficiente. Probablemente la gente oye a los relojes hacer tic-tac. Pero yo estoy seguro de que el reloj de mi infancia hacia tic-tic-tic-tic-tic-tic... ¿Por qué recuerdo esto en una ciudad sin tiempo? Lo que los hombres encuentran en sus cuerpos es sorprendente.

Ángel quería saber lo que Kamp había dicho respecto a la información en la fiesta. Intenté reconstruirlo. Aquello excitó a Ángel, y empezó a lanzar un ditirambo acerca de lo mucho que todo, mientras caminábamos entre los arbustos y las rocas y la maleza, le decía sobre el parque; fue muy divertido.

Salimos de los árboles hablando mucho entre nosotros, justo en el momento en que alguien echaba un tronco al fuego. Las chispas ascendieron muy altas en el gris cielo de última hora de la tarde; la columna de humo se hizo más delgada.

—¡Hey! —dijo John, y se acercó por entre los muchachos sentados y de pie—. ¿Cómo estáis, chicos? ¿De dónde venís?

Observé el humo.

Cada vez más delgado.

Dos muchachos (caras rosadas; largo pelo color paja) tiraron de unos sacos de dormir que había debajo del banco de picnic.

Reconsiderar: desde que ha habido tantas repercusiones, debería dedicarme más a ello, sólo para aclarar las cosas conmigo mismo. Unas cuantas cosas no se apartan de mí: Como: tenían la comida preparada para él allá al extremo de la mesa de picnic (como acostumbraba a estarlo para Pesadilla). Y él llevaba unos pantalones caqui con la cintura muy alta, una camisa caqui (¿del ejército? ¿de la marina?; no lo creo), y botas de la construcción naranjas..., camisa, pantalones y botas parecían todos muy nuevos. Pero no podría decirles el color de su pelo. También: el rifle, que mencioné hace un momento, no me sorprendió como algo extraño en aquel instante. Hasta que empezó a hablar y agitarse de un lado para

otro, y en una ocasión apuntó al chico que aún seguía sentado en el saco de dormir. Pensé que quizá fuera algún amigo solitario de ellos como Tak, y que yo lo había visto antes; ¿y dónde? He dicho a un par de personas desde entonces que era alguien a quien yo había conocido antes, a fin de explicar aquel sentimiento. Ahora no estoy seguro; pero por un momento estuve convencido de que era el tipo que estaba sentado en la galería aquella noche en casa de George. Pero ahora estoy casi tan seguro (sea lo que sea lo que significa seguro) de que no lo era. En realidad fue Catedral quien se movió primero..., algo que nadie menciona cuando hablan de ello. Pensé que iba a tomar la caja de comida para él. Supongo que el tipo lo pensó también; eso fue lo que le hizo alzar el arma.

Pasando por delante de John, Woodard, amarillo como una hoja y lanudo como..., bien, como Woodard, se detuvo y me (¿nos?) parpadeó. Creo que al principio pensó que nos conocía, pero luego no estuvo seguro.

Iba a decirle hola pero John pasó entonces por delante de él, revolvió el pelo del niño y dijo:

—Chico, no te he visto por aquí desde hace mucho tiempo. —Sus manos estaban limpias, pero su chaqueta de gruesa tela parecía como si no hubiera parado de hacer cosas desde la última vez que lo había visto.

—¿Cómo vamos? —pregunté.

John esbozó una tibia sonrisa.

—Tan bien como es posible, supongo.

Tuve la sensación de que algo no funcionaba; como si estuviera contemplando algún lugar que no reconocía aunque debiera..., o que reconocía aunque nunca lo hubiera visto.

—¡Chico! —ésa era Milly.

Se pusieron a hablar sin darme la oportunidad de presentar a los otros, lo cual pensé que era estúpido, pero Milly y John hacían así las cosas. Milly, que era la que más hablaba, pasó por encima de un saco de dormir, donde un tipo ya mayor se sentó y empezó a frotarse los cristales de las gafas en los faldones de una camisa de franela a cuadros.

Luego pensé: que los jodan, será mejor que sepan quién es cada cual, así que simplemente dije, lo suficientemente alto como para hacer que dejaran de hablar:

¿Qué pensaban la docena de personas que estaban de pie a su alrededor?

¿Qué pensaba yo?

Agarré el cañón con una mano y golpeé la caja con la otra, tan duramente que creí que me rompía la muñeca. Pensando (como parte de esta primera sensación de desplazada familiaridad): Ya he hecho esto antes... No... Nunca he hecho esto antes, ¡pero si alguna vez tengo que hacerlo, es ahora! Y si no recibí un disparo en el pecho, fue porque el tipo estaba demasiado asustado o simplemente no estaba

acostumbrado a matar gente. De lo que me alegro mucho. Retorcí el arma, con mi brazo todo en fuego, y observé su rostro pasar de la sorpresa al dolor cuando sus dedos se engancharon en la guarda del gatillo.

¡El arma resonó! Creí que la explosión se había producido en mi boca. Pero el cañón estaba apuntando por encima de mi hombro derecho. (Si me lo hubieran preguntado entonces, hubiera dicho que sentí la punta de la bala en mi oreja..., pero eso es imposible, supongo.)

El arma bajó/cayó/se deslizó (¿?) de su mano; tiré de ella, volví a empujar, y la lancé contra su cadera. Trastabilló, gruñendo. Supongo que pensó que yo estaba loco. (¿Estaba yo loco?) Quiso lanzarse contra mí, pero Dama de España lo sujetó; luego Catedral.

Le golpeé de nuevo en el estómago con la culata del arma.

Más tarde, John no dejaba de decir:

—¡Chico, estás loco, hombre! ¡Hombre, estás loco, Chico! —en un paroxismo de alegre histeria, mientras Catedral y los otros cinco mantenían sus hombros cerca del mío. Mis pensamientos burbujeaban (Sí, le grité al tipo, cuando se puso en pie y se alejó cojeando: «¡Lárgate de aquí y ve a buscar tu propia comida!», porque era lo más fácil de decir que podía darle una razón a lo que había hecho; pero mientras todos los demás estaban de pie allí parlotando acerca de lo duro que resultaba estar buscando comida todo el tiempo, y que quizá no iban a volver por un tiempo de modo que les dejarían tranquilos, no dejé de pensar que lo que debía hacer era llevarme simplemente la caja de comida conmigo [con las provisiones que teníamos debajo de la casa no la necesitábamos] porque no la necesitábamos), pero el poso era: Tómala; porque ésa era la única forma de hacerles comprender cuál era mi razón de haber hecho aquello.

La olvidé..., la caja.

Estaba a medio camino de regreso al nido con Catedral y los otros hablando ruidosamente acerca de lo audaz que había sido todo cuando recordé tres veces y olvidé lo que había decidido hacer. Les hablé de ello, lo cual requirió un montón de energías desde un principio. Pero no comprendieron («¡Sí! ¡Sí, eso es lo que hubiéramos debido hacer!», de Tarzán; y de Dama de España: «Eso hubiera sido lo correcto. A ellos no les hubiera importado») y siguieron gritando.

No soy un poeta.

No Soy un héroe.

Pero a veces pienso que esa gente distorsionará de cualquier forma la realidad para convertirme en uno. Y a veces pienso que la realidad me distorsionará a mí de cualquier forma Para hacerme aparecer como uno...

Pero eso es una locura' ¿no? Y no deseo volverme loco de nuevo. No lo deseo.

—Éste es Catedral. Y éste es... —siguiendo la hilera. Mientras hacía esto, vi

aquel tipo entrar en el claro con un arma debajo del brazo, y así es como empezó la pelea.

Que, después de pasar por todo ello, no me siento con ánimos de describir de nuevo porque la he contado ya a tanta gente en el bar y en el nido. Dama de España estaba entusiasmada y no dejaba de preguntar de dónde era el tipo. John y Milly creo que iban a decir que no lo sabían, pero Jommy dijo que era de los malditos almacenes del centro, y Milly dijo: No *sabes seguro* que sea de Emboriky's, y Jommy dijo que mierda, lo sabía, y ya estaban todos corriendo de un lado a otro del claro, por lo que nunca llegué a saberlo con certeza.

—Hombre —dijo John, dándome una palmada en el hombro y sonriendo—. Estás realmente loco, Chico; estás realmente loco... —Agitó la cabeza, riendo, como si se tratara de algo tremendamente divertido—. ¡Hombre!

—¿Queréis la caja? —estaba diciendo Milly—. Deberíamos darles la comida, John. Acostumbrábamos a darle comida a Pesadilla.

—Mierda —dijo Sacerdote—. Tenemos todo un sótano lleno de comida.

—Vámonos —dije yo—. ¡Vámonos, salgamos de aquí y dejemos solos a esos pobres hijos de madre tontos del culo! —Se lo dije directamente a John (y pasó por encima de su hombro a Frank, que estaba sentado junto a la mesa al lado de la caja de comida como si estuviera custodiándola. Y, ¿saben?, los bastardos no dejaron de sonreír durante todo el tiempo). Así que nos fuimos.

Ángel no paró de ir de un lado para otro y empezó a tirar de mí como lo había hecho John (Sacerdote llevaba el rifle y había empezado a examinarlo, y yo le dije: «¡Hombre, tira de una vez esta jodida cosa! ¿Me has oído? Tira esta jodida cosa..., ¡rómpela contra algo, negro, o yo te romperé tu negra cabeza!» Partió la culata contra una piedra, «¡Ajá!», gruñendo, y retorció la recámara de tal modo que quedó completamente inutilizable. Yo dije: «¡Ésa no es un arma de escorpión! ¡Los escorpiones tienen un jodido aguijón!», y alcé mi orquídea. Les gustó eso.), *exactamente* como lo había hecho John, diciendo:

—¡Hombre, eres demasiado!

—Hubiera debido coger su jodida caja.

—Sí —dijo Dama de España—. Sí. Eso es lo que hubiéramos debido hacer.

Trazan dijo:

—Si. Eso hubiera sido lo correcto. A ellos no les hubiera importado.

—Eres demasiado —dijo de nuevo Sacerdote y Catedral se echo a reír y me sacudió por el hombro.

Siguieron así todo el camino hasta el nido. Tarzán y Sacerdote entraron conmigo. Catedral, Dama de España y Ángel se detuvieron fuera, donde empezaron a contar la historia. Bien, supongo que eso era lo correcto. Había por allí suficiente gente borracha —un puñado de no miembros que al parecer eran amigos de Devastación o

algo así, no me importó— para absorberla.

Iba por el pasillo cuando Denny salió de la sala de estar y me sujetó por el brazo.

—¡Hey...! —Estaba realmente excitado.

Pensé que iba a decirme algo acerca de lo que había ocurrido en el parque.

—¿Hey qué?

Se limitó a parpadear. Así que eché a andar de nuevo por el pasillo. Me siguió y dijo:

—Lanya está en la habitación, en el altillo, pero... —yo iba a entrar— ...creo que está ocupada.

Así que me detuve.

—Probablemente no deberías entrar —dijo Denny.

—¿Qué está haciendo?

—Jodiendo.

—¿Aquí? —dije, no tan fuerte. Además de sentirme sorprendido, recuerdo que pensé que no era muy propio de alguien con sus ideas respecto a la violación en pandilla (pero básicamente de alguien muy firme cuando se trataba de mantenerse en su lugar frente a las personalidades masculinas de tipo agresivo) el estar haciéndolo con uno de los chicos del nido en mi altillo.

Alguien salió al pasillo desde el baño.

—Ven conmigo —le dije a Denny. Salimos al porche de servicio—. ¿Con quién está jodiendo? —Sabía que la respuesta iba a ser una sorpresa; y también que había seis..., no, cinco tipos que no me gustaría particularmente que fueran: Escupitajo, Jetadecobre, Trepnques, Jack el Destripador o Bola de Fuego; porque todos ellos eran del tipo que, por malicia o ignorancia, podían intentar convertirlo en algo desagradable.

—Un tipo al que recogí en la parte baja de la ciudad.

Me sorprendió.

—¿...que tú *recogiste*? —Sin embargo, no había esperado sentirme aliviado—. ¿Tú también jodiste con él?

—No. No, fue idea suya.

—Eso suena muy familiar —dije—. ¿Qué quieres decir con idea suya?

—Me pidió que encontrara a alguien que deseara joder con ella por dinero..., por cinco dólares.

—¿Cinco dólares de *quién*? —pregunté—. ¿De él o de ella?

Tarzán y D-t subieron los escalones y cruzaron la puerta del porche, Tarzán para escuchar, D-t para esperar a que Tarzán terminara de escuchar.

—Él se los tenía que pagar a ella. —Denny sonrió—. Dijo que nos había estado escuchando hablar, mucho supongo, acerca de joder por dinero, y supongo que sintió curiosidad. Cristo, fue difícil encontrar a alguien que tuviera dinero...

—No hablamos tanto acerca de joder por dinero.

—Lo cual no impidió que ella escuchara. Me dijo que sentía curiosidad. Me dijo que deseaba probarlo.

—Sí, sí. Seguro. —Le di un apretón en el hombro—. Sólo quiero saber por qué no estás tú también haciendo *tu* número.

—Mierda. —Denny frunció el ceño—. El tipo es un cagarro. No parecía tan malo cuando lo encontré. Pero es un cagarro, ¿sabes?

—Jesucristo. —Tarzán se reclinó en el alféizar del marco sin cristal de la ventana—. ¿Dejas que tu amiga...? —y se detuvo; probablemente a causa de la mirada que le lancé.

—¿Dejarle qué? —pregunté.

—Bueno, ya sabes, mezclarse con..., bueno, ya sabes.

Tome la orquídea de la cadena en torno a mi cuello, alcé la mano y la deslicé en el arnés, y el cielo se oscureció fuera de las ventanas, el cielo rugió fuera de los paneles de las ventanas, y yo encajé el collar en mi muñeca y la luz se escindió en dos, cada brazo resplandeciente, raído por los lados, con los bordes brillando como magnesio, arqueando el cielo, y lancé mi mano hacia arriba, hacia el pecho de Tarzán.

—Tarzán —dije—, si mi amiga desea joder con un macho cabrío con un consolador colgado de la nariz, eso es principalmente su problema, muy secundariamente el mío, y en absoluto el tuyo. Ella puede joder con quienquiera que desee..., con la posible excepción de ti. Eso, creo, me revolvería el estómago. Sí, creo que eso no sería capaz de aceptarlo. Tendría que matarte. —En mi mano (se alzó hacia el pecho de Tarzán) estaba la orquídea—. Sí, creo, que eso es lo que voy a tener que hacer. Jugaré al tres en raya en tu rostro y luego ...

—Hey... —susurró Tarzán—, ¡estás loco...! —Parecía muy asustado. Miró a Denny, luego a D-t; pero los dos habían retrocedido unos pasos, y eso aún le asustó más.

—¿Sí? —asentí—. ¿No sabías que yo estaba loco?

Apoyé el racimo de puntas de las hojas sobre su tetilla izquierda. Mientras todo el mundo contenía la respiración, pensé: Sería mucho más fácil aquí que en ningún otro lugar. Luego dije:

—¡Oh, mierda! ¡Echa a *correr*, hijo de madre!

Tarzán pareció confuso.

Dejé caer mi mano.

—¡Quiero verte *correr*! Y eso es lo último que quiero ver de ti hasta después de que el sol salga mañana. De otro modo, te sacaré la mierda del culo a patadas, arrastraré tu roto, sangrante e inconsciente cuerpo de vuelta al umbral de la puerta de tus padres, apartamento 19-A, ¡y te *dejaré* allí!

—Ellos no viven en... —Entonces su mente recordó; suspiró (supuse que era un suspiro) y se dirigió a la puerta. Tropezó con un hombre con pecho de pichón y la camiseta más azul que jamás hubiera visto («¡Hey, cuidado! ¿Estás bien...?»), y huyó por el pasillo.

El hombre también pareció confuso.

No era que su pelo fuese largo; pero para el tipo de persona que era, tu primer pensamiento natural hubiera sido: Necesita un corte de pelo.

—Ella dijo que debía salir por aquí... —murmuró, incómodo.

—Sí —dijo Denny—. Ahí está la puerta.

Dragón Lady había subido los escalones y estaba de pie delante de ella, observando.

No es desesperación. Ésa se desvanece con la suficiente risa y razón. Tengo con plenitud ambas de esas dos cosas. Supongo que la mayor parte de personas, cuando todo, ha sido dicho y hecho, llevan vidas tan interesantes como posiblemente puedan soportar. Pero no recuerdo haber hecho eso. No lo recuerdo.

—Le di el dinero. Hey, muchas gracias. Fue realmente estupendo. Quizá vuelva. —Me miró, luego pareció un poco más confuso.

Dragón Lady abrió la puerta para él, y el hombre se apresuró a bajar al patio. Miró hacia atrás, luego dejó que la puerta se cerrara, pero permaneció fuera, en el escalón de arriba.

Contemplé la orquídea.

No recordaba habérmela puesto.

Me la quité.

—¿Te gusta, D-t? —pregunté.

—¿Quién? —dijo D-t—. ¿Tarzán? Hombre, es un buen chico. Sólo que no sabe cómo tener la boca cerrada. Eso es todo.

—Hiciste que se meara en los pantalones —dijo Denny. Luego se echó a reír—. ¿Lo viste? Tenía mojado todo un lado de la pierna. —Hizo un gesto hacia su propio muslo.

—¿Eh? —dije.

—Se mojó todo. —Denny volvió a echarse a reír, una risa seca como el ladrido de un cachorro.

—Me hubiera gustado verlo —dije—. Me hubiera hecho sentir mejor.

—A mí... no me importa Tarzán —dijo Denny.

—Mira, hombre —dijo D-t—, Tarzán es sólo un crío. No sabe nada.

—¡Mierda! —Deslicé la orquídea de nuevo a mi cuello—. ¡Es mayor que Denny!

—Viene de una extraña familia —dijo D-t—. Nos contó algo sobre ella. Tienes que hacer concesiones.

—No son tan *extraños* —observé.

—Quiero decir —indicó D-t— que no le enseñaron demasiado. Quiero decir, sobre la forma como son las cosas.

—¿De veras? —Inspiré profundamente—. Quizá lo que me pone nervioso de él sea la forma en que su familia me recuerda a la mía.

Me dirigí al pasillo y entré en mi habitación.

Lanya, visible hasta la nariz, miró por encima del borde de la cama.

—Hola —dije—. ¿Cómo estás?

—Cuando te oí llegar —indicó—, pensé que Denny te mantendría en la habitación de delante. Por eso envié al tipo por detrás.

Subí al altillo.

Ella se sentó e hizo sitio; llevaba puestos los tejanos, pero aún sin abrochar.

—¿Sabes qué fue lo que más le excitó? Que yo fuera una pollita que jodía con escorpiones —dijo inmediatamente—. Eso fue lo que realmente le fascinó. Fue bastante bueno. Pero yo hubiera podido ser igual un trozo de hígado que alguno de vosotros hubiera echado a un lado; él se hubiera sentido igual de feliz. —Acaricié tentativamente mi rodilla—. Quiero decir, no me importa ser... lo que ellos llaman «un puente homosexual», si *disfruto* en los dos extremos. Realmente..., fue demasiado curioso.

—Iba a preguntarte —dije— si te habías vuelto completamente loca. Pero supongo que, viniendo de mí, la pregunta es presuntuosa al punto de la extravagancia.

—No *creo* que esté loca. —Frunció el ceño—. Para terminar con la fantasía, tendría que darte esto —sacó un billete de cinco dólares de debajo de su rodilla—. O dárselo a Denny... —Se chupó el labio inferior, luego lo soltó—. En realidad, me gustaría conservarlo.

—Me parece muy bien —dije—. Pero no pienses demasiado en serio en todo este asunto del dinero. O terminarás como Jack.

—No es el dinero —insistió—. Se trata de un símbolo.

—Eso es *precisamente* lo que quiero decir.

—*Creo* que deberías aplicarte tu propio consejo.

—Lo intento —admití—. Hey..., supongo que eso no pretendía ser alguna especie de revancha por asaltar a ese tipo en la calle.

—¡Chico! —Se sentó erguida—. ¡Acabas de sorprenderme por primera vez desde que te conozco!

—Espera un momento —dije—. ¿De dónde has sacado esa mierda acerca de yo sorprendiéndote a *ti*?

—Ni siquiera pensé en ello. Quiero decir, ¿cómo pueden ser las dos cosas comparables? Quiero decir que... ¡Huau! ¿Es eso lo que pensaste?

—No —dije—. No lo *sabía*. Así que *pregunté*. —Permanecemos sentados unos

segundos, con aspecto más bien lúgubre. Luego pregunté—: ¿Estuvo bien?

Se encogió de hombros.

—Son cinco dólares.

Entonces, porque no había ninguna otra cosa que hacer, me eché a reír. Ella también lo hizo. La rodeé con mis brazos y ella cayó hacia ellos, aún riendo.

—¡Hey! —Denny se asomó por el borde—. Era un auténtico cagarro, ¿eh? Lo siento. Algunos tipos no son tan malos. Algunos incluso están un poco bien. ¿Sabes?, pensé que si te traía a un tipo aquí por primera vez, tenía que buscar a alguien que estuviera bien. Creí que estaba bien cuando lo traje, pero... ¿Qué es tan divertido?

Lo cual nos hizo reír aún más fuerte.

Denny se arrastró detrás nuestro.

—Me gustaría que me dijerais qué es tan divertido acerca de joder con un cagarro como ése.

—Ahora que estamos con el tema —conseguí dominarme lo suficiente para preguntar—, ¿has jodido con algún otro de los chicos del nido?

Lanya se agitó un poco en mis brazos.

—¿En el nido? Bueno, no aquí...

—¿Dónde jodiste con ellos? —preguntó Denny, más bien secamente.

—¿Con quién jodiste? —pregunté yo. Supongo que estaba sorprendido de nuevo.

—Con Revelación —dijo Lanya.

Asentí.

—... y, bueno, Jetadecobre.

—Jesús —dijo Denny—. ¿Cuándo?

Lanya alzó el índice para mordisquearse el esmalte verde de la uña.

En mitad de una queja correctiva acerca del esfuerzo conjunto de cocina de Risa/ Ángel, Lanya se volvió hacia mí cuando entré en la cocina y dijo:

—Chico, he pensando en algo acerca de ese asunto Tuyo de la memoria.

—Todos estáis llenos de pensamientos —dijo Ángel—. ¿Por qué no nos dejáis cocinar?

—Ella sólo está ayudando —dijo Risa.

—Y ella sabe que yo sólo estoy bromeando —dijo Ángel—. ¿No es así?

—Prefiero callar —dijo Lanya.

Me senté en un ángulo de la mesa.

—¿Cuál es tu idea? —Un cubierto cayó.

—¡En realidad —empezó Lanya—, tienes una memoria sorprendente! Estuve hojeando de nuevo tu bloc de notas..., ¡y tu memoria para las conversaciones es prácticamente fotográfica!

—No, no lo es —dije.

—He dicho «prácticamente».

—No —dije de nuevo—. *Más o menos un tercio de todas las conversaciones que he transcrito son simple paráfrasis.*

—*Ser capaz de recordar dos tercios de lo que dice la gente, incluso unos pocos minutos después de que lo haya dicho, es muy poco usual. Incluso tu relato de la noche en el parque.*

—*Me limité a transcribir lo que tú me dijiste que ocurrió.*

—¿Recuerdas la noche de la fiesta de Chico, cuando él salió a Cumberland Park, durante el fuego, y encontró a esos chicos con George? Tú habías ido a alguna parte, Denny, y yo estaba simplemente sentada por ahí hablando con todo el mundo. Gladis y yo estábamos contándoles acerca de la Casa..., ese lugar donde están las chicas. Se mostraron muy interesados. Así que finalmente Gladis y yo tomamos a Jetadecobre, Escupitajo y Cristal y los llevamos allí..., incidentalmente, allí es donde me proveo de mis píldoras anticonceptivas. La noche resulta un tanto brumosa, pero por lo que recuerdo, Revelación estuvo por ahí hasta un poco más tarde... —Se sentó, frunciendo el ceño a su regazo—. Escupitajo se retiró pronto con una joven a la que conoció apenas entrar..., subieron en seguida escaleras arriba. Y Cristal no se sentía bien, así que se fue para volver aquí. Pero Jetadecobre y Revelación se quedaron abajo con el resto de nosotras: Dragón Lady había ido allí también, y todo el mundo estaba hablando de los viejos tiempos..., y nos emborrachamos de una forma increíble. Y... —hizo una pausa, con una expresión entre la consideración y la confesión—, finalmente, jodí con ellos. Y... —inclinó la cabeza hacia Denny— tu amiguita que está allí jodió con ellos. Y Gladis jodió con ellos. Y Filamento, y Dragón Lady. Y, en total, unas... —alzó su puño y empezó a abrirlo, dedo tras dedo; alzó su otro puño— nueve mujeres más jodieron también con ellos No en ese orden. Yo fui la quinta o la sexta Denny dijo, lenta y maravilladamente:

—¡Huau!

—Fue muy divertido. —Lanya hundió los hombros—. Realmente, al principio pensé que los dos se habían pasado. Me preocupé por ellos. No creí que pudieran ponerse en pie y caminar. Era casi como si estuvieran en alguna especie de semitrance. Revelación permaneció tendido de espaldas gritando la mayor parte del tiempo. Esa parte no me excitó mucho. ¡Pero volvió locas a algunas de las otras, y de qué modo! Y no perdió su erección.

Yo estaba tan sorprendido como curioso:

—*¡Si no has puesto las frases exactas, sí al menos has captado la sensación! Y con mi apresurada escapada has puesto todas las frases. Eso lo recuerdo bien.*

—*¿También has leído eso? —pregunté.*

—*Y también tu relato de algunas de las conversaciones que hemos mantenido. No sé lo exacta que será la transcripción, pero sigue siendo impresionante.*

—Así, ¿cuál es tu idea?

—Sólo que, quizá, esta memoria tuya para los detalles tenga algo que ver con tu pérdida de períodos enteros o..., bueno, ya sabes.

—Esto es algo tan interesante —dije— que creo que voy a olvidarlo ahora mismo.

—¡Ella sólo está intentando ayudar! —dijo Risa desde delante de la cocina, haciendo resonar las tapas de los pots.

—Y ella también sabe que estoy bromeando —dije—. Pero aunque tengas razón en eso, ¿de qué nos sirve?

Por supuesto que no lo olvidé, puedo dar fe de ello. Sin embargo, sospecho que mis altamente creativas transcripciones son más convincentes que exactas, no importa lo que ella diga..., supongo (¿espero?).

—¿Eyacularon?

—Quizá un par de veces al principio. Creo. Pero después de esto, se mantuvieron sólo permanentemente empalmados. Nadie les dio oportunidad de deshincharse. Podías hacer con ellos todo lo que desearas. Y cualquiera que estuviera interesada lo hizo.

—¿Todo chicas? —preguntó Denny.

Lanya asintió.

—Mierda.

Lanya se reclinó contra mí.

—Nunca había visto a ningún hombre en ese estado antes.

Todo el asunto fue más bien sorprendente. —Cruzó los brazos debajo de sus pechos—. Dudé. Estaba un poco asustada. Pero fue... una experiencia.

Escribo este comentario sobre lo que dijo Lanya respecto a las muchachas ahuyentando de la casa a los dos chicos inmediatamente después de transcribir mi relato de nuestro caos y confusión con lo de Emboriky's (¡con Jack, no lo creerán, siendo de tanta ayuda y organizando tanto trastorno!), porque mucha parte de lo que ocurrió allí, lo que les dijimos, lo que nos dijeron, empujó mi mente de vuelta a ello. Observo que Jetadecobre y Revelación se hallan interesados casi exclusivamente en las chicas; recuerden, la última noche (¿significativo en términos de hoy?), a Revelación intentando explicárselo educadamente a un completamente borracho Ángel. En realidad no se trataba de nada personal pero no, no deseaba joder con él, y no, nunca lo había probado antes, y no, no deseaba probarlo, al menos no por ahora; y los dos siguieron con aquello, hablando en voz baja en el porche de servicio, durante media hora. La verdad, por supuesto, es que Revelación se sentía enormemente halagado de recibir tanta atención por parte de alguien que era mucho más rápido que él, y deseaba extenderla durante tanto tiempo como fuera posible.

(¿Acaso pensábamos que prestándoles una seria atención estábamos halagándolos lo suficiente como para conseguir que sacaran sus pies de nuestros cuellos?) A veces pienso que la diferencia estriba en que están seguros de que, cualesquiera que sean las estructuras sociales que surjan, crecen a partir de esquemas innatos al Acto Sexual..., sea eso lo que sea; mientras que hemos visto, una y otra vez, que la psicología, estructura y entorno que definen cualquier acto sexual son siempre internalizados a partir de estructuras sociales que ya existen, que han sido creadas, que pueden ser cambiadas. De acuerdo: Déjenme formular la terrible pregunta: ¿Es posible que todos aquellos perfectamente definidos, contentos con su orientación sexual en el mundo, exclusivamente heterosexuales, sean

—Estás teniendo experiencias una tras otra, ¿eh? —En lo primero que pensé fue en lo que Risa me había dicho aquel día en el patio; lo que me hizo sonreír fue el hecho de que la posibilidad de una aplicación genital de su sugerencia me dejó *exactamente* tan dubitativo como la anal acerca de si deseaba o no pasar por algo como aquello. Oh, bueno; quizás algunas personas *no puedan* tenerlo todo.

Lanya me sonrió («Hummmm») y me besó la nariz.

—¿Qué piensa tu Madame Brown acerca de todo esto? —pregunté.

—Que llevo una vida loca y fascinante —respondió.

—Oh —asentí.

—Sólo se pregunta cómo consigo llegar cada día a tiempo a la escuela.

—¿Cómo *consigues* llegar cada día a tiempo a la escuela?

Lanya se encogió de hombros.

—Simplemente siendo consciente, supongo.

—¡Jesús! —Denny se echó hacia atrás, las manos en sus rodillas—. ¡Violasteis en grupo a Revelación y Jetadecobre! Hey..., ¿quién fue mejor, el rosa o el negro?

—Ninguno de los dos —Lanya se inclinó hacia delante y besó a Denny en la punta de la nariz— fue tan dulce como tú.

realmente (de alguna forma psicológica mal definida que conduzca de manera definitiva a un mundo mejor) más sanos que (¡gulp...!) nosotros? Déjenme responder: ¡De ninguna manera! Los activos (sean del sexo que sean) son más enérgicos y crueles. Los pasivos (sean del sexo que sean) son más perezosos y complacientes. En una sociedad donde se hallan en la cima, se aferran como alguien que se está ahogando en su esquema activo/pasivo, macho/hembra, dueño/sirviente, él/otro, no por placer, lo cual sería razonable, sino debido a que esto les permite acusar o perdonar cualquier tipo de compasión entre ellos, o con cualquier otro, y eso (al menos en esta sociedad, tal como ellos la han establecido) es inmoral, enfermizo y maligno; cualquier locura es preferible a eso. ¡Y, puedo asegurárselo formalmente, la locura no es preferible!

—Y por cierto —dijo Denny—, ¿dónde están mis cinco pavos?

Le lancé un manotazo.

—Hey, ¿queréis saber lo que me ha ocurrido hoy?

—¡Son *mis* cinco pavos, querido! —dijo Lanya.

—¡Oh, mierda! Yo salí a la maldita calle a buscarte el jodido semental...

—¡Hey, callaos! —les dije—. Escuchad. —Y les describí lo que había ocurrido allá en el parque. Pensé que era divertido. Pero ambos opinaron que era algo completamente serio.

Hablamos de ello largo rato.

Tres conversaciones en las que Lanya tomó parte durante sus últimos días aquí. (Se quedó una noche; lo cual me gustó. ¿Quizá yo esté dispuesto a pasar algún tiempo en su casa? El instinto del nido *no es* el mismo que el del hogar. ¿Cuál palidece antes?) Ella estaba hablando con Gladis cuando salí al patio:

—¡Oh...! —y corrió hacia mí, me bloqueó a medio camino bajando los escalones.

Enfoqué mi mirada en ella, como en el recuerdo de una lluvia en la montaña, una luz de otoño, el rumor del mar.

(¡Tiene los ojos *verdes!*)

Como la cosa más natural del mundo, me hizo dar media vuelta en los escalones y me condujo de vuelta al porche... Cuando me di cuenta de que estaba siendo llevado, empujó un poco más fuerte; urgió:

—Ven conmigo —y me llevó a la habitación del altillo.

Una vez allí, preguntó:

—¿Dónde está tu bloc de notas? O tus nuevos poemas, al menos.

—¿Eh? Creí que querías joder.

—Oh, si tú quieres... —imitando a otro tipo de chica, luego se echó a reír ante el éxito de su imitación—. ¡Aquí está! —La punta del bloc de notas asomaba por el borde del altillo; lo bajó. Cayeron dos páginas.

Las recogió.

—¿Puedo llevarme éstas a casa?

—Por supuesto —dije—. No..., ésa no —y tomé de nuevo la hoja de papel azul (del paquete de papel de cartas que Cuervo trajo a casa).

Dobló la página que le dejé y se la metió en el bolsillo de su camisa. Yo puse la otra dentro de la tapa y deslicé de nuevo el bloc de notas sobre la cama.

—¿Para qué la quieres?

—¿Por qué las escribes?

—No lo sé..., ya no.

—Lo mismo digo —dijo, como inquieta; lo cual me inquietó.

—Hey —pregunté—, ¿has visto recientemente al señor Calkins?

—No —de una forma que preguntaba por qué yo había preguntado.

—Quiero decir, ¿no es esta idea suya..., conseguir a través de ti mis nuevos poemas? ¿No estás guardándolos para alguien?

—Por supuesto que no. Sólo pensé que yo tenía menos posibilidades de perderlos que tú.

—El señor Calkins me habló acerca de robarlos. *Pensé que estaba bromeando...*, ¿no se los has enseñado a nadie?

—Por supuesto que no... —Luego dijo—: ¿Sería tan terrible si lo hubiera hecho? Leí uno..., unos cuantos a Madame Brown. Y a un amigo de ella que vino una noche a visitarnos.

—No parece tan horrible como eso.

—Sin embargo, parece que no te gusta.

—No lo sé. Sólo estoy confuso. ¿Por qué los leíste? ¿Te gustaron?

—Mucho. En realidad, fue Everett Forest, el amigo de Madame Brown, quien me lo pidió. Estábamos hablando de ti, una noche que se dejó caer por allí. Salió en la conversación que yo tenía parte de tu obra no publicada; se mostró muy interesado en verla. Así que le leí tres o cuatro de mis favoritos. Supongo —dijo, y se sentó en el sillín de la moto— que ésta es la parte que no debería decirte: Él quería copiarlos. Pero no creí que debiera... ¿Chico?

—¿Qué?

—Hay mucha gente en Bellona que está *muy* interesada en prácticamente todo lo que se refiere a ti.

—No hay *tanta* gente en Bellona —dije—. Todo el mundo no deja de decirme esto; ¿*porqué* están interesados en mí?

¡Tonterías! Sólo yo siento así cuando lo escribo... No: siento algo, y pienso que esas palabras son las cenizas adecuadas de los sentimientos cuando rebusco entre los rescoldos. Pero sólo eran humo. ¡Ahora no puedo decir si fue el propio sentimiento el que resultó mal interpretado, o simplemente es inexacta su transcripción!

Mis sensibilidades se han visto inflamadas como nuestro gigantesco sol. Ahora estoy escribiendo poemas porque no hay nada más que leer excepto el periódico, que discute durante páginas y comentarios efímeros que humean por toda la ciudad. ¿Cómo puede seguir adelante esto cuando tales lunas se alzan y tales soles se ponen? Vivo de esta forma porque el horror aquí parece preferible a la vida en la familia de Tarzán.

—Creen que eres importante, interesante..., quizá una combinación de ambas cosas. ¿Hacer copias de tus poemas? Conozco a gente que, si le diera tu lista de la lavandería, mecanografiaría cuidadosas reproducciones como si fueran para alguna biblioteca universitaria o algo así.

—No tengo ninguna jodida lista de lavandería. Ni siquiera tengo una lavandería —dije—. ¿Quién?

—Bueno, Everett, por ejemplo. Cuando le dije que a veces dejabas tu bloc de notas en mi casa, sufrió prácticamente un ataque. Me suplicó que se lo hiciera saber la próxima vez que lo dejaras, a fin de poder echarle un vistazo y quizá...

—Te romperé la cabeza.

—No haría eso. —Se agitó en el sillín—. Jamás lo haría.

—No hay bastante gente interesada en esta ciudad.

—Creo —dijo— que tienes razón. Pero aunque no les deje curiosear en tu diario, sigo pensando que el hecho de que lo escribas me irrita; no, me pone furiosa. —A mí, sin embargo, no me puso furioso cuando ella y yo hablamos de ello; fue halagador. Pero su transcripción, ahora, resulta enloquecedora. *Disfruto* teniendo fantasías acerca de esas cosas, pensando en ellas..., pero como un juego. (¿No es así?) No hay ninguna razón para no seguir disfrutando de ellas de este páginas los rumores modo. Pero desde la publicación de *Orquídeas de cobre*, a veces me descubro a mí mismo diciéndome: «De acuerdo. Quiero dejar de jugar a este juego e intentar por un tiempo algún otro. ¡Señor, déjame pensar en alguna otra cosa!» Y no puedo. Ésta es una versión mucho más inferior de la aterradora mañana debajo del árbol. Pero la verdad es que la mayor parte de los poemas en el libro fueron escritos antes de que fuera con los escorpiones. (¿Cuáles he escrito realmente después?) La otra ironía es que la única vez en que *fui* realmente su jefe fue cuando hice que me ayudaran a sacar al hermano de June y Tarzán del pozo del ascensor. Todo desde entonces ha sido la concretización de alguna fantasía empezada entonces..., y en sus mentes, no en la mía. ¿He perdido la realización? En bien de la (¿arbitrariamente?) preciosa cordura tengo que pensar al menos que he aprendido.

Cuando sacas agua de la cocina o del cuarto de baño o del grifo del porche de servicio, se forman burbujas en torno a los lados del vaso, pero no equitativamente repartidas por toda la superficie. Forman una banda con un definido borde de fondo, pero se agotan a medida que van subiendo. En los últimos días he observado que la línea empieza más y más arriba. Tengo que preguntarle a Tak si esto significa algo.

A la siguiente conversación, pues; quizá tenga más suerte:

Me detuve fuera de la puerta de la cocina porque les había oído hablar dentro. A través de la puerta mosquitera vi a Lanya sentada junto a la mesa, con la espalda contra la pared, con Gladis y casi todos los monos (no Tarzán); también D-t, apoyado en la nevera, y Cristal de pie en la puerta de la sala de estar; y Escupitajo justo detrás

de él, al otro lado. Una fuerte discusión; y la voz de Lanya cortándola (se inclinó hacia delante, mirando a su alrededor):

—Nunca he visto... ¡No, esperad un momento! Esperad. ¡*Nunca* he visto a un grupo menos interesado en el sexo que vosotros, muchachos! ¡No, escuchad! Quiero decir, para muchachos que no tienen otra cosa que hacer. De veras, no estoy bromeando. Cuando estuve en la universidad, o prácticamente en cualquier parte, en cualquier trabajo de los que he tenido; o con chicos que simplemente he conocido..., ¡nunca he visto a un grupo que estuviera menos interesado en...!

—¡No veo por qué te *estás* quejando! —de Jack el Destripador.

—No me estoy quejando —dijo Lanya—. Pero quiero decir, paso quizá la mitad de mi tiempo aquí. Quizá más de la mitad. Y creo que os conozco a todos bastante bien...

Y D-t:

—¡No, ahora espera tú un momento! Hey, *espera*...

Lanya terminó en el silencio:

—Simplemente me sentía curiosa acerca del porqué, eso es todo.

—Ahora *espera* —repitió D-t—. Tenemos a un grupo muy extraño y curioso de gente aquí. Y supongo que no hablamos mucho acerca de ello debido a que tienes que ser muy cauteloso, ¿sabes? Muy considerado.

—No me refiero solamente a hacer chistes sobre el sexo —dijo Lanya—. Pero ni siquiera eso, cuando piensas en ello. Podéis ser realmente sucios durante diez, veinte minutos. Luego nada durante un día, dos días...

—¿Quieres decir pensar y maquinan cómo follar un poco? —dijo Cuervo—. Sí, entiendo lo que quieres decir.

—Yo no tengo que *hablar* sobre ello —dijo Escupitajos—. Yo lo *hago*.

Cristal, con las manos detrás suyo contra la pared, se limitó a reclinarse un poco más, observando (Escupitajo y Lanya eran los únicos blancos en la habitación), curioso, como si la discusión se refiriera enteramente a él.

—Hay tipos muy distintos de personas aquí —dijo D-t—. Para mí, quizá, lo que ella dice es cierto. Simplemente nunca he estado tan interesado en el sexo, supongo, comparado con algunas personas. En una ocasión le dije a un amigo que follaba quizá dos, tres veces al año. Y me dejaba follar más o menos las mismas veces. Él dijo que resultaba muy extraño...

—¡Sí, es extraño! —aulló Jack el Destripador, y la gente se echó a reír.

—Araña, aquí, veamos..., es... ¿diez años más joven que yo? Y baja al parque prácticamente cada maldita noche, me parece, haciendo que se la soplen los tipos que merodean por entre los arbustos...

—Maldita sea... —dijo Araña, incómodo.

—Tenemos gente muy diferente —prosiguió D-t—, a la que le gustan cosas

diferentes. De formas muy diferentes. Gente como yo y Gladis, digamos. Estamos casi exclusivamente interesados en el sexo opuesto, y además, uno a uno y raras veces.

—Tres veces al año, querido —dijo Gladis, con su inflexión tan baja como pudo —; no sabía que fuese tan *parecido* a ti —y alta de nuevo.

Lo cual hizo sentir un hormigueo al Destripador.

—Mierda —dijo D-t—. ¿Sabéis?, yo creía que era normal. Pero luego conocí a tipos como Jack el Destripador, que están interesados en cualquier cosa.

Araña dijo, hoscamente:

—Yo estoy interesado en cualquier cosa.

—Oh, negro —dijo D-t—, ¡tú te interesarías en una almeja si te sonriera y te prometiera no morder!

Escupitajo añadió por encima de las risas:

—¡... e incluso entonces, no sé! —lo cual no creo que oyera nadie.

—Luego tenemos a los groupies... —prosiguió D-t.

—¡Groupies! —de Cristal, que rió por primera vez—. ¡Hey, ésas eran las chicas fans de los cantantes de rock! ¿Es *así* como nos llamas?

—Quiero decir que vosotros, chicos, simplemente no estáis interesados en algo que sea menos que un encuentro sexual a pleno grupo...

—Oh, hombre —de Cristal—, tú lo que quieres es poder... —y no oí el resto porque:

—¿Qué está pasando ahí dentro? —preguntó Tarzán.

Miré hacia atrás.

—Nada.

Pero algunos de los muchachos de dentro nos vieron a través de la mosquitera. Un par más se volvieron para mirar. Así que abrí la puerta y entré, con Tarzán a mis talones. Lanya todavía estaba riendo. Apartando un poco a Trepennes, me senté a su lado.

—Con tantos tipos diferentes, ¿veis? —dijo D-t, llamando de nuevo la atención de Lanya—, tienes que ser muy considerado: Cuando vives tan cerca los unos de los otros. Y eso significa que no hablas demasiado. Sólo lo haces cuando tienes que hacerlo, y el resto del tiempo hablas de alguna otra cosa.

Tarzán se quedó junto a la puerta, con la espalda apoyada contra la mosquitera, tan apartado del grupo como antes lo había estado Cristal.

Las risas los llevaron a otros temas distintos (comida, ¿no lo habían adivinado?): Trepennes dijo que teníamos comida en el sótano de la que no sabíamos nada hasta entonces porque nadie se había molestado en mirar, hasta que él bajó aquella mañana. Nos llevó fuera a algunos de nosotros para mostrárnosla. No había una auténtica puerta al sótano; sólo una trampilla de madera, con un candado reventado colgando

del pasador. Conducía a una húmeda madriguera de menos de dos metros de alto que ocupaba más o menos la mitad de la extensión de la casa, y donde, junto a todas las cajas de latas de conserva —algunas con etiquetas mohosas—, estaba la caja de los fusibles y el calentador de agua, que encendí.

Más tarde, un par tomaron un baño.

Deseé que continuaran la discusión sobre el sexo. No tenía la sensación de que hubiera terminado. Me pregunté si había sido mi llegada (el Jefe) o la de Tarzán (el Chiflado) lo que la había interrumpido; o simplemente el equilibrio de la relación crema-café. Echando a un lado el orgullo, decidí que debía haber sido Tarzán.

Revelación, con su pelo color ceniza pálido, sus cadenas doradas y su piel rosada, polariza a un grupo de negros cuando él es el único blanco entre ellos, del mismo modo que Dama de España, más negra que Araña, alta de nalgas, escasa y baja de pechos (por las bromas que hacen los otros, es de descendencia antillana), polariza a un grupo de blancos cuando es la única negra: visualmente.

Tarzán, sin embargo, muy a menudo el único rubio de ojos azules entre los monos (ahora el nombre oficial del subgrupo de cinco entre los quince/dieciséis negros del nido [Cuervo, Jack el Destripador, Trepennes, Ángel, Araña]), los polariza de una forma muy distinta. Su servil fascinación, su casi beligerancia, y su general falta de utilidad para cualquier blanco, hace imposible verle/s sin toda un aura de resonancias sexuales/políticas, que llevan como si fuesen sus luces. (Dos pensamientos. Primero:) Incluso así, todo el mundo parece más o menos capaz de absorber la situación con tolerancia y apenas un comentario. (Segundo:) Con todos esos excéntricos negros, no parece haber ninguno entre ellos, hombre o mujer, en una posición similar con un grupo de blancos (Cristal, triunvirato con Escupitajo y Jetadecobre, parece algo muy diferente. ¿Por qué?) Quizá el nido (o la Casa) sea un buen lugar para June después de todo... después de todo, puedo alojarla con Eddy (¿Puedo?)

Muy pronto salimos del sótano y regresamos juntos al patio... Pero no volvimos a hablar de sexo. Oh, bueno: esa consideración. Supongo que Lanya tiene razón.

La tercera conversación empezó en el altillo. Yo estaba tendido de espaldas; Lanya estaba reclinada sobre mi pecho, mirando mi boca mientras yo hablaba de algo. En medio de una frase, me hizo olvidar lo que estaba contando cuando dijo:

—Podría correrme sólo con el olor de tu aliento. Suelas una pequeña nube ardiente con cada palabra.

—Huele más bien mal, ¿no?

—No es malo... Por favor, no dejes de hablar.

Pero no pude volver a pensar en lo que estaba diciendo.

Ella dijo:

—Tu boca es como una flor. Cada diente es como un pétalo de margarita, completo con su cáliz; se te está formando una especie de piel verde sobre la base de

tus dientes, cerca de la encía.

—Hermoso —dije—. Pronto estaré a punto para que Bunny se me lleve.

—Hey —Denny rodó sobre sí mismo—. Déjame ver —inclinándose por encima de mi hombro.

—¡Uf! —dije, y no sonreí.

—Sonríe —dijo Denny.

—Me pregunto si se desprende. —Lanya se alzó un poco y tendió una mano, como una garra, sobre mi rostro—. Espera un momento —mientras bajaba un dedo.

—¡Deja esto...! —Giré la cabeza.

—Sólo iba a rascarlo con la uña.

Denny contempló su mano sobre mi hombro.

—Hombre, mis uñas están sucias.

—Están orladas con el color exacto de la perla negra. —Lanya apoyó su mejilla cerca de la de él—. Probablemente lo utilizará en uno de sus poemas.

—Demasiado elaborado —dije, apoyando mi mano sobre la de él. Ella cubrió la mía. Entonces Denny cerró fuertemente los ojos e intentó meterse entre nosotros como un cachorrillo de basset (lo cual nos hizo reír), y a veces ella es un periquito. Y a veces él es un loro; y ella es un alado borzoi.

Dije:

—Levantaos. Quiero mostraros algo. —Ante lo cual Denny rió y Lanya gruñó.

Denny le dijo:

—Está bien. Cuando volvamos nos quitaremos la ropa.

—¡Oh, vamos! —dije yo.

Nos pusimos algo (Denny: calcetines, chaqueta, cadenas. Lanya: camisa; su armónica cayó; regresó al bolsillo del pecho; zapatillas de tenis. Yo: pantalones), bajamos del altillo, nos pusimos más ropa (Denny: pantalones, botas. Lanya: se quitó las zapatillas para ponerse los pantalones, volvió a ponerse las zapatillas. Yo: chaqueta, cadenas, bota), y salimos todos juntos al pasillo.

Baby Adam, Sacerdote, Devastación, Filamento, el Ejecutor (al que todo el mundo llama normalmente X-X) y Catedral estaban revueltos, y X-X me dijo que estaban hechos polvo, habían estado corriendo desde no sabían qué hora de ayer. Le dije que tres o cuatro de ellos podían ir a echarse en la cama del altillo porque nosotros no íbamos a usarla. Filamento, con los nudillos de una mano apoyados en su cadera, la otra mano agitándose (normalmente sólo lleva delgadas cadenas, algunas por la parte de fuera de sus pechos [los pezones como manchas de peptobismol en las laderas superiores de unos pechos de esteatita], algunas por la parte de dentro), contó lo que habían hecho en el parque: habían asustado a algunos niños, sin intención, y habían mantenido una especie de imprecisa e indefinida confrontación con dos hombres que podían haber sido Tom y Mak. Tres fueron a buscar colchones en la

habitación de atrás.

La trampilla del techo del porche estaba abierta. Denny trepó por la escalerilla clavada a la pared; Lanya y yo (preguntándonos quién la había abierto y por qué) le seguimos. Asomé la cabeza tras sus talones al cielo color plomo. Apoyé los pies en el granulado papel embreado del techo y no pude imaginar cómo se había producido la transición entre la losa de chorreante metal a un metro más allá de la trampilla y el deprimente globo del tamaño de un campo de fútbol en torno a nosotros-y-los-edificios-más-cercanos. Pensé en bajar y volver a subir de nuevo y mirar otra vez.

Al otro lado del techo, Bola de Fuego, completamente desnudo excepto su cinturón óptico, volvió la cabeza y sonrió, un poco confuso.

—¿Abriste tú la trampilla del techo? —preguntó Lanya.

—Sí. Sólo quería salir y dar un paseo. —Nos dijo que le gustaba caminar desnudo. Ante su innecesaria explicación, Denny explicó (innecesariamente) que en Bellona uno podía ir completamente desnudo por la calle si le apetecía, «... sin molestar a nadie.» Lanya, por aquel entonces, ya estaba quitándose sus ropas. Así que yo me quité las mías. Denny dudó unos momentos y luego dijo:

Filamento tiene un escorpión azul tatuado en su hombro, que dice que se hizo tatuar antes de venir a Bellona. Es la persona que probablemente ha ofrecido voluntariamente más información sobre su vida anterior de todas las que forman el nido (la mayor parte de su vida suena absolutamente anodina); pero, por otro lado, consigue ser también una de las más invisibles. Si uno escribiera acerca del lugar, es muy probable que ella estuviera entre la media docena de personas que quedarán fuera, o cuyos rasgos sirvieran simplemente como decoración de fondo para perfilar otro personaje. Aunque es blanca, posee, de una forma casi increíble, una típica personalidad de escorpión. De hecho, me pregunto a menudo si yo creo en ella; de ahí esta nota.

—Qué demonios —y se quitó las suyas. (Dejó el collar de castigo de perro enrollado y vuelto a enrollar en torno a su tobillo.) Lanya sacó su armónica del bolsillo de su camisa y empezó a tocar aquellas discordantes notas. Todos caminamos de un lado para otro y miramos a los demás cuando los demás no nos estaban mirando; nos asomamos al borde del tejado; nos sentamos en las buhardillas que jalonaban uno de los lados. Durante largo rato.

Luego Bola de Fuego se puso sus pantalones y cadenas...

—Adiós —dijo Lanya.

Bola de Fuego sonrió.

—Adiós.

... y bajó.

Nos juntamos en el extremo más alejado y hablamos de él durante un rato,

principalmente Lanya y yo, con Denny escuchando. Luego les hablé por primera vez acerca de haber asaltado a aquel tipo la semana pasada.

Maravillado, Denny dijo:

—¡Huau!

Lanya dijo:

—*Estás bromeando, ¿no? ¡Jesús, no estás bromeando!* —Estaba sentada con las piernas cruzadas y la espalda apoyada en la baja pared. Cuando alzó la armónica, en su muslo quedaron dos señales paralelas.

—No, no estoy bromeando. Fue interesante.

—Debió ser horrible. Estoy segura de que lo hiciste para averiguar lo que se sentía, o por alguna otra razón medio justificable.

—Lo principal —expliqué— no es que me sintiera tan asustado, sino que si te sales de esta línea muy delgada, te vuelves más furioso que un hijo de madre...

—Mira —dijo ella—, tú no matarías a nadie simplemente para averiguar lo que se siente.

—Sería más fácil aquí que en ningún otro lugar.

—¡Cristo! —Alzó la vista al cielo.

—De acuerdo —dije—. Así que no lo apruebas. ¿Por qué estás furiosa?

—Porque —y sus ojos descendieron para encontrarse con los míos—, de alguna manera un tanto curiosa, tengo la impresión de que es culpa *mía*. Y no me pidas que te lo explique: o *tú* te pondrás furioso.

Mientras intentaba pensar en alguna manera de conseguir que ella se explicara, el práctico Denny preguntó:

—¿Qué fue lo que conseguiste?

—Tres pavos. Por el trabajo, resulta mejor pagado que lo de los Richards. —Busqué en mis pantalones, saqué los billetes del bolsillo y se los di a él—. Aquí están. —Miré a Lanya con una pequeña sonrisa—. Lo repartiría con vosotros, pero ella no querrá coger uno.

Adoptó una expresión tensa que me dejó saber que realmente lo haría.

Denny contempló los billetes y repitió:

—¡Huau! —Pensando: Usaría la misma inflexión si descubriera que le habían robado algo—. Toma —le tendió un billete a Lanya, y—: Toma, guarda tú uno. De esta forma el reparto es equitativo —un billete volvió a mí—. Voy a echar una meada. —Se puso en pie y se alejó, las palmas de las manos hacia atrás, el billete cogido con el dedo medio de su mano izquierda.

Lanya me observó.

—Supongo que te encontraría aburrido si alguna vez dejaras de lanzar cosas como ésta contra mi cabeza. No, no digas nada. Todavía estoy pensando. —Se puso de rodillas—. Yo también tengo que echar una meada. —Sus nalgas y un muslo

habían quedado impresos con el papel del tejado.

En la esquina del desagüe, Denny miró hacia atrás por encima del hombro.

—¿Vas a bajar al cuarto de baño?

—No —dijo ella con un tono considerado que, cuando hubo terminado el resto de su intercambio, hubiera debido hacerme comprender que ella sabía lo que iba a venir a continuación.

—Oh, sí. Supongo que puedes acuclillarte aquí. —Denny terminó y se sacudió las últimas gotas.

—¿Qué te hace pensar que tengo que acuclillarme para orinar?

—Eres una chica. No puedes hacerlo de p... Quiero decir que creía que las chicas tenían que sentarse para hacerlo o algo así.

—¡Jesucristo! —dijo Lanya.

—Bueno, ¿cómo lo haces entonces? —preguntó Denny.

—De la misma forma que tú.

—¿Pero tú no tienes un...?

Ella alzó dos dedos en el signo de la paz, los bajó hacia sus genitales y apretó.

—Así, si quieres saberlo. Ahora, ¿quieres hacer el favor de dejar de mirar y permitirme orinar en paz?

—Oh..., sí. —Denny frunció el ceño—. A veces no puedo mear en unos urinarios públicos si alguien está mirándome directamente el aparato. —Se volvió, miró hacia atrás, apartó de nuevo la vista—. Huau.

Como si se le hubiera ocurrido algo.

Se dirigió hacia la pared.

—Nunca había oído eso —dijo.

Cuando ella se reunió con nosotros, él estaba examinando su armónica; se la tendió por encima de mi hombro.

—¿Sabes cómo tocarla? —preguntó ella.

—No.

—La escala empieza aquí —dijo ella—. ¿Ves? En el cuarto agujero.

Bajamos (poniéndonos de nuevo la ropa la mitad aquí, la mitad allí), y en la sala de estar se metió en la discusión con algunas de las personas mencionadas (Bola de Fuego, Filamento y los demás), de la que he intentado transcribir en primer lugar algunas de las cosas que dijo Lanya. (Cuando empecé esto, pensé que el asunto acerca de Lanya excitándose con todas esas cosas curiosas acerca de mí, y lo que ocurrió en el tejado, haría un buen prólogo, debido a que en la discusión se refirió a ello, pero de nuevo me siento cansado de transcribirlo, ahora que ya he reflejado la sustancia.)

una intercaladora jamba entre el miércoles y el veintidós, bendita sea. Grano, charloteando en semitiempo, le contó sus problemas al árbol (todos corriendo en el

rezumante carrusel encarnado). Ella no correría los jueves. La parte de abajo de su pequeña mano está descolorida; ¿por qué es tan fácil glorificar la locura? Huellas entrecruzadas de camiones como patas de gallo babeando a medias. Ella no recordaba cómo o cuándo, la última vez. Las salchichas del pavimento se hienden; la col recuerda. Leones con ojos prensiles alzan sus garras, apocopadas, y van a la ciudad. ¡Cuidado con ellos, pequeño guisante! ¡Consíguelo, como se llame! No me atraparás forzando mi tenacidad bajo tu bufet libre. Mima mi nódulo, ama a mi perro. El ritmo es igual de fácil. Agujas de tejer retroceden en torno a la visión, manteniendo su curvatura, liberando sus interioridades. Así que no es para eso. La muerte de las patatas fritas y la compota de manzana no te arrastrará, y despertarás con vida a la mañana siguiente. Tu rosamundus puede atematizarlo, pero eso no moverá mi despepitador mecánico de manzanas. He venido a herir la ciudad otoñal: el otro lado de la pregunta es una entremezclada metáfora como nunca he oído otra. Los métodos cronometrados han pasado: arrulla, pájaro de la mañana. Puedo detenerme antes de respirar efluvios marmóreos. Recuperar una disyuntura, eso es todo lo que quienes estáis en medio del anillo en torno a la Harley Davidson lindáis, floreciendo, floreciendo, vergüenza, puñadas, pudín de carestía y pasión, flores, o la señorita Prístina Cristalina.

Su tosca mixtificación se halla codificada en su rostro. Pastel apendicular y hambrienta ciudad, oh Dios mío oh demasiado, mi carne y mi puré de patatas, yo en medio de todo.

Una de las cosas que surgieron también en la discusión fue una polémica acerca de conseguir comida, y eso supongo que fue lo que lo desencadenó realmente todo, y lo demás surgió simplemente por sí mismo; pero mi mente sigue extraños vericuetos.

Era algo que tenía que ver con las diferencias (y similitudes) entre las chicas que eran escorpiones y las chicas que simplemente estaban por allí con nosotros. Con referencia a los chicos que eran miembros y a los que simplemente estaban por allí. Fue una buena discusión para mantenerla y aburrida para reconstruirla. Y supongo que se suscitó principalmente en beneficio de Mike (Mike es uno de los chicos que simplemente estaban por allí, un amigo de pelo largo de Devastación; duerme aquí la mayor parte del tiempo, pero no desea unirse a nosotros), y supongo/creo/sospecho que una diferencia entre miembros y no-miembros es de todos modos que los miembros conocen ya la diferencia y no tienen que hablar de ella (de nuevo esa consideración), aunque a veces, por algunas de las cosas que dice Tarzán, me lo pregunto.

trabajan? —pregunté. Pero Faust estaba caminando delante de mí por entre las prensas en sombras.

—Aquí —dijo—. Es esto lo que quiere ver, ¿no?

Me acerqué a la mesa de trabajo. El linóleo color gris militar brillaba con virutas de plomo.

—Aquí —señaló con un amarillo dedo indicador una bandeja del tamaño de una página, llena de tipos.

La sangre de venado es un buen cebo para atrapar moscas. Lo mismo la mierda fresca de oveja. Mugiendo en el vacío espacio auricular, piensas que Atocha está en Madrid, lo que ocurre en la Calle 92, o lo que ella me dijo de St. Croix. Ella no eres tú corriendo la severa prueba de la espada, el plano o el filo. Ella tiene razón respecto al circuito del guache donde un principio es un principio con todo el infierno alineado esperando cobrar su precio. Santo, Tributario, Fibrilación, Factótum, Susquahana, Espléndido día de verano. Todo es lo mismo en la cocina de la zorra. Esta vez miras los dados. Quizá puedas conseguir la victoria. Sumario, Abatimiento, Titular, Sabiduría, Taumaturgia, Ficticio, Samoa y cinco manos perdidas. Cuando crezca voy a hacerme por mí mismo la vasectomía. (Una dendrita en el bálano vale lo que todo lo demás.) ¿Por qué él insiste todo el tiempo en el invierno? Puedes tartamudear en el agua pero ésa no es la forma de pensar. No el pensar sino la forma en que se siente el pensar. No el conocimiento sino la forma del conocimiento. Si hay suficiente uva, unos buenos pies y una dorada cabeza cornuda, puedes desear, soñar, mentir como un sajón aunque sólo prevariques como un comicastro virginiano. ¡George! La ingeniosidad que he empleado para llenar cinco días desaparecidos.

Conversación con Forest en Teddy's:

—¿Qué estás escribiendo ahora?

—No estoy escribiendo nada —dije—. No he escrito nada y no pienso escribir nada. Frunció el ceño, y esperé que la mentira tuviese al menos la estructura de la verdad. ¿Pero cómo era posible? Es por eso precisamente por lo que no he sido capaz de escribir nada excepto este diario en tanto tiempo.

Y gracias a las cegadas estrellas, siento las energías para eso.

¿Qué otros días de mi vida se han ido? Al cabo de una semana, no puedo recordar cinco. Al cabo de un año, ¿cuántos días no volverás a recordar de nuevo?

El relieve de las letras, gris sobre gris, proclamaba:

PRONTO
LA SEGUNDA COLECCIÓN
DEL AUTOR DE
ORQUÍDEAS DE COBRE

—Pero...

—Ése es usted, ¿no? —Su cloqueo re sonó entre las tuberías del techo.

—¡Pero yo no le he *dado* a Calkins la segunda colección! ¡Ni siquiera sabe que *exista* una!

—Quizá sólo esté haciendo una suposición.

—Pero yo no *deseo*...

—Se supone que también tienen preparadas necrológicas para toda la gente famosa que hay por aquí y que puede morir.

—Oh, vamos —dije—. Salgamos de aquí.

—¿No me ha pedido insistentemente que le muestre dónde imprimen el periódico...?

Me aparté de la mesa.

—Pero no veo ninguna bobina de papel por aquí. Las prensas no están funcionando. ¿Quiere decir que un periódico de treinta y seis páginas sale de aquí cada día?

Pero Faust ya se estaba alejando, riendo aún, con su blanco pelo —patillas, barba y nuca— cubriendo la llamativa bufanda.

—¿Joaquim? —llamé—. Joaquim, ¿dónde lo imprimen realmente? Quiero decir que esto parece como si nadie hubiera estado aquí desde antes de

yendo a lo largo de Broadway. El humo era tan malo como siempre lo he visto..., brotando de los callejones laterales, cubriendo las calles con ondulantes capas. Una manzana más abajo, la fachada de un edificio de (conté) ocho pisos estaba cubierta por él como si fuese una cortina, ocultando las rotas ventanas desde el borde del tejado hasta la misma calle, ondulando agitadamente.

Una sección del pavimento había sido reemplazada por planchas de metal (alguna reparación incompleta), que resonaron cuando las crucé. Al cabo de otra media hora, los edificios eran más altos y la calle más ancha y el cielo gris y estriado como lona a la intemperie, como terciopelo plateado.

En la ancha escalinata de un edificio negro y de cristal había una fuente. Subí para examinarla: húmedas manchas de color en el polvoriento mosaico del fondo; óxido en torno al pentágono de caños en la esfera de cemento; me subí al borde para examinar lo que creí que contenía plantas: secos muñones de tallos asomaban de la cenicienta tierra; tapones de botellas de cerveza y de soda. Pisé una de las húmedas manchas verdes y amarillas del mosaico con mi pie desnudo; al retirarlo dejé una huella gredosa.

El autobús giró la esquina. Esta vez no me asustó. Crucé al otro lado de la fuente y bajé los escalones.

Siente que la experiencia cuyos detritus se hallan intercalados en las

páginas/pétalos de Orquídeas le ha dejado una perfecta voz con la cual no puede decir nada; es incapaz de imaginar nada más torpe. (Para que esta frase tenga sentido, debe ser tan repulsiva como sea posible. Y no lo es..., del todo. Así que fracasa.)

Las puertas se abrieron, abofeteando la carrocería, antes incluso de que me detuviera.

—Hey —llamé—. ¿Hasta cuán arriba de Broadway llega?

¿Conocen ustedes la expresión del rostro de alguien cuando lo despiertas de un profundo sueño con un asunto serio, como un incendio o una muerte? (El pequeño y calvo negro con ojos como ostras, obsesionado en llevar su autobús de aquí para allá.)

—¿Hasta dónde va?

—Bastante lejos —dije.

Mientras él meditaba lo lejos que eso podía ser, subí. Luego ambos pensamos en la última vez que estuve en aquel autobús; no sé si el pequeño movimiento de su nuca en el cuello caqui de su camisa lo reconoció o no; pero estoy seguro de que era en eso en lo que estaba pensando. También pensé: no hay otros pasajeros.

Cerró las puertas.

Me senté detrás de él, contemplando sin verlo realmente el ancho parabrisas delantero mientras nos bamboleábamos calle arriba.

Un sonido me hizo mirar hacia atrás.

Todos los espacios publicitarios habían sido llenados con pósters, o secciones de pósters, de George. Desde encima de la ventanilla su rostro me miraba; al otro lado estaban sus rodillas. El espacio alargado sobre a la puerta de atrás mostraba su pierna izquierda, en posición horizontal, desde el pie hasta la mitad del muslo. Un tercero exhibía sus testículos.

De nuevo el sonido; así que me levanté y recorrí el pasillo central, hilera tras hilera de asientos. El viejo —fingiendo dormir— estaba tan hundido en el asiento de atrás que no pude verlo hasta que rebasé la segunda hilera. Un ojo castaño y marfil se abrió sobre el deshilachado cuello que se clavaba diagonalmente en la negra arruga de una de sus orejas. Lo cerró de nuevo, se volvió de lado y emitió su gemido estrangulado..., de nuevo ese sonido que hasta entonces había sospechado que era alguna tensa queja del motor.

La falsificación de este diario: en primer lugar, no refleja mi vida cotidiana. La mayor parte de lo que ocurre hora tras hora aquí es tranquilo y aburrido. Casi todo el tiempo lo pasamos sentados, contemplando deslizarse el opaco cielo. Francamente, es demasiado estúpido escribir sobre ello. Cuando ocurre algo realmente interesante, violento o

Me senté, con el pie desnudo sobre el cálido guardarrueda, la bota en la barra inferior del asiento delantero. El humo era fluidamente denso contra los cristales; en la superficie de éstos se formaban culebreantes regueros. Pensando (complicados pensamientos): La vida es humo, las líneas claras que lo cruzan, inmiscuyéndose en él y olvidadas por él, son poemas, crímenes, orgasmos..., llevando esta analogía a cada salto y bamboleo del autobús, a cada reguero en el cristal, observando incluso que a través de las ventanillas al otro lado del pasillo central podía verse algunos edificios.

El autobús se detuvo. El conductor se volvió; por un momento pensé que le hablaba al viejo detrás de mí:

—No puedo llevarle más lejos —sujetando la barra del respaldo del asiento del conductor, el codo colgando de una forma extraña en el aire—. Le he llevado más allá de los almacenes. —Hizo una pausa significativa; deseé que no la hubiera hecho—. Puede bajar aquí.

Lo que se refleja aquí, pues, es una crónica de incidentes con un potencial de totalidad que no tenían cuando ocurrieron; de nuevo una falsa imagen, porque no muestran ni la amplitud general del entramado de mi vida ni los puntos más significativos del esquema.

Mostrar lo uno es demasiado aburrido, y lo otro demasiado difícil. Es por eso probablemente por lo que (mientras utilizo más y más papel intentando hacer regresar la sensación que tuve cuando creí que estaba escribiendo poemas) ya no soy poeta... ¿por más tiempo? Los poemas tal vez apunten hacia algo distinto, pero para mí son tan secos como las últimas hojas que caen de los quemados árboles de Brisbain. Hubo momentos en los que tuve la intensidad de ver, y la energía de construir, alguna cuidadosa analogía que completó la visión.

Este fenómeno, pienso, ¿me afectó durante dos semanas? ¿O fue durante tres?

Realmente no sé si se produjo. Necesitaría otro empuje como aquél. Todo lo que me ha quedado es el agotador hábito de intentar traducir el aburrimiento de mi vida en palabras.

A mis espaldas, el viejo se agitó y resopló.

Me puse en pie y, bajo los ojos de George (y rodillas y manos y pie izquierdo y tetilla derecha), me dirigí a la salida. Las puertas se abrieron. Bajé a la acera.

El pavimento estaba cuarteado en torno a una boca de incendios medio inclinada. Me volví y contemplé alejarse el autobús.

Un hombre salió de un portal al extremo de la manzana. O una mujer. Fuera quien fuese iba desnudo. Creo.

Caminé en aquella dirección. La figura volvió a meterse en el portal. Pasé junto al roto escaparate de una floristería. Al principio me sorprendió todo el verdor en los

pequeños estantes a un lado. Pero eran plantas de plástico: helechos, hojas, troncos. Tres grandes macetas en el centro sólo contenían tocones. Detrás, entre las sombras, junto al marco de aluminio de la puerta de cristal del armario refrigerador, algo grande, fétido y húmedo se movió. Sólo lo vi un segundo antes de apresurarme. Pero se me puso la carne de gallina.

La razón de que el conductor del autobús no hubiera querido seguir hasta más lejos era que Broadway adquiriría adornadas barandillas de hierro forjado a ambos lados y se alzaba unos doce metros sobre la vía del tren que cruzaba por debajo, encajonada en un cañón de paredes de ladrillo. Unos pocos metros más adelante, un trozo de pavimento de unos cuatro metros se había derrumbado, como si un enorme diente de gigante le hubiera dado un mordisco. La barandilla estaba retorcida a ambos lados del hueco. Desde el borde, mirando hacia abajo, no pude ver dónde habían ido a parar los cascotes.

Más allá del paso elevado, a la izquierda, una oxidada tela metálica cercaba algunos árboles; por entre los árboles vi una extensión de agua manchada de ceniza. A la derecha, sobre una ladera manchada con algunas extensiones de hierba, estaba el monasterio.

Simplemente así.

Subí los escalones por entre las piedras beige. A medio camino, volví la vista hacia la carretera.

Volutas de humo se alzaban por entre los árboles y la cercada agua, para florecer y mezclarse con el cielo.

Alcancé la parte superior de los escalones con la más extraña de las sensaciones de alivio y anticipación. El sencillo viaje era la resolución que hasta entonces había creído suspendida. Una torre se alzaba detrás del cuerpo principal del edificio. Me metí las manos en los bolsillos, sintiendo que los músculos de mi pierna se movían mientras caminaba; un dedo se metió por un agujero. Pensando: Llegas a un monasterio a medio camino a través de un pequeño estanque redondo. Seguro. Relajé mi estómago (se había contraído con la ascensión) y caminé, respirando pesadamente, por las losas de piedra rojas y grises. Entre los polvorientos paneles, la masilla salpicaba las plomizas teselaciones. En el mismo momento en que decidí que el lugar estaba desierto, un hombre con túnica y capucha giró una esquina y miró.

Saqué las manos de los bolsillos.

Él dobló las suyas sobre su vientre y avanzó. Eran blancas y translúcidas. Las punteras blancas y negras de unas zapatillas de básquet muy viejas se asomaban alternativamente por la parte inferior de su túnica. Sus ojos eran grises. Su sonrisa parecía como la congelada sonrisa anfetamínica de la pálida azafata de unas líneas aéreas. Su capucha estaba lo suficientemente echada hacia atrás como para ver que su cráneo era blanco como la pasta de pan. Una ulceración, en su mayor parte oculta,

como un mapa excéntrico, era visible bajo el borde de la capucha: húmeda, hinchada, con puntos púrpuras en la parte de dentro y amarillentos en el borde.

—¿Sí? —preguntó—. ¿En qué puedo ayudarle?

Sonreí y me encogí de hombros.

—Le vi llegar subiendo las escaleras y me pregunté si habría algo que pudiera hacer por usted, alguna cosa en particular que deseara ver.

—Sólo estaba echando un vistazo.

—La mayor parte de los terrenos están en la parte de atrás. En realidad no animamos a la gente a que merodee por aquí, a menos que sean residentes. Con franqueza, en estos momentos la propiedad no está en muy buenas condiciones. Precisamente ayer el Padre estuvo hablando en la comida de la mañana acerca de iniciar un proyecto para volver a poner las cosas en orden. Todo el mundo está encantado de tener un lugar al otro lado del lago Holland —hizo un gesto con la cabeza hacia el otro lado de la carretera—. Pero véalo por usted mismo.

Cuando aparté la vista de la degradación lacustre, él estaba echándose la capucha más hacia delante con un grueso pulgar y un cerúleo índice.

Contemplé los edificios. Hacía tanto tiempo que había estado intentando encontrar aquel lugar; pero una vez encontrado, la búsqueda parecía tan fácil. Había partido hacia un viaje...

—Disculpe —dijo.

... y vuelto.

—¿Es usted el Chico?

Sentí una cálida sensación en el estómago y un fuerte impulso de decir: *No*.

—Sí.

Su mandíbula y su sonrisa se crisparon en una risita sin sonido.

—*Pensé* que podía serlo. No sé *por qué*, pero lo pensé, y pareció una suposición razonable. Quiero decir que he visto fotos de... escorpiones, en el *Times*. Así que supe que era usted *uno* de ellos, aunque no tenía forma de saber *cuál* de ellos. Que era *él*... —y agitó la cabeza, el gesto de un hombre satisfecho—. Bien —cruzó las manos—. Nunca antes habíamos sido visitados por escorpiones, así que sólo supuse. —Su rostro sin una arruga se frunció—. ¿Está seguro de que no está buscando a *nadie*?

—¿A quién se puede buscar aquí?

—Mucha gente que viene asiduamente desea ver al Padre..., pero en estos momentos está en consulta con el señor Calkins, de modo que hoy no es posible..., a menos por supuesto que desee usted esperar, o volver en algún otro...

—¿Está aquí el señor Calkins? —En mi cabeza me hallaba a mitad de un diálogo imaginario que había empezado respondiendo a su primera pregunta con un: *¿El Chico? ¿Quién, yo? No...*

—Sí.

—¿Puedo verle? —pregunté.

—Bueno, no sé..., como he dicho, está en consulta con el Padre.

—Él querrá verme —dije—. Es amigo mío.

—No sé si debo molestarles. —Su sonrisa fijó alguna emoción que no pude comprender hasta que habló—: Y creo que *una* de las razones por las que el señor Calkins vino aquí fue para mantener a algunos de sus amigos a una distancia más comfortable. —Entonces rió. En voz alta.

—Nunca nos hemos visto personalmente —dije, y me pregunté por qué. (¿Para explicar que las razones personales que te hacen desear mantener a los amigos a distancia no tenían nada que ver con Calkins y conmigo? Pero no sonó así.) Lo dejé correr.

Sonó una campana.

—Oh, supongo —miró a la torre— que la hermana Ellen y el hermano Paul *no* lo han olvidado después de todo —y sonrió (¿a algún chiste personal?), mientras yo contemplaba un modelo del monasterio que ni siquiera me había dado cuenta de que me había formado: los tres edificios habitados únicamente por el Padre, Calkins, y ese hermano de ahí, disolverse y volver a formarse en: una comunidad de hermanos y hermanas, un pequeño jardín, cabras y pollos, maitines, completas, vísperas...

—Hey —dije.

Me miró.

—Vaya a decirle al señor Calkins que está aquí el Chico, y averigüe si desea verme. Si no, volveré en algún otro momento..., ahora que sé dónde está este lugar.

Se lo pensó, sin que pareciera gustarle mucho el asunto.

—Está bien, de acuerdo. —Se volvió.

—Hey.

Miró hacia atrás.

—¿Quién es usted?

—Randy..., esto, el hermano Randolf.

—De acuerdo.

Desapareció tras la esquina, con el eco de la campana.

Debajo de la tallada piedra angular, la arqueada puerta parecía como si (una mancha de óxido debajo del cerrojo del tamaño de un puño) no hubiera sido abierta en todo un año.

Y volví a pensar en mi viaje: había estado buscando demasiado tiempo aquel lugar; encontrarlo era algo que había realizado sin preocuparme siquiera por la meta. Durante unos minutos me pregunté si no podría conseguir de aquella misma forma todo lo demás en mi vida. Cuando finalmente elaboré una respuesta cuerda («No»), me eché a reír (en voz alta) y me sentí mejor.

—Ya han...

Me volví, apartando la vista de las miasmas del lago Holland.

—... terminado por esta tarde —dijo el hermano Randy desde la esquina—. Hablará con usted. El señor Calkins ha dicho que hablará unos momentos con usted. El Padre dice que está bien. —(Me dirigí hacia él, y él siguió diciendo)—: Venga conmigo. —Creo que estaba sorprendido de que las cosas hubieran ido de aquella manera. Yo también estaba sorprendido; pero a él, además, no le gustaba.

—Aquí. —Había una silla de jardín, de madera pintada de blanco, en un porche de piedra encolumnado que recorría todo un lado del edificio.

Me senté y le dediqué una sonrisa.

—Han terminado, ¿sabe? —ofreció—. Por esta tarde. Y el Padre dice que está bien que él hable con usted ahora, si no es demasiado rato.

Creo que deseaba sonreír.

Me pregunté si aquella cosa debajo de su capucha le dolía.

—Gracias —dije.

Se fue.

Contemplé la irregular hierba a mi alrededor, arriba y abajo del porche, la piedra beige; incrustada a mi lado en la pared había una reja de piedra con dibujos florales. Me levanté y miré desde cerca a su través. Otra reja, detrás de ella, estaba desplazada unos quince centímetros fuera de alineación, de modo que no podías ver el interior. Estaba pensando que probablemente servía para ventilación cuando mi rodilla (mientras me movía junto a las flores de piedra intentando ver) golpeó la silla, y sus patas rascaron ruidosamente contra el suelo.

—¿Perdón...?

Retrocedí unos centímetros.

—¿Hola? —dije, sorprendido.

—No me di cuenta de que estaba usted aquí..., hasta que le oí moverse.

—Oh. —Me aparté unos pasos de la reja—. Pensé que iba a salir usted ahí al porche... —(Rió)—. Bueno, supongo que así está bien. —Arrastré mi silla más cerca.

—Muy bien. Me alegra que considere esto aceptable. Es muy poco habitual que el Padre permita a alguien que busca la comprensión de la comunidad monástica, como él describe el proceso aquí, tener alguna relación con gente de fuera de estas paredes. Incluso la conversación con los miembros es limitada. Pero aunque llevo varios días aquí, no empiezo oficialmente mi curso de estudios hasta la puesta del sol de hoy. De modo que ha hecho una excepción.

Me senté en el brazo de la silla.

—Bueno —dije—, suponiendo que hoy se ponga...

Rió de nuevo.

—Sí. Supongo que sí.

—¿Qué está haciendo usted aquí? —pregunté.

—Supongo que la mejor forma de describirlo es decir que estoy a punto de embarcarme en un curso espiritual de estudios. No estoy demasiado seguro de cuánto va a durar. Me ha pillado usted justo a tiempo. Oh..., debo advertírselo: puede que haga usted algunas preguntas que no me esté permitido responder. He recibido instrucciones del Padre de que, cuando me sean hechas, debo permanecer simplemente en silencio hasta que usted hable de nuevo.

—No se preocupe —dije—. No sondearé ninguno de los secretos de sus juegos devocionales aquí —deseando de alguna forma poder hacerlo.

Pero la voz dijo:

—No, no preguntas que tengan algo que ver con el monasterio.

Y (¿mientras él consideraba más explicaciones?), pensé en la torre estallando lentamente, arrojando mampostería en un confuso aire demasiado tenue para que los ladrillos y los cerrojos y la cuerda de la campana flotaran.

—No creo que haya nada respecto al monasterio que *pueda* usted preguntar y que no me esté permitido contestarle..., si conozco las respuestas. Pero parte del entrenamiento es una especie de autodisciplina: cualquier pregunta que hace destellar algunas reacciones internas en mí me hace pensar en ciertos pensamientos, sentir ciertos sentimientos, antes que lanzarme a alguna respuesta verbal que, informativa o no, es planteada principalmente para reprimir esos pensamientos y sentimientos. Se supone que debo experimentar completamente esas preguntas en la ansiedad del silencio.

—Oh —dije—. ¿Qué tipo de pensamientos y sentimientos? —Tras diez tranquilos segundos, me eché a reír—. Lo siento. Sospecho que es algo así como no pensar en el hipopótamo blanco cuando uno está cambiando el agua hirviendo en oro.

—Más bien.

—Suenan interesantes. Quizá lo intente algún día. —Y sentí casi lo mismo que la mañana que le dije a la Reverenda Amy que me dejaría caer por alguno de sus servicios—. Hey, gracias por la nota. Y gracias por la fiesta, también.

—Es yo quien debo dárselas. Si recibió mi carta, entonces no hace falta que siga disculpándome. Aunque no estoy sorprendido de encontrarle, no le esperaba exactamente en este momento. Me atrevería a preguntar si se lo pasó bien..., aunque quizá sea mejor dejarlo correr.

—Fue educativo. Pero no creo que tuviera demasiado que ver con el hecho de que usted no se presentara. Todos los escorpiones se lo pasaron estupendo..., traje a todo el nido.

—¡Me hubiera gustado estar allí!

—Todos acabaron borrachos. Las únicas personas que no se lo pasaron bien probablemente tampoco se lo merecían. ¿Recibió usted algún informe de sus amigos? —Por un momento pensé que había formulado una de las preguntas.

—Sí... Sí, los recibí. Y algunos de mis amigos son unos charlatanes extremadamente coloristas..., a veces me pregunto si no es por eso por lo que los elegí. Confío que no ocurriera nada que le haya distraído de lo que esté escribiendo en estos momentos. Fui completamente sincero acerca de todo lo que dije respecto a su próxima colección en mi carta.

—Sí.

—Después que algunos de mis amigos, mis espías, terminaran su relato de la velada, Thelma, ¿la recuerda?, me dijo prácticamente lo mismo que acaba de decir usted, casi palabra por palabra, respecto a que cualquiera que no se lo hubiera pasado bien simplemente no se lo merecía. Cuando lo dijo, sospeché que solamente estaba intentando hacerme sentir mejor por mi ausencia. Pero aquí está, corroborado por el invitado de honor. Mejor no preguntar más al respecto. No sabía que fuera usted amigo de Lanya.

—Es cierto —dije—. Ella le conocía.

—Una jovencita impresionante, tanto entonces como, aparentemente y por los informes, ahora. Como estaba diciendo, después de que mis espías terminaran su relato, decidí que usted es más aún el tipo de poeta que necesita Bellona de lo que creí al principio, en todos los aspectos..., excepto en lo referente a calidad literaria, que, como le expliqué en mi carta, no me siento capacitado, y pretendo seguir así, para juzgar.

—La forma más amable de decirlo, señor Calkins —dije—, es que simplemente no estoy interesado en lo que usted me propone. Nunca estuve interesado en ello. Creo que en su conjunto mis poemas no son más que un puñado de mierda. Pero...

—¿Es usted consciente —dijo, tras mi embarazado silencio— del hecho de que, precisamente porque siente así, es *mucho más* idóneo para su papel tal como yo le acabo de decir? Cada vez que rechaza usted otra entrevista para el *Times*, debemos informar de ello, como un ejemplo inspirador de su desinterés en la publicidad, en el propio *Times*. Así, su imagen se ve más propagada... Por supuesto, usted *todavía* no ha rechazado ninguna entrevista, hasta ahora. Y ha dicho: «Pero...» —Calkins hizo una pausa—. ¿«Pero» qué?

Me sentí realmente incómodo en el brazo de la silla.

—Pero... Tengo la sensación como si estuviera mintiendo de nuevo. —Bajé la vista hacia los pliegues de mi estómago, cruzado por las cadenas.

Si captó el «de nuevo», no lo demostró.

—¿Puede explicarme cómo?

La ventaja de transcribir tu propia conversación: Es la única posibilidad que tienes de ser inteligente. Esta conversación debió ser cinco veces más larga y diez veces más torpe. Dos frases que realmente destacaría, sin embargo, son las relativas a «... el claro conocimiento de la dirección que las veletas de mi alma pueden

señalar...» y «... experimentarlos en la ansiedad del silencio...». Sólo que se me ocurre que «... las veletas de mi alma» era de él, mientras que «... la ansiedad del silencio...» era mía.

—Recuerdo... Recuerdo una mañana en el parque, antes incluso de conocer al señor Newboy, o incluso saber que nadie deseara alguna vez publicar algo escrito por mí, sentado bajo un árbol..., desnudo, con Lanya dormida a mi lado, y yo estaba escribiendo..., no, estaba copiando algo que había escrito antes. De pronto me vi asaltado por... ¿ilusiones de grandeza? Las fantasías eran tan intensas que ¡no podía respirar! Me dolía el estómago. ¡No podía... escribir! Lo cual es lo más importante. Esas fantasías eran todas en los términos de los que está usted hablando. Así que sé que las tengo... —Intenté imaginar por qué me había detenido. Cuando lo hice, inspiré profundamente—. No creo ser un poeta..., ya no, señor Calkins. No estoy seguro de haberlo sido nunca. Por un par de semanas, en una ocasión, puede que llegara cerca de ello. Si realmente lo fui, nunca lo sabré. Nadie podrá saberlo nunca. Pero una de las cosas que he perdido también, si alguna vez la tuve, es el claro conocimiento de la dirección que las veletas de mi alma pueden señalar. No sé... Simplemente estoy suponiendo que usted está interesado en esto debido a que en su carta mencionaba que mencionaba que deseaba otro libro.

—Mi interés —dijo fríamente— es político. Sólo quiero examinar ese pequeño lugar donde política y arte se nivelan. Usted comete ese error tan común en los escritores: supone que publicar es la única actividad política que tengo. Es una de las más interesantes para mí; también es una de las más pequeñas. En consecuencia resulta perjudicada, y no hay nada que ninguno de los dos podamos hacer al respecto, con Bellona en la forma en que está. Luego, también, quizá yo cometa un error común para un político. Tiendo a ver todos sus problemas simplemente como un asunto de un pequeño *Dichtung*, un pequeño *Warheit*, con el énfasis en lo último. —Hizo una pausa, y medité sobre aquello. Pero siguió—: Usted dice que no está interesado en el entorno extraliterario de su trabajo..., supongo que se refiere a la vez a la aclamación, al prestigio, a la adoración al héroe y a sus inevitables distorsiones..., todas esas cosas, en efecto, que refuerzan el placer de la audiencia en el artista cuando se desea la obra en sí. Entonces lo que me dice usted es en realidad que ya no está interesado en la propia obra..., ¿de qué otra forma debo interpretar una información como la de que «ya no soy un poeta»? Dígame, y se lo pregunto porque yo soy un político y realmente no lo sé: ¿Puede un artista sentirse realmente interesado en su arte y no en todas esas otras cosas? Un político, y eso puedo jurarlo, no puede sentirse realmente (mejor decir: efectivamente) interesado en el bienestar de su comunidad sin *desear* al menos (lo consiga o no) la aclamación de esa comunidad. Muéstreme a uno que no la desee (lo consiga o no), y yo le mostraré a alguien capaz de matar a los judíos por su propio bien o capaz de conquistar Jerusalén y hacerla

excavar para construir un depósito de agua sagrada.

—Los artistas pueden —dije—. Algunos emperadores muy buenos han sido los mecenas de algunos poetas muy buenos. Pero muchos más poetas parecen haber conseguido llevar adelante su arte sin el mecenazgo de ningún emperador, bueno, malo o de otra clase. De acuerdo: un poeta está interesado en todas esas cosas: aclamación, reputación, imagen. Pero en tanto que forman parte de la vida. Tiene que ser una persona que sepa lo que está haciendo de una forma muy profunda. Sentir interés por cómo funcionan es una cosa. Desearlas es otra..., el tipo de cosa que empañará cualquier auténtica comprensión de cómo funcionan. Sí, son interesantes. Pero no las deseo.

—¿Está usted mintiendo... «de nuevo», como usted mismo dijo? ¿Está eludiendo..., como he dicho yo?

—Estoy eludiendo —admití—. Pero..., también estoy escribiendo.

—¿De veras? ¡Qué sorpresa después de todo esto! He leído suficientes cosas horribles de hombres y mujeres que en una ocasión escribieron una obra digna de ser leída como para saber que el hábito de poner palabras una detrás de otra sobre un papel tiene que ser algo infernalmente tenaz... Pero está haciendo usted que me resulte muy difícil mantener mi prometida objetividad. Tiene que haberse dado cuenta, aunque sólo sea a través de mi eufuista periodicucho, que enarboló todo tipo de teorías literarias..., un defecto que comparto con César, Carlomagno y Winston Churchill (sin mencionar a Nerón y a Enrique VIII). ¡Ahora quiero leer sus poemas por el claro deseo de ayudar! ¡Pero ése es exactamente el punto donde la política, tras convencerse de que sus motivos son puramente benévolos, debe mantener sus manos fuera, fuera, fuera! ¿Por qué está usted insatisfecho?

Me encogí de hombros, me di cuenta de que él no podía verme, y me pregunté cuánto de él me estaba perdiendo tras la piedra labrada.

—Lo que escribo —dije— no parece ser... cierto. Quiero decir que puedo modelar tan poco de ello. La vida es algo muy terrible en su mayor parte, con momentos de maravilla y belleza. La mayor parte de lo que la hace terrible, sin embargo, es simplemente que hay tanta, resonando estrepitosamente a través de los cinco sentidos. En mi altílo, a solas, en mitad de la noche, empieza a trompetear. Así que trabajo en recopilar lo suficiente de ella como para construir momentos de orden. —Enlacé mis dedos, que estaban fríos, y los crucé sobre mi estómago, que estaba caliente—. No dispongo de las suficientes herramientas. Soy un loco. No he tenido suficiente vida. Soy un loco en esta ciudad loca. Cuando el problema es tan complicado como una palabra dicha entre dos personas, ambas sospechando que la comprenden... Cuando te tocas el estómago con la mano e intentas determinar qué está sintiendo qué... Cuando tres personas apoyan sus manos sobre mi rodilla, cada una respirando a un ritmo distinto, el latir en la yema del pulgar de una mezclándose

con el pulso en la arteria que bordea mi rótula, y uno de esos latidos es mío..., lo que en mí puede ordenar las cosas se agota ante todo eso.

—¿Está seguro de que simplemente no me está diciendo (¡Oh, desearía poder verle!), o evitando decirme, que la responsabilidad de ser un escorpión grande y malo está metiéndose en el camino de su trabajo?

—No —dije—. Más bien es lo opuesto. En el nido, he conseguido al fin: la gente suficiente para mantenerme caliente por la noche. Y puedo sentirme tan seguro como cualquiera en la ciudad. Los escorpiones que piensan en lo que he escrito se hallan simplemente deslumbrados por el objeto..., el libro que usted fue tan amable de poner en imprenta. Algunos incluso enrojecen cuando leen en él descripciones que corresponden a ellos. Eso deja lo que realmente ocurre entre la primera estrofa y la última enteramente para mí. Los escorpiones me aceptaron sin una lucha. Mi mente es un imán y ellos virutas de hierro en un campo que yo he construido... No, ellos son los imanes. Yo soy la viruta de hierro, ahora en una posición estable.

—¿Está usted demasiado *satisfecho* para escribir?

—Usted es un político —dije—; y simplemente no lo puede comprender.

—Al menos me está dando un poco más de apoyo en mi resolución de no leer su obra. Bueno, dice que aún está escribiendo. Independientemente de *cualquier* prefacio personal que pueda usted hacer, incluso éste, sigo estando interesado en su segundo libro, tanto como lo estuve en el primero.

—No sé si estoy dispuesto a perder el tiempo intentando hacérselo llegar.

—Si puedo conseguir que le sea robado, con la tinta aún húmeda, de debajo de la misma sombra de su pluma, supongo que eso es lo que voy a tener que hacer. Veamos, ¿tendremos que llegar a ello?

—Tengo otras cosas que hacer. —Por primera vez, me sentí realmente furioso ante su afectación.

—Hábleme de ellas —dijo, con una voz tan natural, pero siguiendo tan naturalmente a la socarronería, que mi furia se vio derrotada.

—Yo... quiero que *me* diga algo —indiqué.

—Si puedo.

—¿Es el Padre, aquí en el monasterio, un buen hombre? —pregunté.

—Sí. Es muy buen hombre.

—Pero para que pueda aceptar esto, entienda —dije—, tengo que saber que puedo aceptar su definición de bueno. Probablemente no sea la misma que la mía... ¡Ni siquiera sé si yo *tengo* una!

—De nuevo desearía poder verle. Su voz suena como si estuviera trastornado por algo. —(De lo cual no me había dado cuenta; no me *sentía* trastornado)—. No se me pasan por alto sus esfuerzos por mantener nuestra charla a un nivel de honestidad que podría considerar tedioso si no sintiera el respeto hacia la verdad de un hombre

obligado a decir una gran cantidad de mentiras por las más recomendables de las razones. No estoy muy satisfecho conmigo mismo, Chico. En los últimos meses, una docena de situaciones separadas me han impulsado a darme cuenta de que, para ser un buen gobernador, aunque no sea absolutamente necesario ser un buen hombre, sí es de una ayuda inestimable. Bellona es una ciudad excéntrica que fomenta actitudes excéntricas. Pero la razón de que yo esté aquí, entre todos los lugares excéntricos de este lugar absolutamente excéntrico, es porque realmente deseo...

Polvo, o algo, sopló dentro de mi boca, descendió por mi garganta; carraspeé, pensando: ¡Cristo, espero que no decida que mi voz se quiebra por la emoción!

—... remediar un poco esa insatisfacción. Si no es un buen hombre, lo que sí es el Padre es un hombre generoso. Me permite quedarme aquí... Por supuesto, siempre hay una extraña relación entre el jefe del estado y el jefe de la religión aprobada por el estado. Después de todo, yo le ayudé a instalar este lugar. Del mismo modo que ayudé a instalar *Teddy's*. Por supuesto, en este caso, el trabajo mayor, y el más fácil, dada mi posición con el *Times*, fue asegurarme de que no hubiera publicidad. En su actual estado de ánimo, probablemente apreciará usted eso. Pero no, mi relación con el Padre no es la de simple ciudadano a sacerdote. Por mi parte, en cualquier caso, es engañosa, fraguada por la duda. Si no dudara, no estaría ahora aquí. Temo que la política trabaje a través de lo espiritual como la podredumbre. El buen gobernador, al menos, desea ser la mejor podredumbre posible.

—¿Es un buen hombre el Padre? —pregunté de nuevo, e intenté no sonar *en absoluto* como si estuviera trastornado. (¿Quizá una acción defensiva?)

—¿Se le ha ocurrido a usted, mi joven Diógenes, que, si pule la chimenea de su *propia* lámpara, es un poco más probable que descubra este misterioso y milagroso Otro que está buscando? ¿Por qué le preocupa tanto esto?

—Porque puedo vivir aquí, en Bellona —dije.

—¿Teme usted que por la voluntad de un buen hombre la ciudad resulte destruida? Será mejor que vuelva a mirar al otro lado de las vías del tren, muchacho. El Apocalipsis ha venido y se ha ido. Simplemente estamos cavando en las cenizas. *Ése* ya no es nuestro problema. Si usted deseara irse, hubiera pensado en ello hace ya mucho tiempo. Oh, es usted muy orgulloso..., y yo también lo soy a veces. Bueno, como cabeza de la religión del estado, el Padre hace un muy buen trabajo; lo suficientemente bueno como para que aquellos que no lo hacen enteramente bien puedan hacerlo un poco mejor sin preguntar..., especialmente si eso es todo lo que pueden conseguir.

—¿Qué piensa usted de la religión del pueblo? —quise saber.

—¿Qué quiere decir?

—Ya sabe. La iglesia de la Reverenda Amy; George, June; todo ese asunto.

—¿Hay alguien que se lo tome en serio?

—Para un gobernador —dije—, está usted muy fuera de contacto con la gente, ¿no? Ha visto las cosas que se han mostrado en el cielo. Hay pósters de George por toda la ciudad. Usted publicó la entrevista, y las fotos que hicieron de ellos dioses.

—He visto algo de ello, por supuesto. Pero me temo que todo ese misticismo negro y ese homoerotismo no sea algo que personalmente halle muy atractivo. Y por supuesto, no me parece una base particularmente apetitosa para la adoración. ¿Es la Reverenda Amy una buena mujer? ¿Es George un buen... dios?

—No estoy tan interesado en la religión de *nadie* —le dije—. Pero si desea suscitar usted la cuestión de la finalidad de la iglesia respecto a la gente que hace cosas buenas: Cuando yo estaba terriblemente hambriento, ella me dio de comer. Pero cuando estuve herido y sediento, alguien en la puerta de usted me dijo que no podía darme un vaso de agua.

—Sí. Fui informado de ese lamentable incidente. Las cosas no le fueron bien ahí, ¿verdad? Pero sin embargo, cuando usted estaba inédito, yo le publiqué.

—De acuerdo. —Mi risa fue demasiado seca—. Usted lo ha dicho todo, señor Calkins. Seguro, es su ciudad. Hey, ¿recuerda el artículo sobre mí salvando a los chicos del fuego la noche de la fiesta? Bueno, pues no fui yo. Fue George. Él también estaba allí. Pero estaba metido en el edificio, buscando por entre el fuego, viendo si alguien necesitaba ayuda. Yo simplemente vagaba por ahí; y la única razón de que me quedara fue porque él me dijo que los que habían salido con él de Teddy's se habían asustado como gallinas y se habían marchado a escape. Yo fui el primero que oyó llorar a los niños, pero fue George quien se metió en el edificio y sacó a los cinco con vida. Luego, cuando su periodista habló con él, George le hizo creer que había sido yo, porque él no deseaba la aclamación, el prestigio y la adoración del héroe. Lo cual, en el estado de ánimo en que me hallo ahora, apruebo completamente. ¿Es George un mal hombre?

—Creo —la voz era seca— que en lo que preguntó usted originalmente iba implícita la distinción necesaria entre aquellos que *hacen* el bien y aquellos que *son* buenos.

—Seguro —dije—. Pero en lo que usted dijo había explícito algo respecto a hacer todo el bien que uno pueda. Puedo confiar en George si lo necesito. Es lo suficientemente genial como para ser un dios, con algunos espléndidos fallos humanos como una historia de lujuria.

—Creo que aún sigo siendo lo suficientemente judeocristiano como para sentirme incómodo con los demiurgos expresamente humanos.

—En la religión aprobada del estado, el gobernador es el representante nombrado por Dios sobre la Tierra, si recuerdo bien. ¿No es eso, cuando todo se ha dicho y hecho, lo que hace la relación entre el jefe del estado y el jefe de la iglesia tan delicada como acaba de decirme que es? Es usted tan dios como George, menos

algunos portentos celestes y, por supuesto, sólo estoy suponiendo, unos cinco centímetros de pene.

—Supongo que una finalidad válida de los poetas es llevar la blasfemia a los escalones del altar. Hubiera deseado que no se sintiera usted obligado a hacerlo hoy. De todos modos, lo aprecio como una necesidad política, si no religiosa.

—Señor Calkins —dije—, la mayoría de sus súbditos no están seguros de si este lugar existe o no en la realidad. No estoy presentando una protesta largamente meditada. No estaba seguro de que hubiera un Padre hasta hoy. Sólo estaba preguntando...

—¿Qué *está* preguntando, joven?

Lo que estaba intentando decir se vio cortado de cuajo al comprender su auténtica zozobra.

—Hum... —Intenté pensar en algo brillante, y no pude—. ¿Es el Padre un buen hombre?

Cuando no respondió, y empecé a sospechar/recordar por qué, sentí deseos de reír. Decidido a irme en silencio, abandoné el brazo de la silla. Tres pasos, sin embargo, y mi burbujeo se convirtió en una risita a plena garganta que amenazaba con estallar en torrentes. Si Calkins hubiera podido verme, hubiera hecho llamear todas mis luces.

El hermano Randy, con la túnica agitándose sobre sus zapatillas, apareció por la esquina.

—¿Ya se va? —Seguía exhibiendo su mueca de metadrina.

—U-hum.

Se dio la vuelta para caminar a mi lado. La brisa que apenas había sido un soplo en mi oído izquierdo se afirmó ahora lo suficiente como para azotar mi chaqueta contra mis costados; arrancó la capucha de Randy de su cabeza. Contemplé la solitaria Australia en el Pacífico Sur de su cráneo. No era tan grande como había imaginado por su borde. Me vio mirar; así que pregunté:

—¿Le duele?

—A veces. Creo que el polvo y todo lo que hay en el aire la irritan. Ahora está un poco mejor de lo que solía estar. Antes bajaba junto a la oreja y descendía por el cuello..., cuando llegué aquí. El Padre sugirió que me afeitara la cabeza; evidentemente, eso le ha dado la oportunidad de curarse. —Llegamos a los escalones—. El Padre sabe un montón sobre medicina. Me hizo poner una sustancia en ella, y parece que se está curando. Durante un tiempo pensé que tal vez fuera un doctor o algo así, pero le pregunté...

Asentí en su pausa, y empezamos a bajar. Hubiera jurado que iba a decir algo, y en el momento que empezó a hablar de nuevo tuve visiones auditivas del interminable arrebato.

—... y dijo que no lo era.

Llegamos abajo.

—Adiós. —Agitó su enorme y translúcida mano.

No dijimos todas esas cosas exactamente de esa forma; pero de eso fue de lo que hablamos. Releyéndolo, me devuelve su realidad ¿Lo haría también a él? ¿O he dejado fuera los emblemas particulares, personales, por los cuales él podría recordar y reconocer?

Durante todo el camino a través del roto paso elevado intenté reunir todo lo que había conseguido del hombre detrás de la pared (mis luces llameando a través de dos floridas rejas de piedra, una red de luz en torno a su cuerpo); incluso me pregunté qué habría *sentido* él durante nuestra conversación. Lo único que quedó claro cuando todas mis especulaciones cayeron fue que sentía una gran urgencia por escribir. (¿Han experimentado alguna vez ese desasosiego..., como dicen en las contraportadas de las revistas? Seguro.) Pero sentado aquí, en una mesa de atrás en Teddy's, esta noche, mientras Bunny ejecuta su número ante una clientela no tan abundante como de costumbre (le pregunté a Pimienta si quería venir conmigo, pero realmente siente escrúpulos en acercarse por aquí, de modo que me traje mi bloc de notas como compañía), veo que todo lo que ha producido es esta transcripción..., y *no* es lo que deseaba hacer. (Bunny vive en un mundo peligroso; desea un buen hombre. Lo que ha conseguido es Pimienta..., no, una imagen que Pimienta, en sus mejores momentos [cuando puede sonreír], consiente en entregarle, pero normalmente está demasiado cansado o avergonzado para hacerlo. ¿Soy yo quien debo decirle eso, relatándole mi blasfemia en los escalones del altar, compartiendo con ella mi viaje del mediodía? Desearía disfrutar un poco más de su baile.) Esto no es un poema. Es un pobre relato de algo que ha ocurrido en el Año de Nuestro Señor oh sería tan agradable escribirlo, día, mes y año. Pero no puedo.

Si Dólar no deja de importunar a Jetadecobre, entonces Jetadecobre acabará matándolo. Si Dólar deja de importunar a Jetadecobre, entonces Jetadecobre acabará dejándolo tranquilo. Si Jetadecobre mata a Dólar, entonces es que Dólar no habrá dejado de importunar a Jetadecobre. Si Jetadecobre deja tranquilo a Dólar, entonces es que Dólar habrá dejado de importunar a Jetadecobre. ¿Qué de lo de arriba es cierto? Lo que tiene menos palabras, por supuesto. Pero ésta es una lógica falsa. ¿Por qué? Tres veces bendecido es el Señor de las Divinas Palabras, el Dios de los Ladrones, el Dueño del Submundo, personaje de dos sexos, de naturaleza doble, y sin embargo uno a través de toda difracción.

el codo contra su barbilla.

—¡Hey...! —dijo John, y retrocedió, las manos alzadas, las palmas hacia fuera.

El sonido que emitió ella fue algo que jamás había oído de *nadie*. Pateó su pierna, le alcanzó debajo de la rodilla. Él sujetó su brazo de nuevo, pero ya no estaba allí, de modo que volvió a retroceder.

Y tropezó con una raíz, cayendo directamente contra el tronco. Lo cual le puso realmente furioso: se lanzó de nuevo contra ella.

Ella saltó. Directamente hacia arriba. El puño de él aterrizó sobre el brazo de ella. Ella bajó arañando su cuello. La camisa se rasgó.

La golpeó, duramente. Pero no importaba; pensé que ella iba a arrancarle la garganta de un mordisco. Mordió algo. Él silbó:

—¡Mierda...!

Denny sujetó mi brazo.

—Hey, ¿no vas a detenerla...?

—No —dije. Estaba mortalmente asustado.

John intentó darle un puñetazo en el estómago.

Los dos se retorcieron, fallando.

Milly seguía dando vueltas en torno a ellos, y Jommy empezó a decir:

—Hey, que alguien... —y entonces nos miró al resto de nosotros, y simplemente tragó saliva.

John empujó la cara de ella hacia atrás. Ella agarró su brazo y tiró. Con todas sus fuerzas. El codo de él golpeó el árbol. Chilló, y la golpeó con la mano plana en la barbilla.

—¡JODIDO...! —gritó ella, tan fuerte que todos supieron que debía haberle dolido en la garganta—. ¡JODIDO...!

Su puño derecho descendió desde la altura de su oreja y golpeó el rostro del hombre. Como un eco, su cabeza crujió contra el tronco.

—¡Hey! Para... Para ya... —Entonces supongo que realmente intenté interrumpir la pelea. Él gritó, agarró la muñeca de ella...

Ella tenía el color rojo de la carne viva desde el cuello hacia arriba; lanzó su puño hacia delante, retorció los dedos; luego se agarró un puño con el otro y los lanzó contra el cuello de él.

—Jesús... —dijo Jommy, me di cuenta que dirigiéndose a mí—. Está loca... —Pero retrocedió ante la mirada que le lancé.

John intentó agarrarla con una especie de abrazo de oso. Pateó contra ella, y los dos rodaron al suelo, él encima. Todo el mundo retrocedió como una sola persona.

Golpeando ciegamente, ella se alzó a medias, con un puñado de hierba en la mano. Luego hubo hierba en el pelo de él, y chilló de nuevo.

Su oreja sangraba. Pero no supe lo que ella había hecho.

—¡Hey, mirad! —dijo Milly, fuerte y trastornada—. ¿Por qué alguien no...? —
Entonces se le ocurrió que si alguien podía hacer algo, tenía que ser ella.

Avanzó.

La sujeté por el hombro, y ella miró secamente a su alrededor.

—Es una pelea justa —dije.

Él la golpeó tres veces, muy duro, una tras otra:

—Estúpida. Puta. Estúpida... —Pero ella, de algún modo, se liberó. Y retrocedió. Se lanzó de nuevo con los dos puños contra el rostro de él, uno apuntando a su oreja, y golpeando el suelo, y volviendo a alzarse para golpear de nuevo, ensangrentado. Cuando le alcanzó de nuevo —ahora él simplemente estaba intentando cubrirse el rostro—, vi que se lo había despellejado de mala manera.

Cuando lo golpeó por sexta vez —una de sus rodillas estaba clavada en su estómago—, pensé que quizá debiera detenerla. Pensé en Dólar. Pensé en Pesadilla y en Dragón Lady. Pero no estaba tan asustado como lo había estado al principio, cuando pensé que su estremecida rabia iba a hacerla estallar.

La boca de Denny estaba abierta. Soltó mi brazo.

Ella se puso en pie, estuvo casi a punto de caer.

—¡Jodida mierda! —dijo. Sonó como si su mandíbula chasqueara entre cada sílaba. Le pateó la cabeza. Dos veces.

—Hey, oh, *vamos*... —dijo uno de los otros, y avanzó hacia ella. Pero no la tocó.

Pensando: Quizá una zapatilla de tenis no sea tan dura como eso.

Seguro.

Se volvió y avanzó, ciegamente, hacia mí.

Mientras Denny retrocedía tambaleante, ella se detuvo, miró por encima de su hombro y gritó:

—¡Eres una jodida mierda! —y siguió avanzando. Su rostro estaba hinchado de un lado.

Dos de los muchachos se arrodillaron al lado de John. Milly flotó tras ellos como si aún no hubiera conseguido recuperarse.

—¡Oh, huau! —dijo Denny—. ¡Realmente has dejado al bastardo hecho papilla!

—¡La jodida mierda! —susurró ella, secándose el rostro y haciendo una mueca—. La jodida... —Tenía un ojo lleno de lágrimas. Echó a andar. Caminamos junto a ella.

—Parece que él también ha acertado un par —dijo Denny.

—Pero ella está andando por su propio pie —dije yo.

—Hey, lo has hecho mejor que Cristal lo hizo con Dólar —dijo Denny.

—Yo tenía... —Ella contuvo el aliento—. Supongo que yo tenía más razón. —Se frotó el hombro con la palma de la mano, los dedos muy abiertos y tensos. Y dejó sangre en la manga. No creo que supiera todavía que estaba sangrando.

—Hey, Lanya —dijo Jack. Frank estaba de pie detrás de su hombro.

Ella se detuvo y miró.

Tragó saliva, y me pregunté si recordaba quién era él. Probablemente yo estaba proyectando.

—Gracias —dijo Jack.

Ella asintió, tragó saliva una vez más, y siguió andando.

—¿Qué ocurre? —preguntó Denny unos veinte metros más tarde—. ¿Te duele el ojo?

Ella agitó la cabeza.

—Es sólo que... —Sonaba realmente alterada—. Bien, las chicas educadas de Sarah Lawrence no suelen pegar así a... —y jadeó de nuevo.

Puse mi brazo en torno a su hombro. Encajó en él como siempre. Sólo que no ajustó su paso al mío. Así que ajusté el mío al suyo.

—¿Hubieras querido que te echara una mano ahí?

—¡Os hubiera arrancado los cojones! —dijo ella—. Hubiera... No sé lo que hubiera hecho...

Apreté su hombro.

—Sólo preguntaba, querida.

Ella se tocó de nuevo la mandíbula, suavemente, dándose cuenta de que le dolía. Dejó una huella de sangre.

—La escuela era cosa mía. No vuestra. No teníais nada que hacer con ello. Ni siquiera os *gustaba* Paul... ¡Oh, la *jodida* mierda...! —y dejó de andar.

—Te ayudé con la clase un par de veces —dijo Denny—. ¿Acaso no lo hice? —y miró hacia atrás, a los otros.

—Seguro —dijo Lanya. Apoyó una mano en el hombro de él. Luego hizo una mueca y la bajó para frotarse la pierna. Siguió andando, sin cojear.

—Todavía no comprendo por qué te lanzaste contra él —dije.

—¡Oh, que te jodan! —Se apartó de mí—. No comprendes un montón de cosas. Acerca de mí.

—De acuerdo —dije—. Lo siento.

—Yo también —dijo ella, roncamente. Pero cuando me puse de nuevo a su lado, pasó un brazo alrededor de mi hombro. Y ajustó su paso.

—Hey —dijo Denny—. ¿Quieres estar sola por un rato?

—Ajá —dijo ella—. Eso es lo que quiero.

Caminó con nosotros hasta la entrada del parque, de modo que imaginé que iba a volver con nosotros al nido. Pero junto a los leones dijo:

—Os veré luego —y simplemente se alejó.

—Hey... —llamé.

—Quiere estar sola —dijo Denny.

Seguía sintiéndome extraño.

Ella volvió al nido aquella noche a última hora, cuando estábamos desde hacía ya una hora en la cama (yo medio borracho). La oí quitarse vagamente la ropa, luego trepar por el poste.

Se arrastró encima mío, me sacudió por el hombro y, a caballo sobre mi pecho, bajó la cabeza y me miró con ojos llameantes, oscilando como si fuera a desgarrarme algo con los dientes. Alargué la mano entre sus piernas y empujé dos dedos a través de su vello, entre las granuladas paredes; estaban mojadas.

Apoyó las dos manos sobre mi pecho, con los brazos empujando sus pechos el uno contra el otro, y gruñó.

Denny, en la esquina, se dio la vuelta, alzó la cabeza y dijo:

—¿Eh...?

—¡Tú también! —dijo ella—. ¡Ven *aquí!*

Jamás antes había sido jodido de aquel modo —pese al ojo hinchado y la pierna dolorida— por *nadie*. (Ella dijo que había pasado la tarde y la primera parte de la noche con Madame Brown, simplemente hablando. «¿Nunca has jodido *con ella?*», quiso saber Denny.) En plena efervescencia, Jetadecobre asomó la cabeza por encima del borde del altillo y preguntó:

—¿Qué estáis haciendo ahí arriba, chicos? ¡Vais a derribar el altillo!

—Lárgate de aquí —dijo Denny—. Ya tuviste tu oportunidad.

Jetadecobre sonrió y se fue.

Esta tarde caminé por las calles con Pesadilla, escuchando sus reminiscencias de Dragón Lady.

—Hombre, acostumbrábamos a hacer algunas cosas más bien sorprendentes, todo el tiempo, en cualquier momento, en cualquier lugar, en medio mismo de la jodida calle, hombre, te lo juro. —Caminamos; él señalaba portales, calles, una camioneta aparcada sobre sus ejes—. Una vez con ella sentada encima del taxi y yo de pie en la jodida acera, una mano a cada lado de la portezuela y mi cabeza justo ahí dentro, comiéndome todo aquel negro coño..., con Baby y Adam por algún lado allí en la calle..., luego la jodí en el asiento de atrás, sobre la tapicería. ¡Oh, mierda! —Y cuando, en el parque, ella le había empujado contra la pared y se la había soplado; cuando le hacía ir caminando por el centro de la calle con los genitales fuera de la bragueta—, con ella sentada en el bordillo y haciendo cosas con la boca, hombre, antes de que yo llegara *allí*, ¡de modo que tenía toda mi erección *ahí en medio!* — Habla de esas celebraciones como si fuesen rituales religiosos recientemente prohibidos. Cuarenta minutos de eso, antes de que se me ocurra lo solitario que estamos no sólo Pesadilla, sino todos los demás aquí. ¿Cómo puedo discutir la mecánica de Lanya y Denny con alguien? Ni siquiera tengo el consuelo de la desaprobación pública. Probablemente él no haya hablado nunca antes de eso con

nadie. En los escalones de mármol del edificio del Second City Bank (me dice), él la hizo quitarse todas sus ropas—, simplemente como Baby, hombre. Quiero decir que la gente podía pasar por la calle viéndola completamente desnuda allí, y eso no significaba nada —y orinar, mientras él permanecía detrás de ella, un brazo sobre su hombro, recibiendo su orina en su palma—. Y una vez me hizo tenderme de espaldas, ¿sabes?, en medio del pavimento —el incidente ilustrado con muchos gestos y agitar de la cabeza, como si buscara sus recuerdos en medio de la seca bruma—, desnudo, hombre, y ella simplemente empezó a dar vueltas y vueltas y más vueltas alrededor mío, ¡una gran mujer! —(Repite esto un montón de veces, como si su girar en torno a él definiera algún límite terriblemente necesario en su loco terreno)—... me hizo chupárselo durante una media hora, lo juro, exactamente —mira a su alrededor, sorprendido— *allí*, hombre. ¡Exactamente allí! Estaba empezando a amanecer, y apenas podías verla... —Mientras mi atención derivaba alejándose de su relato, pensé en todos los clichés habituales entre los no violentos acerca de cómo actuar entre la gente violenta: Álzate ante el primer desafío o serás etiquetado como un cobarde por todo el resto de tu estancia; una voluntad de luchar te gana el respeto del grupo; una vez lo hayas apaleado, el pendenciero se convertirá en amigo tuyo. ¡Alguien que viniera al nido con esas proposiciones como elementos básicos funcionales terminaría *muerto*! (Pensando: ¿Frank?) Los hombros de Pesadilla se agitaban. Sus puños, muñecas rodeadas de piel, oscilaban. Contó roncamente—: Ella acostumbraba a cogerme cuando estaba borracho y me la chupaba hasta la última gota, mi culo apretado contra cualquier fría, fría, jodida pared, con los pantalones bajados hasta mis jodidas rodillas, y ella intentando meterme dos dedos por el culo..., no recuerdo cómo llegó a imaginar que a mí me gusta eso. —De pronto alzó la vista, con el ceño fruncido—. ¿Crees que estuve bien?

—¿Eh?

—Cuando tuvimos esa fiesta allá en el nido. —Su carnosa mano volvió a las recientes cicatrices que descendían por su brazo—. ¿Crees que lo hice bien?

—Dragón Lady es su propia mujer —dije.

—¿Qué hubieras hecho tú si alguien se hubiera lanzado contra ti de aquella manera? —preguntó.

—Creo —dije— que le hubiera arrancado la cabeza. O le hubiera dejado el brazo inútil por un par de semanas... Bueno, los dos demostrasteis una gran contención.

—Oh. —Su mano, hecha un nudo, descendió por su pecho hasta enganfiarse en su cintura, pensativa.

—Pero nadie me ha empujado *nunca* hasta ahí —dije—. Al menos Dragón Lady todavía no lo ha hecho. Así que aún sigo en buenos términos con los dos.

—Sí —dijo Pesadilla—. Seguro. Entiendo. Pero nadie te *empujaría* nunca a ti de este modo. Todos piensan que eres demasiado listo. Piensan que pueden hablar

contigo. Quizá sea por eso por lo que te entregué el nido, ¿sabes?

Aquello me sorprendió.

—Sí —prosiguió—; como decía: ya es hora de que me libere de esta jodida, maldita excusa y...

Detrás de su voz, voces de niños: estábamos pasando junto a las ventanas con cortinas de la escuela de Lanya. Pesadilla miró. La puerta estaba entreabierta a la oscuridad; risas, gritos juveniles y charloteos...

Subí a la acera encima de la rejilla de la alcantarilla. Pesadilla me siguió. Miré atrás: la gruesa piel de su frente estaba fruncida siguiendo el movimiento de sus párpados; sus labios se alzaban y bajaban sobre los dientes enteros (y uno roto).

Crucé la puerta.

Sobre la mesa, encima de las vacías sillas, las bobinas resplandecían y giraban en la grabadora. Miramos durante unos instantes, esperando. A mi lado, Pesadilla se masajeaba el hombro lastimado, escuchando el ruido grabado en la habitación vacía. Cicatrices, cadenas y oficio, algunas cosas desechadas, otras recién adquiridas, hábitos sin correlativos, todo metido en el gran saco que era él, como si sus logros y pérdidas completaran un diseño cartografiado en la disposición de las calles que nos rodeaban. Pensando: puede que nunca vuelva a ver a este hombre después de hoy, si todo

propios ojos, porque en algún lugar en esta ciudad hay un personaje al que llaman: El Chico. Edad: ambigua. Origen racial: lo mismo. Verdadero nombre: desconocido. Vive entre un grupo (cuya pretendida maldad es sólo superada por su visible ociosidad) sobre los que detenta una dudosa autoridad. Se llaman a sí mismos escorpiones. Es el supuesto autor de un libro que ha sido ampliamente distribuido por toda la ciudad. Puesto que es el único libro en la ciudad, el hecho de que haya sido la obra más comentada de toda la temporada es una dudosa distinción. Eso y la intrigante situación del autor tienden a hacer ambigua una afirmación precisa de su valía. Lo admito: estoy intrigado.

Hoy he atajado por la manzana donde he oído que los escorpiones tenían su nido. «¿En qué tipo de calle viven?» En la gramática de otra ciudad, la frase contendría la implicación: ¿En qué tipo de calle se ven más o menos obligados a vivir por la sociedad, dado su status de semi fuera de la ley, sus atroces actitudes y atuendos y la economía de su posición asocial? En Bellona, sin embargo, las mismas palabras implican una compleja libertad, una elección desde una choza hasta una mansión..., compleja porque cada choza y cada mansión sostienen a través de esa elección algún remanente de nuestra inexpresable catástrofe: en cualquier casa aquí el traslado de habitación a habitación es un viaje desde un lugar donde las lunas gemelas han arrojado dobles sombras por encima del alféizar de las ventanas a los suelos a un

lugar donde en otro momento, debido a que el sol ha crecido de una forma tan inmensa, no hay ninguna sombra en absoluto. Aquí hablamos otro lenguaje. ¿Es la auténtica importancia de este panfleto que he estado hojeando durante toda la mañana el hecho de que, al contrario que el periódico, es lo único en la ciudad escrito en este lenguaje? Si es lo único, entonces debe ser por defecto lo mejor. Cualquiera sensible al lenguaje, viviendo en esta mezcolanza/miasma, debe aplaudirlo. ¿Hay alguna línea en él, sin embargo, que sea comprensible fuera de los límites de la ciudad?

Esto me ha quedado de mi última conversación con Tak sobre Calkins en la fiesta:

—La otra noche tuve el más extraño de los sueños, Chico. No es que me importe mucho lo que significa..., interpreto los sueños de otras personas y simplemente intento disfrutar de los míos. De todos modos, tenía a ese muchachito negro, unos trece o catorce años, allá en mi casa... ¿Bobby? Creo que tú estabas echando un sueño cuando llegó conmigo. En el sueño, él estaba simplemente de pie ahí con una camiseta, y con media erección. (¡Una media erección de y Bobby te obliga a salir de ahí!) De pronto alcé la vista, y George estaba avanzando por el tejado hacia la puerta, como si viniera a hacerme una visita. Cuando entró, nos vio. Todos sus pósters en la pared, creo, aunque no estoy seguro, nos estaban mirando también. Y él tenía esa especie de expresión burlona que decía: «Así que vas detrás de eso.» Y me sentí muy culpable. Oh, lo más importante de todo ello es que en el sueño Bobby y yo no estábamos practicando nada sexual. Él quería mostrarme algo que tenía en el pene, alguna especie de ulceración o algo así. Y yo me sentí repentinamente incómodo, como si hubiera sido descubierto haciendo algo que no debía hacer. Quiero decir que dada mi elección de los tipos, tipos y no individuos, más bien tengo a un granjero de Georgia cada día. No es que pateara a Bobby fuera de la cama. Pero fue un extraño sueño.

Mi primera reacción fue que Tak, que siempre había parecido un hombre más bien grande, se volvió mucho más pequeño. Más tarde me di cuenta de que el hombre grande simplemente contenía muchos componentes, entre ellos el pequeño.

Había cinco sentados en los escalones. Otros dos estaban reclinados contra el destartado coche junto al bordillo. ¿Por qué me sorprende que la mayoría de ellos sean negros? ¡Los niños-flor, cuyos ligeramente demoníacos herederos son éstos, eran tan enfáticamente rubios, y los ocasionalmente más oscuros entre ellos una señal tan enfática de tolerancia! No eran hoscos. Había tres chicas en el grupo, una de ellas, una exuberante muchacha negra, enorme mente preñada. Llevaban cadenas, algunos tantas como quince tiras algunos tan pocas como dos. Estaban sucios y eran gregarios. Sonreían. Y hablaban una especie de suave cháchara entre ellos. Botas, chaquetas de cuero —sin camisa— cadenas les hacían parecer como los miembros de algún club

campestre de motoristas. Un chico alto, delgado, negro, sobre el escalón superior, tenía un garrafón de vino entre los talones de sus botas, que pasaba periódicamente por toda la ronda hasta el bordillo y de regreso. El chico blanco sin chaqueta y la cicatriz en el estómago era el único que secaba el gollete..., con una mano tan mugrienta que la otra chica de color, alta y corpulenta, se negó a beber después de él. Los otros rieron como si su rechazo contuviera algo más de lo que era evidente. No me miraron cuando pasé por el otro lado de la calle. Se rumorea que esos hombres y mujeres pueden transformarse en la oscuridad en toda una galería de bestias luminosas; que poseen armas para convertir un puño en un instrumento cinco veces cortante. Me pregunto si alguno de los que vi allí sería el Chico...

Todavía no se ha hecho de día (¿se hará alguna vez?) Acabo de regresar de correr por tercera y espero que última vez al Emboriky's. Ni siquiera deseo escribir sobre ello. Pero, como siempre, lo hago. (Al menos, dijo él, y podían oírse claramente las mayúsculas, No Nos Molestarán De Nuevo. Y el extrañamente reflexivo comentario de Tarzán [¿haciendo eco a algo que me había oído a mí?]: «Es más fácil aquí que en ningún otro lugar.») Cuervo, Sacerdote, Tarzán y Jack el Destripador no habían dejado de decirme: «¡Hombre, no lles a Pimienta contigo!»

—Todo el mundo puede ir a donde quiera ir —dije. Pero cuando fuimos, sin embargo, Pimienta no estaba por los alrededores. Dragón Lady nos aguardaba frente a lo de Trece; Baby, a pelo como de costumbre, granujiento y hosco, permanecía de pie en el portal en sombras. Con los brazos colgando entre sus cadenas, Adam estaba sentado en el bordillo, gruñendo melancólicamente. Catedral, Revelación y Bola de Fuego habían traído las latas de

También me pregunto si escribir acerca de mí mismo en tercera persona es realmente la forma adecuada de perder o hacerme con un nombre. Mi vida aquí se parece más y más a un libro cuyos primeros capítulos, incluso cuyo título, sugieren misterios que serán resueltos solamente al final. Pero a medida que uno lee, se siente más y más suspicaz acerca de si el autor ha perdido el hilo de su argumento, y sospecha que las preguntas nunca serán respondidas, o, más inquietante, que la posición de los personajes habrá cambiado de tal modo que las respuestas a las preguntas iniciales se habrán convertido en triviales. (Esto es Troya, Sodoma, Abel Qu yuk, la Ciudad de la Terrible

un océano de humo y anochecer. Intenté olerlo, pero mi olfato estaba abotagado o aclimatado. Los leones bostezaban en la imprecisión. Nos acercamos a la neblinosa perla de una farola que aún funcionaba, y su rostro pareció crisparse. Se detuvo, turquesa desde el dobladillo hasta por encima de las rodillas, estallando hasta la cintura escarlata.

—¿Debemos...? ¡Oh, Chico! ¡Sabes lo que dijeron!

Esta mañana desperté en el oscuro altillo. Oí un puñado de coches antes de rodar hasta la ventana y apartar la persiana. La luz del sol se abrió como un abanico sobre las mantas. Bajé por el poste con las muescas, me vestí y salí fuera. El aire era lo suficientemente frío como para poder ver tu aliento. El cielo, azul como un lago, mostraba el algodón de unas nubes hacia el sur; el norte estaba tan claro como el agua. Caminé hacia el extremo de la manzana. El pavimento era oscuro en los bordes a causa de la lluvia de antes de amanecer. Pisé un charco. En la parada del autobús —¿aún no eran las ocho?— había un hombre de pie, con una chaqueta acolchada y llevando una fiambarrera esmaltada en negro; dos mujeres con cuellos de piel; un hombre con un sombrero gris y un periódico bajo el brazo; una mujer con zapatos rojos de altos tacones cuadrados. Al otro lado de la calle había un muchacho de pelo largo con una chaqueta del ejército, haciendo auto-stop al tráfico que bajaba de la colina. Me sonrió, intentando llamar mi atención. Pensé que era debido a que yo llevaba sólo una bota, pero quería que yo mirara a algo en el cielo sin llamar la atención de toda la demás gente en la parada. Alcé la vista entre los cables eléctricos. Nubes blancas colgaban tras los edificios de la parte baja de la ciudad, con Las ventanas como las celdillas de un roto panal reflejando el cobre de la luz del amanecer. Suspendido en el cielo, quizá veinticinco grados de un arco, estaban el rosa, el verde, el púrpura de un arco iris. Volví a mirar al muchacho de la esquina, pero un Buick del setenta y cinco se detuvo resplandeciente para recogerle, y él estaba diciendo oh Dios oh Jesús por favor oh por favor no puedo yo por favor no

—¿Querrás, por favor...? —empecé. Me dolía la garganta por la carrera y el pungente aire—. ¿Querrás, por favor, contarme lo que... *lo que* dijeron?

Alzó ambas manos para enjaular su boca. Era una lluvia de plata sobre negro metálico.

—Alguien, allá arriba en el tejado del banco: el Second City Bank..., ¡oh, un maldito francotirador!

—¿A quién, por el amor de Dios? —Agarré sus pequeños codos, y el pelo se agitó en torno a su cabeza—. ¿Me dirás a *quién* le dieron?

—A Paul —susurró—. ¡A Paul Fenster! La escuela, Chico... ¡todo!

—¿Está muerto?

Agitó la cabeza de una manera que significaba que no lo sabía. Sus manos retorcieron la plateada tela junto a sus caderas; el escarlata sangró hacia abajo de una de ellas; el amarillo serpenteó cruzando su vientre desde la otra.

—En el incendio —dijo muy rápidamente—. En el fuego..., todos tus poemas, los nuevos; ¡se quemaron...! —Sus labios se unían y separaban, dejando brotar nuevas palabras, ninguna de las cuales encajaba—. Todo, todos ellos... No pude...

—Unnn... —Algo golpeó directamente el interior de mi estómago sin usar

entrañas o garganta como entrada; dije—: Unnn...

Ella soltó su falda.

—Supongo... que esto es bueno —fue todo lo que pude decir—. No me gustaban. Así que está bien que hayan... desaparecido.

—¡Hubieras debido conservarlos en tu bloc de notas! ¡Yo estaba equivocada! Hubieras debido... —Agitó la cabeza—. Yo, ¡lo siento tanto!

Empecé a toser.

—Mira —dijo—. De todos modos, me sé de memoria la mitad de ellos. Puedes reconstruirlos...

—No —dije.

—... y Everett Forest hará...

—No. Está bien que hayan desaparecido.

Esta mañana Filamento trajo a una mujer que primero pensé que era italiana y que esta noche se convirtió en la Viuda Negra. La oí discutir en el patio de atrás hace un momento..., una de las pocas discusiones, aquí, centrada sobre temas políticos de fuera de la ciudad:

—No es que hombres y mujeres sean idénticos, es sólo que son tan casi idénticos en todo excepto en los abusos y privilegios políticos que son malgastados pródigamente en unos y escatimados en las otras, que hablar de diferencias «innatas» como algo significativo, incluso en el nacimiento, es referirse al color del pelo, a la fuerza de un miembro, a una predilección por la historia antes que por las matemáticas o viceversa, como un factor predeterminante respecto a quién debe ser tratado cómo, sin apelación; mientras que ignorar esos abusos y privilegios es ignorar la opresión, la explotación, incluso el genocidio, incluso mientras todo ello está modelando la consciencia, la inconsciencia y la rabia.

Me sentí impresionado. Pero he oído cosas similares de Pesadilla, Dragón Lady, Madame Brown, Tak, D-t, Bunny, incluso Tarzán. ¿Es Bellona, entonces, ese increíble campo donde la consciencia, una consciencia de ese orden, es la única fuerza real? Lo que puede ocurrir aquí es lo que hace posible la idea de abandonarla por otra ciudad

—Chico —dijo—, ¿y Paul...? Allá arriba en el edificio del Second City Bank. ¿Fuiste tú...? ¡Oh, por favor, intenta recordar! —Luego se sobresaltó como si hubiera visto algo (¿detrás de mí? ¿encima mío? ¿llevaba todavía mis luces encendidas?) y se volvió. Y echó a correr, resplandeciendo dorada un momento antes de que las sombras se apoderaran de ella, y corrí tras ella por entre los arbustos, aplastando hojas y cenizas con los pies. Su brillante dobladillo se agitaba como un látigo tras ella hasta que su cuerpo adquirió un color más oscuro. (Pensando: ¿quién la controla? ¿Quién, a menos de cincuenta metros, está siguiéndola discretamente, haciendo girar

botones, accionando los interruptores que la cambian del escarlata al ultramarino?) Mi pie desnudo pasó del cemento a la hierba. La noche se hinchaba y oscilaba. ¿Nos guiaba el hábito por entre un laberinto de brumas?

Vi los estremecidos fuegos.

El cuenco de cobre, del diámetro de un neumático de coche, había sido arrastrado seis metros sobre la cenicienta hierba. Tuve la impresión de que estaba muy alto. Los pensamientos oscilaron en mi mente, se desmenuzaron, silbaron como agua sobre carbones encendidos. ¿Algo en el humo...? Alcé el brazo.

Hojas de cobre, conchas, garras..., las largas hojas se curvaban en torno a mi mano desde la ornamentada banda de la muñeca. En el cuenco, pequeñas llamas azules colgaban estremecidas sobre el rojo. La luz del fuego goteó de las hojas.

Di otro paso, flexionando un poco las arañadas puntas de los dedos.

Algo cosquilleó en mi hombro.

Me di la vuelta, agachándome. La hoja rodó hacia abajo por mi chaqueta, dudó unos momentos en las cadenas, rozó las deshilachaduras junto a mi rodilla, cayó al suelo. Jadeante, alcé la vista hacia el inclinado tronco. Arriba, las sobras se enredaban en el tocón de alguna gran rama, arrancada por el rayo.

Casi una tercera parte del nido dice «debemos» de una forma distinta y clara. También lo piensan. No dicen «deberíamos» o «debiéramos». Lo observo en especial en D-t, Filamento, Cuervo, Araña, Ángel, Catedral, Devastación, Sacerdote. Así, utilizan una expresión diferente que el resto de nosotros para traducir un proceso en palabras (Tarzán, por ejemplo, dice «deberíamos»). No creo que sintamos ninguna obligación ante ello, mientras que la gente que dice «debemos» da la impresión de algo imperativo. Una palabra golpea mis oídos y dentro de mi cabeza un punto sensorial apela a formas: la memoria de un objeto, impreciso y desenfocado, el recuerdo de un sonido, un olor, o incluso una expectativa cinestética. Los recuerdos son poco claros..., siempre hay un margen para la corrección. Mientras llegan palabra tras palabra, los recuerdos se unen y se corrigen unos a otros, se hacen más brillantes, más nítidos, se vuelven más precisos: ¡un... enorme... ratón... rosa! ¿Qué quiero decir cuando afirmo que una palabra significa algo? Probablemente el proceso neuroquímico por el que una palabra que resuena contra el oído genera un recuerdo interior. El habla humana tiene tan pocas variaciones, tan poca creatividad: Me siento en los escalones y registro una hora de conversaciones a mi alrededor (incluidas las mías) y capto en una ocasión dos palabras en una yuxtaposición nueva. Cada par de días una de esas yuxtaposiciones evocará algo particularmente apto acerca de lo que el que habla (normalmente Dama de España o D-t; raras veces yo) está diciendo. Pero cuando ocurre, todo el mundo se da cuenta:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Eso es cierto! —Y risas.

—¡Me gusta eso! —Y alguien sonrío.

—Sí, eso está bien.

En la universidad, podía registrar y descubrir uno de tales nodos lingüísticos en diez horas de habla, a veces en dos o tres días. Sin embargo, aquí, la gente estaba mucho más dispuesta a aprobar lo trillado, los clichés, lo no apto y lo impreciso. ¿Es por eso por lo que escribo aquí?

¿Es por eso por lo que no escribo mucho aquí?

En medio de todo esto, Lanya dice:

—Adivina con quién cené la otra noche.

Yo:

—¿Con quién?

Ella:

—Madame Brown me llevó a casa de los Richards.

Yo:

—¿Te lo pasaste bien? —Lo admito, estoy sorprendido.

Ella:

—Fue... educativo. Como tu fiesta. Creo que son gente a la que prefiero ver en mi territorio antes que en el suyo. Madame Brown opina lo contrario. Lo cual significa probablemente que no

El aire permanecía inmóvil. Pero, de pronto, hojas muertas que no podía ver se agitaron ruidosamente arriba, con la intensidad de los chorros de un avión. Abriendo la boca tanto como pude, me incliné hacia delante. El lado de mi pie pisó una raíz. Caderas, vientre, pecho, mejilla, se apoyaron contra la corteza. Respiré profundamente en busca del olor de la madera y empujé mi cuerpo contra el tronco.

Golpeé la corteza con mi mano recubierta de hojas hasta que sentí agitarse el tronco. El sudor corría debajo de mi chaqueta.

Las cadenas mordían mi vientre; los trozos de cristal me apretaban por todos lados; la corteza mordisqueaba mi mejilla. Encima, entre el rugir, oí un crujido; no el sonido que hace la madera cuando se rompe a contrafibra, sino cuando se hiende a lo largo. Y hubo un olor más fuerte que el humo: vegetal, especiado y fétido.

Otro crujido; pero eso era un disparo o un petardeo, más fuerte que las hojas y al otro lado del parque. Me aparté del tronco, parpadeando para liberar el agua de mis ojos. Algo cayó, golpeó contra la hierba, entre las raíces; y algo más..., astillas de madera, de veinte o treinta centímetros de largo. La corteza se escindió delante de mí, como profundamente mordida. Lo que había debajo, pude verlo claramente a la luz del cuenco, era rojo; y húmedo; y se movía. Algo se aplastó entre las ramas, pero no pude ver lo que era.

Oí astillarse más madera, y algo parecido a un gemido.

—¡Lanya! —grité, tan fuerte como pude—. ¡Lanya! —Las hojas se hincharon de nuevo hasta convertirse en un rugido.

Di otro paso atrás..., un repentino dolor a lo largo de mi pantorrilla. Me volví, tambaleante. Mi talón descalzo había rascado contra el alto, elevado borde del caliente metal. Me aparté de un salto de las desparramadas brasas; al inclinarse, el borde había arañado a media altura debajo de mi rodilla. Hubo más disparos. Empecé a correr.

Muy lejos allá delante se veía una luz. (Pensando: ¡Tiene que tratarse de un tumulto! Con Fenster muerto a tiros, los negros deben haber salido de Jackson y deben estar desparramándose como locos desde Cumberland...) Intenté recordar por qué lado estaba la salida del parque.

En todos los árboles a mi alrededor las hojas eran tan pesadas como chorros.

Pensé en conectar mis luces, pero no lo hice. En vez de ello salí del sendero..., tropecé, casi me torcí un tobillo, el que me había rascado. Subí a unas a unas rocas desde donde no podía ver nada, de modo que imaginé que nadie podría verme tampoco a mí. Me senté allí, encajado entre piedras, los ojos medio cerrados, intentando permanecer inmóvil.

Me pregunté si estaban aguardando a por mí. Si conseguía salir del parque, seguramente mi suerte haría que lo hiciera por la salida de Cumberland. Donde los incendios eran más fuertes. Pasé una mano en torno a la banda de la muñeca que sujetaba la orquídea.

La luz entre las hojas me sobresaltó. Me arrodillé hacia delante, seguro de que eran escudos brillantes.

Era un puñado de personas con linternas. Cuando hubieron pasado —apreté fuertemente la espalda contra la roca, y una luz pasó barriendo justo por encima de mí, iluminando directamente, por un momento, mis ojos detrás de las ramas— fue muy fácil ver que en su mayor parte eran blancos; y llevaban rifles. Dos de ellos parecían muy furiosos. Luego uno de ellos se volvió y gritó:

—¡Muriel! —(Podía ser la voz de una mujer.)

La perra ladró, ladró de nuevo, y apareció corriendo, iluminada por el oscilante haz de la linterna.

Cerré la boca.

Y los ojos.

Durante largo rato. Durante muy largo rato. Quizá incluso me quedé dormido. Cuando los abrí, tenía el cuello agarrotado; también una pierna.

El cielo mostraba las primeras y brumosas luces del amanecer. Todo estaba muy tranquilo.

Me puse en pie, brazos y rodillas infernalmente doloridos, subí a las rocas, y bajé por el otro lado hasta que salí de los árboles al borde del claro.

Los ladrillos de cenizas en el lado más próximo del hogar habían sido empujados hacia dentro.

El humo ascendía en pequeñas volutas por el aire. Las cenizas griseaban la hierba. No había nadie allí.

Caminé hacia el fuego, entre latas y viejos envoltorios. Sobre el banco había una caja de basura volcada. Removí algunas cenizas con la puntera de mi bota. Media docena de brasas alzaron sus rojizos ojos, parpadearon, se cerraron.

—¿Lanya?

—¡Lanya!

El sobre azul, con barras inclinadas, rojas y azules, a lo largo de todo el borde, está sujeto al fondo de la página de arriba con cinta adhesiva amarilla llena de burbujas. Hay dos sellos de ocho centavos matasellados en la esquina superior derecha. El matasellos es ilegible. La dirección de Bellona dice:
Sra. de Author Richards
Apartamentos Labry (#17-E)
Calle 36, 400
Bellona, Estados Unidos
El remitente, escrito por la misma mano (ambos con tinta verde):

Sra. Julia Harrington
Lilac Vista, 7
Los Ángeles 6, California
La carta de su interior o ha sido retirada, o se ha perdido.

Cuando subí las escaleras, la puerta de su oficina estaba cerrada. Así que vagué del estudio a la cocina y a la habitación de Lanya y de vuelta al estudio. Finalmente me senté en el borde del escritorio en el salón, tomé los volúmenes de Newboy de entre las estatuillas, los amontoné a mi lado, y empecé a pasar páginas.

Lo cual fue curioso: al cabo de cinco minutos aún no había leído ni un solo poema, ni un párrafo completo de los ensayos o relatos cortos. Mis ojos sólo podían enfocarse delante o detrás de la página. Esa parte del cerebro, directamente detrás del ojo, que refracta las joyas de las palabras y las convierte en imágenes, ideas o información, no funcionaba. (Incluso medité durante un rato cuánto de aquello era

debido al hecho de que yo le había *oído* hablar.) Los libros habían generado fantasmas de sí mismos, y no podía leer las palabras en busca de las imágenes residuales. Seguí tomando distintos volúmenes, hojeándolos, cerrándolos en mi palma, volviendo a depositarlos, luego alzándolos de nuevo hasta mi palma vacía, intentando captar el peso de los fantasmas. Empezó a dolerme el estómago debido a que me concentraba tan intensamente. Los volví a dejar todos —primero los ordené por tamaños, luego los saqué de nuevo y los reordené por las fechas de la página de copyrights..., y caminé por un tiempo (¿recuerdan el cuarto día bajo las drogas?), volví al escritorio, saqué de nuevo los libros, los volví a dejar..., dándome cuenta de que me había alejado solamente para poder regresar.

¿Qué hay en torno a esos objetos que vibra tanto que los propios objetos se desvanecen? Un campo, promovido por el nombre de un hombre que, sin que yo haya leído nunca una obra completa suya, la oculta maquinaria de mi consciencia ha decidido en algún momento determinado que era un artista. Qué cómico, triste, agotador. ¿Por qué soy víctima de esta magia? Pero, por todo lo que sé de mí mismo, me pregunto furiosamente quién estará alzando *Orquídeas de cobre* en su mano, sopesando su peso nouménico.

—¿Chico? —el cuerpo y el rostro de Madame Brown estaban enmarcados en la puerta—. Oh, está aquí. Bien.

—Hola. —Cerré *La cartuja de Ballarat*—. ¿Está lista para empezar?

Acabó de abrir la puerta; me bajé del escritorio.

—Sí, empecemos. Espero que no le haya hecho esperar...

—No, está bien. —Entré en la habitación.

Y me hallé ante unas paredes gris mate, madera oscura hasta la altura de la cintura, un canapé con una funda de pana verde, tres sillones grandes de piel, una alta librería, cortinas gris oscuro. Tuve que reajustar mi modelo espacial de la casa: era la habitación más grande de la planta, y nunca antes había estado en ella. En la pared había un expositor giratorio, como los de las tiendas de pósters. Me dirigí hacia él, empecé a abrirlo, miré a Madame Brown...

—Adelante, siga.

... y giré la primera hoja, esperando a George:

La Tierra color rojo ocre colgaba encima de un inclinado esquivo lunar. En el siguiente, un voluminoso astronauta miraba a través de su medio plateado visor. Todas las imágenes —pasé varias docenas— eran de la Luna, o Marte, o los rostros familiares de astronautas, los cuellos anillados con las sujeciones del casco —dos de un Kamp más joven y con el pelo más corto— o su bruñido equipo angular (el pie del módulo bajo el que había huido el ratón lunar de Kamp), banderas de plástico, o pálidos cirros iluminados lateralmente por la luz de los chorros mientras el cohete se elevaba por entre ellos.

¿Dejar que Kamp curiosara en nuestra sesión? No, volví a un gredoso paisaje, con el fondo de una Tierra con nubes como la huella en negativo de un pulgar, o una cacerola de leche agria un momento antes de empezar a hervir; y volví al sillón.

—¿Está cómodo aquí? —Madame Brown cerró la puerta—. Puede tenderse en el canapé si le resulta más cómodo hablar de ese modo.

—No. Prefiero verla.

Sonrió.

—Bien. Y yo prefiero verle a usted. —Se sentó en uno de los otros sillones, formando un ligero ángulo con respecto a mí, una mano sobre el brazo del mueble, una mano en su regazo—. ¿Cómo se siente respecto a hablar conmigo?

—Un poco nervioso —dije—. No sé por qué: he hablado con bastantes aprietatornillos antes. Sin embargo, pienso que todo está bien aquí porque no quedan instituciones mentales a las que usted pueda enviarme.

—¿Cree usted que los demás doctores con los que habló, quizá los doctores a los que vio antes de que fuera al hospital la primera vez... lo enviaron allí? —Dijo esto de una forma completamente abierta, sin ningunas comillas sarcásticas en torno a lo *enviaron allí*.

Pero de pronto me sentí irritado.

—No sabe usted mucho acerca de locos, ¿verdad?

—¿Qué quiere decirme usted sobre ellos?

—Mire..., soy muy sugestivo. Lábil..., así lo llamaron ellos. Incorporo muy rápidamente cosas a mi... modelo de realidad. Quizá demasiado rápidamente. Eso es lo que me vuelve loco. Pero cuando ustedes nos dicen que estamos locos, o nos tratan como si estuviéramos locos, eso se convierte en parte de... mí. Entonces lo estoy. — Y deseé llorar en aquel mismo momento, sorprendentemente, y mucho.

—¿Qué le ocurre?

Deseé decir: la odio.

—¿Cree usted que pienso que está loco?

—¡No... no sé en absoluto lo que usted piensa! —Entonces grité. Realmente me sorprendió. No podía mover las manos. Pero bajé la cabeza para parar lo que me dolía en la nuca. De una de mis fosas nasales goteó agua. Pensando: ¡Cristo, eso fue rápido!, y sorbiendo las lágrimas cuando el silencio se apoderó de mis nervios.

—¿Le gustaba el hospital donde estuvo?

—¿Gustarme...? —Alcé la cabeza—. Es usted quien me dijo... —Otra lágrima rodó. Estaba fría—. No, usted dijo algo acerca de aprender a amar a la gente que teníamos a mano. Bien, allí había un montón de gente muy dañada, a la que resultaba muy duro aprender a amar, muy costoso... emocionalmente. Pero supongo que lo hice.

—¿Por qué está llorando?

—Porque no creo en la magia. —Sorbí de nuevo; esta vez algo salado del tamaño de una almeja se deslizó hacia atrás y hacia abajo desde mi cavidad nasal, y lo tragué —. Usted es una persona mágica, sentada aquí. Usted está sentada aquí porque piensa que puede ayudarme.

—¿Necesita ayuda?

Estaba irritado de nuevo. Pero era algo profundo y burbujeaba debajo de las cosas.

—No lo sé. Realmente no lo sé. Pero no tiene nada que ver con el hecho de que eso es lo que usted cree.

—Está usted irritado conmigo.

Inspiré profundamente.

—No..., de veras. —Las burbujas, una tras otra, estallaron. Absorbí los humos residuales.

Mi estómago estaba muy tenso.

—Tiene derecho a estarlo. Puede que tenga una buena razón.

—¿Por qué debería...? —y me detuve, porque podía pensar al menos en diez. Dije—: Es usted pagada de sí misma. No es compasiva. Cree que comprende. Y usted no...

—No comprendo *todavía*, y no sé si seré capaz de hacerlo. Hasta ahora, no me dado usted ninguna razón para ser compasiva. Si soy pagada de mí misma, bueno..., quizá no debería serlo, pero puedo sentir todavía una cierta reserva en mí respecto a acercarme demasiado a usted; lo cual puede ser la clave de la sensación que le doy.

—No creo que *pueda* usted comprender. —Apreté las dos manos sobre mis rodillas, empujando la una contra la otra.

Parecían ateridas. Lo mismo que mis pies.

—¿Qué es lo que siente ahora?

—No mucho.

—¿Siente deseos de llorar de nuevo?

Inspiré de nuevo.

—No. No creo... —Eché la cabeza hacia atrás—. Creo que lo perdí, haya ido donde haya ido...

—¿Es usted una persona muy emocional? ¿Llora a menudo?

—Ésta es la primera vez que he llorado en... tres años, quizá cuatro..., hace mucho tiempo.

Alzó una ceja. Al cabo de un momento dijo:

—Entonces se halla usted probablemente bajo mucha presión. ¿Bajo qué tipo de presión *está*?

—Creo que me estoy volviendo loco. Y no lo deseo. No me gusta. Me gusta la vida, me gusta vivir. Me gusta lo que ocurre a mi alrededor, todo lo que hay para

observar y mucho de lo que hay por hacer. Hay a mi alrededor todo tipo de personas y situaciones de las que disfruto realmente. Y estoy en un lugar donde no tengo que preocuparme acerca de los otros que no me importan. No quiero volverme loco de nuevo. No ahora.

Al cabo de un momento, sonrió.

—He administrado ocasionalmente terapia a algunos altos ejecutivos de éxito: mucho dinero, familias felices, algunos incluso sin úlceras..., que hubieran dicho prácticamente lo mismo que acaba de decir usted, y de la misma forma. Nos conocemos los dos de fuera de esta oficina, y debo admitir, por lo que yo misma he observado y por lo que Lanya me ha contado, que lo encuentro un poco irónico; quiero decir que lo expresa usted con unas palabras tan parecidas.

—Le dije que usted no comprendería. Le dije que temía, y eso es lo que me irrita, que no podría hacerlo.

—Hábleme de los síntomas de volverse loco.

—Olvido cosas. No sé quién soy..., no he sido capaz de recordar mi nombre desde hace meses. A veces me despierto aterrado, con todo sumido en una niebla color sangre, que empieza a aclararse mientras mi corazón late tan fuerte que me duele en el pecho. He perdido días, días y días de mi vida. A veces veo cosas, como gente con los ojos... —Y sentí que mi espalda se estremecía de miedo. El sudor rodó por la parte interior de uno de mis brazos—. Gente con... —Cerré la boca, tan sorprendido que no pude decir que era incapaz de decirlo. Rastreé en mi mente, buscando algo que pudiera enlazar con palabras—. ¿Puedo...? —Tuve que retroceder más; estaba contemplando las múltiples vueltas de la cadena óptica que ella llevaba en torno a su cuello—. ¿Puedo hablarle de un... sueño?

—Por favor, adelante.

—Soñé que yo..., bueno, estaba en un bosque, en la ladera de una montaña. La luna brillaba..., una sola luna. Y esta mujer, una mujer de aspecto agradable, unos pocos años mayor que yo, apareció andando sobre las rocas y por entre las hojas. Iba desnuda. Y jodimos, allí mismo sobre las hojas. Así de simple. Cuando terminamos, ella se levantó y corrió por entre los matorrales...

—¿...completó el hacer el amor en el sueño?

—Sí. Tras llegar al orgasmo, ella se puso en pie y corrió por entre los árboles hasta aquella cueva, y me dijo que entrara en ella.

—¿Y usted la obedeció?

—Sí. Recuerdo muy claramente eso. Recuerdo que en una ocasión me detuve sobre algunas hojas, en otra sobre agua; salté por encima de una grieta en el suelo de la cueva. En un nicho en una pared de la cueva había una cosa de cobre, redonda y grande como mis dos brazos, llena con brillantes ascuas y pequeñas llamas. Subí a aquel saliente de roca, y encontré... —Toqué la cadena que cruzaba mi pecho—.

Soñé que encontré eso allí. —Sujeté la cadena haciendo garfio con el pulgar y observé a Madame Brown—. Quiero decir que tuvo que ser un sueño; por lo que ocurrió luego. —Pareció más intensa; una cuarta línea frunció su frente—. Me la puse. Pero cuando salí, ella se había ido. La busqué en el bosque, hasta que llegué a una carretera iluminada por la luna..., justo antes, recuerdo, pisé un charco de barro. Estaba aún intentando imaginar dónde habría ido cuando la vi allí, en una pradera, al otro lado de la carretera. Así que eché a andar hacia ella, cruzando la hierba. Y ella se convirtió en un árbol. Por alguna razón, en el sueño, aquello me aterrorizó. Así que me alejé corriendo, de vuelta a la carretera, y seguí por ella. Hasta que llegué a una carretera más importante. El resto es un poco vago. Recuerdo que parte de ella la recorrí en un camión con aquel hombre con una especie de rostro lleno de cicatrices. Como de viruela o de acné. Y aquella curiosa conversación que tuvimos acerca de alcachofas. O quizá no fuera realmente una conversación. Uno o el otro de nosotros mencionó simplemente las alcachofas en relación a algo que no recuerdo...

—¿Eso es todo? —Las puntas de sus dedos se unieron.

—Eso es todo —dije, mientras sus manos se separaban, tocaban sus rodillas—. ¡Pero fue tan... extraño!

—¿Qué lo hizo particularmente extraño?

—Bueno, ocurrió todo tan... claramente. Y cuando esa mujer cambió, me asusté tanto. Quiero decir que estaba increíblemente atemorizado. Quiero decir que eché a correr...

Madame Brown cruzó sus piernas.

En su tobillo, glaseado por el nilón, una cicatriz se curvaba hacia abajo.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Intenté abrir la boca, noté crispase mi rostro.

Ella aguardó largo rato.

Lo intenté un par de veces más.

Mis dedos estaban anudados los unos contra los otros. Separarlos fue tan duro como separar labio de labio.

Pero lo intenté.

Y me hundí hacia atrás en mí mismo, como si mis órbitas fueran cuevas y los globos oculares estuvieran repiqueteando hacia la parte de atrás de mi cráneo, rebotando por el esfuerzo.

—Hábleme de Lanya.

—Denny —no era la cueva donde yo vivía, sin embargo— y yo la queremos mucho.

Hizo: *Mmmm*.

—Hábleme de Denny.

—Lanya y yo lo queremos... mucho.

Conseguí separar las manos. Fui capaz de moverme de nuevo en el sillón. Miré su pierna. Pero era sólo terror. Inspiré un par de veces, sonreí.

—¿Qué es lo que siente?

—Miedo.

—¿De que yo desapruebe la relación entre ustedes tres?

—¿Eh? —Aquello me sorprendió—. ¿Por qué debería pensar que usted lo desaprueba? Lanya nunca ha dicho nada acerca de que a usted no le guste. Un par de veces ha dicho que se sentía confusa, pero como una broma. Maldita sea, no desaprueba a los Richards, así que, ¿por qué debería desaprobarnos a nosotros?

—Bueno; por un lado, los Richards son una familia normal y sana. No vienen a mí en busca de ayuda; y no creen que se estén volviendo locos.

—¡Más a mi favor! —Ella me había catapultado a una parte completamente distinta de mi cabeza, y lo dejé caer duramente. Me concentré para ver dónde estaba..., había sido un fuerte impacto. Pero aquella rabia era muy fácil de convertir en palabras—: ¿Desaprueba usted a la gente que viene a pedirle ayuda?

—No es eso lo que yo...

Lanya me sorprende una vez más: Todo el nido está fuera en el patio, y ella pregunta:

—Hey, ¿cómo se convirtió Chico en el escorpión jefe de este nido? Quiero decir, antes estaba Pesadilla, y luego Chico. Pensaba que preferíais a un negro para que se ocupara de las cosas.

—Sí —dijo Tarzán—. Yo también. —Mientras, todos los demás parece como si nunca hubieran pensado en nada como aquello. Pero yo sí; así que aguardo.

Finalmente, Cristal dice:

—Bueno, por supuesto, Pesadilla compartía el liderazgo con Dragón Lady. Pero creo que más o menos a todo el mundo se le metió en la cabeza que después de correr algunas veces con ellos la mierda empezaba a bajar. Mucho. Cuando eso ocurre, te das cuenta de que algunos negros se desvanecen en la noche como si no fueran asunto de nadie. Pero el escorpión jefe, quizá, no es capaz de desvanecerse tan rápido como eso. De modo que ese hijo de madre blanco tonto del culo —Cristal apoya su brazo en mi hombro y me dedica una amplia sonrisa— desea quedarse por aquí y jugar al superhombre, para que ningún negro con un poco de sentido común se meta en su camino. Quiero decir que el tipo que está a cargo es el que tiene que ocuparse de todo, ¿no? Al menos, así es como funciona en todos los demás lugares... —Cristal frunce los ojos hacia el cielo.

Jetadecobre parecía pensar que yo era más divertido que cualquier otro.

Bola de Fuego dijo:

—¿Es blanco? No sabía eso. ¡Tiene la Piel más oscura que yo!

—Hombre —dijo Cristal—, el Chico es indio.

—Entonces sigo sin saber que es blanco —repitió Bola de Fuego—. Está tan loco como un negro. Tarzán me dedicó una sonrisa que rezumaba estricnina.

—Seguro que no es como esos hermanitos y hermanitas rubios —Bola de Fuego (cuyo acento negro, más que en cualquier otro aparece y desaparece según la ocasión) señaló a Lanya y Denny (Denny rió)—. El chico Chico es realmente algo distinto, hombre. Realmente algo. —(Lanya estaba pensativa.)

—¡Jesucristo! Hey, ¿qué es lo que...? —Me incliné hacia delante—. ¿Qué piensa usted del Chico? A veces tengo la impresión de que a todo el mundo a mi alrededor le gusto..., aunque estoy seguro de que no hago más que halagarme a mí mismo. Cuénteme.

Unió las puntas de sus dedos, alzó las cejas; de pronto preguntó:

—¿Qué piensa usted de los Richards, Chico?

—No lo sé... —Luego dijo—: Ella es aterradora. Quiero decir que gasta toda esa energía manteniendo un sistema de ilusiones que simplemente no se sostiene. Pero eso es también en cierto modo heroico. ¿Él? Es despreciable. Paga por todo ello; el sistema está sustentado sobre sus especificaciones, y todo en su provecho. —Luego pregunté—: ¿Saben ellos que es usted negra?

—Sí. Por supuesto que lo saben.

—Me sorprende.

—Sospecho que le sorprenderían muchas cosas, incluso acerca de los Richards.

—¿Saben ellos que es usted gay?

Madame Brown se agitó en el sillón y murmuró de nuevo: *Mmmm* negativamente.

—Déjeme ver —dijo al cabo de un momento—. Negra, lesbiana, también muy de clase media. Y Mary y Author son amigos míos. Pero algunas veces desearía creer que no tiene usted tanta razón. Haría mi vida mucho más sencilla. Pero nunca he deseado una vida sencilla. —Suspiró—. Descubro esto en mí, Chico: cuando ocasionalmente me exaspero con Author o Mary, especialmente cuando hablan de usted, me pregunto, muy honestamente, qué dirían si yo les contara algunas de las cosas que ha hecho realmente usted..., sólo por el revuelo que iba a armar. En ese punto, me dijo a mí misma que es debido a que lo «apruebo» a usted y no los «apruebo» a ellos.

—Si quisiera armar un auténtico revuelo, podría contarles algunas cosas acerca de June, acerca de Bobby y..., ¿cuál es su nombre?, Eddie.

—Por supuesto, usted está del lado de los jóvenes...

—No —dijo—. Tengo casi treinta años. Y no sabría jurar de qué lado estoy, por lo que la gente me dice. No estoy tomando posiciones; sólo estoy señalando algunas áreas inquietantes en su vida que están un poco más cerca de casa.

—De casa de los Richards. ¿Qué hay de la suya?

—Iba a decirme usted lo que piensa del Chico. Quizá tropiece con algo y yo

pueda sacar algo en claro de ello para usted.

—De acuerdo. Pienso...

Miré su pierna.

—... que está usted muy desequilibrado. Es usted agradable, inteligente, enérgico, vital, lleno de talento. Pero la estructura básica de su ego es casi tan estable como una taza de té rota. ¿Dice que ha perdido fragmentos de su yo? Creo que eso es *exactamente* lo que le ha ocurrido. El meollo del asunto, Chico, es que aún no tratamos al mentalmente enfermo como si estuviera simplemente enfermo. Lo tratamos como si fuera alguna extraña combinación de suciedad, depravación y malignidad. ¿Sabe?, las primeras instituciones mentales en Europa fueron las leproserías, abandonadas por todo el continente a finales de la Edad Media porque, por alguna razón que aún no comprendemos, había habido una remisión espontánea de la enfermedad desde hacía unos setenta y cinco años, pese a que había sido endémica durante los últimos tres mil. ¿Fue la elevación de los estándares higiénicos? ¿Una mutación en el germen? Lo importante es que hasta entonces, aunque ocasionalmente habían sido ahogados en los ríos locales, los locos *nunca* habían sido hospitalizados antes. Pero cuando fueron confinados bruscamente en esos inmensos edificios vacíos que, en algunos casos durante cientos de años, habían contenido leprosos, tomaron sobre ellos la carga de tres mil años de superstición y miedo conectados con esa desafortunada enfermedad. Y podemos afirmar que más o menos los seguimos considerando, aún hoy, bajo ese mismo nivel..., completo, incluidas connotaciones religiosas. La enfermedad mental sigue considerándose una maldición del Señor. Freud y sus seguidores la convirtieron en una maldición mucho más sofisticada. Pero incluso para él es esencialmente un estado de desarreglo resultado de la forma en que usted ha vivido su vida y de la forma en que sus padres vivieron la suya. Y eso es lepra bíblica, no el resfriado común. Dígame, ¿qué diría usted ante la idea de que todos sus problemas: las alucinaciones, las depresiones, incluso los momentos de éxtasis, son biogénicos? ¿Que los lapsus de memoria son una depleción del ARN en la corteza inferior del cerebro; que los miedos repentinos son alteraciones adrenalínicas causadas por espasmos al azar de la pituitaria; que la irrealidad que le atormenta es simplemente un quiste pineal, que inhibe la producción de serotonina?

Alcé la vista hacia el paisaje lunar donde no había árboles.

—Eso es lo que malditamente parece —dije.

—Entonces, usted difiere de los hombres de negocios en que ellos normalmente se muestran más bien reacios a ceder ante ninguno de los significados extrabiológicos de sus síntomas. La sobredeterminada mente humana prefiere tener ante sí algo más bien relevante, aunque la relevancia sea de una ingenuidad total.

—Cuando estuve en el hospital... —Recordando, sonreí— ...tenía un amigo que

decía: «Cuando eres paranoide, todo tiene sentido.» Pero eso es algo completamente distinto. Es que todo tipo de cosas que tú sabes que *no* tienen relación, tienen de pronto el aspecto de cosas que *sí* la tienen. Todo lo que miras parece como si estuviera desplazado unos centímetros de su lugar en un esquema perfectamente claro. —Miré una vez más su pierna—. Sólo que *nunca* sabes en *qué dirección* moverlo esos centímetros... —Sentí que la piel se fruncía sobre los huesos de mi rostro con la concentración.

—Su sueño —dijo—. ¿Puede pensar en por qué deseaba hablarme particularmente de él?

Miré mis piernas.

—No lo sé. Simplemente lo he tenido durante mucho tiempo en mi mente.

—¿Quiere decir que no es un sueño reciente?

—Oh, no. Lo tuve..., no recuerdo cuándo; ¿mientras estaba aún en... el parque?

—¿Y no es un sueño recurrente?

—No. Sólo lo tuve una vez. Pero... no dejo de pensar en él.

Con una mano en la cadena de su cuello, acarició una lente.

—Le pregunté esto antes, pero quiero comprobarlo: En el sueño hizo usted el amor, tuvo un orgasmo, y luego fue a la cueva. ¿No se trató solamente una larga sesión de manoseo?

—No. Ella tuvo su orgasmo primero. Recuerdo que me sorprendió, porque yo casi estaba a punto. Terminé unos treinta segundos después que ella..., lo cual es inusual en mí. Normalmente me toma un par de minutos más. Cuando eyaculé, las hojas se agitaron contra mi costado. Y abrí los ojos y hablamos unos momentos.

Madame Brown rumió unos instantes, con una cuenta de cristal apretada contra su barbilla.

—Hace unos años estuve en un equipo investigador que hizo un estudio, soy una vieja lasciva, acerca de los sueños eróticos. Admito que teníamos un panel muy pequeño..., doscientos treinta y nueve sujetos; todos ellos respondieron sí a la pregunta de si tenían la sensación de que el resultado sexual de su sueño había sido satisfactorio. Teníamos hombres, mujeres, unos cuantos adolescentes a punto de alcanzar la madurez; algunos homosexuales, de ambos sexos. Un esquema abrumadoramente consistente fue que cuando el sexo, en un sueño, conduce al orgasmo real, o el sueño termina o el sujeto despierta. Por supuesto, el estudio no llevó a nada concluyente, y puedo hacer toda una lista de factores de desviación en él. Pero el de usted es el primer sueño que he encontrado, durante o desde el estudio, en que se consigue el orgasmo y el sueño continúa. —Me miró como si estuviera esperando alguna confesión.

—¿Qué se supone que debo decir?

—Cualquier cosa que pase por su mente.

—¿Cree que no tuve el sueño? ¿Piensa que estoy mintiendo, o que quizá el sueño fue...? —Hundí los hombros y me sentí estúpido—. No sé...

—¿Quiere sugerirme usted que *no fue* un sueño? ¿Que fue real? —Frunció bruscamente el ceño, muy poco—. Sí, *así es*, ¿verdad? Bien, puedo comprenderlo..., si a usted le pareció real. —Debajo de su ceño fruncido había una ligera sonrisa triste—. Pero *fue* un sueño, Chico. Porque... —Hizo una pausa; y me pregunté qué lunas y soles regresaban para atormentar sus recuerdos—. Bien, supongamos que no lo fue. ¿Le gustaría discutirlo un poco más? ¿Cuál es la primera cosa que le viene a la mente?

—De pronto estoy asustado —dije—. De nuevo.

—¿De qué?

—De usted. —Intenté una sonrisa, y la noté abortar muy adentro de los músculos de mi rostro.

—¿Qué es lo que le asusta de mí?

Miré la cicatriz de su pierna. Miré la cuenta que frotaba contra su barbilla. (Recordé lo que había dicho, cuando la conocí, respecto a ellas; recordé lo que había dicho Pesadilla. Lo que había dicho Pesadilla tenía más sentido. Pero quiero creerla a ella. ¿No cuenta eso para algo?)

Denny está circuncidado; yo no. Después de haberlo hecho aquella noche, se sentó en un rincón del altillo y le preguntó a Lanya cuál de los dos aparatos le gustaba más:

—¿...uno que aún tiene la cortina, o uno que se la ha cortado?

—Para mí no representa ninguna diferencia. —Permanecía sentada con las piernas cruzadas y mis pies en su regazo, jugando con los dedos.

—¿Pero cuál crees que es más sexy?

—No creo que importe. Ambos se sienten lo mismo.

—¿Pero no crees que uno tiene mejor aspecto que el otro?

—No. No lo creo.

—Pero son diferentes; así que tienes que sentir diferente con ellos. ¿Cuál...? —y así siguió y siguió hasta que empecé a cansarme de estar tendido ahí escuchando.

Para pararlo, le pregunté:

—Mira, ¿cuál es el que te gusta más a ti?

—Oh, bueno, supongo... —Se inclinó hacia delante, hundiendo los hombros—. El que aún lo tiene todo..., como el tuyo, siempre es mejor.

—Oh —dijo Lanya con expresión desconcertada, como si de repente comprendiera algo. Sobre él.

—Sí —sonrió Denny; se apartó de su rincón, y se tendió con su cabeza sobre mi regazo.

Lanya asintió, se apartó de debajo de mis piernas y se tendió con su cabeza

apoyada en el repazo de Denny. Yo apoyé mis pies en el de ella.

—No sé... No puedo... —Empecé a llorar de nuevo. Y esta vez no pude parar. En absoluto—. ¡Tiene que ser un sueño! Tiene que ser... —¿Podía ella oírme entre mis sollozos?—. Si no fue un sueño, entonces..., ¡estoy loco! —Y lloré por todas las cosas que una persona no puede comprender cuando otra persona se las dice. Lloré por el milagro de que algunas personas puedan comprender simplemente algo. Y lloré por todas las cosas que había dicho a otras personas y que habían sido malinterpretadas porque yo, sin saberlo, las había dicho mal. Lloré con alegría acerca de esas ocasiones en las que alguien y yo habíamos asentido juntos, sonriendo sobre una comprensión, real o deseada. Un par de veces conseguí decir, atragantándome—: ¡Estoy tan asustado... Estoy tan asustado! ¡Estoy tan solo! —Me metí los dedos en la boca para detener el sonido, inclinándome hacia delante y hacia atrás, me los mordí, y no pude detenerme. Madame Brown me trajo unos pañuelos de papel. Tartamudeé: «Gracias», de una forma demasiado inarticulada para ser entendido, y lloré ante la desesperación de que ni siquiera aquello podía expresar claramente. Vagué lo bastante profundo de la cueva como para pensar: «Esto *tiene* que haber sido bueno para algo», pero trepé a las rocas donde ella me dijo que fuera, en el destello naranja, y no encontré nada allí, me asusté de nuevo, y lloré y me balanceé en mi sillón, doliéndome las depresiones de la parte de arriba de mis rodillas, que es el lugar que me duele cuando deseo desesperadamente joder, y seguí llorando y mordiéndome los lados de las manos durante lo que parecieron horas pero probablemente sólo fueron quince, veinte minutos.

Y me tranquilicé un poco; me sentí más débil, mejor, y cuando me serené, Madame Brown dijo:

—¿Sabe?, me preguntó qué pensaba de usted. En lo más fuerte de la amnesia, la ansiedad ataca, sí, y sólo eso me haría sugerir, si estuviéramos en algún otro lugar, que fuera usted a un hospital. Pero como usted mismo ha dicho, ya no hay hospitales mentales en Bellona. Y, francamente, no sé lo que ellos podrían hacer por usted aunque fuera. Puede que liberara algo de la presión el hecho de que dejara de ser «el Chico». Quizá eso permitiera sanar algunas cosas que están heridas, asentarse algunas cosas en lugares que están inflamados.

Asentí como si estuviera considerando lo que decía..., lo cual no era en absoluto lo que estaba haciendo.

—¿Cree usted...? —pregunté—. ¿Cree usted en... mi sueño?

—¿Perdón?

—¿Cree usted que tuve ese sueño?

Pareció confusa.

—No estoy segura de lo que quiere decir. Pero..., ¿usted no?

—Sí —dije—. ¡Oh, Jesucristo, sí creo! Yo... creo que fue..., que tuve ese sueño.

—Y me di cuenta de que había todo un pozo de angustia del que sólo había sido extraída una simple taza. Ella no había comprendido. Pero estaba bien así.

Sobre su rostro había una máscara de compasión:

—Chico, no había nada en el estudio que le he mencionado que dijera que no puede ocurrir de la forma en que usted lo ha dicho. Lo recuerda muy claramente, y contó todos los detalles. Sí, creo que fue un sueño. No sé si usted lo cree o no, pero probablemente no sea una mala idea que siga intentándolo.

Sobre el mío había una máscara de alivio:

—Madame Brown —dije—, *no* voy a volver a una institución mental. El lugar en el que estuve, para ser una leprosería, era bastante hermoso. Pero creo que tendría que estar loco para volver a uno de ellos. ¡Y usted puede interpretar esto de la forma que quiera!

Aquello la hizo reír.

—Bien, el problema, en Bellona, sería si usted *deseara* ir a un hospital. —De pronto inclinó la cabeza hacia el otro lado—. ¿Sabe por qué le ofrecí ese trabajo con los Richards, la mañana que le encontré en el parque?

—Dijo usted que tenía algo que ver con —apoyé dos dedos en la cadena óptica que cruzaba mi pecho— esto.

—¿Lo dije...? —Su sonrisa se volvió hacia dentro, se hizo preocupada—. Sí, supongo que lo hice. —Parpadeó, me miró—. ¿Le conté la historia de lo que ocurrió en el hospital, con mi amiga, aquella noche..., quiero decir la noche en que todo...?

—Sí —asentí.

—Hubo algo cuando yo estaba yendo por el pasillo del tercer piso y mi amiga estaba en el otro extremo, intentando abrir una de las puertas. Estaba ayudándola un paciente joven, un hombre que..., ¿cómo lo diría?, se parecía mucho a usted. Quiero decir que estuve con él solamente durante quizás un minuto. Estaba trabajando muy duro, intentando forzar aquella puerta cerrada con un trozo de madera o de metal... Se había hecho algo terrible en las manos. Sus manos eran mucho más pequeñas que las de usted; y los vendajes se habían soltado de dos de sus dedos. —Hizo una mueca—. Pero entonces algunas personas necesitaron ayuda al otro extremo del pasillo, y fue con ellos. Nunca lo había visto antes..., bueno, normalmente yo estaba en la oficina. Lo más triste es que nunca volví a verle tampoco. Pero cuando, mucho más tarde, le vi a usted en Teddy's, aquella noche con la herida en su cabeza, y luego de nuevo en el parque a la mañana siguiente, descalzo, con la camisa colgando abierta, el parecido me impresionó de inmediato. Por un momento pensé que *eran* la misma persona. Y usted nos ayudó; así que deseé ayudarle... —Se echó a reír—. Así que ya ve que eso —tocó sus cuentas— no significa realmente... nada.

Fruncí el ceño.

—¿Cree que quizá yo..., estaba en *aquel* hospital? ¿Que nunca vine aquí de

ninguna otra parte? ¿Que he estado aquí todo el...?

—Por supuesto que no. —Madame Brown pareció sorprendida—. Ya dije que el joven se parecía *algo* a usted; tenía algo de su apariencia, especialmente a una cierta distancia. Era más o menos de su tamaño y color de piel..., quizá un poco más bajo. Y estoy segura de que su pelo era castaño oscuro, no negro..., aunque era de noche, con la luz entrando por las ventanas. Creo que, cuando se alejó, alguien, uno de los pacientes, lo llamó por su nombre: ahora no recuerdo cuál era. —Sus manos cayeron sobre su regazo—. Pero ésa fue, de todos modos, la verdadera razón por la que le ofrecí el trabajo. No sé por qué, pero pensé que era el momento adecuado de devolver el favor.

—Yo no he estado siempre aquí —dije—. Vine aquí cruzando el puente sobre el río. Y pronto voy a irme. Con Lanya y Denny... —Parecía muy importante decir aquello.

—Por supuesto —asintió Madame Brown; pero pareció desconcertada—. Todos tenemos que seguir adelante desde donde estamos. Y por supuesto, todos hemos venido de donde estábamos. Realmente, en *algún* momento, usted tiene que haber llegado aquí. Más importante, sin embargo, es no quedarse atrapado en algún círculo de su habitual... —Fuera, la perra ladró—. Oh, ése debe ser mi próximo paciente —se interrumpió Madame Brown. La perra ladró, volvió a ladrar. Madame Brown frunció el ceño, medio se levantó de su sillón, con una mano acariciando de nuevo ausentemente sus cuentas—. ¡Muriel! —llamó; su voz era fuerte y baja—. ¡Muriel!

Debió haber algo en la yuxtaposición; las cadenas de lentes y prismas, o quizá lo que ella había dicho de que las cuentas no significaban nada, me convenció de que estaba a punto de averiguar su *auténtico* significado; no que yo era la persona en el hospital, sino que de algún modo yo o él..., o que la forma en que ella llamó a la perra me hizo intentar recordar algún lugar o algún momento en el que ella, o alguna otra persona, lo había llamado; ni siquiera *mi* nombre, sino posiblemente algún otro, si podía recordarlo... Cada elemento pareció a punto de explicar los otros, aclarando el esquema; y esa cicatriz... Me estremecí. Estaba siendo empujado, tirado, a punto de recordar... ¿qué? ¿Algo más que los vastos abismos de todas nuestras ignorancias? Fuera lo que fuese, era enormemente siniestro y alucinantemente liberador. Pero *no* supe; y aquella mística ignorancia me hizo poner la carne de gallina.

—Bueno —estaba diciendo Madame Brown—, nuestro tiempo ha terminado. Y estoy completamente segura de que es mi próximo paciente.

—De acuerdo. —Yo también me sentí aliviado, en cierto modo—. Hey, muchas gracias por todo.

—¿Quiere que arreglemos otra...?

—No. Gracias, no, no deseo volver.

—De acuerdo. —Se puso en pie y consideró decir algo; que, supongo, era: «Chico, por favor, no piense que me siento pagada de mí misma. Ni con usted, ni con ninguna de las cosas de las que hemos hablado. Puede que no comprenda. Pero no es porque no me preocupe.»

Sonreí. La carne de gallina volvió...

—No creo que sea usted pagada de sí misma.

... y desapareció.

—Pero yo ya sabía que no iba a venir aquí más de una vez... como paciente. Así que voy a tener que hacer algo con mis trastornos. He gastado mucho tiempo en terapia. Y usted tiene que saber cómo utilizarla. —Reí.

Sonrió.

—Bien.

—La veré la próxima vez que Lanya nos deje venir a Denny y a mí a cenar..., si no antes. Adiós. Hey, si desea hablar de algo de esto con Lanya, adelante.

—Oh, no querría...

—Si ella le pregunta algo, dígale lo que piensa. Por favor.

Apretó los labios un momento.

—De acuerdo. Entonces, esto nos proporcionará probablemente al menos treinta y seis horas de sólida conversación. —Abrió la puerta para mí—. Adiós. Veré... Oh, hola... Estaré con usted en un momento.

—Seguro. —El tipo sentado en la esquina del escritorio, alzando su sonrisa de los volúmenes de Newboy, era el chico de pelo largo que había visto sentado aquella noche en el sótano de la librería, haciendo *Om*.

Madame Brown regresó a su oficina y cerró la puerta. Fui al escritorio y tomé tres de los libros de su lado.

—Le robo éstos. Dile a Madame Brown que Lanya se los devolverá si realmente los quiere... —Iba a decir algo más, pero incluso aquello sonaba estúpido.

—Seguro. Se lo diré a la doctora Brown tan pronto como entre. —Lo cual me hizo pensar en lo que pensaría de oírme llamarla «Madame». Fui al pasillo. Cuando pasaba junto a Muriel, sentada en el primer escalón, mirándome con ojos gentiles, oí abrirse la puerta de la oficina.

He escrito todo esto porque hoy la página con la lista de nombres en ella falta del bloc de notas. Cuando volví de la sesión al nido, empecé a hojearlo y no pude encontrarla. ¿Cuántas veces la he leído? Había planeado leer algo de Newboy. Pero tan pronto como me di cuenta de que faltaba esa página, sentí repentinamente una obsesión por leerla de nuevo, y empecé a buscar desesperadamente todas las anotaciones, una y otra vez, con la esperanza de que tal vez la hubiera pasado por alto. ¿Cuántas veces la he leído antes? (Y ahora el único nombre que puedo recordar de ella es William Dhalgren.) Al final, sólo para alejar mi mente de ello, empecé a

escribir el relato (truncado) de arriba de la hora que Lanya dispuso para mí con Madame Brown mientras ella estaba fuera en la escuela. ¿Y qué me ha reportado esto? El escribirlo, quiero decir.

en sus manos; la cadena óptica (¿treinta metros? ¿sesenta metros de ella?) se tensó entre una docena mientras danzaban, resplandeciendo a la luz de las bestias, enviando escamosos reflejos a lo largo del envés de las hojas. Aullaban en torno nuestro a la noche, encantados, algunos acercándose a las brasas, algunos alejándose.

Jetadecobre se frotó la boca con la muñeca. Sus ojos parecían muy rojos, todo su rostro tenía un aspecto como barnizado, y parpadeaba.

—¡Hey!, ¿qué os parece eso? —dijo—. ¡Protección! ¡Ese bastardo de Calkins deseaba maldita protección! —Se volvió de mí a Cristal. Reí. Las palmadas perforaron mi risa. Jetadecobre alzó bruscamente la vista; empezó a aullar y a palmear también, ahuecando las manos. Estaba fuera de ritmo, pero siguió. No dejaba de bambolear su cabeza hacia la bamboleante cabeza de Cristal, hasta que finalmente se ajustó al ritmo. Dragón Lady, más allá del derribado hogar, una bota apoyada sobre un caído ladrillo de cenizas, se masajé el hombro, pensativa, observando la danza, su bestia jade momentáneamente apagada.

Lanya se volvió y saltó, con la camisa azul manchada de sudor; sujetaba en alto una cadena con una mano. Con la otra movía la armónica delante de su boca, soplando discordancia tras discordancia. Su frente estaba mojada, su cabello colgaba empapado sobre su frente.

Jommy, creo que era, se abrió camino entre Mildred y alguna ave del paraíso (Catedral gritando: «¡Hey, cuidado...!»), tambaleante en la brillante malla, y agarró una tira para equilibrarse. El extremo de Denny —salté— se rompió (entre espejo y prisma), pero él simplemente hizo girar el trozo suelto; finalmente lo enrolló en torno a la tira de algún otro y lo mantuvo en alto con ambas manos. Un extremo que alguien había dejado caer había caído serpenteando y se agitaba por entre la hierba iluminada por el fuego. Avancé, lo sujeté, y me incliné debajo de él, saltando primero sobre un pie, luego sobre el otro, y aullando. D-t y Araña y Cuervo y Catedral y Tarzán (realmente sabe bailar tan bien como los negros) y Jack el Destripador y Filamento y Ángel tejieron una malla: una cuerda vibró; otra colgó flácida en catenarias entre trozos tensos. Gladis hizo una pausa, con un puño lleno de tela verde sobre su enorme barriga, oscilando y jadeando con la boca muy abierta. Se inclinó junto a una tira que se tensó contra su mejilla, se apartó, y empezó a dar palmadas.

Dejé de gritar pronto porque me dolía la garganta; y oí, entre las palmadas:

—¡Bunny, ¿por qué no vienes aquí y nos demuestras cómo se hace?!

—¡No seas tonto, querido! Nosotros solamente miramos.

—¡No, ven! Nunca te he visto bailar.

—Oh, *vamos*. Quiero ver lo que puedes hacer *tú*.

Algo en el fuego estalló; las chispas se alzaron por encima de las puntas de las llamas y cayeron como una lluvia. La miríada de estrechas parábolas se extinguió.

Dólar, con su granujenta espalda brillante de sudor, permanecía de pie en el centro del claro, los pies muy abiertos, las rodillas y la cabeza inclinadas. Cada palmada detonaba algo en su vientre que hacía oscilar sus manos, caderas y hombros.

Algunos de los chicos de la comuna estaban desnudos.

John bailaba con su barba castaña erizada, su cabello rubio echado hacia atrás y su orquídea de cobre agitándose en su mano por encima de su cabeza. Una muchacha se había enredado las piernas en la cadena al cruzarla y había caído; permaneció sentada largo rato, la cabeza hacia delante, el pelo del color de las hojas secas colgando sobre un pecho. Intentó ponerse en pie unas cuantas veces. Pero otro trozo de cadena cayó sobre su hombro cuando alguien soltó el otro extremo; la muchacha parecía demasiado pesada para levantarse.

Un grifo parpadeó dos veces: Adam se agitó y se estremeció. Cadenas y oscilante pelo resonaron y perdieron su lustre y se apagaron detrás de la remolineante bestia.

Bunny, ladrando agudamente como un perro faldero, con una docena de tiras aferradas entre sus alzados dedos, saltó bruscamente hacia delante, agitando hacia atrás su plateado pelo. Pimienta, inclinado detrás de él, le siguió, palmeando y sonriendo como un demonio.

Una mujer vieja y negra que había traído algunas de las cajas de la cena, fríamente silenciosa hasta entonces, cacareó y empezó también a dar palmadas. El hombre robusto y de pelo negro con la flauta de bambú había conseguido al fin quitarse sus pantalones y bailó delante de ella, intentando arrastrarla al círculo. Tocó su flauta y saltó: sus movimientos sonaban a falso, y por un momento pensé que ella iba a echarle. Pero se levantó y se puso a dar también palmadas siguiendo su ritmo...

Y yo salté al suelo, aterrizando sobre ambos talones, y la vibración ascendió hasta mi cuero cabelludo.

Me volví en medio del tumulto, buscando a alguien (Pensando: ¿De dónde ha venido...? ¿Por qué ahora...? ¿Qué...?, luego echando aquello a un lado e intentando simplemente aferrarlo); Lanya, con la camisa abierta y los faldones aleteando, los pechos agitándose, los ojos cerrados bajo estremecidos párpados, se volvió hacia mí detrás de al menos cinco cadenas. Alargué una mano entre ellas y sujeté sus hombros.

Sus ojos se abrieron bruscamente.

—Michael... —dije.

—¿Qué?

Una cadena se enredó en mi brazo; un prisma rascó mi muñeca. Dama de España estaba a un extremo, tirando.

—Mike Henry... —Bajé la vista entre mis codos, a la pisoteada hierba—.

¿Michael Henry...?

Uno de sus pies desnudos se movió.

—¿Qué es eso?

Muy lentamente, dije:

—Mi primer nombre de pila es Mike..., Michael. Mi segundo nombre es Henry.

—Alcé la vista—. Mi apellido... ¿Fl...? ¿Fr...?

Lanya entrecerró los ojos. Luego agarró mi antebrazo con la misma mano con la que sujetaba su armónica.

Su extremo mordisqueó mi carne; lo cual me devolvió a la realidad:

—¿Qué es lo que he dicho?

Pero ella estaba mirando a nuestro alrededor, entre los demás.

—¡Denny!

—Lanya, ¿qué es lo que he *dicho*?

Sus ojos se volvieron bruscamente hacia mí. Exhibía una sonrisa curiosa, intensa y asustada.

—Has dicho que tu primer nombre de pila era —segúan dando palmadas a nuestro alrededor— Michael. Tu segundo nombre —una nueva palmada— era Henry. ¿Y tu apellido...?

Mi mandíbula se agarrotó de tal modo que toda mi cabeza se agitó.

—Yo... ¡por un momento lo tuve! Pero entonces, yo...

—Empieza con F. —Llamó de nuevo—: ¡Denny!

—¡Espera un momento! Espera, yo... ¡No, no puedo *recordar*! Pero el nombre de pila...

—... Michael Henry —dijo ella.

Denny apareció corriendo.

—¿Qué...? —Apoyó una mano en su hombro, una mano en el mío—. Oh, vamos, vais a...

—¡Díselo, Chico!

Dejé caer los codos de Lanya y tomé los de Denny. Respiraba muy afanosamente.

—Mi nombre es Michael... —otra palmada—, Henry... algo. Ahora no recuerdo el último. —Inspiré profundamente (¡clap!)—. ¡Pero dos de tres está muy bien! —Debía estar sonriendo ampliamente.

—¡Huau! —dijo Denny. Empezó a decir un par de cosas más, pero finalmente se limitó a encogerse de hombros y a devolverme la sonrisa.

—Yo tampoco sé qué decir —murmuré.

Lanya me dio un apretón. Casi estuvo a punto de hacerme caer.

Denny nos abrazó a los dos, metiendo su cabeza entre las nuestras y agitándola hacia delante y hacia atrás y riendo. Así que Lanya tuvo que sujetarle con una mano. Todos nos tambaleamos. Yo también puse mi brazo en torno a él. Alguien tensó una

cadena contra mi espalda. O bien se rompió, o uno de los que la sujetaban la soltó. Nos tambaleamos de nuevo.

Alguien apoyó sus manos en mi espalda y dijo:

—¡Hey, cuidado! ¡No te caigas! —Paul Fenster, ni siquiera lo había visto entre los espectadores, me sujetó cuando nos separamos.

Lanya dijo:

—No importa si caemos, Paul. No pasa nada.

Releyendo esta descripción de Paul Fenster entre esos manchados cartones, este pensamiento: Puesto que la vida puede terminar en cualquier momento, las expectativas de revelación o peripecia, si no idénticas a, son al menos congruentes con la locura. Le dan significado a la vida, pero sus expectativas destruyen nuestra facultad de experimentar significado. Así que sigo escribiendo aún sobre esos incidentes. Pero ahora estoy interesado en el arte del incidente sólo en el aspecto que toca a la vida..., pero he escrito eso al menos en otros tres lugares entre esas páginas. Lo que no he escrito es que, debido a ello, me siento menos y menos interesado en la incidencia del arte. («¿Sexo sin culpabilidad?» ¡Entelequia sin anticipación!) Simplemente me pregunto si Paul hubiera hecho algo distinto aquella noche en el parque si hubiera sabido que iban a dispararle a la cabeza y al cuello, cuatro veces, seis horas más tarde.

Alguien echó otro largo de cadena dentro del círculo. Una mantis y un iguanodon la atraparon, tirando de ella por los dos lados, arrojando luces fantasmales. ¡Clap!

—Hey, me gusta tu escuela —dijo Denny—. He estado ayudando a Lanya con sus chicos.

—¿Te conté acerca de Denny, Paul? Fue él quien sugirió que hiciéramos esa excursión con la clase que resultó tan bien.

Dije:

—Nunca he visto a ningún niño allí. He oído sus voces. En la grabadora. Pero no creo que hayas tenido nunca ningún auténtico niño ahí dentro.

Lanya me miró de una forma extraña.

Fenster se echó a reír.

—Bueno, usted mismo nos trajo a cinco de ellos.

—Pero no había ninguno... —Dentro de mí, sentí como si dos superficies desunidas se hubieran deslizado y fusionado repentinamente; el alivio fue insoportable—. ¿Traje a cinco de ellos... a la escuela?

—Woodard, Rose, Sammy... —dijo Lanya.

—¿No lo recuerdas? —dijo Denny—. ¿Stevie? ¿Marceline?

—Lo recuerdo —dije—. Sé quién soy...

—Michael Henry —dijo Denny.

Apoyé una mano en el hombro de Fenster.

—Ve a bailar.

—No, no me gusta enseñar el culo.

Fruñí el ceño a los bailarines; sólo quince de los veinte estaban desnudos.

—Ve —dije. Le empujé; él retrocedió—. No tienes que quitarte la ropa. Simplemente baila.

Fenster miró a Lanya. ¿Como buscando su apoyo? En mi mente llameó la visión de él cerrando la blusa de ella sobre sus pechos, abrochando el botón superior, palmeando su cabeza y alejándose.

—Adelante. —Estaba irritado—. ¡Baila!

—Oh, vamos, Chico —dijo Lanya, tomando mi brazo.

Fenster se alejó, riendo.

—¿Nos sentamos? —preguntó Denny.

—Vamos —dijo Lanya—. Sentémonos.

Denny tomó mi otro brazo, pero liberé los dos con un gesto brusco.

Fenster caminaba entre los bailarines, ahora empujando y siendo empujado, ahora ayudando a una muchacha que llevaba una empapada camiseta y que cayó contra él, ahora agachándose debajo de una de las resplandecientes tiras de cadena tensas entre brillantes criaturas que saltaban junto al árbol.

—¿Qué estás intentando hacer? —preguntó Lanya.

—Quitarme la ropa. No la necesito..., ahora no. —Arrojé la bota encima de mi chaqueta. Alcé la barbilla y levanté las siete cadenas y el proyector. Los eslabones se me engancharon y tiraron de mis pezones. Las mantuve en alto, oscilando, y las solté. Algunas golpearon mi nariz y mi mejillas y mi oreja. Algunas cayeron sobre mi hombro y se deslizaron, tintineantes, hasta la hierba. Bajé la vista a los bucles gemelos en mi cinturón; me bajé los pantalones. Lanya sujetó mi brazo para que no cayera al liberar mi pie de la manilla.

—¿Te sientes mejor? —preguntó Denny.

Intenté soltar el cierre a un lado de mi cuello. Tuve la impresión de que una hilera de insectos descendían por mi estómago, se enredaban en el vello de mi pubis. La cadena óptica colgó en torno a mi tobillo.

—Creo que la has roto —dijo Lanya.

—Puedo arreglarla —dijo Denny—. Tengo clavos...

—No —dije.

La gente de la comuna, la del nido, y la que simplemente había acudido para mirar, estaban palmeando y saltando junto al fuego. Otros siete, ladrando, gritando y aullando, rompieron el irregular anillo, giraron entre y debajo (una muchacha muy negra saltó por encima) de la cadena de cuentas que cruzaba y cruzaba el claro. Las cabezas de las bestias extinguían su luz como el cristal corta las volutas de humo;

nuestras gargantas picaban en el denso aire.

Tres figuras en silueta, las cabezas muy juntas, avanzaron hacia mí, susurrando. Jetadecobre, en el centro, conferenciaba con Cuervo y Catedral. Cuervo y Jetadecobre iban desnudos. (El diferente rizado y color de su pelo, repentinamente brillante en sus sienes con el fuego a sus espaldas...) Jetadecobre tenía una mano sobre el hombro de Cuervo.

Jetadecobre estaba diciendo:

—¡Protección! ¿Entiendes eso? ¿Calkins pidiendo protección...?

Catedral dijo:

—Los escorpiones no protegen nada.

Jetadecobre dijo:

—Dispararon contra prácticamente todas las malditas ventanas del malditamente jodido edificio. ¡Hombre, fue algo grande!

Cuervo preguntó:

—¿Dispararon contra la casa de Calkins? ¿El francotirador...?

Jetadecobre dijo:

—¡No la casa de *Calkins*! ¡Y no fue ningún jodido francotirador! Fue la gente de aquellos grandes almacenes. ¿Recuerdas ese gran jodido apartamento en el que estaba Trece, allá en el piso dieciséis? ¡Maldita sea, hombre, hicieron saltar el lugar, prácticamente se cargaron todas las ventanas del edificio!

—¡Mierda, hombre! —Catedral agitó la cabeza—. Los blancos son casi tan malos como los negros.

—¡Protección! —zumbó Jetadecobre.

Cuervo se echó a reír.

Se alejaron en la oscuridad.

Contemplé el fuego. Una de las perneras de los pantalones estaba todavía en torno a uno de mis tobillos. La cadena óptica oscilaba con mis oscilaciones contra mi pantorrilla.

—Quiero... bailar.

—Entonces saca tu pie del dobladillo de tus pantalones —dijo Denny—. O tropezarás contigo mismo. —Sin embargo, sonaba como si no deseara que me fuese.

Cada ¡*Clap!* golpeaba algo dentro de mi cráneo que destellaba por sí mismo. Mis oídos resonaban como si sólo estuvieran a unos pocos centímetros de un enorme tambor. Cada explosión dejaba un alocado eco que tartamudeaba en el desmoronado sonido. Avancé unos pasos, masajeándome los genitales con una mano. Estaban muy sensibles. Avancé de nuevo.

—Cuidado...

Lanya debió sujetar mis pantalones pierna abajo con su pie, porque se soltaron. Trastabillé, pero mantuve el equilibrio. Hacia el baile.

Estaba de pie con un suéter negro de cuello vuelto, los brazos cruzados, entre los espectadores. No me vio mirarle. Pero Dama de España y D-t y un par más le vieron y dejaron de bailar. Prismas y lentes colgaban de mi cuello. Espejos y prismas colgaban de mi muñeca. Lentes y espejos se arrastraban a mis espaldas desde mi tobillo sobre la hierba.

Se movió un poco. La luz del fuego agitó su pátina barriendo su pelo castaño.

—¡Hey...! —dije en voz alta—. Ahora sé..., ahora sé quién soy. ¿Quién es usted? Me miró, con el ceño fruncido.

—¿Quién es *usted*? —repetí—. Dígamelo. ¡Yo sé quién soy! —Unos pocos bailarines más se detuvieron para escuchar. Pero las palmas eran aún terriblemente fuertes. Agité la cabeza—. Casi...

—¿Chico? —preguntó; le había tomado todo aquel tiempo reconocerme, desnudo—. ¡Hey, Chico! ¿Cómo está?

Era el hombre que me había entrevistado en la fiesta de Calkins.

—No —dije—. Sé quién soy. Dígame quién es *usted*.

—William... —empezó—. ¿Bill...? —Y luego—: ¿No me recuerda?

—Le recuerdo. ¡Sólo quiero saber quién es!

—Bill —repetió. Y asintió con la cabeza, sonriendo.

Dos personas que se habían detenido para escuchar empezaron a palmear de nuevo.

—Sé eso —dije—. Lo recuerdo. ¿Cuál es su *apellido*?

Alzó un poco la cabeza. Su sonrisa (un dragón, pasando por su lado, manchó su rostro de un momentáneo verde) se tensó:

—Dígame usted el suyo. Yo le diré el mío. —Su boca permaneció un poco abierta, aguardando una risa a punto de brotar.

Pero la risa brotó de mí. ¿William...? Grité:

—¡Sé quién es! —y me encogí con la histeria—. ¡Sé...!

—Hey, Chico. Oh, *vamos*... —Lanya, ella y Denny me habían seguido, sujetó de nuevo mi brazo. Intenté liberarme, tropecé con las cadenas de los bailarines y me volví, agitando la mía. Pero ella mantuvo su posición; Denny tuvo que sujetarme también. Di otro paso y caí contra un muchacho al que no conocía y que gritó: «¡Uffff!» y me sujetó, riendo. Me volví al resplandor de un escudo, brillantemente ciego por un momento, y unos instantes más tarde las imágenes residuales pulsaron por todas partes.

—Vamos, hombre —no dejaba de decir Denny, tirando de mi brazo—. *Cuidado*... —y alzó una tira de cadena para que yo pudiera pasar por debajo.

—Eso está bien —dijo Lanya—. Por aquí...

Sentí un vahído y estuve a punto de caer. Fuego y ramas giraban sobre un cielo negro. Me apoyé en un tronco y me volví de espaldas a él:

—¡Pero sé cuál es mi nombre! Tiene que serlo. ¡No puede ser de nadie más! —no dejaba de decirles, luego estallé en una risa nerviosa que, cuando desapareció, me dejó el rostro crispado en una sonrisa tan enorme que me dolieron los músculos de la mandíbula y tuve que frotármelos con las manos—. ¡Esto *tiene* que ser lo que es él! Comprendéis por qué, ¿verdad? Quiero decir que *lo* comprendéis.

No lo comprendían.

Pero, por un tiempo, yo sí.

Y, reventando en mi nuevo conocimiento, bailé.

Nunca me lo pasé tan bien.

Luego regresé y me senté con ellos.

La mano de Denny estaba sobre mi rodilla; el hombro de Lanya se apoyaba en mi hombro, su brazo en mi brazo. Nos sentamos sobre las raíces, a tres metros del alto y hendido fuego, contemplando a los hombres y mujeres que bailaban y saltaban a los sonidos de sus propios cuerpos, el uno arqueado y golpeando la parte de atrás de sus muslos, el otro girando lentamente y gritando con fuerza cada vez que su corto pelo rozaba las colgantes ramas. Alguien danzaba con el cinturón suelto y agitándose. Y alguien más se estaba quitando los tejanos.

Bill, con los brazos cruzados sobre su suéter negro, entre los demás que miraban, miraba.

Me senté y jadeé y sonreí (con el sudor chorreando por mi espalda abajo), satisfecho ante el hecho absoluto de su revelada identidad, hasta que incluso eso, como deben hacer todos los absolutos, empezó a disolverse.

—¿Qué...? —Denny agitó su mano sobre mi pierna.

Lanya me miró, movió su hombro contra el mío.

Pero yo seguí sentado, maravillándome mientras se completaba la disolución, excitado y embotado a la vez por las discordantes palmadas que medían metronómicamente cada diferencial en el cambio..., hasta que ya no tuve más certeza del apellido de Bill de la que tenía del mío propio. Con sólo el recuerdo del conocimiento, y la maravilla ante su mecánica, fuera cual fuese, durante algunos minutos hice de ese conocimiento algo tan cierto para mí como mi propia existencia. Permanecí sentado, intentando elucidar aquel fallo de la mecánica que le había permitido deslizarse más allá de mi alcance.

Dragón Lady, con su bota, se destacó en otro lado de la pared de ladrillos de cenizas del hogar, luego se volvió para añadir sus roncadas palabras a la discusión que tenía lugar a sus espaldas.

—¿Sabes? —dijo Lanya, mientras alguien arrojaba una rama encendida que aterrizó en el borde del fuego, con la llama del extremo sobre la hierba—, este lugar no va a estar aquí mañana.

—Eso está bien —dijo Denny.

Lanya se apretó más fuerte contra mí, alzó sus rodillas.

El baile estaba a todo nuestro alrededor. La pisoteada hierba se veía llena de enmarañadas cadenas, sencillas y enjoyadas. La mayoría de los escorpiones llameaban, incendiar-al llevar el coñac aquella tarde a casa de Tak —me disculpé por haber abierto una de las botellas—, pareció realmente sorprendido.

Salió por la puerta del cobertizo al tejado, rascándose el pecho y la barbilla y aún medio dormido. Pero diciendo que se alegraba de verme.

aquí más tiempo.

La curiosidad se apoderó de mí.

Una cama había sido volcada contra la puerta, pero cayó resonando hacia atrás tan pronto como empujé. Habían puesto barrotes en las ventanas que llegaban hasta el suelo, pero los cristales estaban rotos en su mayoría, y en el único que quedaba descubrí tres de aquellos pequeños agujeros rodeados por un halo que consigues con una bala. Todavía había un par de sacos de dormir por allí. Todavía quedaban junto a las paredes algunas de las cosas que habían decorado el lugar: y un gran león, casi de tamaño natural, se agazapaba junto a un montón de repuestos de automóviles y otra basura metálica. El cuerpo y la cabeza de una bomba estaban apoyados contra un rincón.

(—Me pregunto qué le ocurrió a la mujer que estaba preparando eso —dijo Lanya cuando se lo conté, más tarde—. Era eurasiática, ¿sabes? Era una persona absolutamente increíble; quiero decir, incluso aparte de construir esa cosa.)

Las paredes de dos habitaciones estaban ennegrecidas por el fuego. Vi un lugar donde un póster había ardidido por completo. Y otro lugar donde quedaba aún una cuarta parte de otro: George en el desierto nocturno. Supongo que arriba la mayor parte de las habitaciones nunca habían tenido puerta. Todo era una ruina. Grandes trozos de yeso habían sido arrancados de las paredes. En una ocasión escuché lo que creí que era un gemido, pero cuando corrí hacia la destrozada habitación de arriba —había herramientas esparcidas por todo el suelo, destornilladores, clavos, alicates, llaves inglesas—, no era más que una chirriante contraventana o algo parecido. No sé exactamente lo que era. Atornillada a la pared había una plancha donde habían grabado iniciales, nombres, frases, algunas escritas en caprichosas combinaciones de rotuladores de color, otras garabateadas con tinta negra. Cerca de la parte inferior, tallada claramente con alguna hoja pequeña: June R. Lanya dice que tiene que encontrar alguna farmacia abandonada o algún lugar donde conseguir pastillas anticonceptivas ahora, dentro de los próximos tres meses. Denny está preocupado por su pequeña amiguita. Dice que estaba enferma la última vez que él estuvo por ahí:

—... con fiebre, hombre. Y todo lo demás. Apenas podía moverse, bajo las mantas.

Nadie en la comuna, ni en el bar, ni en la iglesia —ni George ni la Reverenda Amy— saben dónde fueron todos, o siquiera qué ocurrió realmente. Pero si alguien le hiciera eso a la Casa, yo me preocuparía por el nido. ¿Era June la chica rubia que describieron? Supongo y espero que sí.

Denny se subió a la balaustrada para caminar, con las manos extendidas para mantener el equilibrio, por el borde del tejado. Lanya no dejó de correr a su lado y gritarle: «¡Buuu!», como si pretendiera hacerle caer. Pensé que era divertido, pero Tak dijo por favor parad porque eran ocho pisos y aquello hacía que se le anudara el estómago de miedo.

Así que vinieron conmigo al cobertizo.

Una vez dentro, Denny dijo:

—¡Hey, mirad lo que tiene Tak en la pared!

Pensé que se refería a George, pero era la entrevista conmigo de la fiesta de Calkins en el *Times*. Tak la había clavado con chinchelas a la pared justo al lado de dentro de la puerta. Los bordes estaban ya amarillentos.

—La tengo aquí para inspirarme —dijo Tak—. Me gusta. Me alegra saber que, después de todo esto, el periódico dice que estás preparando otro libro.

—Sí —dije—. Claro. Gracias. —En realidad no deseaba hablar de ello. Salí fuera, porque él me estaba mirando un poco de soslayo. Pero Tak es bueno en captar cosas como ésa.

A nuestro alrededor, el cielo estaba tan cerca como plomo estrujado. El primer puntal del puente apenas era visible a través de él, como una sola ala de algún impreciso pájaro que, en cualquier momento, podía echarse a volar hacia cualquier otro lado.

Tak tiró del corcho de la botella abierta.

—Bueno. Bebamos un poco. —Se acuclilló, con la espalda apoyada contra la pared del cobertizo. Nos sentamos a su lado. Denny dio un sorbo, hizo una mueca, y desde entonces se limitó a pasar la botella a Lanya y a mí.

—Tak —dije—, ¿puedes explicarme algo? —Le pregunté acerca de las burbujas en torno a la parte interior de los vasos—. Creí que podía tener algo que ver con la presión del agua de la ciudad. ¿Quizá esté bajando y eso haga que el anillo vaya subiendo?

—*Creo* —dijo Tak al verdoso cuello de la botella— que más bien tiene que ver con quién lava vuestros vasos. ¿Ves?, lavas un vaso, y pasas el dedo por la parte de dentro para quitar la suciedad, y dejas tras de él una delgada película. Pero tu dedo no alcanza el fondo. Más tarde pones agua en el vaso, y el aire que hay mezclado con ella se une para formar burbujas. Pero las burbujas necesitan algo para nuclearse. Así que las imperfecciones en el cristal y la suciedad que haya podido quedar encima de la línea de grasa son los lugares más fáciles para nuclearse; así obtienes esa línea

definida...

—¿Quieres decir —murmuré— que el que lava los vasos mete su dedo cada vez menos a medida que pasan los días?

Tak se echó a reír y asintió.

—¿No te alegras de conocer a alguien que tenga una cierta idea de tecnología? Más altas las burbujas del agua, menos presión. Puedes volverte paranoico con cosas como ésta si no sabes lo que estás haciendo.

—Sí —y tomé la botella y bebí.

Y durante los siguientes quince segundos, el cielo del atardecer, opaco como el fondo de un pote de aluminio, se oscureció hasta hacerse completamente de noche.

A los cinco segundos de oscurecer, Denny dijo con voz estrangulada:

—Jesús, ¿qué...? —y se puso en pie.

Había un ruido como el de un avión acercándose. Siguió acercándose mientras yo observaba los rasgos de Denny adquirir un tono azul oscuro.

Lanya sujetó mi brazo, y me volví para contemplar su rostro azul, y todo a su alrededor hacerse negro.

Si era un avión, iba a estrellarse contra nosotros.

Giré bruscamente la cabeza hacia la izquierda y hacia la derecha y hacia arriba (me golpeé la nuca contra la pared) y hacia abajo, intentando ver.

Otro sonido, por debajo del rugir, a mi lado: ¿Tak poniéndose en pie?

Algo humedeció mi mano en el papel embreado a mi lado. Debía haber volcado la botella de coñac.

Bruscamente una luz blanca manchó el horizonte, cortada por la silueta de una torre de aguas.

No me sentía asustado, pero mi corazón latía tan lentamente y de una forma tan dura que mi barbilla se agitaba a cada latido.

La luz empezó a ascender por el cielo.

Ahora podía entrever a Tak de pie a mi lado. Su sombra se hizo más precisa en el papel embreado de la pared.

El sonido... ¡cuajó!

La luz se hendió. Cada brazo hizo zig y zag, de una forma separada, con sus bordes deshilachados y un brillo de magnesio. El brazo derecho se escindió de nuevo. El izquierdo estaba casi directamente encima de nosotros.

Y Tak no tenía ninguna sombra. Me puse en pie, ayudé a Lanya a...

Parte de la luz parpadeó y desapareció. Vino más. Y más.

—¿Pero qué es...? —susurró ella junto a mi oído, señalando. Desde el horizonte, otra luz orlaba el cielo, fragmentada, lo cruzaba.

—¿Son... relámpagos? —gritó Denny.

—¡Parecen relámpagos! —gritó Tak como un eco.

Alguien dijo:

—¡Porque George no tiene ese brillo!

El pálido rostro de Tak se crispó como golpeado por la lluvia. El aire era seco. Entonces me di cuenta de lo frío que era.

Los nódulos de aquella descarga eran demasiado brillantes para mirarlos directamente. Las nubes —arena, plomo o acero— ascendían por el cielo, creando cañones, desfiladeros, gargantas, ¡porque los relámpagos eran demasiado lentos, demasiado anchos, demasiado grandes!

¿Era aquello un trueno? Rugía como una escuadrilla de aviones a reacción cruzando por encima de la ciudad, y a veces parecía como si uno de ellos se estrellara o algo así, y el rostro de Lanya

Aquí falta una página, posiblemente dos.

No recuerdo quién tuvo la Idea, pero durante el altercado, por un rato, argumenté:

—¿Pero qué hay acerca de Madame Brown? Además, me gusta aquí. ¿Qué vamos a hacer cuando tú estés en la escuela? Tu cama es estupenda para la noche, pero no podemos dormir durante tanto tiempo.

Lanya, después de responder cuerdamente a eso, dijo:

—Mira, inténtalo. Denny quiere venir. El nido puede pasarse sin ti unos cuantos días. Quizá puedas escribir mejor. —Tomó el papel que había caído detrás de la Harley, trepó sobre ella, salió de debajo del altillo, se puso de puntillas con la cabeza alzada y me besó. Y se metió el papel en el bolsillo de su blusa..., al inclinarse, se había caído de sus tejanos.

Pasé las piernas por el borde del altillo y me dejé caer.

—De acuerdo.

Así, Denny y yo pasamos lo que yo llamo tres días y ella llama uno («¡Vinisteis a última hora de la tarde, pasasteis la noche y el día siguiente, luego os fuisteis a la mañana siguiente! Eso hace un día completo, un poco largo por ambos lados.» «Eso debería contar al menos por dos», dije yo. «Ha parecido mucho tiempo...»), lo cual no fue tan malo, pero..., no sé.

La primera noche Madame Brown preparó la cena a base de cosas enlatadas, con Denny diciendo constantemente: «¿No va a dejarme hacer nada...?» «¿Está segura de que no puedo hacer nada...?» «Mire, haré...», y finalmente lavó algunos platos y trastos.

—¿Qué están preparando? —pregunté, pero no me oyeron, así que me senté en la silla junto a la mesa tabaleando alternativamente en la pared con el respaldo de la silla y en el suelo con las patas delanteras; y bebí dos vasos de vino.

Llegó Lanya y me preguntó por qué estaba tan quieto.

tan fuerte como pude:

—¡Lanya! ¡Denny! —Si respondieron, no pude oírles; y estaba demasiado ronco de gritar. El letrero de la calle repicaba en su alvéolo..., el viento era así de fuerte.

Di otra media docena de pasos, el pie desnudo en el bordillo, la bota en la calzada. Bocanadas de polvo azotaron mi rostro. Mi sombra se tambaleó a mi alrededor sobre el pavimento, haciéndose más definida, más confusa, más oscilante.

La gente avanzaba calle abajo, mientras la oscuridad llameaba a sus espaldas.

Aquel lento, loco relampagueo rodaba bajo el cielo.

El grupo se apelotonaba hacia mí; algunos hacían fintas hacia delante.

Una figura en la parte delantera sostenía a otra, que parecía herida. Se me ocurrió que se trataba de la comuna, con John y Mildred a la cabeza, y que algo le había ocurrido a John. Un brillo entre las nubes...

Estaban diez metros más cerca cuando pensé:

George, mirando al cielo a su alrededor, sus gruesos labios una húmeda cueva en torno al brillo de sus dientes, sus pupilas rodeadas de blanco, y un resplandor orlando sus húmedas y venosas sienes, sujetaba a la Reverenda Tayler; ella permanecía inclinada hacia delante (¿llorando? ¿riendo? ¿frunciendo los ojos ante la luz? ¿buscando algo en el suelo?), su pelo áspero como esquisto, sus nudillos y el dorso de sus uñas más oscuros que la piel entre ellos.

—*Estoy pensando* —dije.

—*¿En un poema?* —preguntó Madame Brown.

Comimos. Después de la cena seguimos todos sentados y bebimos algo, yo un poco más que los demás, pero Madame Brown y yo hablamos de algunas cosas: su trabajo, lo que ocurría cuando un escorpión corría («Hace usted que suene tan saludable, quiero decir como un viaje con la clase. No estoy tan segura de que ahora me guste tanto la idea. Sonaba muy excitante antes de que usted me hablara de ello.»), los problemas de los médicos en la ciudad, George. Me gusta Madame Brown. Y es lista como el demonio.

De vuelta a la habitación de Lanya, me senté en el escritorio junto a la ventana, contemplando mi bloc de notas. Lanya y Denny se fueron a la cama. («No, la luz no nos molesta»), y después de unos quince minutos, me reuní con ellos, e hicimos el amor lánguida y crispadamente, con esa curiosa sincopación del turnémonos; pero fue todo un viaje. Estuve a punto de derribar cuatro veces esa gran maceta de plantas junto a la cama.

Me desperté antes de que la ventana se hubiera iluminado, me levanté y merodeé un poco por la casa. En la cocina, consideré la posibilidad de emborracharme. En vez de ello me preparé una taza de café instantáneo, bebí la mitad, y merodeé un

poco más. Miré de vuelta en la habitación de Lanya: Denny estaba dormido contra la pared. Lanya estaba tendida de espaldas, con los ojos abiertos.

Me sonrió.

Yo estaba desnudo.

—¿No puedes dormir?

—Ajá. —Fui hacia ella, me arrodillé junto a la cama, la abracé.

—Sigue. Pasea un poco más. Necesito otro par de horas. —Se volvió de lado. Tomé el viejo bloc de notas, me senté con las piernas cruzadas en el suelo, pensando en escribir lo que había ocurrido hasta entonces.

O un poema.

No hice ninguna de las dos cosas.

Miré en el cajón de arriba del escritorio..., parecía como si hubieran pegado papel sobre toda la madera del fondo, y luego lo hubieran arrancado tanto como habían podido. Ella había dicho que unos amigos lo habían sacado del escaparate de una tienda incendiada a unas cuantas manzanas colina abajo.

Tomé los poemas que ella había guardado allí, los desplegué sobre la rasposa madera: escritos sobre cualquier tipo de papel, mugrientos aquí y allá (cayeron unos tallos de begonia empenachados de rojo), e intenté leerlos.

No pude.

Pensé seriamente en hacerlos pedazos.

No lo hice.

Pero comprendí mucho acerca de la gente que lo hacía.

Miré de nuevo a Lanya; los hombros desnudos, la nuca, un puño asomando por debajo de la almohada.

Merodeé un poco más.

Volví a la cama.

Denny alzó la cabeza con un movimiento brusco, parpadeando. No supo dónde estaba. Froté su nuca y susurré:

—Todo está bien, muchacho... —Volvió a dejar caer la cabeza, acurrucándose contra el sobaco de Lanya. Ella se volvió de él hacia mí.

Uno o la otra se levantó por la noche a orinar, volvió a la cama apartando las plantas, y jodimos, dura y un poco ruidosamente, creo.

Por la mañana nos levantamos a la vez.

Observé que Lanya observaba que yo me mostraba tranquilo. Ella observó que yo lo observaba y se echó a reír.

Después del café fuimos todos caminando a la escuela. Denny pidió quedarse por allí para las clases. Entonces me di cuenta que ella se estaba preguntando si dos días seguidos eran una buena idea. Pero dijo:

—Claro —y les dejé y volví a la casa, deteniéndome una vez para preguntarme si

no debería volver más bien al nido.

Madame Brown y yo comimos de nuevo juntos.

—¿Disfruta de su visita?

—Sigo pensando mucho —le dije—. Pero también pienso que todo ese pensamiento está a punto de dejarme fuera de combate.

—¿Su poesía?

—No he escrito ni una palabra. Supongo que simplemente me resulta difícil escribir aquí.

—Lanya dijo que no estaba escribiendo demasiado en su casa tampoco. Dijo que creía que había demasiada gente alrededor.

—No creo que sea ésa la razón.

Hablamos un poco más.

Luego llegué a una decisión:

—Voy a volver al nido. Dígaselo a Lanya y Denny cuando regresen, ¿quiere?

—De acuerdo. —Me miró dubitativa sobre una cucharada sopera llena de vichysoise Cross & Blackwell—. ¿No quiere esperar y decírselo usted mismo cuando vuelvan?

Me serví otro vaso de vino.

—No.

Cuando llamó el próximo paciente, tomé mi bloc de notas y me fui paseando (durante cinco extraños minutos, a mitad de camino, creí que me había perdido) de vuelta al nido.

Tarzán y los monos, todos en los escalones, se alegraron enormemente de verme. Sacerdote, California y Catedral practicaron su gran rutina de palmadas en la espalda en el pasillo. Cristal hizo una inclinación de cabeza, amistosa pero abiertamente no comprometedor. Y tuve un claro pensamiento: Si me voy, Cristal, no Jetadecobre, se convertirá en el jefe.

Trepé al altillo, le dije a Mike, el amigo de Devastación, que sacara su jodido culo de allí.

—Oh, sí, Chico. Claro, lo siento. Bajaré...

—Puedes quedarte —le dije—. Sólo échate a un lado. —Luego me tendí con mi bloc de notas bajo el hombro y me quedé dormido, ¡plas!

Me desperté envarado pero buscando mi bolígrafo. Llevé un poco de papel azul a los escalones de atrás, apoyé la tabla de pino sobre mis rodillas y escribí y escribí y escribí.

Fui a la cocina a buscar un poco de agua.

Lanya y Denny estaban allí.

—Oh, hola.

Volví al porche y escribí un poco más. Finalmente fue

La negra pecosa con el pelo color ladrillo, entre rostros más negros, caminaba detrás de ellos; con el ciegomudo; y el rubio mexicano.

Alguien estaba gritando, entre los gritos de los demás:

—¿Oís sus aviones? ¿Oís todos sus aviones? —(No podían haber sido aviones) —. ¡Sus aviones vuelan horriblemente bajo! ¡Van a estrellarse! ¿Oís...? —en cuyo momento la fachada del edificio al otro lado crujió, de arriba a abajo, y se hinchó hacia fuera tan lentamente que me pregunté cómo era posible. Cornisas, remates de piedra, marcos de ventanas, cristales y ladrillos golpearon la calle.

Gritaron —pude oír los gritos por encima de la explosión porque algunos estaban ya a mi alrededor—, y corrieron hacia la pared más cercana, arrastrándome con ellos, y me vi aplastado contra la gente que tenía delante, y el aire escapó de mis pulmones a causa de la gente que tenía detrás, gritando; alguien tendió una mano por encima de mi hombro, buscando apoyo, justo al lado de mi oreja, y estuvo a punto de arrancármela. Más gente (¿o algo?) golpeó a la otra gente detrás de mí, muy fuerte.

Tosiendo y forcejeando, me volví para empujar a alguien de atrás. Al otro lado de la calle, las vigas, sucias de yeso y ladrillos, teselaban el luminoso polvo. Me aparté tambaleante de la pared, entre la tambaleante multitud, y tropecé con una robusta mujer caída sobre manos y rodillas y agitando la cabeza. Intenté levantarla, pero ella se dejó caer de nuevo sobre sus rodillas.

Me di cuenta de que lo que estaba intentando hacer era volver a meter un montón de latas de zumo de tomate y de piña y arrugados envoltorios de galletas en su volcado cesto de la compra. Su abrigo negro estaba abierto a su alrededor sobre fragmentos de ladrillos.

Desperté solo.

Las hojas se arqueaban sobre mí. Miré hacia arriba por entre ellas. Soplé una vez para ver si se movían, pero estaban demasiado lejos. Cerré los ojos.

—Hey —dijo Denny—. ¿Estás dormido? —Abrí los ojos.

—Que te jodan si lo estoy.

—Acabo de acompañar a Lanya a la escuela. —Se apoyó en la jamba de la puerta, sujetando sus cadenas—. Es bonito aquí, ¿eh?

Me senté a un lado de la cama.

—Pero no hay demasiado que hacer... Es considerado por su parte tenernos aquí, quiero decir dejar quedarnos un tiempo, ¿no crees?

Asentí.

Un par de horas más tarde me dijo que iba a salir. Pasé el resto de la mañana contemplando una hoja de papel o merodeando.

Madame Brown, al salir de su oficina, me vio una vez y dijo:

—Parece usted raro. ¿Le ocurre algo?

—No.

—¿Simplemente está aburrido?

—No —dije—. No estoy en absoluto aburrido. Estoy pensando mucho.

—¿Puede dejarlo el tiempo suficiente como para hacer una pausa y desayunar?

—Por supuesto. —No había desayunado.

Ensalada de atún.

Peras en lata.

Tomamos ambos un par de vasos de vino. Ella me preguntó por mis impresiones acerca del carácter de: Tak, Lanya, Denny, uno de sus pacientes que había conocido en una ocasión en el bar; se las dije, y ella creyó que lo que le decía era interesante; me dijo las suyas, y yo creí que eran también interesantes, e hicieron cambiar las mías; así que le dije los cambios. Luego llegó el próximo de sus pacientes, y regresé a contemplar mi papel; a merodear; a contemplar.

Que fue lo que estaba haciendo cuando entraron Lanya y Denny. Él había vuelto a la escuela para ayudar a dar clases.

—Denny sugirió que diéramos un paseo con la clase, para ver la ciudad. Lo hicimos. Resultó una idea excelente. Siendo dos, no tuvimos ningún problema en manejar a los niños. Fue una idea estupenda, Denny. De veras. —Luego me preguntó si había escrito algo.

—No.

—Pareces extraño —me dijo.

—No, no lo es —dijo Denny—. Simplemente da esa impresión algunas veces.

Lanya hizo mmmm. Supongo que me conoce mejor que él.

Denny estaba realmente intentando ser útil..., un rasgo que, pese a lo agradable que es siempre, nunca antes había visto en él. Le ayudé a hacer un par de cosas para Madame Brown: explorar el sótano, bajar una silla, subir un aparador que ella había encontrado en la calle y había conseguido llevar hasta la puerta de atrás.

Fue una tarde agradable.

Me pregunté si la estaba estropeando cuando sugerí:

—Quizá debiéramos volver al nido esta noche.

Lanya dijo:

—No. Deberías utilizar un poco de esta aburrida paz y quietud para trabajar.

—No estoy aburrido —dije. Y decidí sentarme frente a un trozo de papel durante al menos una hora. Lo hice: no escribí nada. Pero mi cerebro burbujeó y se agitó y rodó en mi cráneo como un huevo hirviendo en un cazo con agua.

Una lata rodó contra mi pie. Estaba vacía.

Ella se tendió más hacia allá, apoyando su mejilla contra el pavimento, para alcanzar las latas que habían ido más lejos. Me incliné para alzarla una vez más. Entonces alguien, tirando de ella desde el otro lado, gritó:

—¡Venga! —(*V'ngá!* La primera vocal casi ausente, todo el peso en la segunda, convertida casi en un ladrido; la n una especie de punto de apoyo sobre el que descansar la g como una bisagra para dar salida a la á.) Alcé la vista, sin soltarla.

Era George.

Ella se puso en pie entre los dos, gritando:

—¡Ahhhhhhhh...! ¡Annnnn! ¡No me toque! ¡Ahhhhhhh..., no me toque, negro! —Se tambaleó y se liberó de nuestras manos. No la vi mirar a ninguno de los dos—. ¡Ahhh..., vi lo que hizo! ¡A esa pobre chiquita blanca que no pudo hacer nada contra usted! ¡Nosotros lo *vimos!* ¡*Todos* nosotros lo vimos! Ella iba buscándole, preguntando por usted por todos lados, preguntándole a todo el mundo dónde estaba usted todo el tiempo, y usted la tomó, la tomó de esa forma, ¡simplemente la tomó de la forma en que lo hizo! ¡Y vea lo que ocurrió! ¡Sí, véalo! ¡Oh, Dios, oh ayúdame, no me toque, oh Dios! ¡Oh, *vamos!* —gritó de nuevo George, cuando ella empezaba a derrumbarse otra vez. Un nuevo tirón; ella se liberó de mi mano. El abrigo hizo que mis palmas picaran. Mientras me apartaba hacia un lado, ella aún seguía gritando:

—¡Los blancos se van a ocupar de usted, negro! ¡Los blancos van a matarnos a todos a causa de lo que usted le hizo hoy a esa pobre chiquita blanca! ¡Usted ha reventado los escaparates de las tiendas, ha roto todas las farolas, ha subido y ha arrancado las manecillas del reloj! ¡Ha estado violando y robando y haciendo de todo! ¡Oh, Dios, va a haber disparos e incendios y sangre derramada por todas partes! Van a disparar contra todo el mundo ahí en Jackson. Oh, Dios, oh, *Dios*, ¡no me toque!

—Cállese de una vez, mujer, y recoja su maldita basura —dijo George.

Lo cual, cuando mire hacia atrás unos segundos más tarde, era precisamente lo que ella estaba haciendo.

George, a tres metros de distancia, estaba agachado para levantar una losa que llovía yeso por todos lados, mientras otra mujer tiraba de una figura que se debatía debajo. Un puñado de grava, procedente de alguna parte, golpeó contra mi hombro, y me agaché hacia delante.

Frente a mí, girando y girando en el plateado desastre, la Reverenda Amy miraba hacia arriba con ojos entrecerrados, los puños agitándose contra sus oídos, hasta que sus dedos se abrieron catatónicamente; el rostro vuelto hacia arriba estaba surcado por lo que creí que era rabia; pero giró de nuevo y vi que la expresión que se debatía entre sus rasgos era lo más cercano al éxtasis.

Trepé sobre ladrillos caídos. La orquídea giraba y saltaba sobre mi estómago.

El ciegomudo estaba sentado en el bordillo cerca de la boca de incendios. El rubio mexicano y la negra del pelo color ladrillo estaban acuclillados a ambos lados. Ella lo tenía sujeto por la mano, apretando su puño, los dedos moviéndose y moviéndose, a cada contacto, contra su palma.

Rebusqué entre mis cadenas, encontré la esfera del proyector y accioné el botón.

El disco de luz azul se deslizó hacia arriba sobre el bordillo lleno de cascotes cuando subí a la acera.

Alzaron la vista, dos de ellos con ojos escarlatas como burbujas de sangre.

Las órbitas del mudo (giró la cabeza hacia mí) eran como vacías copas llenas de sombra.

Hubo un repentino picor en mi garganta a causa del humo; el humo se alejó. Grité:

—¿Qué están haciendo?

El mexicano arrastró sus botas hacia atrás, contra el bordillo. La mujer apoyó su otra mano en el hombro del mudo.

Observé sus movimientos de sorpresa. Traducidos a sus manos por medio de los brazos del ciegomudo, le dieron su único conocimiento de mí. Su rostro se inclinó hacia delante; su mano se cerró sobre la de la mujer..., mi conocimiento de lo que él sabía. Pensando: Necesita tan poca información... Aunque yo estoy encajado en luz y sus ojos orbitados en plástico, en la sobredeterminada matriz, traducida y traducida, quizá su conocimiento de mí sea aún más completo.

¿Estaba asustado de sus ojos rojos?

¿En qué se convierte mi bestia azul detrás de las cápsulas escarlatas?

La gente gritó.

Yo grité más fuerte:

—¿Qué está pasando? ¿Qué ocurre ahora? ¿Lo *saben*? —y terminé tosiendo en más humo.

La negra del pelo color ladrillo agitó la cabeza, con una mano delante de su boca, dudando entre si tranquilizarme, acercar sus labios a mí o empujarme lejos.

—Alguien puso una bomba en... ¿No es eso lo que han hecho? ¿No es eso lo que dijeron que harían? Alguien puso una bomba en...

—¡No! —dijo con voz fuerte el mexicano. Sacudió los hombros del ciegomudo—. No fue nada..., no fue nada de eso. —Hizo poner al ciegomudo en pie.

Me volví para ver a hombres y mujeres tambalearse hacia mí, contra la luminosa bruma. Y algo detrás de la bruma parpadeó. Me metí en la calle.

—¡No fue ninguna bomba! —chirrió tras de mí el hombre o la mujer—. ¡Ellos le *dispararon*! Desde arriba el tejado. ¡Algún chico blanco loco! ¡Le disparó y lo mató en medio de la calle! Oh, Dios mío...

Algo cálido chapoteó contra mi tobillo.

El agua rodaba entre los gibosos adoquines, brillante como mercurio bajo las descargas del colapsado y negro cielo. La calle era una red de plata y yo la crucé rápidamente, golpeando con el hombro contra una mujer que giró —gritando— su arañado rostro detrás de mí, derribando casi a otro hombre pero empujándolo con

ambas manos; una repentina bocanada de calor golpeó el techo de mis órbitas. Cerré fuertemente los párpados, avancé a través de ello y de más polvo, engancho la puntera de mi bota con algo que casi me hizo caer. Tosí y me tambaleé, con el dorso de la mano apretado contra mi boca.

Algo azotó mi nuca, tan frío que pensé que era agua. Pero sólo era aire. Con los ojos llenos de lágrimas, la garganta intentando liberarse espasmódicamente del polvo atrapado en ella, me tambaleé una docena de pasos más, hasta que alguien me sujetó y me erguí, contemplando otro rostro negro.

—¡Es Chico! —gritó Dragón Lady a alguien, y pasó un brazo en torno mío para impedir que cayera.

Unos pasos detrás de ella, Cristal se volvió para mirarme.

—¿Eh?

Más allá, contra una pantalla de nubes que giraban lentamente, el lado de un edificio de veinte pisos se desgarró, colapsándose lentamente de la estructura interna de metal. Pero eso debió ser a unas cinco manzanas de distancia.

—¡Jesucristo...! —dijo D-t, luego me miró—. Chico, ¿todos vosotros...? —y el sonido llegó hasta nosotros, llenando el espacio a nuestro alrededor de la misma forma que lo haría un volcán entrando en erupción.

Pasado el estruendo, pude oír gente a mis espaldas, gritando todavía: tres voces distintas balbuceaban instrucciones entre otras cincuenta más a las que no parecía importarles nada.

—¡Maldita sea! —dijo D-t—. ¡Vamos!

Alguien había esparcido rollos de lo que parecía cable de ascensor por toda la acera. También estaban grasientos; así que tras la primera docena de pasos cruzándolos, llegamos a la calle.

Y los gritos detrás nuestro se habían fundido a una única, distante, insistente voz:

—¡Esperad, maldita sea! ¡Me habéis oído, hijos de madre, *esperadme!* —cada vez más cerca—. ¡Esperadme, maldita sea! ¡Esperad...!

Miré hacia atrás.

Bola de Fuego, puñeando, inclinado hacia delante desde la cintura y con la cabeza echada hacia atrás, corrió directamente hacia Cristal, que lo sujetó por el brazo. Bola de Fuego se tambaleó hacia atrás, jadeando y exclamando:

—¡Esperadme, maldita sea! Condenados negros... —Inspiró tan ruidosamente como si estuviera vomitando—. ¿Por qué no me habéis *esperado?* —Iba descalzo, sin camisa; media docena de cadenas colgaban y tintineaban de su cuello mientras permanecía inclinado, jadeante, sujetándose el estómago. En mitad de un pulso de luz vi que tenía un gran arañazo que descendía por su mandíbula y cruzaba su clavícula, como si algo hubiera caído sobre él mientras corría. Su rostro estaba estriado de lágrimas, que se secó con el dorso de su puño—. ¡Malditos jodidos negros,

esperadme!

—Vamos —dijo D-t—. Ahora ya estás bien.

Pensé que Bola de Fuego iba a derrumbarse intentando recuperar el aliento.

Alguien más esprintó calle arriba, saliendo del humo. Era Araña. Parecía muy joven, muy alto, muy negro, muy asustado. Respirando pesadamente, preguntó:

—¿Está bien Bola de Fuego? Creí que una maldita pared le había caído encima.

—Está bien —dijo D-t—. ¡Ahora vámonos!

Bola de Fuego asintió y echó a andar.

Cristal lo soltó y avanzó a mi lado. Su chaqueta de vinilo estaba sucia con polvo de yeso.

—Hey —dije—, tengo que encontrar a Lanya y Denny. Se supone que iban de vuelta al nido...

—¡Oh, maldita sea, negro! —Bola de Fuego se retorció hacia atrás para mirar. Su rostro estaba sucio, y parte de la suciedad era sangre—. *Deja* a los jodidos blancos que se las apañen, ¿quieres? ¿Acaso no puedes pensar en *nada* que no sea tu pajarito?

—¡Tú lo que tienes que hacer es preocuparte de *ti*! —Dragón Lady empujó secamente a Bola de Fuego por el hombro con el talón de su mano; cuando él se estremeció, sujetó su brazo como si fueran a pasear juntos—. Corta ya esa mierda de «negro», ¿eh? ¿Qué te crees que eres *tú*, un indio piel roja?

—No tenemos ningún nido —dijo Cristal—. Ya no.

—Si han tenido un poco de buen sentido —dijo D-t—, habrán intentado salirse también. Quizá nos encontremos con ellos en el puente.

—¿Qué les ha ocurrido a los otros? —pregunté—. ¿Cuervo, Tarzán, Catedral? Dama de España... ¿Qué hay de Baby y Adam?

Dragón Lady ni siquiera miró hacia atrás.

—Tú fuiste el último en salir —dijo D-t a Araña—. ¿Les viste?

Araña miró a D-t, a mí, luego de nuevo a él.

—No. —Bajó la vista hacia su cinturón, cuyo extremo sujetaba, ligeramente retorcido, con sus largos y negros dedos.

—Quizá los encontremos —dijo Dragón Lady, soltando el brazo de Bola de Fuego pero sin mirar hacia atrás. Podría jurar que tenía el ceño fruncido—. En el puente. Como él dice. —O cualquier otro.

Caminé otros cinco pasos, contemplando el húmedo pavimento, sintiendo el mordisco del aturdimiento. Me hormigueaban los dedos. También las plantas de ambos pies. Luego alcé la vista y dije:

—¡Bien, maldita sea, el puente está *por ahí*! —Y fue en aquel momento cuando empezó aquel crujir increíblemente fuerte a nuestra izquierda.

Todos alzamos la vista, volvimos nuestras cabezas, retrocedimos juntos. Araña se separó de los demás, corrió una docena de pasos, se dio cuenta de que no le

seguíamos y volvió para mirar también.

Cuatro pisos más arriba, el fuego brotó bruscamente por una ventana. Las llamas se alzaron como tela amarilla bajo una fuerte corriente de aire; chispas y cristales cayeron por entre los ladrillos.

Otras dos ventanas entraron en erupción. (Me golpeé el talón desnudo con el bordillo.) Luego otra..., tan separadas como el tictaqueo de un reloj.

Echamos a correr.

No en la dirección que yo había dicho, porque esa calle era una confusión de humo y llamear. Al final de otra manzana, giramos la esquina y corrimos por la inclinada acera hacia abajo. Había agua a todo lo largo de un extremo.

D-t y yo chapoteamos en ella, observando como las altas paredes de ladrillo, y las hinchadas nubes entre ellas, se quebraban bajo nuestros pies.

A diez metros de distancia, el agua llegaba hasta mis rodillas y ya no podía correr. Vadeamos. Cristal, agitando los brazos muy abiertos en un anadeante chapoteo, avanzaba delante de mí, arrastrando abanicos de ondulaciones desde detrás de sus empapados pantalones. Luego la calle empezó a subir de nuevo. Chapoteé hacia el borde.

Tuve la sensación como si algo inmenso cayera sobre la calle a una manzana de distancia. Todo el mundo se estremeció. Miré hacia atrás, a los demás —Bola de Fuego y Dragón Lady estaban aún vadeando— cuando, en el centro, hubo una hinchazón de lo que pareció como burbujas de detergente. Luego brotó el chorro, directamente hacia arriba. El borde del agua se apartó de las chorreantes vueltas de los pantalones de Bola de Fuego, dejando sus empapados pies chapoteando en el resplandeciente pavimento.

Cristal retrocedió unos pasos para sujetar la mano de Dragón Lady, como si creyera que ella (o él) podía caer.

El geysir escupió y silbó y el agua burbujeó dentro de él.

Dimos la vuelta juntos a la siguiente esquina.

Pude ver el puente en toda su extensión hasta el segundo puntal. Aquí y allá, las nubes se habían desgarrado en el negro cielo. Había algo ardiendo allá abajo, entre los edificios que miraban al agua. Nos apresuramos a lo largo de quince metros de pavimento. Justo antes de la boca del puente, parecía como si alguien hubiera arrojado granadas contra la carretera. Una losa de asfalto se alzaba prácticamente unos cinco metros. A través de la grieta formada a su alrededor se podían ver húmedas tuberías y, debajo, la parpadeante agua. Encima, aquel sorprendente y fuerte relampagueo formaba sus entrecruzados nudos entre los cañones de las nubes.

—Vamos —dije—. ¡Por aquí!

Unos escalones de metal conducían al paso para peatones del puente. La primera media docena estaban cubiertos de rota mampostería. Cristal y Dragón Lady cargaron

directamente hacia arriba. El polvo de yeso alzó nubes entre los puntales de la barandilla. Bola de Fuego caminó cautelosamente los primeros tres pasos, luego agarró las dos barandillas y dio otros tres. Sus pies estaban llenos de suciedad, y sangraba por un tobillo.

—¡Seguid andando! —empujó D-t desde atrás—. ¡Seguid andando!

Araña y yo subimos los estrechos escalones prácticamente el uno al lado del otro.

Arriba, Araña se colocó en cabeza, y echamos a correr a lo largo de las resonantes planchas durante quizá cincuenta metros cuando algo... ¡golpeo el puente!

¡Oscilamos hacia delante y hacia atrás unos cuatro metros! El metal gruñó contra viejo metal. Los cables bailaron en la oscuridad.

Me sujeté a la barandilla, mirando a la superficie alquitranada cinco metros más abajo, esperando verla hendirse y caer hacia el agua treinta metros más allá.

A mi lado, Bola de Fuego se dejó caer de rodillas, apoyando una mejilla contra los barrotes. Araña rodeó con los brazos la apagada farola, inclinó la cabeza y gritó: «¡Ahhhhhhh...!» con la boca muy abierta..., y cinco segundos más tarde, cuando los crujidos y los estremecimientos cesaron, aquél fue el único sonido que persistió. Dragón Lady tragó saliva, soltó la barandilla e inspiró jadeante.

Me zumbaban las orejas.

Todo estaba silencioso.

—Jesucristo Dios —susurró D-t—, salgamos fuera de aq... —y fue entonces cuando todo el mundo, incluido D-t, se dio cuenta *del* silencio.

Aferrando fuertemente la barandilla, me volví para mirar atrás. En el borde del agua, las llamas danzaban en medio del humo. Una brisa rozó mi frente. Aquí y allá el humo se agitaba sobre el agua acanalada por el viento. Y no había nadie más en el puente.

—Vámonos... —pasé junto a Bola de Fuego, pasé junto a Dragón Lady.

Unos segundos más tarde oí a Cristal repetir:

—¡Bueno, vámonos! —Sus pasos resonaron.

Dragón Lady lo atrapó.

—Jesús —dijo suavemente a mi lado. Pero eso fue todo.

Seguimos andando.

Las vigas chirriaban a ambos lados. A unos siete metros más allá del primer puntal, miré de nuevo hacia atrás:

La ciudad en llamas se agazapaba sobre las imprecisas imágenes invertidas de sus incendios.

Finalmente, D-t tocó mi hombro e hizo un pequeño gesto con la cabeza. De modo que seguí adelante.

Los dobles cables de suspensión, gruesos como un muslo, colgaban más bajos aún que nuestra pasarela para peatones; unos metros más tarde empezaron a ascender

hasta la parte superior del siguiente puntal.

—¿Quién es...? —dijo suavemente Cristal.

Abajo en el asfalto, la mujer caminaba lentamente hacia nosotros.

Asomé la cabeza por la barandilla y miré. Luego llamé:

—¡Hey, tú!

Detrás de mí hubo un destello; luego otro; luego otro. Los demás habían conectado sus luces..., lo cual significaba que yo era una silueta delante de un apiñamiento de dragones, halcones y mantis.

Ella alzó la vista hacia nosotros y entrecerró los ojos: una oriental de piel oscura, con el pelo cayendo sobre la parte delantera de su blusa (como dos llamas negras invertidas); llevaba metida una bufanda roja sobre los hombros, debajo de las correas de su mochila, como un improvisado acolchado. Los faldones de su blusa colgaban fuera de sus tejanos.

—¿Eh...? —Intentó sonreír.

—¿Vas a Bellona?

—Exacto. —Frunció más los ojos para verme—. ¿Tú te marchas?

—Sí —dije—. ¿Sabes?, ¡es *peligroso* ahí dentro!

Asintió.

—He oído decir que han apostado la guardia nacional y soldados y todo eso. Pero hice auto-stop hasta aquí, sin embargo, y no vi a nadie.

—¿Tuviste suerte? ¿Te recogieron?

—Todo lo que vi fue una furgoneta y un coche familiar. La furgoneta me llevó un trecho.

—¿Qué hay del tráfico de salida?

Se encogió de hombros.

—Supongo que si pasa alguien, te llevará. A veces los camioneros se paran cuando son los chicos para tener a alguien con quien charlar mientras conducen. Quiero decir, los chicos no tienen por qué tener problemas. ¿Adónde vais?

Cristal dijo por encima de mi hombro:

—Yo quiero ir a Toronto. Otros dos de nosotros van a Alabama, sin embargo.

—¡Yo sólo quiero ir a alguna parte! —dijo Bola de Fuego—. No me encuentro bien, ¿sabéis? ¡*Realmente* llevo dos días que no me encuentro bien...!

—Tenéis un largo camino, en cualquier dirección —dijo ella.

Me pregunté qué pensaba ella de las formas luminosas que me flanqueaban y arrojaban sombras pastel sobre el reforzado asfalto a sus espaldas.

Cristal preguntó:

—¿Las cosas siguen bien en Canadá?

—¿Y en Alabama? —añadió Araña.

—Seguro. Todo anda perfectamente en el resto del país. ¿Ocurre todavía algo

ahí?

Cuando nadie respondió, dijo:

—Es curioso, que cuanto más te acercas, más... curiosamente actúa todo el mundo. ¿Cómo es dentro?

—Más bien duro —dijo D-t.

Los demás rieron.

Ella rió también.

—Pero como tú dices —indicó Dragón Lady—, los chicos se las arreglan bastante bien. —No creo que la muchacha captara la ironía, porque a menos que escuches con atención, la voz de Dragón Lady suena como la de un hombre.

—¿Hay algo que podáis decirme? Quiero decir, que pueda resultar útil. Puesto que voy allí.

—Sí —dije—. A veces los hombres aparecen y hacen pedazos el lugar donde vives. A veces la gente te dispara desde el tejado..., es decir, si el propio tejado no decide derrumbarse sobre ti. O tú no eres la persona que está arriba, haciendo los disparos...

—Él escribe esos poemas —dijo Bola de Fuego junto a mi otro hombro—. Ha escrito esos poemas, y se los han publicado en un libro y todo eso. ¡Corrieron por toda la ciudad! Pero luego escribió algunos más, sólo que vinieron y los quemaron todos... —Su voz se estremeció al febril borde de la histeria.

—¿Quieres llevar un arma contigo? —pregunté.

—¡Huau! —dijo ella—. ¿Así están las cosas?

Cristal lanzó una corta y seca carcajada.

—Ajá —dijo—. Lo tenemos claro.

Araña dijo:

—¿Vas a hablarle de... del Padre? ¿Vas a hablarle de June?

—Ya lo averiguará por sí misma.

Cristal rió de nuevo.

D-t dijo:

—¿Qué puedes decir tú?

Ella pasó los dedos a lo largo de las correas de su mochila y apoyó su peso sobre una cadera. Llevaba unos pesados zapatos de excursionista, uno de ellos mucho más lodoso que el otro.

—¿Necesito un arma?

—¿Vas a darle ésa? —preguntó Dragón Lady mientras sacaba mi orquídea de su cadena.

—Ya nos ha dado bastantes problemas —dije—. No la quiero más conmigo.

—De acuerdo —dijo Dragón Lady—. Es tuya.

—¿De dónde vienes? —estaba preguntando Cristal.

—Del Canadá.

—No pareces canadiense.

—No lo soy. Sólo estaba de visita.

—¿Conoces Albright?

—No. ¿Conoces tú Pern?

—No. ¿Conoces alguna de las pequeñas ciudades en torno al sur de Ontario?

—No. Pasé todo mi tiempo en Vancouver y la Columbia Británica.

—Oh —dijo Cristal.

—Aquí tienes tu arma. —Le arrojé la orquídea. Resonó contra el asfalto, rodó sobre sí misma y se detuvo.

—¿Qué es...? —El sonido del motor de un coche hizo que todos alzáramos la vista hacia el extremo del puente; pero murió en algún giro. Volvió a mirarnos—. ¿Qué es?

—¿Cómo le llaman a eso? —preguntó Bola de Fuego.

—Una orquídea —dije.

—Ajá —dijo Bola de Fuego—. Eso es lo que es.

Ella se inclinó, centrada en sus múltiples sombras. Mantenía un pulgar bajo el correa de la mochila; con la otra mano recogió la orquídea.

—Póntela —dije.

—¿Eres diestra o zurda? —preguntó Cristal.

—Zurda. —Se alzó, examinando la flor—. Al menos, escribo con la izquierda.

—Oh —dijo Cristal de nuevo.

—Tiene un aspecto más bien maligno. —La encajó en torno a su muñeca; algo resplandeció allí—. La cosa ideal para el metro de Nueva York durante las horas punta. —Inclinó el cuello para ver como se cerraba. Cuando su cabello colgó hacia delante, bajo el cuello de su blusa hubo otro brillante destello—. Es horrible. Espero que no la necesites.

—Espero que tú tampoco —dije.

Alzó la vista.

Araña y D-t habían apagado sus luces y estaban mirando, ansiosos, más allá del segundo puntal, hacia las oscuras colinas de la orilla segura.

—Espero —dije— que puedas dársela a alguien cuando estés dispuesta a hallarte entre las secas y quebradizas ramas, intentando recordar, deprimida, pensando: ¡No los abandoné así! No lo hice. No es real. No puede serlo. Si lo es, entonces estoy loco. Estoy demasiado cansado..., vagando entre todas éstas y esas calles ardiendo y ardiendo, abandonando las cosas caídas y desmoronadas. Ladrillo, no puente porque toma demasiado tiempo, abandonar, no estoy abandonando. Lo que estaba siguiendo eran las oscuras manchas de sangre que su resplandeciente talón dejaba en el asfalto. Se deslizaron en la V de mis dos sombras sobre la luna y George iluminando el

sendero que sigo y conservo. Abandonando. Ramas, hojas, trozos de corteza a lo largo del hombro, las siseantes colinas y el humo, el largo país cortado por el verano y sin ningún lugar desde donde empezar. En la dirección, entonces, Broadway y rodadas, cojeando en él en todas las oscuras manchas hasta las rocas, rezumando herrumbrosa agua, siguiendo a lo largo del roto lodo que resplandece al borde de la zanja, con los árboles tan por encima de modo que penetro en ellos y pienso puedo aguardar aquí hasta que ella llegue, completamente desnuda o quizá sabiendo que yo no puedo, recordar quizá sólo sea uno de ellos. Él. En o encima, no estoy seguro de dónde ir o qué hacer ahora, pero asciendo y me pregunto acerca de México si ella viene, aguardando.

Su mano llena de estrujadas hojas.

Será mejor que aquí. Sólo en el así, si no puedes recordar más si. Quiero saber pero no puedo ver si tú estás ahí arriba. Ya no tengo muchas fuerzas ahora. El cielo esta estriado. Estoy demasiado débil para escribir mucho. Pero sigo oyéndolos caminar en los árboles; no hablando. Aguardando aquí, lejos del aterrador armamento, fuera de las grandes salas de vapor y luz, más allá de la Holanda y en las colinas, he venido a

—*San Francisco, Abaqii, Toronic Clarion, Milford, Nueva Orleáns, Seattle, Vancouver, Middletown, East Lansing, Nueva York, Londres. Enero. 1969/septiembre 1973.*